

# PABLO MONTOYA

## La escuela de música



LITERATURA RANDOM HOUSE

Pablo Montoya

**La escuela de música**

Literatura Random House

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



**Me Gusta Leer Colombia**



**@megustaleerco**



**@megustaleerco**

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

*De la musique encore et toujours !*

PAUL VERLAINE

## CAPÍTULO PRIMERO

## La llegada

Pedro Cadavid abrió los ojos. En la penumbra vio al hombre que avisaba la llegada a Tunja. Se bajó del bus con un morral y una mochila que le colgaba en bandolera. Un viento frío le golpeó el rostro. El aire olía a una mezcla de cigarrillo, orín y gasolina. El muchacho estaba cansado por las horas del viaje. Tenía los pies mojados y las manos amoratadas.

La terminal daba la impresión de ser un sitio enclaustrado, aunque entradas y salidas se veían por todas partes. Cadavid preguntó por dónde se iba al centro. Un hombre señaló unas escaleras. ¿Por allá está la Plaza de Bolívar?, insistió el joven. Con un sí, sumercé, la voz del otro lo tranquilizó. Al subir el primer peldaño, sin embargo, reaccionó asustado. Un bulto negro estaba a sus pies. Era un perro y el fulgor de sus ojos lo miró con ansiedad. Entre asqueado y compasivo, Cadavid lo esquivó y siguió ascendiendo.

La calle se prolongaba en un allá indeterminado. Si subía dos o tres cuadras, tal vez hallaría un hotel en los alrededores de la plaza. La fatiga se le acumulaba en las piernas y en la nuca. Había viajado muchas horas desde Medellín. La continuidad de las curvas, subiendo o bajando las montañas de las cordilleras, y el sopor de las tierras del río Magdalena le impidieron cerrar los ojos. Pero cuando el nuevo bus, tomado en Bogotá, empezó a recorrer el altiplano, entró en un sueño pesado del cual salió con una aguja clavada en el cuello.

Dos sombras emergieron de la bruma. No era raro, en esa ciudad desconocida, que un par de figuras, vestidas con ruanas y sombreros, estuviesen conversando en la calle. Él se atemorizó porque le parecieron

espectrales. La pendiente se hizo más pronunciada, las sienas le palpitaban al mirar hacia atrás, pero constató que no lo seguían. Sus pasos, ya zigzagueantes, fueron disminuyendo el ritmo. En la siguiente esquina, sin desalojar la incertidumbre, buscó el papel. Estaba en la calle diecisiete y tenía que subir una cuadra para llegar al cruce de la escuela. En ese punto la neblina se instalaba con espesor y el alumbrado público hacía que asumiera la forma de un vigía inexpugnable.

Se detuvo frente a la puerta para escrutar en derredor. Pensó que Tunja estaba despojada de sus habitantes y que todos habían escapado por una razón que él ignoraba. La puerta era inmensa y una serie de ventanales se extendía a lo largo de la casa. Es como la entrada a un infierno, pensó Cadavid, y pronunció el verso: “Pierdan toda esperanza quienes entren aquí”. Con todo, en ese aquí no había ningún aviso. Quizás un celador, como una sombra enorme, le abriría si tocaba la puerta y podría orientarlo. Supuso que, en medio del silencio y la soledad, al modo de un ensalmo, los golpes adquirirían el poder de hacer regresar a los habitantes a sus viviendas respectivas.

Cadavid avanzó hacia la esquina. La Plaza de Bolívar, según las palabras del hombre de la terminal, estaba a la derecha. ¿Y si la indicación era errónea? Vaciló sobre qué rumbo tomar. Recordó al perro. Podría volver sobre sus pasos y hacer lo mismo que él: acomodarse en cualquier sitio para tratar de dormir. Pero el frío no solo era penetrante, sino que aumentaría con la llegada del alba. Entonces escuchó el ruido de un motor. Las farolas despedían una luz más agónica que la del alumbrado público. El carro mermó la velocidad. Cadavid se acercó con cautela. La ventanilla dejó ver a un hombre de barba espesa y negra.

—¿Necesita ayuda? —dijo.

—Busco un lugar para dormir —respondió el muchacho.

El hombre abrió la puerta.

—Suba. Puedo llevarlo a un hotel.

Algo enigmático salía de los ojos del conductor y, a la vez, un halo de confianza envolvía el tono grave de su conversación. El recelo de Cadavid se fue amainando. Al cabo de unos minutos, tuvo la impresión de que el recorrido se prolongaba más de la cuenta y de que daban vueltas en torno a un lugar abierto. ¿Era la Plaza de Bolívar?, se preguntó. La neblina impedía ver bien. Al rato, al despedirse, el conductor le dio una tarjeta. Se llamaba Lorenzo Cifuentes y era profesor de literatura en la universidad. Le contó que tenía la costumbre de trabajar en su casa hasta tarde en la noche y después salía a dar una vuelta en su carro.

—Se conoce mejor a Tunja en la noche —explicó—. Mire nomás, nunca me había topado con un músico.

Cadavid sonrió con vergüenza, pues solo había dicho que venía a estudiar música. Supuso, además, que con un frío así lo mejor era estar bajo las cobijas. Cifuentes explicó que la ciudad, a pesar de su clima, o gracias a él, era un lugar acogedor. El auto se detuvo por fin. Cadavid agradeció y dijo, con la tarjeta en la mano, que lo buscaría.

—Usted es la primera persona que conozco aquí —aclaró.

—Buen comienzo. —Y estrecharon sus manos.

Más tarde, Cadavid se arropó con las cobijas. La sensación de humedad en los pies seguía. Se encogió como una culebra y no demoró en dormirse.

## La prueba

Cifuentes lo había dejado en un lugar que tenía perfiles de antro. El hotel estaba detrás de la terminal de transporte. Metros más allá, una cantina exhibía un par de mujeres pintarrajeadas que esperaban a sus clientes. Al tomar el camino hacia la escuela, Cadavid pasó al lado del hotel antes de toparse con las dos sombras enruanadas. La neblina había cubierto el nombre que ahora sobresalía: “El prinsipe”.

Durmió profundamente y no recordaba ningún sueño. Cuando le pasaba esto, enfrentaba la jornada nueva con entusiasmo. La experiencia del baño, en cambio, había sido traumática. El espacio estrecho se avenía mal con el agua helada. El cuerpo pedía a gritos que se brincara y las extremidades urgían extenderse a como diera lugar. Hacerlo, empero, era estrellarse con el techo y las paredes. Y eso fue lo que pasó ante el ímpetu del chorro que salió del hueco. Cadavid cerró de inmediato la llave, respiró tembloroso y pateó el piso con desesperación. Cauteloso, fue mojándose a pedazos hasta que metió la cara en el centro del frío.

El dolor en el cuello, por lo demás, había desaparecido, y eso era tan milagroso como el hecho de que a una noche tan cerrada la siguiera una mañana así. El firmamento, en efecto, se veía despejado y su amplitud reconfortaba el ánimo. Unas pocas nubes blancas flotaban encima de las colinas. Frente a esa luminosidad rotunda, Cadavid recordó un pasaje de las *Memorias* de Berlioz que había leído recientemente: “Me desanimó en la noche, pero vuelvo a la carga en la mañana, en esas horas en que el mundo es todavía joven”. Con su equipaje, subió la calle diecisiete. En el morral

llevaba unas mudas de ropa, un par de zapatos, algunos libros. La flauta, un atril y un método para tocarla iban en la mochila.

La puerta de la escuela estaba abierta. Era de madera y, como el resto de la casa, tenía un color verde rejuvenecido. Había que levantar el pie para entrar a un zaguán y alcanzar una segunda puerta más pequeña. Cadavid tocó y del otro lado emergió un hombre con cara de pájaro. Tenía la nariz puntuda, la frente angosta, los ojos negros y centelleantes. El vello grueso, como una mácula sórdida, le cubría las mejillas y el mentón. Una ruana amarillenta le colgaba de uno de los hombros. Cadavid supo en ese momento que se llamaba Avelino, aunque, durante el tiempo que estuvo en la escuela, lo llamaría para sí Avechucho. El portero lo miró con desconfianza y le dijo que subiera. Cadavid bordeó el patio y ascendió por unas escaleras de madera. El suelo traqueaba si se transitaba por él. En el segundo piso, miró a la derecha y vio un aviso que decía Almacén.

Yamil lo condujo a la oficina de la dirección. El almacenista era un hombre de estatura mediana y calva rutilante, y dueño de una cordialidad tan transparente que invitaba al intercambio inmediato de las bromas. En cuestión de segundos, los dos se estaban riendo ante su comentario por el ruido en la madera.

—En esta casa hasta el piso suena —dijo.

Al tocar la puerta, Yamil fue autorizado y entró. Mientras esperaba, el joven acomodó los brazos en el barandal para observar el entorno. La edificación no tenía dos pisos, como se creía al verla desde el exterior, sino tres. Y a ese tercer nivel se iba por unas escaleras situadas en alguna parte que él no lograba encontrar. Abajo, en el patio, había líneas y huecos que demarcaban lo que podía ser una cancha de voleibol. Es como un colegio para señoritas, pensó. De repente, una estela de sonidos brotó de algún lado. Un clarinete delineaba unas escalas. Cadavid se dejó llevar por ese dibujo lento y evanescente, y como el sol le caía en la cara, los sonidos lo sumergieron en

una suerte de languidez.

Una mano, al cabo de los instantes, le tocó el hombro. Ante sus ojos entrecerrados, alguien sonreía.

—¿Se siente bien? —preguntó el director.

—Disculpe, es la música —respondió Cadavid.

—¡Ah!, usted es de los que se ensimisman con ella.

Sin saber qué decir, siguió al director, que lo invitaba a entrar en su despacho.

La oficina era grande. Por la ventana penetraba una luz que, debido a una mampara, se fragmentaba en halos. Partículas de polvo flameaban en el aire formando una aureola alrededor de las dos siluetas. Al lado de la puerta, y debajo de la otra ventana que daba al corredor, había un piano vertical. Encima de él, una frase de Shakespeare lucía en un retablo enmarcado: “Nada hay tan duro, tan rabioso o insensible, que la música no transforme temporalmente su naturaleza”. Detrás del escritorio se levantaba una repisa llena de libros y cartapacios. Y en uno de los extremos estaba el objeto privilegiado. Cadavid lo vio de último, al girar la cabeza, buscando la dirección de la mirada fascinada del director. Era un piano blanco. Su tapa estaba cerrada, y los rayos de luz, atravesando la mampara, le caían como un líquido vaporoso.

—Observe cómo la luz le rinde culto a la música —dijo el director.

El instrumento estaba suspendido en el vacío, y ambos se quedaron observando el milagro. El director, de pronto, le inquirió por el motivo de la visita. Este era sencillo, dijo el muchacho. Había viajado desde Medellín porque quería estudiar en la escuela. El hombre, que desplegaba una sonrisa grande, hizo el debido interrogatorio.

Pedro Cadavid había cursado algunos semestres de medicina, pero sabía que ese no era el camino de su vocación. Mientras tanto, había estudiado solfeo y armonía y leído varios libros sobre música. Su instrumento era la

flauta, aunque se interesaba más por la musicología. Quería, si todo salía bien, especializarse en el Romanticismo. Sentía una atracción profunda por la música de ese período. Beethoven y Berlioz eran compositores que lo subyugaban. El director lo observaba con atención. A veces desviaba los ojos hacia el piano blanco y sonreía. Se tomaba las manos, blancas y sólidas, las ponía al frente de su rostro y, a través del dibujo que hacían los dedos juntos, enfocaba al joven. Cuando creyó terminadas las preguntas, se levantó.

—¿Hacemos una prueba? —dijo el director dirigiéndose al piano vertical.

Bastaron unos minutos para que Cadavid concluyera que, frente a la música, sabía poco. Distinguió algunas tonalidades mayores y menores y cantó, afinado, los intervalos. Repitió con las palmas unos esquemas rítmicos que el director tocó en el piano. Pero fue al pasar a los dictados cuando se sintió completamente perdido. Desconocía la escritura de los acordes y confesó no saber tocar el piano. El muchacho sudaba en el momento en que se sentó de nuevo frente al escritorio.

—Voy a serle sincero —dijo el director—. Mi consejo es que vuelva a sus estudios de medicina. Tome la música como una diversión, pero no pierda el tiempo dedicándose a ella.

En ese momento, el director lo miró. Cadavid se sonrojó más. Y, enfrentando su vergüenza, no le bajó los ojos.

—Me ha dicho que va a cumplir veinte años —continuó el director—. ¿Sabe lo que es tener esa edad y no identificar una cuarta aumentada?

Cadavid, abochornado, contenía la respiración. Recordó a su familia. Vio a su padre diciéndole que él tenía razón, que la medicina era una profesión y la música un entretenimiento. Se apretó las manos, que no cesaban de transpirar, pero se llenó de fuerzas y se atrevió a decir que no iba a regresar a Medellín.

—Cuando supe de esta escuela, dijo, y de su propósito de darle una oportunidad a quienes llegamos tarde a la música, no vacilé en renunciar a la medicina y venirme para acá. Y lo he hecho porque he obedecido al llamado

del arte.

Esta vez el director hizo un gesto de fatiga.

—Comprendo su dilema, pero no quiero engañarlo. Usted tiene simplemente musgo en los oídos. Ha pasado toda su vida en una ignorancia sonora, que es la peor de las ignorancias.

Cadavid lo miró con la altivez del humillado. Algo en su gesto, no obstante, logró que la firmeza del director tambaleara, y como si se estuviera aferrando a una rama en medio del precipicio, el muchacho dijo:

—Por favor, deme una oportunidad. Haré todo lo que sea posible para quitarme ese musgo.

—¿Y si no es capaz? —preguntó el director.

—Pues seré un médico como cualquier otro.

—¡Ah!, además pretende ser un músico especial.

—Ser músico es ya una condición especial del ser humano. Por esa certeza estoy aquí —dijo Cadavid.

En el silencio que se produjo entraron una trompeta y un oboe que, con el clarinete dando brincos, hacían notas largas. El director se levantó otra vez, fue a la repisa, sacó tres libros y los puso en el escritorio.

—Sería mezquino si le dijera que usted está malogrado del todo para la música. Digamos, por ahora, que lo ayuda su convicción. Le doy un mes para que recupere el tiempo perdido. Hay un curso que damos para personas atrasadas como usted, pero deberá estudiar como un loco. Es la única forma de colmar su vacío sonoro.

Cadavid sonrió, pero el director lo interrumpió.

—Lo prevengo: si no pasa los exámenes, no lo aceptaré. Aquí tiene estos manuales. Uno es de solfeo, otro es de armonía y otro es de ritmo. En la biblioteca, que está al lado, hay una fotocopidora para que haga su material de trabajo.

La puerta de la oficina se abrió, y en el corredor otros dos jóvenes

esperaban.

—¡Nicolás! —gritó el director mirando hacia la biblioteca—, hágale las fotocopias de estos manuales al estudiante Cadavid.

Y, con una sonrisa de cordialidad, le ofreció la mano para despedirse.

## El director

Provenía de un entorno acomodado. Por el arte de los sonidos se había decidido tarde. Pasó la adolescencia como si atravesara un terreno en el que nada le llamaba poderosamente la atención. Leía de todo un poco y todo ese poco le era atractivo, pero no tanto como para dedicar su vida a la historia, la filosofía o las ciencias. Frente al piano se sintió mejor dispuesto. Aunque fue la confabulación de dos circunstancias lo que logró despertarlo. Se hundió en un vínculo sentimental iniciado en términos sublimes y culminado en tormenta. Ese cataclismo afectivo lo vivió siendo estudiante de ingeniería. Percibía no dolor sino vergüenza al recordar esos años sin rumbo. El hastío provocado por la universidad y la experiencia turbulenta del amor lo confrontaron a su vocación real. Vacilante, solicitó una beca con el fin de estudiar piano en la Unión Soviética. E inesperadamente para sus familiares, amigos y hasta para él mismo, la ganó.

Alguna vez tuvo el pelo abundante, pero al llegar a Tunja le colgaban unas mechones blancos en la parte trasera del cráneo. Se murmuraba que durante el primer invierno vivido en Moscú, en cuestión de una semana, se había encanecido del todo. En ese lapso, el pelo también se le cayó. La frente, despejada y blanca, le otorgaba respetabilidad. Los ojos, de una cierta mansedumbre, se mantenían siempre en actitud vigilante. En realidad, era un hombre con un encanto variopinto. De entrada, los ojos y la frente atrapaban al interlocutor. Los primeros, por su seguro dominio. La segunda, por el continente de sabiduría desplegado. Esta sensación disminuía al observarse el resto de la cara. En la nariz y en las mejillas, y extendiéndose hasta el cuello,

se presentaba una cartografía de cicatrices provocada por una enfermedad cutánea. Los rumores contaban que su vivencia moscovita había dejado esa impronta. Vestía pantalón y saco negros o azules oscuros. La corbata, roja o violeta, iba amarrada al cuello, que se adivinaba ajado. Sus camisas eran invariablemente blancas y los sacos tenían parches en los codos. La sonrisa era lo que llamaba más la atención. En los corrillos, o mientras se tomaban un café o una cerveza en los alrededores de la escuela, los estudiantes se referían a ella como una sonrisa encantadora de ciento cincuenta dientes.

Los primeros días en la Unión Soviética fueron penosos. Confiado en que entraría a la carrera de piano en el Conservatorio Tchaikovski, se vio enfrentado a su condición. Tenía un excelente oído, una disciplina a prueba de todo, pero su nivel pianístico no bastaba. Para demostrárselo lo pusieron ante un grupo de niños de diez años que tocaban lo que él jamás tocaría. En un ruso que entendía a medias, le ofrecieron dos opciones: volver a Colombia, o intentar pasar a los estudios de dirección coral. Aceptando sus limitaciones, escogió la segunda vía. El único lugar destinado a quienes habían llegado tarde a los dominios de la música era un instituto, más o menos fantasmal, adjunto al conservatorio.

Pero antes debió llenar sus lagunas con jornadas exhaustas. En los primeros meses no tuvo tiempo siquiera para dar una vuelta por la ciudad, una gigantesca presencia palpitante, en medio de la precipitación lluviosa del otoño, levantada más allá del instituto. Una ciudad que no lo invitaba a recorrerla, sino que esperaba atenta y ceñuda, con su hoz imponente y su lengua inverosímil, a que pasara los exámenes. Dormía no más de cuatro horas por día. Apenas finalizaba sus comidas, se ponía a estudiar una teoría de la cual contaba con rudimentos aprendidos en Bogotá. Allí, una comisión lo había examinado y fue postulado para la beca. La enseñanza de la música en su país entonces se le develó como un espacio lleno de improvisaciones y de poses ridículas. Quienes se dedicaban a la música se le manifestaron como

repetidores mecánicos de lo que ya estaba escrito. Creían estar en el centro de una creatividad única y no eran más que músicos anodinos que continuaban el rumbo de sus maestros. En ese primer período enflaqueció en demasía y no pudo hacer ningún amigo, de tal manera que al sorprenderlo la enfermedad estaba solo. Por fortuna, ya le habían dicho que lo aceptaban como estudiante de dirección de coros. La satisfacción de haber superado lo imposible provocó, paradójicamente, el derrumbe de sus diques. Una nieve como nunca había visto caía sobre Moscú cuando su cabello empezó a blanquearse. La nieve se me está metiendo en la sangre, pensó. Y ante el espejo, más tarde, vio que se estaba quedando calvo.

Encontró, posteriormente, un grupo de latinoamericanos y soviéticos provenientes de las repúblicas más lejanas. Transcurrían los últimos días de diciembre. La ciudad era un relieve nevado que los amigos transitaban, pero como a él le gustaba abstraerse, daba los paseos solo. Caminó una y otra vez la Plaza Roja con sus edificaciones fabulosas. Vio las momias de los dirigentes comunistas de antaño. Caminaba por la calle Arbat y miraba las vitrinas de sus almacenes. En uno de ellos compró los juegos de las matrioskas que llevaría a Colombia. Por esos días invernales pasaba por un interregno en que el piano le otorgaba la dosis de compañía necesaria. Su soledad era buena y había aceptado con resignación los trastornos físicos. En cuanto a su instrucción musical, fluía satisfactoriamente. Una noche aceptó ir a la reunión de fin de año que ofreció uno de sus compañeros, un cubano de voz de barítono. Cantarían villancicos, comerían frijoles con arroz y cerdo frito, y beberían de lo que cada uno llevara. Él compró un par de botellas de vodka y las guardó en su bolso. Salió de su cuarto, atravesó una calle de pocos metros y entró al edificio donde vivía el cubano. Hacía tanto frío que las botellas explotaron en la bolsa al primer contacto con la intemperie. La remembranza de esa noche comenzaba con ese evento y terminaba con la intoxicación que desembocaría, a su vez, en la enfermedad de la piel cuyas huellas le marcarían

por siempre el rostro y el cuello.

Al culminar sus estudios, había sido coronado con el premio a la dirección coral que realizaba el instituto y obtenido el diploma superior en perfeccionamiento de piano, se radicó en Colombia. Era otro entonces. Un hombre de edad imprecisa. A veces, un viejo joven. En otras, un joven envejecido. Quería fundar una escuela de música donde el solfeo y la armonía fueran el pilar de la formación. Esa escuela, tal era su sueño, debía ser la semilla de un plan nacional de aprendizaje musical. La senda, sin embargo, no era muelle. Con varias carpetas, en las que se apretaba una utopía didascálica de los sonidos, se dirigió a varias instituciones de Bogotá. En ninguna parte convenció a nadie. En el gran conservatorio de la capital lo escucharon con una mezcla de desidia y burla, y solo le ofrecieron unas horas para dirigir coros infantiles. Desilusionado, previó viajar a Europa y continuar con sus estudios. Pero existía un coro que se había granjeado un prestigio en la vida cultural de la ciudad. Una agrupación de cuarenta niños, casi todos de origen humilde y educados por sacerdotes españoles, a la que le urgía un director. El coro ensayaba por los lados del barrio Egipto y él fue a escucharlo. El llamado que experimentó fue como un camino de Damasco. Supo de inmediato que bien valía la pena quedarse en Colombia para dirigir a esos huérfanos que cantaban, con afinación celestial, un repertorio distinguido. Entusiasmado, alquiló un lote en los alrededores de Chía para llevar a cabo, con esa base coral, su proyecto musical. Pero las deudas llegaron y el desastre económico no tardó en sitiarse. Una vez, mientras hacía préstamos aquí y allá, alguien le habló de Tunja. En esa pequeña ciudad del altiplano había un instituto de cultura que tenía, entre sus dependencias, una academia de música. Su jefe era un hombre que, como él, quería transformar la sociedad a partir de actividades artísticas.

Cuando ambos se encontraron hubo una simpatía inmediata. Eran dos idealistas tocados por un aire de pragmatismo imbatible. El uno quería

revolucionar la enseñanza de la música en Colombia. El otro, convertir a Tunja en el centro cultural más importante del país. El jefe, de cuerpo robusto y labia jocosa, miembro de una de las familias conspicuas de la ciudad, escuchó los planes del hombre que hacía un tiempo había llegado de Moscú y, sin vacilaciones, le ofreció la dirección de la academia. El maestro Javier Zabala sonrió con sus muchos dientes. Puso, no obstante, una condición. Se establecería en Tunja pero con sus cuarenta serafines, pues por nada del mundo los iba a abandonar. El director del instituto aceptó. Se encargó, incluso, de conseguir el hospedaje, la alimentación y la educación del coro. Una semana más tarde llegaron a Tunja, en un bus de la policía, en medio de la garúa. Zabala emprendió sus labores y durante un tiempo convenció a las gentes de que su coro era un portento. Sin embargo, los misioneros españoles vieron con sospecha el hecho de que un pedagogo comunista se entrometiera en el destino de sus protegidos, y ordenaron rápidamente el traslado de estos a España. Zabala discutió con el emisario que fue a Tunja. Dijo que los miembros del coro eran colombianos y serían más felices cantando en su propio país que en la España lejana. El otro presentó papeles, alegó las bondades humanas de la congregación, dijo que estarían en el centro de la metrópoli y no en las márgenes de sus antiguas colonias. El oficio de ellos era educar, bajo los principios cristianos, a los niños desamparados del mundo y no inculcarles ideas estéticas contaminadas de marxismo. La discusión se hundió, ante los anacronismos del sacerdote, en las raíces de pasadas dominaciones y sublevaciones y estuvieron a punto de irse a los puñetazos. Zabala tuvo, finalmente, que aceptar que le quitaran su coro, y hasta agradeció que lo hubieran liberado de semejante peso. Entonces trabajó con energía redoblada en la consolidación de su plan musical. Cambió el nombre de academia por el de escuela y la nueva de su existencia se desparramó, en cuestión de meses, por todos los rincones del país.

## Oposiciones

Hernando Escobar, como Pedro Cadavid, provenía de Medellín y tocaba la flauta. Pero si el uno era un neófito, el otro había avanzado bastante, ya que desde los diez años estudiaba el instrumento. Se conocieron y supieron al unísono que debían renunciar a sus estudios (de arquitectura los de uno, de medicina los del otro) para irse a Tunja. No viajaron juntos por un inconveniente de última hora. Cadavid esperó en la terminal y, al ver que su amigo no llegaba, fue el último pasajero en subirse al bus.

A Escobar le costaba creer que Cadavid, con un nivel musical tan endeble, hubiera decidido romper con tantos lazos: los de la casa, los de la universidad, los de su noviazgo y los de Medellín. Es verdad que los dos estaban hartos de la vida que llevaban, pero las cosas se dieron de una manera imprevisible. Era el uno y no el otro quien decía: me voy para Tunja, si te interesa pégate. Escobar aconsejó que esperaran. En vez de animar a su compañero, le arrojó frases dubitativas. Cadavid se sentía descontento de su entorno familiar. Sabía que en los dominios de Esculapio pocas cosas lo apasionaban. Así se lo dijo a su padre. Y este, un médico que desde hacía años naufragaba en el alcohol, lo amenazó: si deja la medicina, olvídense de mi ayuda.

Medellín era a la sazón el centro neurálgico de la nueva violencia. Sucedían las primeras masacres por asuntos de droga. El desfile de los desaparecidos y asesinatos por causas políticas empezaba su periplo. Ni Pedro ni Hernando sabían lo que pasaba, pero el primero tenía suficiente intuición para percibir que algo estaba descompuesto en la ciudad. Lo más sensato era irse. Escobar

se refería, por último, a Manuela, la muchacha con la que su amigo mantenía una relación desde hacía poco tiempo. Ya veremos qué pasa, decía Cadavid. Si me quiere, que se venga a vivir conmigo. Lo que sé, en todo caso, es que si me quedo, la pierdo. Escobar lo miraba con inquietud. El otro decía que Manuela lo quería más por su deseo de ser un artista que por otra cosa. ¿Y de qué van a vivir si te llega a Tunja?, preguntaba Hernando. Cadavid levantaba los hombros y contestaba: pues de la música, de qué más.

Escobar tenía, por el contrario, un padre que lo animaba en todo lo que tuviera que ver con las bellas artes. Era profesor de dibujo, y con su mujer y su hijo vivían en una casa en las afueras de la ciudad, en cuyo jardín había árboles, ardillas, pájaros y micos. A pesar de que la música era lo suyo, Hernando temía perder su confort. Cadavid, a quien él le había enseñado a soplar la embocadura de la flauta, a armar su cabeza, su cuerpo y su cola, a limpiarla y a tocar las primeras notas, no tenía talento. El dotado, quien tenía capacidad para entrar a cualquier conservatorio, era Escobar. Pedro parecía ser, en cambio, un más o menos bueno para todo. Podía ser médico, músico, o a lo mejor escritor. Y por ahí arremetió Escobar, buscando desequilibrar la decisión de su amigo. ¿Y qué vas a hacer con esos deseos tuyos de ser poeta?, dijo. ¿Qué tal que te estrelles y tampoco lo tuyo sea la música? Cadavid lo miró con pasmo. Como si Escobar hubiera entrado, sin su autorización, en un terreno íntimo. Dijo que seguía, simplemente, un llamado. No escucharlo sería un error. Si lo mío es la literatura, pues que espere. El asunto fue resuelto así y Escobar decidió acompañarlo.

Pero existía otro recelo. Hernando Escobar no quería confrontar su verdadero oficio. Había escuchado que en la escuela de Tunja el ritmo del aprendizaje tenía una intensidad entre militar y monástica. Ese rigor lo amedrentaba. Su vida de hijo mimado había pasado en medio de pequeños logros. El bachillerato fue tortuoso porque era mal estudiante y una buena parte del tiempo se lo dedicó a la flauta. Los padres dejaron que ella se

convirtiera en la única alternativa de Hernando. Él tocaba con un sonido fascinante y una elegancia única. Se llevaba la flauta a los labios y las cosas cambiaban a su alrededor. Al verlo y escucharlo, Cadavid evocó la leyenda de Hamelín. Su amigo era, ciertamente, como una reencarnación de ese flautista remoto, que ya no encantaba ratas sino humanos.

Y las oposiciones continuaban. El primero era tímido y el segundo cordial. Al uno le gustaba definirse como un melancólico, como una especie de último romántico. El otro poseía una jovialidad invencible y una dosis de humor a prueba de cualquier adversidad. Le gustaba ser el centro de las reuniones con anécdotas plagadas de imitaciones divertidas. Contaba chistes en que personajes, generalmente adocenados y ladinos, se expresaban con acentos regionales. No cejaba en los retruécanos, en las exageraciones, en las improvisaciones. En su facundia se abrazaban la grosería y el buen gusto. Escobar podía sostener una conversación inteligente sobre un libro, un cuadro, una obra musical. Y con Cadavid sí que las tenían. En ocasiones alegaban porque lo que arrebatava a este desagradaba a aquel. Cadavid sentía, además, una debilidad por el lado escatológico de su compañero. Y no paraba de reírse cuando aquel se hundía en el morbo y la rusticidad.

En los asuntos del placer, las diferencias se perfilaban con mayor ímpetu. Escobar era un hedonista puro. Y serlo, en aquellos días, significaba tomar las sendas de la marihuana y el licor. De natural travieso, hacía bebidas aromáticas, sopas y tortas de cannabis que servía sin aviso alguno entre los comensales. Y gozaba más si la víctima desembocaba en la paranoia, la confusión y las alucinaciones. A Cadavid esto le fastidiaba a tal punto que la amistad tocaba terrenos críticos. Mientras que para uno la situación no pasaba de ser una broma, para el otro era un atropello. Y es que Cadavid rehusaba el vínculo de las musas con los estupefacientes y consideraba sospechosa la formación artística estimulada por los estados alterados.

Empero, como el día y la noche, ambos se complementaban. Y, conscientes

de esta coyuntura, no desdeñaban su estima. Si Escobar era espontáneo y ruidoso en las manifestaciones del afecto, Cadavid se cubría de prevenciones timoratas. En tanto el uno era rozagante y seductor, el otro era pusilánime e hipocondríaco. Los dos, en todo caso, se envidiaban mutuamente. El de aquí admiraba el tesón y la disciplina del de acá. Y este, a su vez, opinaba que ese don, ser tan llamativo no solo con la flauta sino con el verbo, era la cualidad máxima.

Vivieron, antes de su ida a Tunja, una aventura. Los dos participaban en un montaje teatral de poemas de Porfirio Barba Jacob. Pasado el ensayo, se quedaron bebiendo cerveza con Amelia, una de las actrices. La chica recitaba una y otra vez los versos de la “Canción de la vida profunda”. No demoraron en embriagarse y decidieron dormir en la sede del teatro. Se fueron desnudando bajo la oscuridad de uno de los cuartos del vestuario. El primero acariciaba por un lado a Amelia. El segundo lo hacía por el otro. Uno besó los senos generosos. El otro incursionó en la humedad del pubis. Los jadeos de Escobar y Amelia terminaron por acoplarse. Cadavid sabía, no estaba tan borracho como para no tenerlo en cuenta, que en esas lides era el perdedor. Una mano lo separó. Y la mujer y su amigo gimotearon hasta que sucedió el clímax. Fue la única vez que Cadavid se entrometió en un asunto de esta índole con Escobar. Por ello, al saber el motivo por el cual no viajaron juntos a Tunja, aquel sonrió con desprecio. El deseo se atravesó de nuevo y el flautista naturalmente había acudido a su cita.

## La casa

En sus muros y aleros elevados, en sus corredores que traqueaban y salones amplios, estaba encerrada una parte de la historia de la ciudad. La casa era arrendada por la curia al instituto de cultura desde hacía unos años. A sus lados, de hecho, había un conglomerado de construcciones cuyo núcleo principal era la sede del arzobispo. En tiempos de la Colonia fue un monasterio de religiosas concepcionistas. Un lugar adonde iban las jóvenes neogranadinas a jurar su fidelidad a Cristo y al Rey, y a pagar su precio por los deslices clandestinos del amor. Más tarde se convirtió, en la época republicana, en la sede del seminario menor. Su construcción había sido restaurada varias veces. Los últimos trabajos la dotaron de pintura blanca para vivificar sus paredes de argamasa y caña brava, y verde para las puertas, ventanas, barandales y balaústres. Remodelaron también el auditorio cambiando la madera de los pisos. El hecho de que esta sede pasara a manos de una dirección musical le daba un continente sugestivo de secularización. Los estudiantes iban y venían por sus corredores y creían, sobre todo en altas horas de la noche, profanar una etiqueta clerical y las disciplinas marcadas por la represión y la culpa.

La luz o la tiniebla entraban por el patio central y se instalaban como un golpe tajante en casi todo el ámbito. A la usanza de las estancias del ayer, había existido un jardín con platabandas y una pila cuyo mono hacía un mohín socarrón. Ahora solo quedaba un patio de cemento que cumplía funciones deportivas. Ante esta pérdida floral, la casa asumió un rasgo de austeridad que se adaptó a las pedagogías católicas de la república. Alrededor del patio

estaban los salones. En ellos había un pianoforte erigido como el símbolo de la escuela. Un instrumento, generalmente de tonos marrones, que suscitaba respeto por parte de los estudiantes y acompañaba un tablero de pentagramas. En el primer piso había un habitáculo, debajo de las escaleras, donde una mujer de mejillas escaldadas por el frío vendía tintos, cigarrillos, aguas aromáticas, mogollas y roscones. Le decían Chavita, y su lugar era el más visitado en las pausas de las clases.

El auditorio ocupaba una buena parte del primer piso. Era de gran dimensión, y su ornamento remitía a una versión adulterada del barroquismo americano. Con él se había deseado construir una pequeña capilla para el ritual de la misa. Las lámparas colgantes inactivas, la humedad y el frío que jamás cesaban iban de la mano de los actos perversos realizados allí. Unos hablaban de celdas de castigo para las monjas. Y algo persistía de las jornadas de varios días a pan y agua y de los quejidos por la autoflagelación. Un eco de tal pasado invadía algunos instantes de la noche. Pero también había referencias a un cementerio, no para las doncellas caídas en infortunio, sino para los fetos que engendraban y que, por causas varias, fenecían en el proceso de la gestación. Las indicaciones, al respecto, gozaban de exactitud, pues el sitio de esas pequeñas fosas comunes estaba en el centro del escenario. Allí donde se ubicaba el segundo piano de cola de la escuela, un Baldwin de color negro cuyo teclado solo podía tocar el estudiante más avanzado.

Al frente de la entrada principal del auditorio —se podía acceder también por una puerta lateral al escenario, y en ambas entradas se producía una corriente de aire gélido— estaban las otras escaleras de la casa. A diferencia de las principales, estas no se utilizaban demasiado y sus luces permanecían apagadas. Por ellas se iba al segundo piso y eran el tramo obligatorio, este sí iluminado, para llegar a la tercera planta. En esa altura, y desde su corredor, se observaban los techos centenarios. El de la cúpula de la catedral primada,

imponente y redondo, y el de las otras iglesias. También se columbraba el altiplano, que hacia ese lado era seco y ondeante. Este era el piso preferido de Pedro Cadavid. No solo por la luz que se regaba por sus salones, sino porque allí estaba, en la zona más extrema y elevada, la sala de audición y la discoteca de la escuela. En los días especiales —alguna festividad, una efeméride musical, las jornadas de grado con sus calificaciones honorables— se sacaban los parlantes del equipo de sonido. Y la música, como una dádiva, se expandía por los rincones. La casa se tornaba entonces prestigiosa y daba la impresión de ser la más ilustre de entre todas las edificaciones de la ciudad.

## Preparatorio

Cuatro aspirantes integraron el preparatorio. Cadavid y Escobar, que decidieron vivir cerca de la escuela. Jaime Sánchez, que, como los dos flautistas, venía también de Antioquia, aunque hacía años residía en Tunja. Y Florencio Otálora, que había nacido y vivido en esta ciudad. Las jornadas eran de lunes a viernes y, como les previno Zabala, de un ritmo demoledor. Se les aconsejó que se olvidaran de sus instrumentos. Era necesario sumergirse de lleno en la teoría musical. Aprender las bases de la armonía y afianzar las del piano para los encadenamientos armónicos y los ejercicios de solfeo. Esto incomodó a Hernando Escobar, que solo quería tocar su flauta bañada en plata. A las seis de la mañana tenían dictado. Luego veían armonía. Había una pausa para almorzar. Pero eran tantas las tareas, que gastaban unos pocos minutos para hacerlo. En las tardes se dedicaban al solfeo. Se acostaban a la medianoche, exhaustos y con la cabeza repleta de sonidos. Luego, volvían a la carga cuando Tunja asomaba su rostro, en medio de campanas eclesiásticas, a las auroras frías.

Al cabo de los días pudieron cantar las escalas mayores con sus relativas menores naturales, melódicas y armónicas. Aprendieron las armaduras, con sus sostenidos y bemoles. El método *Alexeiev* los guiaba y, como acróbatas, iban y venían a pasos vertiginosos por los centros tonales. Sabían en qué zonas se desequilibraba ese tinglado sonoro que, según Zabala, representaba la base que sostenía el universo físico y mental de los seres humanos. Entonar los trítonos de cada tonalidad, así como escuchar las explicaciones sobre su historia, era emocionante. Descubrir estas criaturas interválicas, que también

recibían el nombre de cuarta aumentada o quinta disminuida, les parecía inusitado. El nombre más atractivo para los tritonos se relacionaba con el diablo. Al enterarse de las prohibiciones religiosas medievales, Cadavid se pasaba tocando en el piano los tritonos malditos. Gozaba cantando lo que se había evitado con desconfianza durante siglos. Las gentes, antaño, escuchaban los tritonos con aprensión y, por su resonancia inestable, el ánimo se les perturbaba. Cadavid sonreía ante las explicaciones de Zabala. El demonio había encontrado nicho entre las notas y era menester sortearlo. Aquello tenía que ver, acaso, con el vínculo entre la nota sensible, ese séptimo grado de toda escala, y el deseo. La sensible delineaba, en la imaginación y el cuerpo, el rostro de la tentación personalizada en la mujer. Ella había estado allí, al lado del hombre, y asumirla no era un asunto solo de la cotidianidad sino de la música misma. El diablo que cabalga en el tritono —y el maestro Zabala tocaba en el piano, con la resonancia que daba el pedal, el intervalo do-fa sostenido— decía que el hombre, dominador de todos los espacios tonales, se sentía seducido por lo femenino y allí residía su labilidad. Por esta razón los monjes, desde Guido de Arezzo hasta bien entrados los tiempos modernos, habían proscrito el tritono. La prevención, no obstante, era más lejana. Zabala mencionaba a san Agustín, que en su tratado *De música* se refería a los sonidos sensuales. Estos atentaban contra la esencia de la música que, según el patriarca africano, pertenecía a la esfera del conocimiento racional. Y era desde este tipo de gnosis, pero a partir de la música, como se podía acceder a la revelación del misterio divino. Sin embargo, esos hombres, que entendieron la música como una metáfora de Dios, vivieron sometidos a la limitación del miedo. Y el director esbozaba aquí su sonrisa y aclaraba que la música, sin su lado oscuro, dejaría de ser el gran arte que era.

El método de Hindemith les ayudaba, por otro lado, a avanzar en las nociones del ritmo. Este era el tramo del curso más amable para los cuatro estudiantes. Se reunían en uno de los salones del segundo piso y hacían los

ejercicios ayudados con las palmas, las plantas y la boca. Cuando fueron más diestros, pasaron a las panderetas, las claves y los tambores. Las sesiones eran felices porque creían, reproduciendo las negras, las corcheas y sus respectivos silencios, que hacían música. Lo que efectuaban, en realidad, eran ejercicios para fortalecer la fraternidad. Como si el ritmo fuera el fuego esencial de todo vínculo afectivo porque terminados los palmoteos, los zapateos y los tatatatá se iban a tomar un tinto o una aromática a la cafetería de Chavita con el corazón expandido. Los tropiezos surgían, sin embargo, con el solfeo. El tonal, el *Solfeo de los solfeos*, era sencillo. La contrariedad sucedía con el atonal. Cadavid maldecía entre dientes el *Modus Novus*, de Edlund. Sus ejercicios sin forma no podía cantarlos. Escobar, en cambio, los disfrutaba. Entonarlos era, para él, entrar en un ámbito extraño de melodías contemporáneas. Pero Cadavid se abatía, sabiéndose el menos talentoso del preparatorio, y pensaba que si esos ejercicios serían la base del examen de admisión, jamás pasaría a la escuela.

Algo semejante ocurría con los dictados. Aunque en estas primeras jornadas de la mañana el obstáculo no era el método sino el profesor. Zabala había designado a uno de sus discípulos más dilectos. Era un efebo de piel blanca, pelo y ojos negros, oriundo de Sogamoso. Poseía unas manos modeladas solo para tocar el piano y un andar triste de rodillas juntas y pies apartados. Cuando entraba al salón, a las seis de la mañana, el muchacho arrojaba un gran bostezo mezclado con los buenos días. Se acercaba al piano, lo abría y se sentaba en el banco haciendo muecas de hastío. Enseguida se deslizaba en la silla y se escondía detrás del instrumento. Asomaba, como un títere, una de sus manos y designaba al estudiante con un dedo para que cantara los acordes que iba a tocar. Como estaban recién despiertos, la desafinación del grupo era evidente. El profesor los imitaba con burla. Se acurrucaba más y decía frases incomprensibles, adivinándose que esos juegos de palabras eran un modo de la mofa. Después avisaba el compás y tocaba una melodía. Lo hacía dos o tres

veces y saltaba de atrás del teclado para mirar lo que copiaban los principiantes sordos. Al ver que no captaban el dictado entero, les decía que se lavaran las orejas con agua oxigenada. Escobar y Sánchez empezaron a responder bien. Pero Cadavid y Otálora se quedaron atrás. Como este último era de un natural apacible, y su interés residía en tocar bien el trombón, esas clases no le hacían mella. Soportaba al de Sogamoso sonriendo ante las chanzas como si la cosa no fuera con él. Pero Cadavid entraba tenso al salón y salía desmoralizado. Se despertaba, a las cinco de la mañana, con el frío mordiéndole los huesos de los pies, y mientras se mojaba la cara padecía una regresión. Recordaba las primeras veces que había ido a la escuela primaria. Se escapaba del aula, llegaba a su casa y tocaba a la puerta. Su madre abría y él, abrazándola, le rogaba que lo dejara quedarse a su lado. La mujer lo calmaba, lo tomaba de la mano y lo conducía de nuevo al lugar del áspero aprendizaje.

El problema de los dictados se resolvió. No fue Cadavid quien enfrentó al chico de Sogamoso. Ante una de las bromas —al profesor se le había ido la comparación de las tres gracias antioqueñas—, Jaime Sánchez se levantó y dio un manotazo al aire. Pero antes de salir lo encaró y le dijo, lanzándole su tufo de café y cigarrillo: ¡Boyaco de mierda! Tiró la puerta y los vidrios se quebraron. La situación llegó a oídos de Zabala, quien solicitó a Fulgencio Mancipe, su secretario, que interviniera. Se efectuó la pesquisa. Todos, menos Otálora, dijeron que el ambiente era pesado. El de Sogamoso, por su parte, opinó que con semejantes tapias no había nada que hacer. Los dictados se interrumpieron y los cuatro pudieron dormir un poco más. Sánchez no vaciló en pagar los vidrios y hasta llevó a un ruso para que tomara las medidas de los espacios vacíos. Al poco tiempo, y como el profesor se había esfumado de la escuela, se enteraron de que tenía la novia embarazada y de que la criatura había nacido anticipadamente.

Aunque avanzaban en la teoría musical, eran conscientes de su torpeza en el

piano. Imposible que en un mes, y con la carga de trabajo impuesta, pudieran tocar tres estudios de Carl Czerny e igual número de piezas seleccionadas del *Cuaderno de Ana Magdalena*. En este sentido, y aconsejado por Francisca Benítez, una de las estudiantes del C2, Cadavid se concentró en un estudio de Czerny y en una pieza de Bach. Era lo último que hacía en la jornada. Se metía en uno de los salones del tercer piso, y de nueve a doce de la noche —esa era la hora en que cerraban la escuela— calentaba los dedos con escalas ascendentes y descendentes para tocar los acordes del segundo minuetto del *Cuaderno*. Francisca pasaba por el salón y lo examinaba. Hacia la medianoche salían de la escuela y atravesaban parte de la ciudad. Francisca vivía por el barrio Maldonado, en una mansión de fachada blanca, al lado de la carretera. Cadavid la acompañaba hasta la iglesia de Las Nieves, porque ella podía seguir sola el resto del camino. Esto no es como Medellín, acotó una vez. Ya verás que aquí no pasa nada. Tunja es un limbo. Y si no fuera por la música, sería para enloquecerse.

## Las cuevas

Las dos piezas se situaban frente al Bosque de la República. Su piso de madera daba más opacidad a las paredes decrépitas. Pintadas de un color que iba del ocre al amarillo y de este al verde, las dividía un espacio con torpeza. Si un observador se parara en esta separación sin puerta, no le sería difícil advertir que quien las había hecho despreciaba las reglas de la proporción. Parecía que el arquitecto de la terminal de transporte hubiera realizado sus primeros pasos en estos aposentos. La habitación de Escobar, la mejor y más iluminada, dado que este ponía más dinero en el pago del arriendo, poseía una ventana que daba a un jardín colindante con los predios de la pequeña iglesia de San Laureano. Por allí se colaba el sonido de las campanas en las horas de sus rituales diarios. La pieza de Cadavid, que era la de la entrada, tenía dos ventanucos avaros de luz. Limitaba con un patio en cuyos lados había una cocina estrecha y un baño con su ducha. Un patio de cemento era el paso obligado para entrar y salir de las habitaciones, para ir a cocinar y comer, para efectuar las necesidades corporales y lavar la ropa en la poceta. Pero había algo encantador en la edificación: su camino, rodeado de flores y plantas aromáticas.

La casa tenía una doble fachada. La primera era un muro con una puerta de metal en el medio que, al abrirse, dejaba ver el camino florecido cuyo destino era la arquitectura de dos pisos que conformaba la segunda. Encima de las piezas de ellos habitaba la dueña. Doña Concha fue lacónica con las reglas de la convivencia. Aceptaba los estudios de flauta de los dos jóvenes hasta las nueve de la noche. No gustaba de las fiestas, tampoco de los beodos. Y como

se trataba de dos buenos mozos, les dijo que no quería que sus predios se llenaran de tortolitas. Escobar se puso en guardia. ¿Y nuestras novias?, dijo mirando a Cadavid. Con las novias de sus mercedes no hay problema, contestó la anciana. Los tres sonrieron envueltos en una rara complicidad.

Jaime Sánchez se convirtió muy pronto en el tercer residente de las cuevas. Él las bautizó con ese nombre la primera vez que las vio. Era preferible dormir en el Bosque de la República, en una de sus bancas, que hacerlo en tales cuchitriles. Sánchez nunca durmió en ellos, pero fue su visitante más asiduo. Había acompañado a sus amigos en la compra de los primeros enseres. Escobar adquirió una cama con su colchón. Cadavid apenas pudo comprar una espuma. Las sábanas y las cobijas se las alquiló doña Concha. También les prestó, mientras conseguían los suyos, los utensilios de cocina. Sánchez era un jayán de labia atropellada. Había nacido en Puerto Berrío, y su padre, muerto joven, le dejó de herencia el apego por la guitarra y los pasillos y bambucos que componía en sus ratos libres. Pero también amaba el contrabajo. Si había casos en que entre intérprete e instrumento se establecía un puente de empatía inmediata, este era uno de ellos. ¿Qué otra cosa podría estudiar Sánchez en la escuela?, se preguntaba Cadavid al verlo con el contrabajo recostado sobre el cuerpo, e imaginaba dos titanes jurándose una fidelidad eterna. Pero Escobar no pensaba lo mismo. Decía que Sánchez era tan grande que el contrabajo, a su lado, parecía un violín.

Los tres se comunicaban a través de una cadena de chanzas y se sabían próximos en las modulaciones de sus hablas. Durante el preparatorio se hicieron tan inseparables que los otros terminaron por llamarlos las gracias antioqueñas. En esos días almorzaban y comían juntos. Sánchez, sin mucho entusiasmo, los guiaba por la ciudad. Aquí no hay mayor cosa que ver, decía. Solo iglesias y conventos y aguzar el oído para escuchar chismes que provienen de los tiempos coloniales. Maricas por allá, putas por acá y uno que otro crimen cenagoso como para recordarnos que estamos en el centro del

infierno. Muy pronto, la atracción del contrabajista se inclinó hacia Escobar. Cadavid se percató de que el encanto que ejercía su camarada sobre el hombre de Puerto Berrío era similar al que él había tenido, y un conato de celos lo estremeció. Ahora bien, entre los dos flautistas comentaban el acercamiento de Sánchez. En verdad, los dos guardaban por su compañero la hermandad que el lazo regional otorga en estos casos. Consideraban que Sánchez estaba más solo que ellos en Tunja. Y una mezcla de compasión y simpatía los acercaba. Pero también eran conscientes de que había que detener aquella afectuosidad extrema, porque, en cuestión de pocos días, la dependencia de Sánchez se tornó ostensible. Poseía el don de aparecerse en los momentos menos indicados. Cuando Pedro y Hernando, por ejemplo, deseaban estar solos. Hacia la medianoche Sánchez seguía en las cuevas, hablando de una cosa y de la otra. Quejándose de esto y de lo otro. Aunque el problema no era la lamentación, sino en lo que ella desembocaba. Porque Sánchez apuraba el brandy y caía rápidamente en la embriaguez. Esto molestaba a Cadavid, radical con la disciplina, y quien debía descansar para responder a las exigencias del preparatorio.

Una vez se produjo el altercado. El contrabajista se carcajeaba por la imitación que hacía Escobar del maestro Zabala sonriente y hablando de los trítonos del diablo. Cadavid solicitó silencio desde su lado de las cuevas. Los dos amigos se le vinieron encima a reclamarle. Es tarde, alegó Cadavid. Los otros, alumbrados por el licor, levantaron los hombros desdeñosamente. Cadavid tenía una agenda y un lapicero en la mano. Les explicó que quería dormirse, pero la verdad era que escribía. Tomaba apuntes sobre lo que iba descubriendo en la escuela de música. Hacía bocetos de las personas recientemente conocidas. En su agenda desfilaban Zabala y el piano blanco, Yamil y el almacén, Avechucho y la portería. Hasta Sánchez con su contrabajo y Escobar con la flauta habían merecido su atención. Entre estas anotaciones se atravesaban, de tanto en tanto, la sombra de su padre y la de Manuela, su

novia. Hernando, señalando la agenda, pidió que les leyera. Acaso lo hizo con sinceridad, pero estaba tan ebrio que su voz sonó fingida. Cadavid se negó. El otro insistió y, mordaz, se refirió al aprendiz de escritor. Sánchez, con una risotada de ogro, le arrebató la agenda. Lo que siguió fue vertiginoso. Al levantarse para recuperar su agenda, Cadavid recibió un empujón de Sánchez que lo mandó contra la pared. Escobar reaccionó dándole una bofetada al contrabajista. ¡Pendejo!, gritó. Los tres se quedaron petrificados en la mudez. A Sánchez se le subieron los rojos de un asombro furibundo. Lanzó su puño hacia la pared y, vociferando, se largó. Temieron que con un golpe así la mano iba a malograrse. Solo pudieron constatarlo, al otro día, al verla vendada. Jaime Sánchez, como un animal regañado, deambulaba por los pasillos de la escuela.

## Manuela

Era una de las actrices principiantes del Pequeño Teatro de Medellín. De piel morena, rasgos egipcios y un pelo negro rutilante, suscitaba la atracción de la compañía. Pedro Cadavid se fijó en ella desde que la vio, pero sin mayores ilusiones. En la lista de sus pretendientes, era el menos favorecido para seducirla por su timidez. Cadavid había ido al Pequeño Teatro invitado por Hernando Escobar para que musicalizaran “En la muerte del poeta”, el poema de Barba Jacob. El grupo trabajaba en una vieja casa, arriba de la Avenida La Playa, junto al teatro Pablo Tobón Uribe. Los dos hicieron una música para esos versos. A pesar de jamás haber compuesto nada, gozaron de la orientación del asesor musical de la compañía. Este se llamaba Adriano Tamayo y aceptó con complacencia las experimentaciones sonoras de los dos muchachos. El principio era una música aleatoria para piano. Los crócalos daban la bienvenida a las dos flautas que tocaban una melodía agreste. El recitador decía “el solar de los lulos de oro”, y eran los chorros “de agua entre la etérea bruma del claro día infantil”. Luego venía la canción de cuna: “Cuando tú crezcas harás un viaje al Cauca hondo”. La lectura se desarrollaba, en medio de tonadas desvaídas, hasta llegar a “la caída del telón”. Y había, al pronunciarse “nada en las flámulas del viento”, una marcha fúnebre para flauta bajo, violonchelo y un tubo de hierro que hacía de campana. Al llegar al último verso, “alzado, amigos, alzado y vámosle a sepultar”, sonaba una melodía medio abambucada que evocaba la Santa Rosa de Osos natal de Barba Jacob. Cadavid, que a la sazón tomaba clases de piano, acompañaba también la declamación de los poemas “Soberbia”,

“Balada de la loca alegría” y “Nocturno de Jalapa”. Lo suyo era una sucesión de acordes que, en el “Nocturno”, expresaban el desvarío. Mientras que las octavas en la bemol mayor descendían nostálgicamente, en “Soberbia”. Pero donde se presentaba un desbordamiento de placer era en la danza pentatónica de la “Balada”.

Esta faceta musical de Cadavid fue lo que atrajo a Manuela. Un día se cruzaron en uno de los pasillos de la sede. Se sonrieron y ella lo miró con fijeza temeraria. Otra vez, él estudiaba una sonata de Haendel en el escenario. Fue antes del ensayo general de los poemas. En la casona, fuera de la secretaria y la aseadora, no había nadie. Manuela llegó y se puso a repasar el poema “Soberbia” en uno de los cuartos contiguos al escenario. Iba en los versos: “Le pedí una hoguera de ardor nunca extinto, para que a mis sueños prestase calor”, cuando escuchó la flauta. Se aproximó con cautela. Se acomodó detrás del intérprete, como si estuviera tras bambalinas. Sin darse cuenta de su presencia, Cadavid tocó el andante haciendo las respiraciones debidas. Manuela estaba recostada contra una pared con los ojos cerrados. Una leve excitación le palpitaba en la sangre. Una pausa en la música sacó del ensueño a la muchacha. “Es hermoso”, dijo. Cadavid afirmó con la cabeza pensando que ella era todavía más hermosa que la música.

Un sábado fueron a un bar de San Cristóbal. Hernando Escobar no acudió a la cita. Amelia estaba contrariada porque desde aquella noche compartida por los tres había quedado prendada del flautista. No quería ir al bar, pero sabía que debía ayudar al acercamiento de los otros dos. El dueño del establecimiento, un amigo suyo, los recibió con calidez. De entrada, ella pidió ron y, entre boleros de la Sonora Matancera y algunas arias de Verdi, se embriagó con prontitud. Pedro le contaba a Manuela que Verdi era el músico predilecto de su padre y que él había nacido y pasado sus primeros años en Barrancabermeja oyendo óperas en una radiola monofónica. Sonaba el “Coro de los conspiradores” de *Nabucco*, y Cadavid describía a ese doctor

nostálgico por su Copacabana natal, meciéndose en la silla, en un patio de heliconias grandes donde una que otra iguana se colaba para buscar el fresco. El doctor le ponía volumen a la radiola y ordenaba a sus once hijos hacer silencio. Tolstoi tuvo doce, precisaba Cadavid, y el dinero le alcanzaba para pagarle niñera a cada uno de ellos. Pero mi papá tenía autoridad suficiente para que su esposa y la única empleada del servicio que podía pagar salieran con la descendencia a dar una vuelta por el barrio Discredial. Mientras tanto la música de Verdi traspasaba las paredes, se perdía entre los almendros rutilantes, y buscaba el río Magdalena para dirigirse a las montañas de Antioquia.

Hacia la medianoche, en el auto del propietario del bar llevaron a Amelia a su casa. En el trayecto, la mujer emergía de su embriaguez para hablar de su amor sin correspondencia y recitaba a Barba Jacob: “Mi vaso lleno —el vino del Anáhuac— / mi esfuerzo vano —estéril mi pasión—”. Manuela, para consolarla, le acariciaba el pelo con una de las manos. Pero, en algún instante, con la otra tomó la mano de Pedro. Amelia, carcajeándose, insultaba a Escobar mientras los otros dos comenzaron a besarse. Más adelante, bajaron a la despechada, y el propietario del bar les preguntó por su destino. Como ellos no sabían adónde ir, y tenían en sus caras las ganas de seguir juntos, él los invitó a su casa. Allí hay un cuarto para ustedes, dijo.

Cadavid, envuelto en las cobijas de lana, recuerda esa primera noche con Manuela. El hombre les había arreglado su cama y se acomodaría, sin problema, en el sofá de la sala. Les mostró el equipo de sonido y los discos en la repisa. Los dos insistieron en que dormirían en la sala. Pero el anfitrión redobló sus servicios. Les pasó dos toallas para el baño y se despidió con una fórmula cómplice: sean felices, por favor. Cadavid recuerda, mientras se pone como un feto para atrapar el calor huidizo, que puso unas sonatas de Beethoven. Manuela lo fue desvistiendo con seguridad advenediza. Él le dijo que le gustaba su olor y se perdió un rato en los cabellos negros. Al quitarle

las ropas, Manuela acarició el sexo con su mano y él quiso venirse de la dicha. Beethoven iba descendiendo hacia un melancólico fulgor de luna. Y era como si el músico de Bonn hubiera compuesto su sonata para esos dos amantes de una Medellín futura. Al saberse cercanos a la cópula, confesaron su virginidad. Ambos se dieron cuenta de que en esa condición compartida residía una de las bases más sólidas y engañosas del amor. La música continuaba, esta vez con alegría retozona. Los dos se pusieron a cabalgar sobre ella, sobre sus cuerpos vibrantes, sobre el tiempo y el espacio que se volvían evanescentes. Cadavid se dio cuenta de que ahora la vida palpitaba entre sus piernas. Y buscó con las manos, bajo la humedad ácida de las cuevas, la firmeza de su ansia.

## Dignidad

El maestro Zabala aprovechó, en la última clase del preparatorio, para hacer la disquisición. En lo sucesivo se acostumbrarían a ellas. Para unos, no pasaba de ser retórica. Para otros, estos paréntesis en las clases definían los conceptos fundamentales de su credo. El director cerró el piano del salón 210. Dijo que ya estaba bien de encadenamientos y solfeos. Creía que ellos, agotados por las jornadas de estudio, pero pletóricos de leyes y prohibiciones sonoras, pasarían al grado C1 del nivel medio. Entre tanto, había que explicar por qué existía la escuela y cuál sería su proyección. Miró hacia fuera, del lado en que se veía el altiplano, y se refirió a Tunja. Una ciudad virreinal desde donde habían escrito poetas y cronistas las primeras obras importantes de Colombia, pero caída desde hacía tiempo en el marasmo. En qué radicaba este marasmo, preguntó el director. En haberse quedado rezagada. A Tunja nunca había llegado la modernidad. En sus secretos históricos solo se encontraban prosapias añejas, ordenanzas religiosas y militares que seguían rigiéndola. La he recorrido muchas veces, decía Zabala, y creo entender qué ha pasado aquí. Una decadencia ocasionada por la erosión de la tierra y su falta de agua, y porque la mano de obra indígena se acabó con rapidez ante la voracidad de los encomenderos. Además, desde hace siglos Tunja dejó de ser una de las principales vías para comunicar a Bogotá con una parte del país. Pero hay otro motivo nada desdeñable de ese ocaso: el temor. Quizás fue desde su fundación que el miedo se instaló entre los habitantes de esta pequeña polis atiborrada de iglesias. Una suerte de recelo ante el desarrollo comercial y el intercambio cultural. Pudiendo expandirse, Tunja se replegó

sobre sí misma conformándose con su genealogía de escribanos, sacerdotes y soldados. Al revisar su historia, sesgada por un crimen pasional de la Colonia y unos fusilamientos ocurridos durante la Patria Boba, me he preguntado por lo que ha pasado aquí. Y la verdad es que, para la mayoría, lo mejor que ha podido pasar es que no les pase nada. Es como si nadie quisiera salir de esa parálisis. Sánchez atendía con interés las palabras del maestro. Zabala, sabiéndose escuchado, sonreía con amplitud. Pero esto, continuó, que parece una verdad de a puño, resulta equívoco. Basta una mirada a los movimientos culturales del país para darse cuenta de que su renovación ha venido de lugares periféricos a su capital. Por tal razón me he planteado la pregunta de si desde estos lados no sería posible una de esas renovaciones esperadas.

He aquí, pues, caros estudiantes, la primera premisa. Les pido tenerla en cuenta para poder situarse ante el programa en que ustedes participarán. La segunda es de carácter musical. Aquí el director trazó un ademán grave y, como si estuviera haciendo una pose preparada, se pasó una de las manos por su cráneo calvo. La enseñanza de la música, prosiguió, si repasamos cómo fue concebida por las sociedades antiguas, ha avanzado. Cuando antes era una cuestión de iniciados, piensen en la secta pitagórica o en la república de Platón, hoy quien quiera puede acceder a ella. Pero este logro, créanme, es un espejismo. Después de que la música pretendiera convertirse en una religión entre los románticos, ahora es el principal alimento de los espectáculos masivos. Nunca la música había llegado al menosprecio que padece en la actualidad. Siendo el gran arte, la ciencia digna de los regentes filósofos de las primeras utopías, el saber capaz no solo de conducir a los seres humanos sino a los vientos, las aguas y el movimiento de las plantas y los animales, la música se ha convertido en la rama más degradada del arte. En el pasado fue la categoría soberana, la más bella y la más sabia. Hoy es la hetaira mejor pagada. Zabala abrió un poco más los ojos, inspiró con hondura y prosiguió. Es como si los primeros renegadores de ella, ese Demócrito y aquel

Filodemo, se hubiesen reencarnado en nuestros tiempos. Como si por su indicación se hubiera convertido, por un lado, en un ornamento y en una bagatela y, por el otro, en la herramienta propia para embrutecer a la gente. No niego que la música sea motivo de toda sospecha. Juan Calvino, que la detestaba, opinaba que ella era un placer excesivo y que sus melodías corrompían el corazón humano. Por tal motivo, la erradicó de todo proyecto cívico y religioso, y llegó a tal extremo su desconfianza que sus seguidores fundieron los tubos de los órganos de las iglesias para fabricar cálices. Uno no sabe dónde hay más fanatismo, si en este comportamiento o en el de los otros militares que, durante las guerras mundiales de este siglo, fundieron las campanas de las iglesias para forjar cañones. Lo que quiero decirles es que la música ha sido mal comprendida por los sacerdotes y los militares. Es necesario otorgarle, por lo tanto, una verdadera dosis de dignidad. Yo estoy convencido de que es el instrumento más eficaz para educar al hombre. Y sé que aprobando esta consigna sigo el rumbo de Platón, de Boecio, de Agustín, de Isidoro, de Lutero y de Rousseau, esas mentes lúcidas que me han antecedido. Creo, como ellos, que la música debe transformar, iluminando y no confundiendo. Aunque no desconozco, como les dije alguna vez, que sus encantos más sugestivos tienen que ver con su faceta más desestabilizadora. Escúchenme bien: la música, cuando se asume como un aderezo baladí o un estupefaciente que somete —y esto es lo que vemos en las sociedades de ahora—, debe ser rechazada. En el pasado, y aún hoy, la música se utilizaba para marcar el paso de la soldadesca, para obedecer las órdenes y homenajear al imperio, la patria, la república. Los revolucionarios franceses se ampararon en su poder para militarizar las conciencias. Su enseñanza se democratizó y dejó de ser exclusividad de las catedrales y las cortes —antaoño lo había sido de las academias, los liceos y los monasterios— para llegar a las asambleas, los kioscos, los conservatorios, los parques y las casas de los suburbios. En nuestros tiempos, es verdad, han aumentado las bandas, los coros, las

orquestas para decirnos que una de las funciones de la música es hermanar. Pero si, por una parte, aprender música se ha convertido en un derecho universal, por la otra, es también el patrimonio de la estulticia. Fue entonces fácil dar el paso hacia la manipulación de los sonidos y la alienación. Ustedes saben que Marx anotó que la religión es el opio del pueblo. Hoy se podría decir, para otorgarle continuidad a esa frase, que la música es la religión del pueblo. Zabala se quedó mirando a Cadavid. Era su más atento auditor desde hacía unos minutos. Escobar, mientras escuchaba, iba haciendo círculos concéntricos en los pentagramas como si la figura de una redonda quisiera devorar el espacio del papel. Otálora miraba al maestro con un gesto beatífico de aprobación. Y Sánchez se había perdido desde que Zabala dejó a Tunja anclada en su parálisis histórica para dedicarse a la historia de las instituciones musicales.

Todos los imperios son susceptibles de crítica, sentenció Zabala, pero el que nos gobierna hoy ha sido el peor desde el punto de vista musical. Otra vez se ubicó frente al piano. Lo abrió y tocó un acorde en do mayor. Escuchen bien, dijo. Este acorde simbolizaba la perfección, el equilibrio al que aspiraban los dirigentes de los rebaños humanos. Hoy simplemente es un acorde publicitario. Lo que fue dominio de la inteligencia y la sensibilidad ahora lo es de la ambición de los medios de comunicación y la sociedad de consumo. El capitalismo nos roe sin misericordia con su divisa de la compraventa y para ello utiliza la música con descaro. Cualquier persona educada atentaría contra estas calamidades contemporáneas. Y la verdad es que, en mis días más agobiantes, he imaginado la presencia de una legión cuya existencia esté basada en defender la honorabilidad de la música. Cadavid, Escobar y Otálora rieron ante esta ocurrencia. A lo cual se unió Sánchez ignorando por qué se había instalado el relajamiento en la atmósfera. Pero soy un maestro de música, dijo Zabala, y mi lugar es este. Y no crean que no me he preguntado sobre el sentido de ser músico aquí, en esta ciudad donde parece

no pasar nada desde hace siglos. Sobre qué es ser músico, por lo demás, en una sociedad donde ella no tiene mayor respetabilidad. ¿Para qué ser músico en un redil de sordos? ¿Serlo en un país donde la música solo se ha usado para rezar en las iglesias, marchar en los desfiles y bailar en las verbenas? Estas preguntas nos conciernen demasiado, queridos discípulos. Y ustedes están aquí para responderlas. La lucha es ardua pero vale la pena. No vacilemos ni tengamos miedo. Fortalezcámonos con el arte. Hagamos de él nuestro escudo. No seamos artistas pasivos. Nuestro papel es favorecer el despertar del hombre y ayudarlo para que, con la música, encuentre su fuerza moral. El maestro miró a cada uno de los cuatro. Alzó la mano como si estuviera haciendo un signo de combate y concluyó: en esta escuela no haremos arte por el arte, sino arte por el hombre y para el hombre. Por ello les pido que crean en mí. Y la música, se los aseguro, será digna de ustedes.

## El examen

—¿Escucharon? —dijo Escobar—. Terminó el discurso en do mayor.

—Sí —dijo Cadavid—, era como escuchar la coda del último movimiento de la *Quinta Sinfonía* de Beethoven. Acordes esperanzadores, abrazos comunitarios, todo bien en el futuro mundo de los hombres.

—Con que desde Tunja haremos la gran renovación que le espera al país —dijo Sánchez, y se rio con sorna—. En Tunja solo se renuevan el seminarista, el soldado y el oficinista. —Y como estaba Otálora con ellos, lo miró con pena—. Pero eso no es culpa tuya, Florencio.

—Jugársela por la música es válido —dijo Otálora, sin importarle la burla de Sánchez—. Yo estoy aquí porque creo en ella.

—Pero una cosa es creer en la música como un oficio, y otra prometer que salvaremos a un país o a la humanidad con ella —contestó Sánchez.

—A Colombia no la salva nadie —dijo Escobar—. Lo que nace torcido jamás se endereza.

—A mí me convenció más el recorrido por la historia —dijo Cadavid—. En pocas palabras el maestro nos enseñó que la música ha venido de mal en peor.

—Lo que más me atrajo —dijo Escobar— fue lo de la guardia defensora de los derechos musicales. Me los imagino uniformados con overoles marcados con claves de sol. Dándole con los platillos en la cabeza a quienes ataquen los buenos modales de la música. ¿Qué tal Zabala de presidente de Colombia?

—Lo mejor —dijo Florencio— fue que nos habló como si ya hubiéramos pasado el examen.

—Y eso de que la música será digna de nosotros —dijo Sánchez— sonó a homilía de párroco. A estas alturas mi papá, que no fue a ninguna escuela, que aprendió a tocar solo la guitarra y se la pasó componiendo bambucos y pasillos en su finca de Barbosa, murió en sospechoso olor de indignidad.

—No lo tomes tan a pecho con tu familia —dijo Cadavid—. Más bien recuerda que Zabala se formó en la Unión Soviética y lo que pasa por el comunismo huele a feligresía malsana.

—¿Y tú qué sabes del comunismo y de la Unión Soviética? —dijo Sánchez.

—Eso es cultura general —dijo Cadavid—. Hasta el sacristán de Puerto Berrío sabe que el Partido Comunista es como una gran asamblea sin Dios pero con un secretario perpetuo.

—En todo caso mañana es el examen. Y lo que ya estudiamos es lo que pudimos estudiar —dijo Otálora—. ¿Qué tal si vamos a Runta y celebramos el paso del examen?

—¿En verdad crees que ya ganamos el preparatorio? —dijo Escobar—. No te hagas ilusiones. Y eso de Runta, ¿qué es?

—Son unos restaurantes de comida típica —dijo Otálora—. Hoy es jueves y conozco uno donde el cuchuco de trigo con espinazo es una maravilla. Incluso queda por donde ustedes viven.

—¿Y por qué no nos dijiste eso? —le reprochó Escobar a Sánchez.

—Antioqueño que se respete no come esos platos de indios —dijo Sánchez, y se le rio en la cara a Otálora.

—Este salió más montañero que todos —dijo Cadavid, y se apuntó a la propuesta de Otálora. Dijo, sin embargo, que andaba sin plata.

—Sí, vamos —dijo Escobar—, tenemos derecho a comernos todo el marrano del mundo. Los cuatro se levantaron de la mesa de la cafetería de Chavita y salieron.

—Yo te invito esta vez —dijo Sánchez. Y Cadavid lo abrazó, agradecido.

## CAPÍTULO SEGUNDO

## Paisaje

Cuando supo que no solo pasaba el preparatorio, sino que lo ascendían al grado C2, Cadavid sintió una mezcla de orgullo y anonadamiento. Habían valido la pena los trasnochos y el hambre. Porque desde que estaba en Tunja tenía hambre a toda hora. Había trabajado como un endemoniado y los consejos de Francisca Benítez surtieron efecto. Su nivel de piano era rudimentario, pero la pieza de Bach y las escalas de Czerny funcionaron. Como cantó los encadenamientos de memoria y sin equivocaciones, y la afinación de los ejercicios de solfeo y la precisión de los de ritmo satisficieron a Zabala y a su secretario, ambos le pusieron la máxima nota. Los otros tres compañeros pasaron al C1. A la salida del salón se formó un pequeño corrillo y hubo abrazos de felicitaciones. Más tarde Cadavid salió a llamar a Manuela. Necesitaba compartirle su logro. Estuvo en las cabinas de Telecom, situadas en la Plaza de Bolívar, haciendo una larga cola. Tomó el teléfono, marcó y nadie respondió. Hacía días que la llamaba, en la mañana, en la tarde, en la noche, y nunca la encontraba. Al otro lado le decían que estaba en la universidad, que andaba en el teatro, que se había ido para cine.

Cerca de la medianoche, Cadavid pidió el dinero prestado para el viaje. Escobar se incomodó porque la deuda crecía sin saldarse. Pero para eso iría a Medellín, explicó Pedro. Debía conseguir dinero para pagarle y tener con qué vivir el próximo mes. Buscaría una reconciliación con su padre. Estaba, además, Manuela. Le hacía una falta tremenda. En un mes habían conversado pocas veces por teléfono. Cadavid le propondría que se fuera para Bogotá. Así estarían más cerca, dijo. Escobar lo miró con una mezcla de compasión y

burla. No te hagas ilusiones, en Bogotá la perderás, dijo.

Cadavid se levantó temprano y fue a la terminal. La mañana estuvo radiante durante las horas que duró el viaje hasta Bogotá. Pedro se exaltaba con los campos altiplánicos. Las colinas, en una sucesión de verdes fragmentados, se perdían a lo lejos. Los campesinos, frecuentes en las lindes de la carretera, recogían y vendían papa. Armonizaban con la sutileza del relieve, pero Cadavid constataba que a sus ranchos los cubría una desidia secular. El bus donde iba, que paraba en todas partes, estaba lleno de ellos. Un olor a cuerpos sin baño, a bebidas fermentadas, a tierra húmeda inundaba la atmósfera. Cadavid los observaba. Reservados, o comunicándose en un castellano poblado de exclamaciones cantarinas, con las máculas púrpuras en los rostros, ocasionadas por la intemperie. Eran los descendientes de un grupo indígena que había despertado entre los conquistadores españoles la ambición de un oro que no encontraron nunca del todo. Ni en las lagunas de los mitos, ni en las faldas de la cordillera, ni tampoco en las selvas allende los grandes ríos. Cadavid miraba las ruanas campesinas y notaba que algo se movía. Eran gallinas o pollos o crías de marrano, o niños de pecho que se acomodaban para chupar las mamas fructuosas. Y recordaba, sonriéndose, a Hernando. Los dos veían que, en alguna esquina de Tunja, esas mujeres subían sus ruanas, levantaban los faldones y se acuclillaban para mear. Son ruanas multiuso, opinaba Escobar. Sirven para proteger del clima, para ocultar los besos y las caricias, para limpiarse la boca, el culo y la vulva, para arrullar al niño que tiene hambre. Así deberían ser todas las prendas, decía el flautista, cuya fantasía en esos primeros días tunjanos era tumbarse con una campesina sobre una de esas ruanas toderas.

Hacia el mediodía, el segundo bus se descolgó por las comarcas ardientes de Cundinamarca. Cadavid fue despojándose de la bufanda, la chaqueta y el chaleco. Abría la ventanilla y dejaba que el céfiro de los montes lo vivificara. Las curvas eran muchas y él buscaba el aire, cada vez más fresco, para que le

espantara el mareo. Aquel era dulce y tibio, y en su itinerario por vegas y quebradas propiciaba una expansión en las narices y un mayor deleite en el fluir de la sangre. Los árboles se tornaban más recios en tanto que el bus descendía. Cadavid los asociaba con las figuras emblemáticas de la madre y el padre. Había algunos, de frondosidades dilatadas y ramajes gruesos, que formaban como un puente a lo ancho de la carretera y otros que se suspendían, volátiles y soñadores, sobre los barrancos.

En Honda pararon para almorzar. Cadavid se comió un sancocho de bagre y el caldo le expulsó de los huesos los últimos vestigios de la humedad. Mientras esperaba que el chofer y su ayudante comieran, se aproximó al puente. Vio el río Magdalena. Era sucio y, en ese tramo, torrencial. El sol golpeaba como un yunque en el centro de los ojos. Pero en vez de cerrarlos, Cadavid miraba las mujeres que iban y venían por los comederos. Eran de caderas ampulosas, de senos que podrían caber en su mano, de brazos fornidos y cabelleras lustrosas recién lavadas. Todas llevaban qué vender: una cacerola de mangos biches, pescados colgados de un palo, tortas fritas de maíz. Después el bus se hundió en el marasmo del valle. El ganado pastaba en los claros hechos por las gramíneas, o iba a tomar agua en charcos cada vez más secos. Al son de una canción, que contaba un amor traicionero y una copa rota, y viendo el vuelo de las garzas que se posaban sobre los lomos de las reses, Cadavid fue adormeciéndose. Hasta que, con la boca abierta y el cuerpo desgonzado, roncó con placidez.

Despertó a la caída de la tarde. Alguien le tocaba el hombro. Era un soldado. Cadavid se levantó como un resorte. Preguntó qué sucedía. Había un derrumbe llegando a Granada. El militar le dijo que descendiera para una requisa. Cadavid buscó sus papeles y mostró su cédula y la libreta militar. Otro soldado, más joven que el primero y con el rostro devorado por el acné, le pidió que abriera el morral. Cadavid fue sacando sus pertenencias. Ante la pregunta de qué trataban los libros, no respondió. El soldado insistió. Es

poesía, dijo Cadavid. ¿Y eso para qué sirve?, preguntó el soldado mientras pasaba las páginas de *Cartas a un joven poeta* de Rilke. Para pasar el aburrimiento. ¿Y funciona?, preguntó el otro. Al pelo, contestó Cadavid. Duraron más de tres horas estacionados. Los pasajeros aprovechaban y miraban el trabajo de la excavadora que despejaba la carretera del barro y las piedras. Los noveleros se acumulaban y miraban y fumaban cigarrillos y tomaban tinto que alguien, brotado de quién sabe dónde, vendía en termos viejos. Al ver las primeras luces de Bello, luego de pasar el túnel de Guarne, Cadavid se conmovió. En una de esas casitas iluminadas allá abajo, sobre las faldas del monte Quitasol, vivía su novia. Llegó a la terminal de Medellín tarde en la noche. Llamó a Manuela, quien se puso feliz, y asintió ante la pregunta de si podía quedarse en su casa. Cadavid tomó un taxi. Llovía con violencia y el carro avanzó con lentitud hacia el barrio Niquía.

## Ligereza

Pidió que no hiciera ruido. Lo besó hasta que las manos de él tocaron los senos y le metió la boca debajo de la camiseta y le mordisqueó el vientre. Él le susurró en el oído que estaba loco por ella. Ella lo llamó mi músico necio. Pero esa noche no hicieron el amor. Los hermanos y la madre de la muchacha dormían un sueño vigilante.

Al otro día fueron al centro de Medellín. Cadavid no dejaba de agradecer la bondad del clima. Una brisa tibia movía los grandes árboles del Parque Bolívar. Almorzaron en Versalles y entraron a unas residencias de Prado. Allí se amaron como si creyeran que era la última vez que podían hacerlo. Manuela se ponía debajo o encima de él. Pedro se pegaba a las nalgas de ella. Uno y otro se lamían simultáneamente los sexos. Una sensación de comunión tan efímera como interminable los envolvía. Y el espasmo los arrojaba a la cima por fin alcanzada que era, a su vez, el comienzo de un deleitoso vacío.

Mientras se vestían, Cadavid reclamó por las llamadas jamás contestadas. Se quejó de lo difícil que era vivir en Tunja sin que ella respondiera a su afecto.

—Te he escrito muchas cartas y tú ninguna —dijo. Le miró sus ojos acanelados de divinidad africana. Ella respiró, incómoda, ante las recriminaciones.

—Intento ser fiel en medio de la nostalgia —dijo—. Te quiero, pero te fuiste, y me siento como abandonada.

—Dijiste que irme era lo mejor que podía hacer, y que por esa decisión de dedicarme al arte ibas a quererme más.

—Pero me agobia la soledad.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que necesito que me amen.

Cadavid se alarmó y preguntó por la presencia de otro.

—Me siento sola —dijo Manuela—. Y sí, tengo algunos pretendientes.

—Pero yo te quiero y el que está solo en Tunja soy yo.

Como ella le vio la tribulación, le acarició el cabello.

—Si estuvieras aquí, no me pasarían por la cabeza tantos pensamientos encontrados.

—Eres ligera —dijo Cadavid separándole la mano.

Caminaron hasta la avenida De Greiff, donde se cuadraban las busetas de Niquía. Hicieron la fila y unos niños se acercaron a pedir limosna. Eran indígenas. Sucios, semidesnudos, con sus barrigas infladas. Le halaban los pantalones a Pedro. Manuela les dijo que no tenían dinero. Dejaron pasar varias busetas porque abordaron el tema de Bogotá. Tres ancianos ciegos pasaron tocando la lira, el tiple y la guitarra. Estarían más cerca. Podrían verse los fines de semana. Él conseguiría un trabajo. Ella haría lo mismo. Manuela guardaba silencio para escuchar la música. Así sonaban los bambucos en el siglo XIX, pensó Cadavid, al ver que el trío se iba sin recibir monedas. La muchacha subió a la buseta y desde la ventanilla le mandó un beso con las manos. Cadavid se acomodó el morral en los hombros. Tomó la dirección del Parque Berrío. En la calle Colombia se cuadraban las busetas que iban a Laureles. El centro, a esas horas de la noche, estaba desolado. Era como un inmenso burdel en desbandada. Un olor a putrefacción se expandía en el aire. Las cantinas lanzaban a los últimos borrachos y algunos de ellos orinaban o vomitaban al lado de los postes. Cadavid sospechó que la suya era una ciudad sitiada por una peste que no venía de afuera sino desde su interior. De pronto, se sintió extenuado. ¿Cuántas veces habían hecho el amor? Contó con los dedos y sintió una especie de orgullo. Una señora rubia y de ojos

azules subió al bus con un bebé dormido. Saludaba con voz llorona mientras repartía estampas de la Virgen de Fátima a los pasajeros. Dijo que tenía otros hijos sin comer mientras solicitaba la caridad de los pasajeros. Cuando ella descendió, Cadavid vio que sacaba un fajo de billetes arrugados de su corpiño. La buseta arrancó y él empezó a cabecear.

## Bicho

Por la condición de benjamín, por su disciplina en los estudios y el carácter reservado, los padres lo preferían sobre los otros hijos. La madre lo había encomendado a Dios y quería que fuera sacerdote. El doctor señalaba, con charlas didácticas, la senda de la medicina. En el último año del bachillerato lo invitó al consultorio para que viera pacientes y se empezara a relacionar con algunas patologías. Al pasar a la facultad de medicina, el padre quiso recompensarlo y Pedro mencionó la flauta travesera. El instrumento fue comprado, pero también un botiquín con los utensilios para medir la tensión, tomar el pulso, ver las profundidades de la boca y los oídos. cursaba el cuarto semestre y tomaba clases de flauta cuando Hernando Escobar mencionó el Pequeño Teatro. Ambos se unieron al montaje de los poemas de Barba Jacob con que la compañía quería celebrar el centenario de su nacimiento. Entonces empezó un recorrido que liberó a Cadavid de la familia, de la medicina y de Medellín. La relación con Manuela, si bien lo atormentaba, lo llenó de fuerzas para tomar esas decisiones. Más tarde se daría cuenta de que ambas, la música y el amor, eran causas tan poderosas como inasibles y que por esa condición valía la pena hacer cualquier sacrificio por ellas. Fue por esos días cuando se produjo la conmoción familiar. Hasta los esposos de sus hermanas mayores y los novios de las menores intervinieron para aconsejar al muchacho. Sus hermanos, pendientes del dinero y el placer, lo veían como un bicho. Sin embargo, quien más sufrió en esta metamorfosis fue Pedro. Su madre, una mujer devota y rezandera y de ademanes dulces, fue la única que lo apoyó en su determinación insensata. Porque eso le dijo: lo que vas a hacer es

insensato. Pero una cosa me consuela: vas a dedicarte a la música que es, de entre todas las cosas terrenales, lo único que hay en el cielo.

Al doctor, por su parte, lo atraían los negocios. A ellos dedicaba con ahínco todas sus fuerzas para recuperar una fortuna desvanecida por culpa de uno de sus socios más queridos. Este le había robado sus propiedades, fincas con ganado ubicadas en predios cercanos a Barrancabermeja, para esfumarse después por arte de birlibirloque. Presenciar ese empecinamiento por ganar dinero en alguien desprovisto de la astucia del negociante le provocaba aflicción a Pedro. No entendía por qué su padre no se concentraba en su profesión. Era un médico nato que podía diagnosticar los males con solo ver la lengua de sus pacientes. Lo mejor era olvidar esos cruces bursátiles y evitarle a la familia la constatación de un desengaño incurable. Porque ese odio por el socio desleal parecía ser la causa de su alcoholismo. ¿Cuándo había comenzado su apego al aguardiente? Mucho antes de que naciera Pedro, el último vástago, hijo de la decadencia física de sus padres. Y si en ese comportamiento no tenían nada que ver las huellas de una infancia desventurada por la miseria, su efímera riqueza material y la respectiva quiebra económica, ¿qué motivaba al doctor a beber de esa manera? Cadavid averiguaba y no conseguía sacar nada en claro. Bebe desde que lo conozco, respondía su madre entre resignada y compasiva. Pedro asumía, empero, otra actitud. Una vez, su padre lo mandó a comprar aguardiente en una tienda. Esa noche el adolescente obedeció a contrapelo. Primero, porque se sentía inquieto y feliz leyendo las desventuras de Edipo y, segundo, porque era la noche de un domingo y su padre quería emborracharse por cuarta vez. Compró la botella y de regreso a la casa la estrelló contra un muro. Al llegar, explicó que se le había caído. Pero no hubo problema porque el doctor ya estaba durmiendo. Esos domingos, de hecho, eran una pesadilla. Su madre no paraba, desde la mañana, de echarles peroratas a sus hijos porque no iban a misa. Los hermanos peleaban porque los unos pasaban por los pisos que trapeaban las

otras. El de allá escuchaba el partido de fútbol por la radio a todo volumen y la de acá reclamaba su espacio poniendo en la radiola a Sandro de América y a Nino Bravo. Mientras tanto el doctor se emborrachaba con exacerbación. Tres o cuatro jumeras en un solo día era demasiado. Pero lo peor sucedía cuando se dedicaba a insultar al fantasma de su socio bribón. Una de las motivaciones que empujaron a Cadavid hacia la música fue, justamente, alejarse de esa familia asfixiante. Tenía un padre derrotado y alcohólico, una madre resignada e intoxicada por Dios y unos hermanos cuyo máximo sueño consistía en ganar dinero. Ellos no estaban para nada errados. Pedro era, en medio de todos, un personaje raro.

Ahora estaba tocando el timbre de la casa de Laureles. Oía que su madre abría las chapas de la puerta. Veía que sus hermanas bajaban del segundo piso a saludarlo. Y él, entre abrazos y besos, iba diciendo que acababa de llegar a Medellín. Les contaba la historia de los exámenes que había pasado. Ante la pregunta de cómo era Tunja, les comentó del frío, del pueblo grande o de la ciudad pequeña donde no había nada que hacer sino estudiar. Mientras la madre le servía de comer, Cadavid dijo que necesitaba dinero. ¿Aguantas hambre?, preguntó la mujer, y le pasó la mano por la cara. Un poco no más, contestó Pedro.

## Rebeldía

Manuela era la única hija de un hogar en que solo trabajaba el padre. Un obrero de Fabricato que vivía en el tercer piso de una casa que él mismo había construido. El segundo, en obra negra, lo habitaban su esposa y los hijos. Mientras que el primer piso, el más decente porque estaba pintado y tenía puertas, se lo arrendaba un compañero del trabajo. El obrero era un hombre rústico, encanecido prematuramente, y hacía años no le dirigía la palabra a su esposa porque consideraba que estaba loca. Cada semana llegaba con un costal de comida para su descendencia. Los diálogos los hacía a punta de alegatos y nada era más arduo que hacerlo reír. El mundo para este hombre semejaba un laberinto plagado de injusticias, de malos entendidos, y la familia, en vez de ser un paliativo, aumentaba su irritación.

La madre, una mujer asediada por arrebatos místicos, hacía muñecos y adornos caseros, pintaba cuadros con una técnica rudimentaria aprendida en los cursos que Fabricato ofrecía a las familias de sus empleados. Con estas actividades, se protegía de la brutalidad de su esposo. El obrero la encerraba en la casa por varios días para que se dedicara al hogar y no vacilaba en golpearla cuando ella lo contrariaba. Le prohibía seguir con esos cursos inútiles e ir donde sus amigas. Manuela, fría en cuestiones religiosas e irreverente con los machistas de toda índole, confrontaba a ambos progenitores. A su padre por la bastedad, a su madre por la sumisión. Su rebeldía era lo único en lo que creía. Amaba a Niquía, el barrio donde había vivido. Se sabía de memoria los tangos que escuchaba desde niña en las tiendas vecinas a su casa. Y por el monte Quitasol, en cuyas faldas estaba

levantada su casa, sentía una adoración pagana. No ignoraba, sin embargo, que Niquía era una cárcel de la cual debía escapar.

Este escape fue delineándose con Cadavid. El obrero le pagaba los estudios porque era la única de entre sus hijos que había pasado a la universidad. Pero le recordaba, huraño, que debía trabajar para costeárselos luego porque él asumiría los gastos solo hasta el segundo o tercer semestre. Su madre no cesaba de sermonearla con Dios. Le decía que tuviera cuidado con los hombres porque todos eran aves de rapiña. Y en cuanto a sus hermanos, existían solo para provocar sobresaltos. El mayor era adicto al juego y había desvalijado la casa en varias ocasiones. Llegó incluso a vender los pocos libros de literatura, un Victor Hugo, un Balzac, un Tolstoi, que su hermana había recibido como regalo de algunos de sus profesores por haber pasado a la universidad. El segundo era un bebedor empedernido y estaba tocado por una suerte de frenesí entusiasta en el que confluían el desafuero y la irresponsabilidad.

Mientras iba y venía por Medellín y Bello, deseando al músico distante y reprochando su ausencia, Manuela planeaba la huida de su casa. Como a Pedro Cadavid, Medellín, rodeada de inmensas montañas, la sofocaba. La poesía y el teatro eran, en realidad, una parte de su asidero porque le parecían propios para expresar su descontento. La otra era su belleza sensual y enigmática. Con Pedro habían leído, en esos meses previos al viaje a Tunja, *La montaña mágica* de Thomas Mann. A Manuela le gustaba que su novio, mientras iba desvistiéndola, le recitara las frases del amor anatómico que Hans Castorp dedicaba a la señora Chauchat. Aquel “tu cuerpo es una gran gloria adorable”, aquel “déjame tocar con mi boca tu arteria femoral”, aquel “déjame oler la exhalación de tus poros y rozar la pelusa de tu sexo” volvían loca de emoción a la muchacha.

Ahora que le habían pedido que se fuera para Bogotá, Manuela reconoció la senda de su liberación. A esa alternativa le dio vueltas durante el viaje a su

casa. Y en los días siguientes siguió pensándolo, aunque nunca le contó a su novio que ya había tomado una decisión. Lo dejó irse, en cambio, para Tunja sumido en la incertidumbre porque comprendía que en el amor lo mejor, para garantizar apegos, era sembrar la duda. Pero al acostarse con Cadavid, esta vez en un motel de Robledo, en la víspera de su partida, ella, que se había jurado jamás confesar ese tipo de sentimientos, dijo que lo amaba. Él entró una vez más en su cuerpo y le pidió que lo repitiera. Se miraron, en medio del delirio, y Manuela lo repitió.

## Compañeros

Llegó a Tunja a medianoche. El bus no entró a la terminal, sino que se cuadró al lado de la carretera, allí donde se levantaban bares y talleres automotrices. Cuando descendió, se topó con un grupo de gamines y sus perros montados en una zorra. Los vio, con sus atavíos mugrientos y sus pelambres enfermas, y uno de los canes le ladró a lo largo de varios metros. Luego subió por la calle diecisiete y se detuvo frente a la fachada de la escuela. La puerta, que semanas antes había procurado zozobra, ahora era la entrada al mundo de la música. No había llovizna ni neblina, aunque corría un viento helado. Paró en el cruce con la carrera y esperó. Tampoco apareció ningún guía. Evocó el rostro del hombre que lo había llevado al hotel, pero no recordó bien sus facciones. Buscó en su billetera la tarjeta. Leyó: Lorenzo Cifuentes, profesor de literatura. ¿Por qué no lo había buscado? Pero ¿con qué tiempo y para qué? ¿Para conocer esa ciudad nocturna de la que el otro le habló? Aunque, sin duda, podían platicar de libros y de escritores. Cadavid levantó los hombros, giró hacia la izquierda y se enrumbo hacia las cuevas.

Al entrar todo estaba oscuro. Llamó a su amigo y no hubo respuesta. Separó las vituallas que le había traído y se acostó en la espuma. Aspiró en la humedad del espacio un cierto aroma de fermentación. Hernando Escobar llegó al rato. Estaba acompañado. Cadavid escuchó risas contenidas y gemidos entrecortados. La chica se llamaba Carlota Pijao. Venía de un pueblo llamado Armero, y sería una de sus compañeras del grado C2. Era una mujer alta, con el pelo rojizo y labios carnosos. Sus ojos, entre verdes y amarillos, se prolongaban hacia los extremos dándole una tonalidad asiática a su

semblante. Festiva por naturaleza, Pijao decía las cosas con una sinceridad atropelladora. Una potra salvaje, dijo Escobar después a su amigo. Y Cadavid se preguntaba cómo Escobar se metía en relaciones tan temerarias. Pero no era difícil concluir que ella estaba encantada con la labia del flautista. Se divertía con sus ocurrencias y en la cocina se entendían a las mil maravillas. Estas jornadas de Cupido de su amigo, sin embargo, eran breves. Sucedió la complacencia y degustado el fruto, Escobar se distanciaba. Esto provocaba reproches, lágrimas e insultos en las féminas. Pero Escobar argumentaba que él no prometía casas en el aire, ni afectos duraderos. Lo suyo era un juego, y él lo decía desde el principio.

Las otras mujeres del C2 eran Francisca Benítez, Estela Castillo y Lucrecia Gómez. Las dos primeras, tunjanas, se mantenían juntas. Pese a estar por los veinte años, se comportaban como adolescentes. Se reían por cualquier cosa y constituían el correo de las brujas de la escuela. Estaban al corriente de todo: desde el estado civil de Chavita, cuántos hijos tenía Yamil y en qué barrio vivía Avechucho hasta las cuitas del maestro Zabala en Moscú y las serenatas que daba Fulgencio Mancipe con su grupo de música colombiana. Fue el interés por el chisme lo que las acercó a Cadavid, pues supieron —Escobar y Sánchez lo hicieron público donde Chavita— que el recién llegado escribía. Eran tan cercanas que suspiraban por los mismos compositores. Mozart y Beethoven las encantaban. Schubert y Schumann las conmovían. Brahms las subyugaba incondicionalmente. Ambas tenían voz de soprano y en el coro de la escuela hallaban uno de los deleites mayores de su aprendizaje de la música. La experiencia de haber cantado las canciones folclóricas alemanas de Brahms había sido una especie de epifanía. Pero Cadavid las molestaba ante esta admiración platónica, diciéndoles que Brahms había sido un solterón ordinario con las mujeres y dueño de una conversación insulsa como jamás se había dado en ningún otro compositor. Se mantenía eructando la cerveza y la salchicha, y al embriagarse su boca se poblaba de obscenidades. En ellas, las

mujeres eran unas rameras y los hombres unos cornudos. Tenía alma de músico, es cierto, les precisaba Cadavid, y entiendo que amen esa faceta, pero como ser humano era un zafio. ¿Un qué?, gritaban atónitas las muchachas. Y lo miraban con ojos exorbitados, rojas de indignación, haciendo ademán de cachetear a su compañero. Pero la discusión terminaba en risas, y en los ratos libres se iban a la discoteca del tercer piso a escuchar la música más pura compuesta por aquel hombre adocenado.

La otra compañera provenía de Bogotá. No se sabía por qué le decían Lulú si se llamaba Lucrecia. Y era verdad que se crispaba cuando la llamaban por su nombre. Se desconocía también el motivo de esta contrariedad. Con aspecto de bruja —pelo desgredado y negro, nariz aguileña, dientes afilados—, se mantenía en un estado que era una mezcla de burla hacia todo y una histeria manifiesta en jaquecas y risas explosivas. Vestía un negro desfachatado. A pesar de que su pelo se veía revuelto, expelía una fragancia provocadora. Cadavid vacilaba en tratarla. Presumía que una buena manera de acercarse era seguirle la corriente y compartir la sorna desbordada de sus frases. En otras ocasiones la saludaba con el fin de conversar, pero Lulú lo rechazaba reproduciendo con sarcasmo las eses silbadas de su acento antioqueño. Tenía días en que se replegaba en una apatía sin palabras que ahuyentaba hasta a Eduardo de Ávila, su novio. Era tajante en sus opiniones políticas, inclinadas a la anarquía, y no demostraba ningún sentimiento por la música. Los sonidos le interesaban solo por su condición de entes propicios a la experimentación. A veces, sin embargo, ponía música rock metal en su tocadiscos y brincaba con De Ávila al son de los aullidos. Las dos compañeras del correo de las brujas le parecían un par de chiquillas bodoques ya que no sabían lo que era tener un falo entre las piernas. Ante esta superioridad bochornosa, Estela y Francisca la evitaban y solo le dirigían la palabra si ella les inquiría sobre las tareas de los cursos. Y es que con Eduardo de Ávila, que también integraba el grado, solían faltar a las clases. Pese a ello, la pareja cumplía sus deberes y el

maestro Zabala les guardaba respeto.

El director, por su lado, dedicaba poco tiempo a dialogar con sus estudiantes. Lo cual no significaba que estuviese alejado de ellos. Al contrario, los conocía a todos por sus talentos e insuficiencias. En esto radicaba su inclinación pedagógica. Pero con Eduardo de Ávila se daba una excepción. Hablaban frecuentemente en los corredores, en la oficina de Zabala, en la cafetería situada debajo de las escaleras, en las caminatas por los alrededores de la escuela. ¿De qué podían hablar?, se preguntaba Cadavid. Las brujas respondían como quienes poseen una información preciada: de música contemporánea. Pedro enarcaba las cejas y Estela y Francisca agregaban que Eduardo era estudiante de composición.

Los últimos integrantes del C2 eran los hermanos Sandoval. Poseían nombres de reyes: Luis Carlos era el mayor y Manuel Alfonso, el menor. Magro y desmirriado, el primero. El segundo, regordete y bajo. Bromista, el gordo. Silencioso, el flaco. Ambos estudiaban violín y fueron inseparables hasta que surgió la crisis que habría de separarlos definitivamente. Pero en esos días entraban, a tropezones, en la adolescencia. Tanto que en el montaje de las canciones folklóricas alemanas de Brahms, sus voces reforzaron la parte de las sopranos. En los dos, el oído era un portento. Sus condiciones para el instrumento de cuerda, las más óptimas. Zabala los consideraba parte de su tesoro. Y desde que los escuchó, prometió a sus padres, un par de burócratas que trabajaban en la alcaldía de Tunja, una beca en la Unión Soviética.

## El plan

El maestro Zabala poseía la condición de la ubicuidad. No solo dirigía la escuela, sino que era profesor de piano, armonía, solfeo y contrapunto. Se encargaba del coro e impartía las clases de literatura musical, dirección de orquesta y composición. Iba y venía por los salones y los pasillos para que todo funcionara adecuadamente. Observaba con atención el estado de las puertas, las ventanas y los aleros. Tocaba el maderamen de los pisos y verificaba la firmeza de los barandales. Con Yamil revisaba atriles, llaves e instrumentos para que estuvieran en buen estado. Hacía los pedidos de la pequeña biblioteca, y también la compra de los discos y videos de la discoteca, base de las clases sobre historia de la música. Gustoso daría las clases de folklore —tocaba de memoria en el piano un repertorio interminable de bambucos y pasillos, torbellinos y danzas—, pero de estas se encargaba su secretario, Fulgencio Mancipe.

Zabala vigilaba de cerca la cotidianidad de sus estudiantes. Cuando se enteró de que su pupilo de Sogamoso, candidato para irse a Moscú, tenía novia, puso el grito en el cielo. Lo citó a su oficina para llamarle la atención. Durante varios días le habló de las impertinencias del amor en la vocación musical. Pero la pareja de adolescentes no le hizo caso. A los pocos meses, Zabala se enteró de la gravidez de la muchacha. Estuvo varios días con el genio agriado y no recibió a su discípulo, que pedía unas clases en la escuela para enfrentar la crisis económica de su paternidad precoz. Zabala se las dio finalmente, y hasta terminó prestándole dinero. Pero, en el fondo, fue desentendiéndose de él. El mancebo regresó a Sogamoso, donde se casó con

su novia. Tuvieron el hijo y un día, hastiado de la paga paupérrima que recibía por sus clases privadas de música, su suegro se lo llevó al campo para administrar una finca. Su nombre, poco a poco, dejó de pronunciarse en la escuela.

Zabala juzgaba también sobre el instrumento que debían tocar sus estudiantes. A Estela Castillo, que amaba al violonchelo con la misma intensidad con que escuchaba a Brahms, le dijo que ni se le ocurriera. Era muy vieja —Estela tenía dieciocho años— para dedicarse a ese instrumento. Sus brazos no eran tan largos, ni sus piernas tan sólidas. Ella le contaba a Cadavid, casi llorando, que el director jamás la había visto tocar el violonchelo para que dictaminara así sobre sus extremidades. Cadavid, a su vez, enfrentó las intromisiones del maestro. Un día Zabala lo abordó en el almacén y lo invitó a su oficina. Ordenó que abriera la boca y pronunciara algunas palabras. Zabala se acercó lo suficiente como para decirle que su boca no era de flautista sino de oboísta. El estudiante recordó que su propósito era la musicología y jamás el oboe.

—¿Por qué tan convencido? —preguntó el director.

—Un oboe bien tocado es como escuchar la voz de un ángel. Pero para lograrlo hay que pasar por el infierno —respondió Cadavid. Zabala, sonriente, le pidió que se sentara.

—¿Qué piensa usted de todo esto? —preguntó.

—Me gusta.

—¿Es lo que esperaba?

—Llevo poco tiempo, pero me siento bien y agradezco la oportunidad que me ha dado.

—No lo busqué para que me diera las gracias. Me interesa hablar con alguien que tenga una perspectiva diferente, que no esté interesado solo en la música.

—¿Qué quiere decir?

—Sé que usted escribe.

—¿Y eso le molesta?

—Por supuesto que no. Está bien que los músicos escriban. Ojalá yo tuviera la facilidad para hacerlo.

Entonces Zabala se levantó y tomó de la repisa varias carpetas. Cadavid vio que las seleccionaba con precisión. Formó un montón a su derecha, otro a su izquierda y miró al estudiante complacientemente.

—Aquí está la escuela de música —dijo. Como Cadavid no entendía, el maestro explicó—: En estas carpetas está el plan de la que funciona ahora y de la del futuro. Si todo se hace como está diseñado en estos papeles, haremos una institución de la que dependerá la enseñanza de la música en Colombia.

Zabala fue explicando cómo sería la organización de esa escuela soñada. Una dirección, una secretaría y un conjunto de facultades que, a su vez, tendrían sus respectivos departamentos.

—Mire, por ejemplo, esta carpeta. Es la facultad de Teoría con sus departamentos, entre los cuales está el de musicología. El departamento que algún día usted podría coordinar.

Cadavid abrió la carpeta y pasó los ojos por las hojas. Al final, encontró unos cuadros sinópticos, rodeados por una ornamentación hecha con claves de sol, fa y do.

—Hasta hemos diseñado una especialización de etnomusicología con un pénsum especial.

El director tomó otra carpeta: era la facultad de orquesta. Allí estaba, bien detallado, el departamento de instrumentos de cuerda. Otro de instrumentos de vientos de madera, otro de instrumentos de metal, y otro más de instrumentos de percusión. Más adelante, se abrieron las carpetas correspondientes a los departamentos de órgano, clavicémbalo, vihuela y viola da gamba. Y pasaron más carpetas donde se detallaba cómo serían las facultades de piano, coro y dirección de orquesta y composición.

—Este plan ha sido concebido con el solo propósito de llevarlo a cabo — dijo Zabala. Guardó silencio y se quedó mirando el piano blanco, ubicado detrás de Cadavid. Este pensaba si lo que había visto, diseminado en los papeles, era una obsesión organizada o el sueño de un delirante.

Durante días Cadavid se creyó el depositario de esta utopía pedagógica, hasta que se las contó a sus amigos. Sánchez lo sacó, no obstante, de la candidez. A él también le había tocado ese privilegio. La semana anterior, Zabala lo había sorprendido en el almacén bromeando con Yamil. Lo invitó a su oficina y allí le sopesó la estatura y la fortaleza del cuerpo. Sí, Sánchez, sentenció, usted nació para ser contrabajista. Luego le solicitó que se sentara y bajó las carpetas. Le mostró, en particular, la del departamento donde estaba el contrabajo. Escobar, por su parte, al escuchar lo del clavicémbalo y la vihuela, levantó los hombros preguntándose si había un solo clavecín o una imitación de vihuela en la escuela.

—A duras penas hay dos contrabajos y tiene más resonancia un sanitario que los dos juntos —dijo Sánchez.

—Y las flautas que hay son como para hacer tuberías —dijo Escobar.

—Y de cuándo acá tan inconformes —dijo Cadavid—. ¿Creyeron que con lo que pagamos nos iban a dar flautas de oro Yamaha o pianos de cola Steinway?

—Tienes razón —dijo Hernando—, pero no hay que negar que la enseñanza musical en Colombia es patética. En unas partes a los pianos se los está comiendo el gorgojo, en otras la humedad, y en casi todas están desafinados. Al menos aquí Leguizamón los mantiene afinados.

—Como sueño —dijo Cadavid—, el plan de Zabala es encomiable. Se refirió a una especialización en etnomusicología, y en la biblioteca, que yo sepa, no hay un solo libro sobre el tema. Pero si todo sale bien, será un prócer musical.

—Esa es la palabra —dijo Sánchez—, un prócer cuyo destino será que la

gente lo aplauda o le lance tomates. Solo hay que esperar.

## Coro

Era el espacio de todos. Donde había diferencias, las impuestas por una partitura con sus respectivas voces, pero donde, a su vez, aquellas desaparecían en los momentos en que las sopranos y contraltos, los tenores y bajos alcanzaban las cimas de los *tuttis*. La música cumplía una función eximia en el coro. El director de la escuela lo explicaba como una consigna de bienvenida. Aquí estamos para purificarnos, para aligerar nuestras dificultades cotidianas, para confirmarnos y decirle a los demás que existimos a través de la voz. Estas palabras eran aprobadas por los coristas. Incluso algunos, expectantes ante la aventura que iniciaban, aplaudían.

El coro formaba parte del programa académico de la escuela. Se reunía de lunes a viernes, de siete a nueve de la noche, en el salón 210. Era una actividad obligatoria para los estudiantes del plan A, el diurno, y del plan B, el nocturno. También lo era para los profesores. Los empleados podían integrarlo, así su formación musical no fuera la mejor. Ser miembro del coro era pertenecer a la escuela de música y a esa comunidad humana que, según la filosofía de Zabala, expresaba su comunión a través del canto. Estaba abierto incluso a gente de afuera. Quienes quisieran cantar, a quienes les gustara cantar, quienes tuvieran el deseo de aprender cantando eran acogidos. Y decir en Tunja soy del coro era poseer un distintivo peculiar.

Pero esta distinción generaba problemas. El coro lo constituían, en su mayor parte, personas más o menos afinadas, y los ensayos encaminaban un redil que gustaba de la música sin saber bien los meandros de su lenguaje y su escritura. De hecho, la expresión que empleaba Zabala en los ensayos, cuando se

exasperaba y no conseguía la afinación apropiada, era: ignorantes sonoros. Con todo, estos hombres y mujeres que venían de afuera, muchos de ellos estudiantes y profesores de la universidad pública y trabajadores de la administración municipal, veneraban al maestro y hacían lo posible para no provocar sus rabietas.

Una buena parte del coro se esmeraba entre la pena y la ansiedad. Estudiaban las partituras oyendo la grabación que la escuela, a través de Guillermo Leguizamón, hacía en casetes de la obra preparada. Asistían a los ensayos parciales, los más embarazosos, con cierto espíritu de resistencia. Porque allí se notaban, y en ocasiones escandalosamente, los vacíos de sus capacidades. Las primeras semanas del montaje eran, pues, insufribles. Se repartían las voces en los salones más pequeños para ir asegurando los pasajes difíciles. De estos ensayos parciales se ocupaban Mancipe y los estudiantes monitores. El proceso iniciaba con una lectura rítmica de la partitura en la cual no se pronunciaba el texto sino las notas, se pasaba a la sola entonación y, por último, se hacía con el acompañamiento del piano, que substituía a la orquesta durante el montaje. Cuando las voces estaban más o menos afianzadas, iban al ensayo general con el maestro Zabala.

Allí el director manifestaba entonces su sapiencia. Es decir, la capacidad de sortear lo que otros no podían. Para enfrentar la falta de profesionalismo del coro, ponía a los más avanzados en medio de los amateurs. En los pasajes en que se sientan inseguros, aconsejaba, escuchen al que está al lado y síganlo. Así, noche tras noche, como un demiurgo consciente del material torpe que se le ha concedido, Zabala iba moldeando los contornos de la música. Pero el camino no era muelle. Estaba atiborrado de escenas ingratas y el maestro se salía de sus casillas. Gritaba, aunque afinado, las notas indicadas delante de las sopranos cuando no cantaban lo debido. En otras veces, consciente del desequilibrio de las otras voces, se precipitaba hacia ellas y obligaba a cantar el trozo a cada uno. Resoplaba, las cicatrices del cuello y la cara se le

enrojecían, y tronaba si la afinación no se corregía. Si era el caso, marcaba el ritmo con los pies en la madera y este retumbaba en la casa. Los demás cerraban los ojos como si tuvieran vergüenza ajena. Pero no por Zabala, sino por el pobre corista que caía en el centro del turbión. A mí se me frunce el culo, decía Escobar, y a mí las güevas, replicaba Sánchez siempre que Zabala arremetía contra los bajos.

Con todo, el maestro lograba apaciguarse y sonreía con la munificencia de sus muchos dientes. Ofrecía excusas en un tono tan dulce que era casi una obligación aceptarlas. Hasta llegaba a palmotear los hombros de quien había recibido, minutos antes, la feroz reprimenda. Y comenzaba de nuevo hasta que, como un solo cuerpo y una sola voz, se cantaba lo debido.

## Morada al sur

Avechicho la dejó a entrar con la usual prevención que manifestaba frente a los advenedizos. La joven llevaba una vestimenta extravagante y su rostro, sonriente y travieso, convenció al portero. Las prendas de Marta Pantoja, anchas y de tonalidades oscuras, eran las mismas que habría de usar durante su paso por la escuela de música. Un par de *blue jeans*, tres camisetas gruesas de manga sisa, dos buzos de lana, una chaqueta militar, unas botas de obrero y algunos gorros. Caminaba con pasos lerdos y una mochila arahuaca le colgaba de los hombros. Pedro Cadavid la vio desde la balaustrada del tercer piso. Ella se paró en la mitad del patio, abrió los brazos y miró el cielo para recibir los rayos del sol, que esa mañana eran prodigios.

Se veía mayor de lo que era. Aunque, de cerca, su semblante develaba la marca de una pubertad reciente. Hablaba con el acento dulce de los pastusos, y en su apariencia había mucho que recordaba las sinuosidades de las tierras de donde provenía. Su pelo era corto, grueso, negro. Los ojos indígenas guardaban un no sé qué de malicia sensual. Aunque, en el fondo, desplegaban la estela de la nostalgia. La nariz y la boca eran finas y, más que una muchacha, parecía un muchacho. Tal ambigüedad fue lo que atrajo a Pedro Cadavid.

A la escuela, por entonces, iban llegando nuevos estudiantes. Eran pocos, y Zabala los recibía con entusiasmo. Sabía que la buena nueva de su institución se regaba progresivamente por el país. Se había prometido abrir las puertas a quienes, mayores de edad, quisieran educarse bajo sus consignas. Debía ser, por lo tanto, coherente con sus propósitos. Pero el caso de Marta Pantoja

llamaba la atención. Fulgencio Mancipe concluía que era una *hippie* que, de camino a Villa de Leyva, meca de los descarriados de entonces, se había topado con la escuela. No encontraba ninguna respuesta apropiada, salvo la generosidad de Zabala, para esta aceptación. Porque el gran problema de Pantoja no era la cebolla y el ajo que comía delante de todos como si se tratara de una fruta, ni sus ropas de vagamunda sin norte, sino que estaba malograda para la música. No oía mucho y tampoco poseía la más mínima noción de la disciplina que exigía la escuela. Solo había llegado a Tunja con una guitarra a la que le sacaba unos cuantos acordes.

Pedro Cadavid no pudo negarse a la solicitud ya que era un voto de confianza que el maestro depositaba en él. Zabala le pedía que reforzara el aprendizaje de la recién llegada. Ella entraría al grado C1 y sería la compañera de Sánchez, Escobar y Otálora, pero debía hacer unas horas suplementarias. Cadavid tenía las capacidades para enseñarle la teoría aprendida en el curso preparatorio. Pero no tardó en advertir que Pantoja jamás pasaría uno de los exámenes de la escuela. Se encontraban después del coro, en uno de los salones del primer piso. En sesiones de una hora, él debía fortalecerla en la teoría de las escalas. Primero la ilustró sobre las relaciones entre los temperamentos humanos y la música. Se detuvo en las tonalidades menores porque las prefería a las otras. Pedro amaba esa atmósfera donde la música nombra la nostalgia. Le dijo que para los teóricos del barroco la menor era un puente que los conducía, y en esto seguían la costumbre griega de darle una semántica a los modos musicales, a lo contrito. Algunos compositores habían definido a la tonalidad de la menor, y él tocaba sus acordes centrales en el piano, como quejumbrosa. Rameau fue uno de los primeros teóricos de la armonía que la asoció a la ternura. Y Lacépède, un poeta músico del Romanticismo, la consideró única para inspirar la tristeza. Estas explicaciones fueron suficientes para que Pantoja se interesara en ese muchacho flaco, de cabello castaño y ojos grandes que cambiaban de color,

como los de los gatos, según las variaciones de la luz.

La segunda sesión fue suficiente para que se dieran cuenta de que el interés de ambos giraba en torno a lo mismo. Pantoja saludó a su tutor recitando unos versos que pronunciaba continuamente para sí. Como si la música de ellos esculpiera el ritmo de sus palabras y su caminar. Cadavid escuchó, le pidió que repitiera, y ella dijo: “En las noches mestizas que subían de la hierba,/jóvenes caballos, sombras curvas, brillantes,/estremecían la tierra”. Luego Marta se quedó mirándolo y le confesó el motivo de su presencia en la escuela. Solo quería aprender teoría para ponerle música a ese poema.

En la tercera sesión, acabaron más rápido de lo esperado. Cadavid se separó del piano al notar que Marta no había hecho las tareas. En cambio, sin manifestar molestia alguna, pidió que le recitara el poema entero. Pantoja se sentó a su lado, cerró los ojos y fue pronunciando los más bellos versos escritos en Colombia. Cadavid se dejó llevar por nodrizas oscuras y montes verdes donde los árboles son un consuelo metafísico para los sentidos. Pantoja recitó “Morada al sur” demostrando que la cadencia de los versos le pertenecía únicamente a ella. Su tutor, dándose cuenta de que el rostro de un adolescente se abrazaba con el de una muchacha, le preguntó, como si estuviera preguntándose a él, por qué no se dedicaba mejor a la literatura.

Desde entonces se vieron con frecuencia. Almorzaban o comían juntos. Y era ella, generalmente, quien invitaba. Conversaban apasionadamente sobre libros y escritores. Cadavid se creía un buen lector de poesía, pero el contacto con Pantoja le fue descubriendo su frágil vanidad. Con ella no solo entró en el mundo de Aurelio Arturo, sino que se le abrieron las puertas de la poesía colombiana contemporánea. Todo lo que aconsejaba leer, Pantoja lo sabía de memoria. Poemas de Gaitán Durán, de Fernando Charrá Lara, de Álvaro Mutis. En esas jornadas, Cadavid dejó de acompañar a Francisca Benítez a su mansión blanca. Antes el tema eran Schumann, la noche prístina de la Selva Negra, la locura y la infancia como refugio. Ahora, en estos nuevos trayectos,

que finalizaban en el Parque Pinzón, por allí Pantoja había conseguido una pieza, emergían otros asuntos. Él le contaba a ella la novela que estaba leyendo: una suerte de río donde confluían un mundo, un tiempo, una sociedad en la vida de un músico llamado Juan Cristóbal. Y ella le recitaba los últimos poemas de Gaitán Durán hasta que, a medianoche, se despedían con un abrazo. El olor a cebolla y ajo flotaba en el aire. Pero había otro olor, más cálido y delicioso, enredado en las prendas de la mujer de Pasto. Atrás de sus figuras, se levantaban las ruinas de San Agustín, un convento que había sido hospital, batallón y presidio.

## *Fouetté*

Una noche salieron de la escuela y fueron a la Plaza de Bolívar. El lugar estaba tan solo que a Pantoja se le ocurrió que era un escenario para danzar. Levantó los brazos, se apoyó en una de las piernas y, con sus botas de obrero, urdió un tipo de *fouetté*. Cadavid la aplaudió diciendo que tendría más gracia si lo hacía ligera de ropas. Ella entonces se despojó de su pesado atavío y, por primera vez, su amigo se dio cuenta de que tenía unas caderas suntuosas y unos senos preciosos. Pero Pantoja no se dejó apreciar con detalle porque, completamente desnuda, llegó saltando hasta la Esquina de la Pulmonía. Cadavid se acomodó al lado de la estatua del Libertador para contemplar la visión. Con la respiración atragantada y quejándose del frío, la chica se vistió y propuso que fueran al atrio de la catedral.

Una botella de brandy emergió de la mochila arahuaca. Con un par de tragos prolongados se calentaron. Por un rato guardaron silencio. Es lo que más me gusta de Tunja, dijo Cadavid de pronto, y cerró los ojos. Estoy a toda hora con los pies mojados, nunca logro calentarme, pero este silencio es una bendición. Pantoja tomó un trago todavía más largo. Tarareó una de esas melodías pentatónicas que, según su criterio, serían la base para musicalizar “Morada al sur”. Le tomó la mano a Pedro, palpó sus venas pronunciadas y las besó. Este miró sus ojos, que a esa hora estaban afligidos. Pantoja bajó los suyos y contó su historia.

Mi madre tocaba la guitarra y escribía poesía. Quienes la veían quedaban subyugados con su belleza. Pero un desequilibrio se le reveló. De una alegría desbordante pasaba a una contemplación desconsolada de las cosas. El alma y

el cuerpo le pesaban tanto que caía en llantos sin pausa. Mi padre intentó aliviar esas crisis frecuentes. Visitaron médicos, psicólogos, psiquiatras. Hasta fueron donde un taita en las cercanías de Pasto. Nadie pudo curar a mi madre. Como mi padre es un abogado que se interesa por la China, acercó a mi madre a las filosofías orientales creyendo que ellas podían aliviarla. Tampoco lo logró. Quisiera decir lo contrario, pero soy como una copia de ella, y siento que mucho de su carácter se ha transmitido a mi sangre. Cadavid observó la foto que le pasó su amiga y supo de dónde venían los rasgos andróginos que tanto lo perturbaban.

Al ver que no mejoraba, mi padre se enamoró de otra mujer. Un día llamaron del hospital mental. Nos dijeron que mi madre se le había tirado a un bus. Desde ese día, su muerte me persigue. Viví a contracorriente mi adolescencia con la nueva pareja de mi padre. Y a pesar de los esfuerzos, no he podido simpatizar con ellos, porque sé que de ese suicidio el culpable no fue solo un desequilibrio fisiológico. Cadavid tomó otro trago. Consideró que el amor jamás provocaba equilibrios. Que el matrimonio tan solo era una prueba de la domesticación de una pasión que, al ser pura, se manifestaba como desmesurada y salvaje. Dedujo también que las traiciones del amor enfermaban a la gente, y que no bastaban ni la hermosura, ni la inteligencia, ni el arte, ni la ciencia ni los chamanes para evitarlo. Pantoja, luego de beber su trago, continuó.

Mi padre ha querido lo mejor para mí. Pero la certeza de que en todo hubo un engaño no me deja en paz. Es un tema que vuelve siempre. Discusiones en las que yo lo insulto y él guarda un silencio más doloroso que cualquier regaño. Por eso me fui de casa. Viajé por tierras de las que, entre grandes hojas, como dice Aurelio Arturo, sale lento el mundo. Encontré a un artesano que fue mi amante y mi maestro. Me enseñó a hacer manillas, collares, aretes. Aprendí a su lado los secretos de los caminos. Me impregné de algunas creencias ancestrales. Pero también conocí el alcohol, la marihuana, la

cocaína. Cadavid observó las prendas de Pantoja. Eran la consecuencia, como los collares y las pulseras y la dieta de ajo y cebolla que seguía, de esa trashumancia.

Un día llegó una forastera. Aunque no demoré en darme cuenta de que la forastera era yo. La mujer había sido una vieja amante de mi maestro. No tardó tampoco en llegar la solicitud de ellos. Querían disfrutarme a la vez. Pero confirmé que son los hombres los que me gustan, y como una vez fui errante, otra vez regresé a la casa de mi padre. Tomé clases de guitarra. Al cabo de un tiempo alguien mencionó la escuela de música. Y aquí estoy. Pantoja se rio y sus dientes blancos relucieron. De repente, una zorra se asomó por una de las esquinas de la Plaza de Bolívar. La conducían un par de gamines. Una cohorte de perros enjutos acompañaba al burro. Marta y Pedro los observaron hasta que pasaron ante ellos. Enseguida un automóvil bordeó la plaza. Sobrepasó a la zorra y se parqueó más allá, cerca del edificio de la Gobernación. Pedro vio al hombre que se bajó del auto. Lo vio saludar a los gamines y acariciar a los perros. Uno de los adolescentes se subió al auto y el otro azuzó al burro para que siguiera su rumbo. El hombre era Lorenzo Cifuentes.

## Pianistas

Al verla saliendo de la dirección de la escuela, con su aire de aristócrata caribeña, Escobar creyó que estaba ante una de las mujeres más bellas del mundo. A Cadavid, en cambio, Rosario Castañeda y Montero le pareció repulsiva. No soportaba esa postiza seguridad de sí que, según él, no era más que un matiz arrogante de los adinerados. Castañeda y Montero era blanca, de cabellos rubios y ademanes refinados. Segura de su jerarquía —provenía de una familia de terratenientes del Atlántico—, miraba por encima del hombro a los estudiantes de la escuela. Y como a Cadavid lo espantaban ese tipo de damas, la esquivaba. Si la encontraba en algún corredor, o en el almacén o en la biblioteca, volteaba la cabeza hacia otro lado, o se hacía el que indagaba en su diapason. Para Escobar, sin embargo, la caribeña era la sensualidad pura. Tenía unas nalgas fastuosas y un rostro de ángel pálido que le congestionaba los pensamientos. Es una virgen renacentista con culo de negra, decía sintiendo un vacío que le desgonzaba el bajo vientre. Cadavid levantaba los hombros y compartía su desaire con Sánchez quien la hallaba insoportable por su procedencia. Jamás me han atraído las mujeres de por allá, afirmaba categórico. Y encaraba a su amigo para prevenirle que nada bueno podría salir del romance de un antioqueño pobre con una costeña rica. A lo cual Escobar contestaba que lo inusitado del deseo era sentir cómo se desbarataban esos prejuicios de troglodita.

Pero ni su labia ni su humor derribaron la frialdad de Castañeda y Montero. A lo más que pudo llegar Escobar fue a que ensayaran el Concierto para flauta en sol mayor de Mozart. Rosario había accedido porque su compositor amado

era el austriaco y quería interpretar todo lo suyo. Una noche, pasado el coro, fueron al salón que Escobar había reservado. Se sentaron, ella ante el piano y él frente a ella, la partitura desplegada en el atril como un abanico fabuloso. A la señal del flautista, atacaron el *Allegro maestoso*. Escobar lo tocó impecablemente. Sabiendo que en su fraseo delicado estaba la clave para que la mujer del piano le abriera sus puertas. Castañeda y Montero hizo el acompañamiento, segura pero mecánicamente. Luego pasaron al *Adagio*. La pianista oteaba por la ventana con aire de estar en otro sitio. Casi por obligación acabaron el *Rondó*. Apenas se desvaneció el último acorde, Rosario respiró profundo, como si estuviera cansada. Le dijo a Escobar que tocaba bien y que verían más tarde si montaban el concierto. Por ahora debía concentrarse en su examen de piano. Escobar la vio salir, con la indiferencia altiva de su linaje, y sintió pisoteada su honra.

El otro pianista era Raúl Sierra. Con Castañeda y Montero y Manuel Vélez, un antioqueño pianista también de blanca prosapia, integraban el grado D2, que era el cuarto y último año del nivel medio. Como Rosario, Raúl venía de Barranquilla. Le decían Cumbiamba y era cenceño y desgaleado al caminar. A diferencia de su paisana, que tomaba clases con Zabala, él estudiaba con un maestro connotado de Bogotá. Cumbiamba integraba una familia de pescadores que vivían de la venta de víveres de mar. Tenía las ojeras melancólicas de los árabes. La boca, la flacura, la carcajada del negro. Y un talento único para tocar a Beethoven. Escobar decía que al verlo por primera vez había imaginado un vendedor de mamoncillos extraviado en la música. Este símil, no obstante, se hacía añicos cuando Cumbiamba tocaba.

Por aquellos días había quedado finalista en el concurso nacional de piano para jóvenes. La obra con la que participaba era el Concierto n.º 3 para piano y orquesta de Beethoven. Un poco porque era de espontaneidad afable y tenía la conciencia de ser un hombre espectacular, permitía que los demás presenciaran su preparación. Cadavid, que simpatizó con él desde el primer

encuentro y a quien gustaba ese concierto por encima de los demás, no se perdía ninguno de aquellos ensayos. Sucedió el coro, Cumbiamba se encerraba en el auditorio. Apagaba las luces y no dejaba entrar a nadie. El piano Baldwin tenía, con sus manos, el poder de sostener la casa. Junto a Cadavid, Pantoja y Escobar, Sánchez y Otálora, Castillo, Benítez y Pijao, Lucrecia y Eduardo y los hermanos Sandoval, se reunían en el patio para escuchar. El *Largo*, repasado una y otra vez para asegurar su serenidad, significaba una tregua en la noche fría de Tunja. Como no había acompañamiento de la orquesta, el barranquillero lo susurraba. Los oyentes sonreían al escuchar los arpeggios de las teclas y la voz que imitaba el diálogo del fagot y la flauta. Otras veces, todos se sumergían en el silencio. Del pasado, también expectantes, brotaban las sombras de los fetos malogrados. Cumbiamba no los escuchaba ni los veía. Se acostaba, protegido por la música, en el tinglado. De súbito, se adueñaba de un porro de San Pelayo y lo sometía a románticas cadencias. Sucedió otra pausa de silencio, y el pianista volvía a los pasajes laboriosos del concierto.

## La espuma

—Perdí las llaves de mi cuarto. ¿Me dan posada? —dijo Pantoja.

—Claro —dijo Escobar—. ¿Quieres dormir en mi cama?

—Déjame pensarlo —dijo Pantoja.

—Puedes acomodarte donde quieras —dijo Cadavid.

—¿Qué decidiste? —preguntó Escobar.

—Mejor me quedo aquí —y señaló la espuma.

—Listo —dijo Escobar—. Tengan, hay una cobija más por si no se calientan.

—Esta camiseta te puede servir —dijo Cadavid.

Él se volteó para que ella se cambiara, y fue a buscar el libro.

—Prefiero el rincón —dijo Pantoja. La luz de las habitaciones de arriba se apagaron. La de la pieza de Escobar siguió prendida un rato más.

—¿Qué lees?

— Sigo con *Juan Cristóbal*.

—¿No te molesta leerme?

—Para nada.

Pantoja buscó el calor del cuerpo de Cadavid.

—Tienes los pies helados.

—Siempre los tengo así.

Cadavid leyó algo, pero se dio cuenta de que no entendía nada. A los pocos minutos apagó la lámpara.

—Qué oscuro está —susurró Pantoja.

—Es como el culo del mundo —dijo Cadavid. Desde el otro lado se oyeron

los ronquidos de Escobar.

—Está hablando en sueños.

—Sus ronquidos me hacen creer que no estoy solo en medio de la oscuridad.

—Acércate más, tengo frío.

—Si quieres pongo la otra cobija.

Cadavid se levantó. Prendió la luz porque no veía nada. A la luz de la lámpara su cuerpo se alargó más.

—Pareces un saltimbanqui con esa pijama —dijo Pantoja.

Él se acomodó y entrelazó sus pies con los de ella. Hubo un momento de duda. Luego levantó la camiseta. Con lentitud tocó la piel. Primero la del vientre. Encontró el ombligo y lo bordeó como si estuviera realizando una mensuración atenta. Fue subiendo a los senos. Estaban tibios, pero existía en ciertos tramos una impresión fría. Al saberse tocados, los pezones se irguieron.

—Acércate más —dijo Pantoja. Se volteó y pegó las nalgas contra él. Cadavid le acarició el cuello. La respiración de los dos se hizo acezante. Él huía de la boca porque no gustaba del aliento a ajo y cebolla. Ella lo fue despojando de la ropa y buscó la erección con la mano. Cadavid se escabulló hacia abajo. Aspiró el olor de la desnudez. Hundió el dedo en la fisura mojada. Unas ganas apremiantes le sobrevinieron.

—Entra —dijo Pantoja.

Cuando iba a hacerlo, desde más allá de su deseo vio el rostro de Manuela.

—¿Qué pasa?

—No sé.

Y, como si se hubiera derrumbado el muro que los separaba de los ruidos exteriores, emergieron los ronquidos de Escobar. Arriba sonaron pasos sobre el piso de madera.

—No puedo.

Pasaron unos largos segundos de silencio.

—No te preocupes —dijo Pantoja, y buscaron las prendas en medio de las cobijas.

—Qué olor más raro —dijo ella mientras se ponía la camiseta y se separaba de él.

Cadavid despertó tarde. Pantoja le había dejado una nota. Decía que lo mejor era ser amigos. Cadavid evocó aquel cuerpo no visto pero tocado. La firmeza de las nalgas, el sexo escaso de vellos, los pezones que olían como a palosanto, la acidez de la boca. Entonces fue dándose cuenta del olor a podredumbre. Con rapidez, dobló las cobijas y el tendido, y revisó la espuma. Estaba envuelta en el plástico con que la había comprado y puesta sobre unos cartones. La levantó para mirar. Había un hongo gigante que se había engullido los cartones y mordía rabiosamente el plástico. En los extremos de la espuma, igualmente, se notaba la voracidad. Cadavid, asustado, se desnudó. Miró con detenimiento si en alguna parte (las axilas, las ingles, los testículos, el pene, los dedos de los pies) había algún indicio. Escobar, que estaba en la cocina, entró y vio a su amigo.

—¿Qué pasa?

—Una calamidad —dijo Cadavid y señaló con la mano.

Escobar se acercó.

—¿Qué es eso?

—Un hongo, un chancro, una gonorrea, un monstruo que me quiere comer.

— Revísate bien —dijo Escobar—. Hasta debes tener ese animal pegado en el alma —y se carcajeó.

Cuando comprobaron que la infección estaba localizada solo en la espuma, buscaron ayuda. Le pidieron guantes a doña Concha. La mujer les aconsejó que limpiaran la madera con un líquido que también les prestó. Botaron los cartones y el plástico y cortaron los extremos contaminados de la espuma. A partir de ese día, Cadavid aseaba su cuarto con asiduidad, y si se iba de Tunja,

levantaba la espuma y la dejaba parada al lado de uno de los ventanucos para que el sol la tocara.

## El piano blanco

Por el diseño, su color y el sonido era el gran tesoro de la escuela. El que merecía estar más oculto. Imaginarlo en otro sitio significaba desvincularlo de su jerarquía. Para acceder a él no bastaba con tener la llave de su teclado, sino también la de la oficina de Zabala. Otros decían que para posar los dedos sobre su cuerpo era menester una clave secreta. Otros más explicaban que había que ser pianista y el alumno más avanzado del director. Y la alumna de piano más avanzada de Zabala, y la predilecta por aquellos días, era Rosario Castañeda y Montero. Las razones de este favoritismo eran enigmáticas. ¿Una atracción entre ambos? Zabala, en el terreno del afecto, transitaba zonas ocultas. Las personas le atraían solo bajo atmósferas académicas. Y si tenía alguna tendencia, ella se orientaba hacia los niños o adolescentes con talento musical. Y si eran pianistas, los protegía como un padre celoso. El hecho de que Castañeda y Montero gozara de su protección obedecía tal vez a motivos de rango social. El director, así ocurría también con Manuel Vélez, actuaba como si estuviera en contacto con gente de su clase. Y al vérselos juntos, había que dejarlos solos para que disfrutaran su convicción de ser aventajados.

Pero el vínculo entre el piano blanco y Castañeda y Montero se manifestó con claridad una noche. Le correspondió a Hernando Escobar descubrirlo. El intermediario, esa clave secreta, fue la llave del salón 210. Carlota Pijao, la valquiria de Armero, descubrió que con ella se abría también la puerta de la dirección de la escuela. Y allí había otro objeto codiciado: un teléfono. Pasadas las diez de la noche, Cadavid y Escobar esperaban a que los del coro se dispersaran y el maestro Zabala saliera. Con las luces apagadas, la casa

vacía de su personal, y Josefo, el portero de la noche, acomodado en un sofá del primer piso, ambos llamaban a Medellín. Aquella noche, y a esa hora, el turno le correspondió a Escobar. Cadavid divisaba el patio, las escaleras y la puerta de entrada de la casa desde el otro lado de la dirección. Si notaba una presencia riesgosa debía correr y tocar la ventana de vidrio. Nunca habían tenido reveses, pues Josefo siempre dormía su ebriedad. Pero esa vez, Cadavid vio que Rosario entró a la escuela. No alcanzó a prevenir a su amigo, y tuvo que saludar a la caribeña por primera vez al darse cuenta de que ella sacaba una llave del bolso y se dirigía a la dirección. Rosario lo miró con indolencia y no dijo nada. Escobar, adentro, escuchó la voz de su amigo y colgó el teléfono. La puerta se abrió. El otro logró esconderse detrás de la silla del director y, desde allí, presencié el ritual.

Castañeda y Montero se paró ante el piano blanco. El flautista pensó que si la mujer prendía la bombilla lo descubriría. Ella estiró las manos hacia el instrumento y las dejó suspendidas en el aire. Escobar notó que el piano brillaba con intermitencia. Como un corazón de hielo que anhelaba tocar el cuerpo de la mujer. Esta se quitó el bonete, los guantes, la bufanda, el abrigo y quedó desnuda. Escobar vio las nalgas majestuosas y el corazón quiso desbocársele.

Castañeda y Montero tocó el primer movimiento de la Sonata número 11 en la mayor, de Mozart. El tema sonó con una nitidez prodigiosa. La aristócrata del Atlántico se movía con la intensidad sinuosa de las variaciones. Levantaba las caderas si los acentos fuertes lo requerían. Se inclinaba y se encogía de tal modo que sus senos rozaban la blanca y negra piel de marfil. Pero las manos no tocaban el instrumento, sino que lo acariciaban. Los pies apoyados en los pedales como si el metal fuera un terciopelo de tibia humedad. Rosario tiraba la cabeza hacia atrás en los pasajes más delicados y el piano iba tejiendo un mundo triste y suave alrededor de ella. La sonata en la mayor era la obra que un músico de poco más de veinte años había compuesto en algún lado. Y

Castañeda y Montero, al tocarla, parecía consolar con su desnudez la pérdida de una infancia milagrosa y al mismo tiempo estimulaba el vigor de esa juventud que se habría de vivir con fogosidad porque la muerte estaba demasiado cerca.

El último acorde se difuminó en la atmósfera. Escobar esperó a que el silencio nocturno recuperara su densidad. La mujer, parándose del banco, le dio varias vueltas al piano. Bajó la tapa y, cubriéndose con el abrigo, se acostó sobre ella. No podía saberse si estaba boca arriba o boca abajo, si besaba la madera o si ella la acariciaba. Más tarde, cuando Rosario se fue, el flautista salió del aposento.

## Paseos

En las mañanas de los domingos iban a la plaza de mercado para comprar esos tubérculos que jamás habían comido en sus dietas de frijoles, arroz, plátano maduro y carnes fritas. Lo que se les manifestaba, en las salas de un edificio republicano devastado por la negligencia de la administración municipal, era una serie de nombres extraños. Los cubios, las hibias, las rubas resplandecían con sus colores pomposos. Las mazorcas oscilaban del blanco al amarillo y de estos al púrpura y al negro. Como vivían desplatados, se las arreglaban para entretener a la campesina de turno, comprar a un precio nimio y, entre tanto, hurtarle alguna otra cosa: un manojo de cilantro, un puñado de papas criollas u otro de habas. La plaza olía a pantano, a bebidas agrias, a fritangas de vaca y cerdo. En las grabadoras sonaba la música de carranga, y hombres enruanados y de sombrero bebían cervezas, cuyas botellas acumulaban en las mesas de las cantinas.

En otras ocasiones aprovechaban el día para ir a las iglesias. Este era uno de los atributos de Tunja. Sus templos coloniales en los que sobresalían los cuadros de santos martirizados y los altares de madera dorada donde Dios se hacía rodear de ángeles mestizos, y unos armonios y órganos que habían sido tocados por última vez en los albores de la república. La aplicación de los ebanistas era señorial y el detalle abigarrado proliferaba en todas partes. Soles, estrellas, flores, peces ondeaban en las superficies y confluían en espacios de geometrías rimbombantes. Los domingos la ciudad mostraba su esencia religiosa y las campanas no dejaban de llamar a sus misas, a las que acudía un pueblo obediente y trajeado de tonos foscas.

La Plaza de Bolívar se llenaba de procesiones. Brotaban del pasado órdenes de sacerdotes y monjas con sus insignias e inciensos, y los militares con sus estandartes y fanfarrias. Y parecía reciente el día en que un héroe de la Independencia había nombrado a Jesucristo comandante egregio de los ejércitos patrióticos. Cadavid, a la sazón, sospechaba ya de esta artimaña entre Dios y militares que tanto golpeaba al mundo. Tunja era una ciudad castrense y una ciudad eclesiástica y una ciudad sumisa. Una prueba de ello la ostentaba el alcalde cívico, que dependía de las jerarquías del obispo primado y del general de la brigada. Y cuando sonaban los campanarios matutinos, la certeza de que el tiempo no avanzaba se instalaba como un mazo en el corazón de la pequeña urbe.

Los tres amigos preferían visitar los alrededores. Había una iglesia en las faldas de la montaña que circundaba a Tunja por el occidente. Por allí, decía la leyenda, se había escapado Hunzahúa con su hermana Noncetá. El incesto, una vez más, delineaba la historia de una cultura, y con estas transgresiones la población entretejía una senda de amoríos tormentosos. Pero el cacique, antes de perderse por el altiplano en búsqueda de una gruta que lo protegiera de sus perseguidores, había lanzado la maldición. Tunja sería un terreno estéril, de secas hondonadas, visitado solo por el viento y el frío. La iglesia, dedicada a san Lázaro, mitigaba el eco de la irritación del indígena, pues tenía a su lado sembradíos y unas matas de hortensias que complacían la vista del peregrino. El templo se había levantado como una plegaria por una peste que asoló el pueblo. Estaba pintado de blanco, y su única puerta y el gran zócalo eran rojos. En su interior brillaba un retablo de madera tallada con recubrimientos de oro. Contemplada desde esa diminuta iglesia, Tunja se veía adormecida en la neblina o ensimismada en la opulencia de sus días más fulgentes.

Pero en el otro extremo, hacia el oriente, estaba la verdadera sequedad. La que revelaba el impacto de la maldición de Hunzahúa. Hacia allá los tres jóvenes se dirigieron una vez. Caminaron por entre barrancos y acequias

evocando, mientras escalaban y saltaban de un borde a otro, relieves más inhóspitos. Procuraban el peligro, zarandeados por lo ignoto y por la idea de una expedición temeraria que jamás tendría lugar. Porque el cañón que descubrían poseía una dimensión enana y lo único llamativo era que por allí crecían unos pinos y eucaliptos aislados cuya misión consistía en hacer la tierra todavía más infértil. Después encontraron una pista de aterrizaje. Se enteraron, en medio de las bromas, de que su diseño fue errado y el constructor del aeropuerto olvidó que por ese lado —ya lo había profetizado el cacique— el viento corría con más fuerza y ningún pájaro creado por el hombre podía aterrizar con sus pasajeros. Lanzaron invectivas, pues los dineros se movilizaron y el genio de esa empresa aérea hubo de enriquecerse formidablemente.

Otra vez fueron más lejos. Un paisaje de verdes plácidos se dibujó en sus ojos. Las colinas formaban una cadena de terrenos donde pocos árboles crecían y las ovejas pastaban con un sosiego antiquísimo. Chivatá se llamaba el caserío. Era una pequeña plaza vigilada por una capilla y unas pocas calles. Había sido el núcleo de un encomendero de indios muiscas, y allí se elevaban, con la firmeza de los símbolos férreos, la cruz, la espada y el altar. ¿Era posible olvidarse de esa dominación de la que Cadavid, Escobar y Sánchez eran descendientes? El horizonte, como un mosaico diseñado por los verdes del trigo, la cebada y la papa, decían que sí. Pero esta invitación a dejar pasar, al menos durante la tarde de un domingo, el oprobio que significaban toda conquista y toda colonia, en Chivatá se daba con mansedumbre, sin ninguna retórica doliente. Los tres jóvenes recorrieron la plaza solitaria y se dirigieron, ya de vuelta, hacia el alto de Pirgua. Al llegar allá, el sol fenecía diseminando por doquier una exhalación de matices grises espolvoreada de malva. Se sentaron y guardaron silencio. Algún eco de los remotos mercados indígenas que se realizaban allí les llegó como una cantinela. Pero ya nadie había en las parcelas de la tierra sembrada. Unas campanas distantes sonaron

y la resonancia de sus badajos se esparció en el aire buscando la luz. Todo era bello, apacible, huidizo. Y uno que otro pájaro sin nombre surcaba el firmamento para darle más fugacidad.

## CAPÍTULO TERCERO

## Schumann

Mientras Tunja y sus alrededores se descubrían, Cadavid iba conociendo nuevos territorios de la música. La ocasión la ofrecían las clases de literatura musical. El maestro Zabala era quien las dictaba. Sin ningún apunte, con su vestido azul oscuro de parches en los codos, la camisa blanca y la corbata roja, llegaba retrasado y jadeante porque ascendía a grandes pasos los tres pisos de la escuela. En tanto los alumnos se acomodaban en las sillas, el director subía a una especie de buhardilla donde Leguizamón, oculto guardián de un rico patrimonio, se ocupaba de la discoteca y ponía los ejemplos seleccionados. El director tampoco los llevaba escritos. Solo subía y se los dictaba a Leguizamón, quien era uno de sus subalternos más preciados. De los cuarenta niños cantores que Zabala había llevado a Tunja, Leguizamón fue el único que decidió quedarse para acompañarlo. Su oído era tan estupendo que se dedicó a afinar no solo los pianos de la escuela sino los de toda la ciudad. Era más adolescente que niño cuando enfrentó al funcionario español para decirle que en Tunja se sentía feliz y que por nada del mundo cambiaría esa ciudad por cualquiera otra de la península madre.

El tema de esas clases fue el Romanticismo. Aquel período donde se habían abrazado la libertad y la anarquía y las ideas más belicosas de los nacionalismos. Por un lado, vuelta al ayer para encontrar en mitos y leyendas razas purísimas y grandiosidades patrióticas. Y, por el otro, el anhelo de abrazar el futuro en unos acordes de séptima, en unas cadencias rotas, en unos cromatismos que habrían de preparar lo que más tarde sería la destrucción de la tonalidad. Los románticos oscilaron entre la noche y el alba, entre el bosque

solitario y el salón de las relaciones públicas. Le cantaban al altar prístino de la Iglesia y también querían sublevar las coordenadas de la cama y de la calle. Eran duales como la criatura humana. Pero, más que duales, intuían que el hombre era un dios escindido en el sueño. Nada más onírico que la música romántica, decía Zabala. En ella se estaba ante la fragmentación y el estallido. Por acá, la expresión de las pequeñas construcciones: el prelude, el impromptu, la canción sin palabras, el intermezzo. Por allá, los cosmos de las sinfonías fantásticas y las óperas míticas. Y nunca antes, frente a ese sueño, el hombre se había sentido más atraído por la insania. Porque en el músico romántico todo era contradicción y enfermedad. Se trataba, empero, de una contradicción que actuaba como un complemento eficaz, y de una enfermedad profusa en portentos. Componían la más conmovedora música religiosa, y al tiempo se declaraban ateos consumados. Estaban sordos, tísicos, sifilíticos, locos, y cantaban a la fraternidad humana, al amor redentor, a una naturaleza que era como una madre reluciente y salvaje. Por momentos se creían cosmopolitas y pregonaban su anhelo de ser ciudadanos del mundo. Pero, en otros, solo querían el retiro en la heredad y no saber sino de flores, riachuelos recónditos y divinidades del terruño.

Todos escuchaban las palabras del maestro e iban anotando en sus cuadernos las definiciones establecidas. Menos Eduardo de Ávila y Lulú, que sonreían con prevención. Si fuera por ellos, no asistirían a esas clases en que el director de la escuela desplegaba su función de guía. Al contrario de lo que afirmaba Zabala, De Ávila y su novia pensaban que el Romanticismo, salvo muy raras excepciones, había sido la peor época de la música. Plagada de nacionalismos pueriles, de excesos sentimentalistas, y dueña de un virtuosismo que solo pretendía el aplauso de los auditorios. La tal naturaleza que reclamaban no era más que unos lagos, unas montañas, unos mares y unos bosques domesticados para que la burguesía llorara su hipocondría patética. De esos años sangrientos y plañideros, decía De Ávila, solo quedaban unas

cuantas miniaturas pianísticas y nada más. Cadavid no compartía estas consideraciones, pero había decidido no polemizar con ellos porque la pareja se respaldaba en la ironía y se protegía en un escepticismo radical. Una vez que discutieron sobre los herederos del Romanticismo, a Cadavid se le ocurrió elogiar a Tchaikovski. Dijo que el compositor ruso era un tesoro melódico y una prueba de cómo lo local y lo universal se unían con eficiencia, sin ninguna pose exótica ni asomo alguno de intelectualismo abstracto. De Ávila y Lulú se le rieron en la cara. Defender a Tchaikovski, según ellos, era abogar por la cursilería de un marica lacrimoso y aprobar efectos sonoros que Walt Disney había aprovechado hasta la alienación. Cadavid alegó que el compositor no era culpable de lo que el cine y la publicidad hicieran con su música. Era necesario, más bien, ponderar los problemas compositivos que Tchaikovski abordó y su forma de resolverlos. Tener en cuenta el uso de la armonía, la riqueza rítmica, su imaginación melódica, la paleta instrumental inagotable. Y si existía un motivo para admirar a Tchaikovski eran justamente sus ballets basados en leyendas y cuentos que los mentecatos tildaban de literatura inferior porque había sido escrita para niños. La pareja lo miró con desprecio y le dio la espalda sin responder nada.

Pero lo más atractivo del Romanticismo, para Cadavid, eran los vínculos entre música y literatura. Ese sería, por otra parte, un buen tema de estudio si algún día fuera a la Unión Soviética a especializarse en musicología. Allí había un campo propicio para que sus intereses se explayaran. Porque si había un periodo musical en el que los compositores coquetearon con los escritores, ese era el Romanticismo. El testamento de Heiligenstadt de Beethoven era un conmovedor texto que producía envidia a Balzac y a Victor Hugo. Los poemas de Goethe, en Schubert, adquirían su belleza más sublime. Berlioz se erguía como un crítico sagaz, y su música, sin la base literaria, perdía consistencia. Schumann había fundado, dirigido y escrito en una revista musical que era, sobre todo, una revista de literatura. Chopin, al respecto, nunca escribió nada

importante ni pretendió hacerlo, pero su música era la gran poesía de su tiempo. Y Liszt compuso unos poemas sinfónicos que son la apoteosis orquestal de esa relación.

En una de esas mañanas, el compositor estudiado fue Schumann. Habían pasado por el Beethoven de los últimos cuartetos, por el Schubert de la *Sinfonía Inconclusa* y por el Mendelssohn de *El sueño de una noche de verano*. Ahora entraban a los dominios brumosos del músico de Zwickau. Zabala, es verdad, lo abordaba con algo de conmiseración. Su música la juzgaba menor. Era un orquestador con limitaciones y no había alcanzado, como pianista, la perfección de Chopin, ni las complejidades de Liszt. Sin embargo, sus *Lieder* y algunas piezas de cámara eran sorprendentes. Eso podía decirse también de su papel de crítico musical, certero a la hora de consolidar el movimiento romántico. Pues si alguien vislumbró con sus análisis la importancia de la obra de Berlioz, Chopin, Liszt y el joven Brahms había sido Schumann. De él, Zabala seleccionó unas piezas para piano y viola que provenían del *Adagio en la bemol* op. 70, de las *Piezas fantásticas* op. 73 y de los *Cuadros de cuentos de hadas* op. 113. En Cadavid se produjo una conmoción. Esa música, sencilla y honda, era un trasunto embriagado de la noche. Empujado por una curiosidad obsesiva, escuchó todo lo compuesto por Schumann. Leguizamón, que sonreía por cualquier cosa, como si fuera de la familia humana de Yamil, el almacenista, lo atendió dadivosamente. Le grabó unos casetes con la obra para piano, las cuatro sinfonías, la música de cámara y una selección de sus canciones más importantes. Cadavid buscó en la biblioteca, igualmente, sus críticas musicales, la correspondencia con Clara Wieck, y leyó algunas biografías. En esta devoción lo siguió Francisca Benítez. Hablaban sobre Schumann como si lo estuvieran consolando de su enfermedad incurable. Evocaban las vacilaciones de una vocación tardía. El amor de Clara y los celos de su padre. Los intentos fallidos del músico por ser un virtuoso del piano. Su conclusión de que en el destello musical se

condensaba todo el misterio de una circunstancia humana. Ese yo, sombrío pero delicado, que desembocaba en el silencio y en la nada. Silencio y nada que eran las orillas definitivas de la música. Se referían también al modo en que la nostalgia de una infancia perdida se definía en los sonidos. Francisca interpretaba para su amigo algunos pasajes de las *Escenas para niños*: “Paisajes y personas extraños”, “Ensueño”, “Infante adormecido”. Y Cadavid olvidaba toda opresión contingente creyendo alcanzar un reposo. Una tarde, en casa de su amiga, se quedó dormido mientras las manos de ella iban y venían por las teclas con la ternura requerida. De repente, Cadavid abrió los ojos. Benítez lo miraba. Se sonrieron. Ella se inclinó y lo besó. Cadavid se dejó llevar por unos segundos. La pianista solo le rozaba los labios con los suyos. Pero él no fue más allá. Abrazó a su amiga, se levantó y se fue.

La atracción por Schumann era tan fuerte que Cadavid se preguntaba qué hacer con ella. No le bastaba con escucharlo. Había algo más, como un conjuro, que debía efectuar. Este conjuro obedecía a la impresión de que Schumann era una sensibilidad parecida a la suya. Cadavid entendía algunos pasajes de su obra como si estuviera frente a sí mismo. Las crisis mentales de la adolescencia del músico tenían mucho que ver con las suyas. Turbulencias desatadas no solo para mostrar que había un desequilibrio insoslayable, sino una fuerza capaz de romper diques familiares y sociales para encontrar el camino del arte. Una noche que había escuchado la cuarta sinfonía, Cadavid escribió un cuento. Utilizó la primera persona para tramar un monólogo. La voz era la de Schumann que, en medio de una lucidez alterada, se dirigía al río Rin para arrojarse a sus aguas. Cadavid lo escribió sin puntuación y lo tituló “Una vela apagada”.

Les leyó el cuento a Escobar y a Pantoja, una vez que coincidieron para comer en la cocina de las cuevas. Ambos lo aprobaron. Escobar opinó, empero, que la puntuación era necesaria para una mayor claridad. Ese delirio narrativo, expresado en una oración larga, hecha a su vez de frases cortas y

que solo acababa cuando Schumann se tiraba al río, era lo que más le gustaba a Pantoja. Cadavid también pensó en Francisca, pero no leyó “Una vela apagada” con ella. Prefirió copiarlo en unas hojas de pentagrama y más tarde, en un corredor de la casa, se las dio. El cuento, en esta versión, estaba dedicado “A mi amiga en Schumann”. Y fue durante esos días cuando a Cadavid se le ocurrió la idea de escribir una novela a partir de lo que estaba viviendo en la escuela de música. Pero ¿cómo escribirla? ¿A través de quién contarla? Y entre los personajes que iba descubriendo, ¿cuáles merecerían un espacio y una voz? ¿Cuál podría ser su cronología? En estos dominios él era un montón de dudas y no poseía ni el talento, ni la energía, ni el tiempo suficiente para emprender una tarea de tales proporciones.

## Recital

Una puerta minúscula era la entrada de la casa. Al recorrerla se iba sabiendo que tenía cinco piezas en sus cuatro niveles desiguales, que había dos baños, una cocina y un corredor que fungía como balcón en el último de los pisos. Pero al recordarla, la impresión de ser laberíntica se imponía. Solo una de las habitaciones recibía directamente la luz del sol ya que su gran ventanal daba a la calle. Las paredes estaban pintadas de colores oscuros, y en ellas sobresalían afiches de grupos de rock cuyos integrantes, semidesnudos y pintarrajados, hacían morisquetas grotescas con sus guitarras eléctricas que semejaban ametralladoras. En esa habitación dormían Lulú y Eduardo de Ávila. Y si fuera por este, que se mantenía arisco con sus congéneres, hubieran vivido solos. Pero Lulú insistía en que vivieran con alguien más porque una parte de ella tendía hacia los otros. Esto había ocasionado algunos roces en la pareja. Finalmente, De Ávila aceptó que solo se alquilara la pieza de abajo, situada al lado de la cocina.

Ambos tenían medios para tomar en arriendo una casa más confortable. Pero la verdad era que Lulú se había encaprichado con ese conjunto de cuadrados como puestos al azar en un espacio que sugería la idea de un submarino asfixiante. De Ávila había rechazado la casa cuando la vio por primera vez, pero su mujer lo convenció. Y, en efecto, la luminosidad de la pieza donde dormían y en la que colocaron un sintetizador y una repisa con libros bastó para que Eduardo se acomodara. Los dos habían abandonado sus estudios universitarios para venirse a Tunja. Él, las matemáticas. Ella, la filosofía. Se conocieron en una rumba de intelectuales alternativos, por los

lados de La Candelaria, a la que fueron para burlarse, cada uno por su cuenta, de todos los discursos intelectuales. A Lulú le encantó que De Ávila llevara esa noche unas cargaderas con motivos chibchas y unas botas punk, negras y lustrosas, que le llegaban hasta las rodillas. Él, por su parte, sucumbió a la melena negra y alborotada y a los ojos verdes y a la nariz ganchuda de esa muchacha que le dijo, de entrada, que era una bruja. Fue un amor a primera vista, tanto en las lides del lecho como en las de las ideas. Lulú se carcajeaba por las ocurrencias de su amigo, aprobando sin vacilación su premisa de que la única senda honrosa que le restaba a la detestable criatura humana era la anarquía.

Ella le cortaba el pelo, dejándolo trasquilado, y celebraba las excentricidades del atavío. De Ávila portaba medias de diferentes colores, lentes de contacto que le hacían ver un ojo azul y el otro verde, bigotitos y barbuchas incompletas que teñía. Lulú, en cambio, era fiel a su vestimenta negra. Usaba buzos de lana largos y faldas anchas. Nunca se peinaba y aborrecía el corpiño. A diferencia de su compañero, que no se impresionaba por ninguna otra mujer, ella tenía periodos en que se acostaba con quien le atrajera, fuera hembra o macho. Hernando Escobar, al parecer, había visitado ese cuerpo porque aseguraba que las mejores tetas de la escuela eran las de Lucrecia Gómez. De todas formas, los dos bogotanos eran similares. La bruja bromeaba diciendo que tenían la misma estatura y que eso en la cama funcionaba como un reloj. Hablaban con el acento impostado de los jóvenes ricos de la capital y se trataban de usted. Eran proclives a criticarlo y desbaratarlo todo, y su sueño era poderse largar algún día del país mediocre en que habían tenido la mala suerte de nacer.

La pieza se la arrendaron a Marta Pantoja. Hubo un apego inmediato entre los tres. Lulú recibió a la inquilina con una indulgencia no exenta de cariño. Conversaban y la miraba a los ojos con intensidad. Le dejaba en la cocina bocados que preparaba. Marta podía disponer de la música y los libros sin

problema. Lulú no desaprovechaba la ocasión para fisgonearla cuando Pantoja se vestía o desvestía en la habitación. Pero esta, como andaba canturreando su música poética, no se percataba de nada. Eduardo de Ávila, por su lado, le abrió los secretos de su música, que era como decir lo que había en la memoria del sintetizador y en algunos casetes. Una música que él definía como ruido sistematizado. Porque eso, en realidad, era lo que quería componer y no los ejercicios armónicos que, en general, le presentaba a Zabala en sus clases de composición. Obras que bebían en las experiencias electrónicas de Pierre Henry y Stockhausen y en las estructuras matemáticas de Pierre Boulez. Rezos distorsionados, gritos estridentes, palabras incomprensibles, notaciones que pretendían llamar la atención del oyente a través de una rigurosidad tan sugestiva como abrumadora. Cocinaban juntos los fines de semana y, al calor del brandy, tocaban el tema de sus proyectos sonoros. Lulú decía que quería aprender y nada más. Mientras más supiera y menos planes tuviera, mejor. No había ningún propósito que la subyugara. Pero le atraían las ciencias ocultas. Quizás escribiría un folletico sobre música y esoterismo. Y como Pantoja ignoraba todo sobre esa relación, Lulú buscaba el casete y ponía lo que era el arquetipo soberano en esos dominios. Escuchaban entonces el piano de Erik Satie. Una suave intimidad los envolvía, otra de misteriosas liturgias paganas, y otra más de altas ojivas catedralicias. A Lulú le seducía el caso de las composiciones que habían emparentado al francés con la secta de los rosacruzistas y, más aún, el de aquellas donde dialogaban lo arcano con los alquimistas góticos. Satie era, por lo demás, uno de los pocos compositores que convencían a Eduardo de Ávila, quien decía, categórico, que prefería sus *Gymnopédies* a todas las óperas, sinfonías y conciertos juntos del siglo XIX.

Un domingo, la pareja regresó de un viaje a Villa de Leyva. Llegaron a la casa, que estaba en el barrio Las Nieves, en horas de la tarde. En sus ojos titilaba el centelleo de la renovación. Los dos bromeaban y se daban piquitos como dos polluelos. Pantoja los recibió con sorpresa porque era usual verlos

reflexivos, en plenos debates sobre sus ideas aniquiladoras y jamás propensos a las afecciones del amor. Al preguntar qué pasaba, le explicaron que en las afueras de Villa de Leyva existía un bosque donde crecían hongos mágicos. Le mostraron una cesta y De Ávila se los ofreció como si fueran bombones. Pantoja, con una mezcla de curiosidad y temor, los observó a la distancia. Luego cenaron y hablaron de Aurelio Arturo. De Ávila escuchó a Pantoja recitar “Morada al sur” apoyada en un *melos* que remitía a los chinos y a los aborígenes del Perú. Al terminar el primer poema, el compositor propuso que subieran a su habitación. La idea era que Marta Pantoja enunciara los poemas eliminando la base pentatónica y De Ávila hiciera en el sintetizador una serie de acordes raros. Lulú se entusiasmó con el repentino recital. Maquilló a Marta y le armó un collar con los hongos. Buscó en su cómoda una túnica negra, de mangas sisas, y le pidió que se la pusiera. Pantoja se desvistió delante de ellos. De Ávila miró hacia otro lado, pero Lulú quedó embelesada ante aquella desnudez mestiza. Luego la bruja prendió unas velas y apagó las luces. Su compañero esperó estos preparativos con paciencia, hasta que la palabra de Aurelio Arturo llenó la habitación. Más tarde, mientras empezaba a llover, se acostaron. Eduardo dormía y Lulú, a su lado, reproducía una y otra vez en su mente los muslos y las nalgas que había visto. Pantoja, en su cuarto, soñaba con su madre. Caminaban juntas por un bosque de olivos. La madre, ataviada con la túnica de Lulú, tocaba una guitarra eléctrica. La hija, mientras escuchaba su canto, iba recogiendo hongos que acomodaba en un canasto sin fondo, y lloraba sin parar.

## Auxilio

Tocaban a la puerta de su habitación. Podría ser Hernando Escobar, que había viajado a Bogotá a recibir una clase de flauta, pero, como los golpes cesaron, creyó que era un sueño. Cadavid se despertaba por ruidos que provenían más de su mundo onírico que de la realidad. Escuchaba voces raras, veía figuras estrambóticas, alaridos de sirenas, que tenían el poder de despertarlo. Esta vez escuchó a alguien que lo llamaba: don Pedro. Se levantó como un resorte y abrió la puerta. Doña Concha sostenía el cuerpo de Marta Pantoja.

—Está borracha —dijo la mujer. Cadavid la cargó y la llevó hasta la espuma.

—No se preocupe, señora, que yo me encargo.

—Hace rato que tocaba la puerta.

La vieja se veía exhausta por haber llevado a rastras a Pantoja. Tenía un paraguas en una de sus manos que tuvo que cerrar porque la muchacha se le había venido encima.

—Quién sabe qué pasó —dijo Cadavid.

La anciana levantó los hombros malhumorada y subió al segundo piso. Pedro prendió la luz. Vio que Pantoja estaba empapada. No reaccionó a las palmadas suaves que le dio en las mejillas. Pero no estaba inconsciente, porque un hilo de voz dijo: auxilio. Él preguntó qué había pasado. Marta abrió los ojos del todo enrojecidos, reconoció a su amigo y se quedó dormida.

Cadavid no sabía qué hacer. Iba a llevarla a la habitación de Escobar pero la dejó en la espuma. En la cocina calentó agua, y del baño tomó la toalla. Desde el patio vio a doña Concha fisgoneando por una de las ventanas.

Cadavid le pidió que bajara.

—Disculpe este tropiezo —dijo—, está intoxicada.

—Lo que está es borracha, sumercé.

Cadavid entró a la habitación. Desvistió con dificultad a Pantoja. Le quitó las botas de obrero y las medias ensopadas. La despojó del *blue jean*, la volteó y vio que el calzón, chupado en los glúteos, estaba manchado con tierra. Respiró profundo para quitarle la pequeña prenda. Con agua tibia le fue limpiando las ingles, el vello del pubis, las nalgas. Y lo hizo con cuidado, como si ella fuera una durmiente de fábula y él, un príncipe asustadizo, temiera despertarla. Mientras le quitaba las otras prendas, se dio cuenta de que todo tenía el vestigio espeso del alcohol. Al corroborar que el cuerpo estaba limpio, Cadavid se paró para observarla. Qué frágil es la belleza, se dijo. De pronto, Pantoja giró para recogerse. Su culo develó un ángulo por donde la vulva se asomaba con timidez. Cadavid, congestionado, acercó su mano para rozarla. Pero la muchacha se encogió más porque tenía frío. Él reaccionó y buscó entre su ropa algo para ponerle y la vistió con el cuidado con que la había desvestido. Finalmente, la cobijó y se fue a acostar a la cama de Escobar. Afuera el aguacero había amainado. Solo se escuchaban los pasos de la lluvia acariciando la noche. Los de arriba también habían cesado.

Marta despertó tarde. Cadavid estaba en la cocina tomándose un agua de panela. Leía el último volumen de *Juan Cristóbal*. En la pequeña grabadora que tenían en la cocina sonaban una flauta y un arpa. Pantoja empujó la puerta y saludó. La pijama le flotaba en el cuerpo y estaba con los ojos abotagados.

—Tengo sed —dijo.

Cadavid buscó la jarra. En ella había que separar las dos capas que se hacían al hervirse el agua. Una superficial y aceitosa, y otra más, en el fondo, cargada de un sedimento arenoso. Pantoja bebió el vaso de un solo trago. Se sentó y preguntó por lo que sonaba.

—Haendel —dijo Cadavid.

Escucharon los diálogos de la flauta y las cuerdas. A la cocina entraban unos rayos luminosos que vigorizaban el espacio. Pantoja se los quedó mirando, como si también los bebiera.

—No debería existir la oscuridad —dijo—. Solo deberíamos ser para la luz. —Y se puso a llorar. Cadavid no la interrumpió. A veces Pantoja exclamaba un ay. Él le tomaba las manos y le decía que siguiera llorando.

—Es como si mi madre llorara en mí.

Hacia el mediodía, saliendo de las cuevas, Pantoja contó lo sucedido. Lulú la había despertado, sucedido el recital, para pedirle que durmieran juntas. Pantoja la dejó entrar en su cama, creyendo que su amiga tenía miedo y urgía de compañía. De Ávila roncaba en su cuarto. Lulú habló de su vida, de sus padres que se habían separado siendo ella una niña, de su infancia pasada en diferentes hogares —sus abuelos, sus padres, sus tías, los amigos de sus padres—, y cuando ya estaban suficientemente despiertas, se bebieron un trago. La bruja, en algún momento, señalando el cuarto de su novio, dijo que Eduardo era tan frío como el sintetizador. Ambas rieron. Lulú estiró la mano y acarició el rostro de Marta.

—Te pareces a Bachué —dijo.

Lulú propuso, pasadas las caricias, que se comieran los hongos. Olvidémonos de todo y gocemos. Pantoja no sabía bien por qué había accedido. Tal vez el efecto del alcohol, quería jugar con Lulú y besarle sus senos, quizás se había enternecido por la soledad de ambas. Tomaron la cesta y, con el último sorbo de brandy, apuraron las sombrillitas. A los minutos, a Pantoja se le trastocó la realidad. Durante un rato estuvo corriendo de un lado para otro en la casa laberíntica, buscando un rumbo que no encontraba. Lulú la retuvo, pero Marta comenzó a gritar. De Ávila había despertado con los aullidos. Aconsejó un vaso de leche para bajar los efectos, y se volteó en la cama para seguir durmiendo. Ya la alucinada se había precipitado a la calle. Corrió, primero, en dirección a la iglesia de Las Nieves. Se sentía sofocada y

el atrio del templo le pareció áspero e interminable. Allí llamó varias veces a su mamá. Arrasada por la ansiedad, subió a la Plaza de Bolívar. Se daba golpes en el pecho, injuriaba a los espectros, decía: no, jamás, nunca. En las cercanías del Bosque de la República se cayó varias veces. La lluvia le pesaba como si fuera de piedra. Los charcos en los que caía una y otra vez eran desmesurados y parecían precipicios profundos. Estaba perdida en su propio infierno cuando al salir del bosque surgió la puerta de la casa de Cadavid.

## Locura y anarquía

En la clase de literatura musical había exposiciones. Los temas gozaban de cierta libertad, y el maestro Zabala aceptaba las propuestas. Una mañana les tocó el turno a Pedro Cadavid y a Eduardo de Ávila. Afuera seguía lloviendo y los vientos sacudían los vidrios de los ventanales. Cadavid pasó primero. Habló de un evento que había presenciado en los días de estudiante de medicina. Fue al hospital mental de Bello varias veces y asistió al tratamiento de un autista. El terapeuta se acompañaba con un piano y, a través de un solo acorde repetido, lograba que el sufriente saliera de su encierro por unos instantes. Pedro recordaba el pasaje y la obra: el primer acorde en mi bemol del *Nocturno* nº. 2, opus 9, de Chopin. Ahora bien, ¿tenía que ver Chopin con el autismo?, preguntó Cadavid. Se podría estar seguro de que aquel había compuesto música para animar revueltas patrióticas en Polonia, pero no para curar desequilibrios mentales. La música de los nocturnos poseía, sin embargo, el poder de arrojar a una zona de claridad reparadora. El enfermo escuchaba ese acorde, de hecho su capacidad de concentración no superaba la duración de un compás, y sonreía. El médico tocaba más, pero el efecto se diluía de inmediato. Tal vez se piense que lo indicado era tocar el acorde con insistencia para que el enfermo se vinculara por más tiempo con el afuera. Pero lo que el médico hacía era sostener el pedal para que el acorde se disipara lentamente. El halo de la música sembraba en la audición del paciente un surco, y entre los escombros de su memoria fluía el sonido como una señal de alivio. Un cierto repertorio pianístico del Romanticismo, decía Cadavid, goza, sin que sus compositores se lo hubieran propuesto, de un poder

restaurador. Para una época saturada de inestabilidades psicológicas —tal era el precio de la industrialización de las ciudades, del triunfo de la razón burguesa y de sus sangrientas guerras nacionalistas—, los músicos habían dejado unas obras que sugerían una especie de aislamiento en el que confluían el tormento y el consuelo. Y en quien se manifestaba esto con más insistencia era en Schumann. El tormento, para él, fue la locura, y su consuelo, el piano. La demencia de Schumann podría interpretarse como una pérdida absoluta del lenguaje. Durante su vida creativa, el compositor alemán presintió que lo esperaba la inmersión en el silencio. Pero el silencio, en este caso, no era la adquisición de uno de los objetivos del arte, sino la victoria de la nada. Y la nada, decía Cadavid, es la oscuridad. Varias veces, en su correspondencia, Schumann cree que esa oscuridad —él la nombra “la negra noche”— lo devorará. En la literatura hay casos en los que el lector entiende cómo la enajenación mental invade el discurso de la enunciación, fragmentándolo hasta tal punto que lo vuelve impenetrable. En *El Horla*, de Maupassant, o en *El diario de un loco*, de Gogol, se percibe el tamaño de esta disgregación. Como Schumann, el francés y el ruso escribieron sostenidos en esa cuerda floja rodeada de vacío. Es sabido que la cuerda es el arte y que el reto que tienen los artistas perturbados es crear, a pesar del suplicio, obras equilibradas. Pero se podría decir que tanto en Maupassant como en Gogol la locura es la que se impone, mientras que en Schumann el orden y la razón, condiciones mínimas del arte, prevalecen. Entonces Cadavid mencionaba la historia de las variaciones en mi bemol sobre el tema de los fantasmas, la última obra de Schumann antes de que se hundiera en los territorios de la locura. Luego de una efervescencia compositiva había sobrevenido un silencio brutal. Schumann fue un tipo que pasaba de depresiones estériles a delirios fecundos. Cadavid se detuvo en la tonalidad de las variaciones. Una vez más era el mi bemol propio para expresar heroísmos escindidos como el de la *Sinfonía Heroica* de Beethoven, o para enfrentar las ondas míticas del Rin de Wagner.

Pero en Schumann no había ningún deseo de abrazar colectividades gloriosas, o de elevarse como estandarte de la humanidad. Lo suyo era una lucha individual, la desgracia privada, el combate íntimo de un pobre hombre contra la demencia. Las *Geistervariationen* fueron escritas durante los días en que Schumann estuvo asediado por los espíritus que le transmitieron lo más maravilloso y lo más horrible del dominio sonoro. Él creía que esos fantasmas —Schumann les decía “ángeles”— susurraban revelaciones sublimes. Se sospecha, por lo general, que ante estas variaciones tropezamos con esa pugna. Pero lo que sucede es que escuchamos una obra que transcurre fuera del mundo, e incluso lejos de la música. Schumann, componiéndola, habitó un mundo inaccesible a los otros. Y esto es lo que pasa, en cierta medida, con los autistas. La oscuridad acechó desde muy temprano al músico, hasta cercarlo en ese mes de febrero, en la ciudad de Düsseldorf. Por un lado, tenía deseos autodestructivos. Le pedía a su esposa no dejar nada punzante cerca de sus manos, pues temía infligirle daño a su familia. Clara estaba de nuevo embarazada. Schumann se imaginaba atacándola y estropeando el feto. Lo torturaba, además, una nota la que no se le iba de los oídos. Y, de súbito, se precipitaba sobre él una catarata de sonidos. La locura no es perder el sentido, sino encontrarlo exacerbado en todas partes, decía Cadavid. La de Schumann, que era musical, consistió en que los ruidos se le convertían en música. Y esa música, como un cuchillo implacable, terminó destruyéndole los nervios. Pero en las *Geistervariationen* no hay alusión a esas torturas. Hay, más bien, la fría certeza de que la música suena extrañamente por última vez para callarse y dejar que en ella entre la tiniebla. Escuchar estas variaciones significaba, por lo tanto, que en Schumann había ganado, una vez más, la lucidez del arte sobre el caos. Cadavid aprovechó para escribir unos versos de Hölderlin en el tablero: “Somos un signo indescifrado / Ningún sufrimiento / Y hemos perdido la lengua en el extranjero”. Enseguida pidió a Francisca Benítez que tocara en el piano las variaciones sobre el tema de los espíritus, o de los fantasmas, o

de los ángeles. Y ella interpretó ante el grupo esa obra, que es como el balbuceo de un niño en el que el dolor de la existencia se establece. Un silabeo que intenta dialogar con la música en medio de un oscuro vacío.

El maestro congratuló al expositor y aplaudió a la pianista. Lo mismo hicieron los demás. Un par de bravos salieron de las bocas de Escobar y Sánchez. Lulú y Eduardo de Ávila habían escuchado sin desalojar el recelo de sus miradas. Al corresponderle el turno, De Ávila previno que su charla se situaría en un lado opuesto al del romántico antioqueño. Todos, salvo Cadavid, celebraron la ocurrencia. Porque lo suyo, precisó, cuestionaba lo del orden y la razón de la música. Zabala carraspeó como si hiciera una réplica y una aprobación. Ese día Eduardo de Ávila exhibía un mechón de pelo plateado que le caía sobre la frente. Llevaba un overol rojo y las botas punkeras de siempre. Sacó una libreta de apuntes. La repasó con rapidez y miró al grupo. Se paró con pose atrevida, piernas abiertas y brazos cruzados, y se refirió a Goethe. Lo llamó el mentor fallido del Romanticismo. Zabala sonrió con displicencia y Cadavid con fatiga. Pero De Ávila dijo algo que llamó la atención del auditorio. Habló del piano de alaridos. ¿Saben qué es el piano de alaridos?, preguntó. Como nadie contestó, el expositor dijo que era un piano que, justamente, aullaba. Goethe desterró el llamado piano de alaridos de Weimar, explicó De Ávila, y lo expulsó por juzgarlo nocivo para la música. Hay dos interpretaciones de este repudio. La primera obedece a que Goethe amó el clavecín, y al piano de alaridos lo tomó como un bastardo del piano de martillos que fue, entre otras cosas, uno de los inventos más audaces de su época. La segunda, más forzada pero no menos plausible, tiene que ver con Beethoven y su sonata llamada *Hammerklavier*. Esta sonata es una de las más extensas del compositor. Se llama así porque Beethoven encabezó la partitura con la expresión “Gran sonata para piano de martillos”. Su exigencia técnica no solo espantó a los pianistas de entonces, sino también al autor del *Fausto* que, como se sabe, no comprendió el genio de Beethoven. Opinaba, entre otras

cosas, que de un compositor que destruía tantos pianos al tocarlos no podía esperarse nada bueno. Estos argumentos bastarían para desconfiar del juicio artístico de Goethe. Pero él no solo pasó de largo ante Beethoven, también actuó así con quienes serían los mejores exponentes del Romanticismo. Goethe despreció a la nueva generación de músicos que harían de su obra, valga la pena observarlo, algo más interesante de lo que en verdad fue. Schubert le parecía oscuro y precoz y su música más o menos sifilítica. Berlioz, estrafalario y ruidoso, y *Las escenas de la condenación del Fausto* que el francés le envió, un engendro de aborto. Y Liszt, tan solo un insoportable y acróbata pianista. Para convertirse en el señor absoluto del arte en Weimar, Goethe había dejado Fráncfort del Meno, donde la vulgaridad de los burgueses lo apabullaba. Lo suyo era educarse en la ciencia, el arte, la administración de las finanzas para acceder con más facilidad a la aristocracia. Y ese fue su proyecto de formación humanística. Mejor dicho, ser culto, rico y gozar de los deleites de un cosmopolitismo conservador. Este gesto define su arribismo de clase, porque Goethe, no se olvide, provenía de la burguesía y fue servicial con los poderosos. Amaba el orden y todo lo que tenía que ver con la elegancia y el equilibrio. Por eso, cuando escuchó el piano de alaridos lo expulsó de su entorno sin vacilar. Y es que Goethe, precisó Eduardo de Ávila, detestaba el grito. Es difícil entender, por lo demás, cómo pudo traducir *El sobrino de Rameau*, el libro de Diderot. ¿Ustedes han leído *El sobrino de Rameau*?, preguntó, mirando a Cadavid. Como esta vez tampoco hubo respuesta, De Ávila dio un breve resumen. *El sobrino de Rameau*, dijo, son varias cosas. Un libro que puede leerse como una obra de teatro, como un ensayo o como una tomadera de pelo sobre el estado de la música en la Francia del Antiguo Régimen. Lo que pasa en el libro es sencillo. Un par de hombres se encuentran por azar en un café y se ponen a conversar. El libro es tan solo eso: una conversación, libertina, entre dos tarambanas. Hubieran podido hablar de mujeres, dinero o comidas, que son los temas

predilectos de los hombres, pero lo que les interesa es la música. Juzgan óperas, libretos, madrigales. Disparatan sobre las pelucas pasadas de moda, sobre los ballets de la corte, sobre la lánguida y fría pedantería de esa nobleza que después será merecidamente decapitada. Sucedida la risa del grupo, De Ávila continuó. No quiero extenderme en los dictámenes de esos dos señores, muchos de ellos museísticos, propios de un tiempo egocéntrico hasta la ridiculez y frívolo hasta la desesperación. Solo me detendré en un pasaje en que el sobrino cree que lo que necesita la música para salir de su palacio plácido es el grito. Porque el grito define mejor la pasión y hace avanzar al arte. El grito, para Diderot, es el camino para confrontar lo falso, lo postizo, lo racional y el orden de una determinada estética. Diderot es enfático cuando afirma que la poesía, e introduzco la música en este concepto, debe ser enorme, bárbara, salvaje para ser ella misma. Pues bien, esta enormidad, esta barbarie, este salvajismo de la expresión, que encarnó el piano de alaridos, es lo que rechazó esa peluca llamada Goethe. Ante la noche honda del Romanticismo, ante su grito y su desobediencia, Goethe se refugió en los castillos de los adinerados para gestionar sus fortunas, bailar minuetos de Mozart y decir que el único genio musical era el suyo. Pero el Romanticismo que, como toda vanguardia, vio en el grito la base de su misión, pronto fue asimilado y perdió su frescura anárquica. El caso más ostensible de esta claudicación, dijo Eduardo de Ávila, es Wagner. Con él, la corriente romántica no llega a su madurez, sino a su desengaño y su fracaso. Mientras el más original Romanticismo, al menos el más solitario y subversivo, planeaba por una Europa fragorosa, emergía esa otra gran falacia del arte llamada Wagner. Todos en el salón se rieron, salvo Zabala que, desde hacía un rato, movía la cabeza como si estuviera aprobando o desaprobando. De Ávila había descruzado los brazos y se paseaba, seguro de su disertación, por entre la fila de sus compañeros. Se detuvo al lado de Cadavid para abordar el caso Wagner. Se sabe, prosiguió, que hay dos Wagner. El primero es el que más me

atrae. Es un artista con ideas originales, quiere renovar la música, está lleno de deudas, huye de sus acreedores. Viaja por Europa presentando sus óperas impresentables. Tiene amoríos torrenciales y trastornos digestivos porque aguanta hambre, y, si come, lo hace velozmente, sin tragar bien el bolo alimenticio. Sufre de agrieras, eructa a cada rato y es copioso en flatulencias. Odia a la burguesía y a la aristocracia, y valora idílicamente, como solía ocurrir con estos jóvenes románticos, al pueblo. Pero el pueblo, entendámoslo así, ha sido un motivo engañoso para el arte. Los músicos presumen que por cantar sus virtudes están salvados de cualquier elitismo reaccionario y que saldrán como redimidos en su proyección social. Eso pensó Wagner, quien creía, más que sus camaradas de oficio, en la capacidad pedagógica de la música y en el pueblo como su mejor receptor. En esos años también escribió su ideario nacionalista en artículos y panfletos. Sus ideas, a veces, son provocadoras, pero se tornan repugnantes cuando unen música, religión y política. Wagner pretende ser un profeta nacional, y en el fondo no es más que un siniestro precursor del totalitarismo. Sin embargo, hay un acontecimiento ejemplar de este primer Wagner a la hora de deliberar sobre las relaciones de la música con la anarquía. Se ubica en Dresde, durante los motines de mayo. Wagner se encuentra con Bakunin. Discuten sobre la necesidad de desmontar el complot al que han llegado los burgueses y los nobles en Europa. Ambos consideran que la música debe estar al servicio de una verdadera revolución. Para el Wagner de esos días, el modelo más alto es *La Marsellesa*. A él, que será después un francófobo cabal, se le ponen los pelos de punta al escuchar ese himno sanguinario y populista. Imaginemos, propuso De Ávila, que Bakunin y Wagner están departiendo en un bar, al calor de unas cervezas y unas salchichas. En alguna hora de la noche, el alemán se despide del ruso y, camino de su domicilio, se cruza con unos vándalos. Estos se aprestan a invadir una de esas mansiones que Wagner ahora aborrece y que, años más tarde, habitará con beneplácito. El músico se une a ellos. Entran en la casa.

Destrozan sus ornamentos. Divisan un piano. Deciden tirarlo por el balcón. Wagner se entusiasma con la propuesta. Pero antes, sus compañeros mean y escupen ese símbolo de la dominación burguesa. Gritan al ver y oír que abajo la música se hace añicos. Muchas veces he imaginado el tipo de sonidos que produjo ese piano estrellado contra el piso. Y no me cabe la menor duda de que así le debió sonar el piano de alaridos a Goethe. Y el mejor referente del Romanticismo, mejor dicho, del romanticismo que me interesa, fueron esos instantes durante los cuales Wagner entró en el núcleo verdadero de toda revolución. De Ávila se acercó entonces al piano del salón y simuló cargarlo. Dio varios pasos, con el peso sobre sus hombros, y lo lanzó por una de las ventanas. Hubo carcajadas en el auditorio. Hasta en el rostro de Zabala aparecieron los dientes de la sonrisa. Quisiera, por último, dijo Eduardo de Ávila, aparentando cansancio por el esfuerzo realizado, pronunciarme sobre el segundo Wagner, el aclamado en Bayreuth. Ese Wagner es sencillamente asqueroso. Esto lo digo por varias razones. La primera, porque pretendió hacer de la música, y de la ópera en particular, un acto religioso y no un espectáculo para estimular los oídos. La segunda, porque puso la música al servicio de los acaudalados y no del pueblo, como pretendía. Su intención fue hacer un teatro y dejar que todo el mundo entrara gratis a educarse con esas óperas abrumadoras en las que una música, a veces interesante, se abraza con la poesía más caduca. En este punto, que fue el gran sueño del Romanticismo popular, Wagner fracasó. Su teatro, plagado de purezas raciales y religiosas, convocó a las personalidades más funestas de la época. A ese altar de la música alemana, como a los pianos, propongo entonces echarle candela. Eduardo de Ávila desplegó en su boca un gesto de insolencia. El maestro Zabala y los demás guardaron silencio. Lulú estaba complacida y Cadavid vio que ella le guiñaba el ojo. Eduardo de Ávila, entre tanto, hizo una venia, como si hubiera dado un recital.

## Jazz

Procedente de Bogotá, llegó Efrén Zaragoza. Era un muchacho fornido, de pelo crespo y frente despejada. Tenía la piel de un blanco velado, una chivera bien cortada y un pequeño arete en una de las orejas. Escobar le señaló a Cadavid un afiche que estaba pegado en una de las paredes de las cuevas, y le dijo: acabo de encontrarme con William Shakespeare en la escuela. A Zaragoza le encantó la comparación, pero dijo que de Shakespeare solo había visto, en cine, *Romeo y Julieta*. Y se mofaba de sus vacíos literarios aclarando que un músico debía tener no una biblioteca en la cabeza, sino una discoteca. Había venido a la escuela para enterarse un poco del solfeo y la armonía. Pero lo suyo era el jazz y, en tal perspectiva, tocar el saxofón. Esto se lo dijo al maestro Zabala, quien le escuchó confesar que estaba en la inopia de la música clásica. Mejor dicho, lo que Zaragoza sabía de cuestiones musicales estaba en concordancia con el jazz. Pero del jazz lo sabía todo. Maestro, ¿conoce usted el juicio de Berlioz sobre Adolfo Sax?, preguntó la primera vez que se entrevistó con el director de la escuela. Como Zabala no tenía la menor idea, Zaragoza lo instruyó: decía que era un hombre lúcido, con una perseverancia a prueba de bombas y una gran habilidad. El maestro dijo que eso decían los compositores de los *luthiers* si sus instrumentos los favorecían. Pero Zaragoza aclaró: Sax no era cualquier *luthier*. Creó un instrumento único. Todos lo son, dijo Zabala. A lo que Zaragoza repuso: todos son, en efecto, el producto de una evolución, pero el saxofón no. Nació en 1846, proyectado por una sola idea, y desde esa fecha es como es ahora. El director tenía razones para creer, y lo dijo mirando a la criatura blanca que había en su oficina, que

el gran instrumento era el piano y que los otros resultaban inferiores. Lo cual no quería decir que cada uno de ellos no tuviera su encanto propio y pudiera alcanzar, en su dominio, algunas cimas de la música. Pero el piano es el soberano, y al enseñarse su técnica, dictaminó, se está enseñando no solo una habilidad sino los secretos de la música. Zaragoza se entusiasmó y, como si asistiera a una conversación entre dos viejos colegas, opinó que en el jazz el piano efectivamente había alcanzado alturas admirables. Dijo que Duke Ellington era el Bach del jazz, y Charlie Parker, en el saxofón, el Mozart. Zabala tosió con incomodidad. Lo más recomendable, sentenció, era no mezclar lo uno con lo otro. Zaragoza meneó la cabeza para decir que esos abrazos entre lo clásico y el jazz constituían justamente lo más entrañable de la música actual. Y explicaba que a todo ello no lo nutría la esencia melódica de lo clásico, sino la fuerza rítmica del *blues*. Por ejemplo, usted ha escuchado... Pero Zabala lo interrumpió levantándose del escritorio. Se dirigió a la repisa para tomar una de las carpetas. Abrió una de ellas y mostró el encabezamiento. Este decía: Departamento de saxofón. Y le comentó a Zaragoza que lo recibiría sin problemas en caso de que tuviera capacidades para la música. Hecha la prueba de rigor, lo situó en el grado C1. Entre Escobar y Sánchez, a petición del director de la escuela, lo ayudaron a aprender con rapidez las bases de los encadenamientos armónicos. Zaragoza poseía un oído afortunado, tenía bases de piano como para acompañar su música venerada, y avanzó bien en el solfeo durante las primeras semanas. Pero Zabala, como a todos los que ingresaban en la escuela, lo previno frente al saxofón. Aconsejó que debía dejarlo a un lado por unos meses, olvidarse del jazz y dedicarse al fortalecimiento de la teoría y del piano.

Estas advertencias incomodaron no solo a Zaragoza, sino a Charles Gaité, el contrabajista que también amaba el jazz por encima de todas las cosas. Pero Gaité había llegado a Tunja por otras razones. Huérfano del padre francés, su madre colombiana lo trajo a Bogotá para alejarlo de un grupo de parisinos

perniciosos. Al cabo de unos meses, Gaité conoció a Lucía Melgarejo. La vio, como una aparición magnífica, en una de las verbenas del diciembre tunjano. Melgarejo era entre indígena y negra, y tenía unos ojos grandes y enigmáticos. Su mirada se cruzó, en medio del gentío, con la del gallo, que era lacrimógena y azul, y ambos quedaron magnetizados. Gaité tenía pinta de normando errabundo. Hablaba un español perfecto con un leve acento levantisco de eses y eres y jotas bien pronunciadas. Su único *blue jean* estaba desteñido, y tampoco se cambiaba la chaqueta de cuero negro. La bufanda, como sus zapatos, una rara mezcla de tenis y sandalia, se veía sucia. Era curioso que llevara ese apellido, porque el tono de su voz remitía a los perfiles de las grutas y pocas veces reía. Sus cabellos blondos embellecían más el rostro y dialogaban con una barba corajuda que desbarataba a las muchachas del altiplano. Pero Gaité era esmirriado. Si se le observaba bien, caminaba arrastrando las piernas, como si le pesaran. Poseía un humor negro devastador y se llevaba frecuentemente las manos a la boca. Encubría así una dentadura estropeada por una riña. No se sabía con seguridad si esta había ocurrido en París, en Bogotá o en Tunja. Lo que se decía, en todo caso, era que a Gaité lo inflamaban las pendencias del amor. Sus tropeles tenían que ver, en realidad, con su novia. Se ponía celoso hasta la hipérbole y no permitía ni que la miraran. Porque Lucía Melgarejo brillaba por donde pasaba. La madre de Gaité, que optaba mil veces por un repentino enamoramiento en Tunja que por un cerco de hachís y vino en París, lo dejó establecerse en la ciudad con la condición de que se inscribiera en la escuela. Por su buen dominio del contrabajo, que había estudiado en un conservatorio de distrito parisino, fue admitido por Zabala.

A Hernando Escobar, por su lado, le bastó muy poco tiempo para darse cuenta de que estudiaba en un lugar que no le convenía. Acaso la ciudad era la equivocada, lo corregía Gaité, y ambos sonreían, pues para yerros territoriales no había mejor muestra que el francés. Pero este se justificaba con Melgarejo

y resolvía la referencia a cualquier extravío. Los dos jóvenes habían simpatizado de inmediato. Escobar poseía un privilegio: hacía reír a todos en la escuela, incluido al apagado Gaité. Y, cosa extraña, nunca lo atrajo Lucía Melgarejo. Con Cadavid pasó algo diferente. La primera vez que se vieron, en uno de los ensayos del coro, la amante del contrabajista francés se fijó en él. Por entre los coristas, desde el lado de las sopranos donde ella cantaba, le arrojó su mirada nocturna y le sonrió. Cadavid se sonrojó, pero tuvo el valor de sostenerle los ojos.

Fue por esos días que Escobar, Zaragoza y Gaité comenzaron a reunirse. Los tres creían que los músicos eran personas que debían liarse con los instrumentos y no andar con la cabeza congestionada de leyes armónicas y contrapuntísticas. Como si se tratara de respirar, los tres necesitaban tocar. Se juntaban varias veces a la semana. Escobar y Gaité interpretaban pasillos y bambucos desde que se habían encontrado, y Sánchez no tardó en unírseles con la guitarra. Al llegar Zaragoza formaron un cuarteto, de tal modo que el repertorio creció. El jazz fue entrometiéndose en la camisa de fuerza impuesta por las estructuras musicales colombianas. Tocaban un bunde tolimense, una piragua, una fiesta en corraleja que los llenaba de dicha, pues con esas melodías sabrosas se arrojaban a una suerte de libertad expresiva.

Para los ensayos utilizaban uno de los salones de la escuela. Lo hacían, por lo general, en horas de la noche. Pero una vez, el maestro Zabala los sorprendió. Fue en el horario del coro. Los muchachos creyeron que faltar a una de esas sesiones era normal. Se equivocaron del todo. Prestaron un salón del tercer piso y allí ensayaron un popurrí. Andaban en un diálogo entre la flauta y el saxofón, con un acompañamiento en *pizzicato* del contrabajo y secos rasgueos de la guitarra, cuando la puerta se abrió. Desde hacía unos segundos Zabala la golpeaba. Minutos antes había interrumpido el ensayo del coro. Había detectado un sonido extraño al de las voces que cantaban la primera pieza del *Carmina Burana*. Había mirado hacia el lado de los bajos y

se dio cuenta del vacío. Preguntó con voz severa: ¿Hernando Escobar, Jaime Sánchez, Charles Gaité y Efrén Zaragoza están aquí? Al corroborar su ausencia, salió como un ventarrón. En el almacén le preguntó a Yamil. Este mencionó el salón 305. Zabala subió las escaleras de a dos, pisando duro. Lo que siguió fue vergonzoso. El director entró al salón y los confrontó. Recordó la asistencia obligatoria al coro. Les dijo que la voz de los bajos se perjudicaba con su ausencia. Pero, en vez de ordenarles que fueran al coro, les dijo que su deber era con el aprendizaje de la teoría musical y no con las chisgas. A Zaragoza se le subió el rojo a la cara. Escobar abrió los ojos con perplejidad. El hombre de Puerto Berrío miró al suelo. Gaité carraspeó y, en vez de protestar, sonrió humildemente. Zabala esperó, al lado de la puerta, que organizaran sus trebejos sonoros. Los cuatro muchachos obedecieron. Metieron sus instrumentos en los estuches, desarmaron los atriles y bajaron en silencio. Al entregar las llaves en el almacén fueron al salón. El maestro entró detrás de ellos. Esperó a que se ubicaran en el coro y continuó dirigiendo la música de Carl Orff.

## *O Fortuna*

La obra no era compleja. Gozaba, al contrario, de una facilidad rítmica donde la repetición, el matiz melodioso y la grandiosidad del coro lograban un enérgico equilibrio. Zabala había ordenado ingresar otro piano al salón, y con Cumbiamba acompañaban las canciones que Orff exhumó de un monasterio medieval. La escuela de música se sostuvo, durante esas noches, en los acordes tonales que celebraban la primavera, la taberna y el placer. Ante el sentido de lo que cantaban, algunos coristas opinaban que lo mejor era entonar esos amores borrachos de vino y cerveza para irse a una de las pocas tabernas de la ciudad. Porque había un equívoco, más o menos risible, en interpretar una obra que suscitaba la erótica transgresión en los recintos de la música clásica. Pero con tragos encima y las ganas de tirar tensando la sangre, ¿cómo alcanzar una afinación apropiada? A Zabala, en todo caso, se le veía contento puliendo los inicios y finales de los trozos. En estos pasajes, como en los que el coro se hundía en los límites de la ebriedad, residía el éxito de la obra. Cumbiamba, por su lado, descansaba con los ensayos corales. Dedicaba varias horas del día preparando el concierto de Beethoven para el concurso. Y pasar de Beethoven a Orff, afirmaba, era como ir a un burdel después de haber estado en un palacio.

A Pedro Cadavid le correspondió, una de esas noches, dirigirse al coro. El maestro Zabala pretendía encauzar al estudiante por el camino de su objetivo: la musicología. Había llegado a plantearle que, si las cosas marchaban bien, podría darle el cargo de monitor para sus clases de literatura musical. Cadavid se esperanzó con esta alternativa. El asunto del peculio se remediaría

así. Para sostenerse daba clases de música en una escuela primaria. Había conseguido el trabajo por medio de Sánchez, que montaba estudiantinas y corales en los establecimientos educativos de Tunja. Cadavid tomó esas clases como un salvavidas, sabiendo que era una faena ingrata. Le pagaban lo mínimo, y la mayor parte de los adolescentes tomaba la música como un entretenimiento vacío. En cuanto a su padre, seguía en su decisión de no ayudarlo. Pero, a veces, la madre mandaba algunos pesos. Cadavid hacía préstamos continuos entre sus compañeros. Solo comía una vez por día y aplacaba la frecuente agonía con café con leche, mogollas, roscones y garullas. Marta Pantoja y Francisca Benítez lo invitaban a comer, pero él se contrariaba porque creía que en ese gesto la compasión de ellas se mezclaba con el deseo. Una vez Avechicho le recomendó un comedor donde los almuerzos eran baratos. El sitio quedaba cerca de la plaza de mercado, en una cuadra sembrada de cacharrerías, compraventas y almacenes de miscelánea. Se entraba por un inquilinato y había que atravesar largos corredores pringosos. Se subían y bajaban escaleras opacas hasta que surgía, como una aparición, el comedor. Era un espacio donde atendían una jorobada vetusta y un administrador esquelético. Le dieron una mazamorra en cuyo aceite flotaba, como un mal augurio, un guiso de papas criollas y una carne nervuda. Pero a pesar de la repugnancia, Cadavid se lo comió todo. La digestión fue tan onerosa que debió irse a la cama, padecer diarreas por varios días y alucinaciones en las que Avelino era un cuervo que lo sobrevolaba para sacarle los ojos.

En realidad, se había vuelto más flaco, y el insomnio lo visitaba con frecuencia. Manuela Cardona era quien más contribuía a este infortunio del cuerpo y a esta desazón de los sentimientos. Pedro le escribía misivas largas en las que le pormenorizaba sus jornadas. Le contaba sus descubrimientos literarios. Daba sus impresiones sobre *Pedro Páramo*, de Rulfo, sobre los cuentos de *Bestiario*, de Cortázar, sobre *El coronel no tiene quien le escriba*,

de García Márquez. También le detallaba sus lecturas de *La muerte de Iván Ilich*, de Tolstoi, el escritor que moldeaba con más fuerza su aprendizaje literario. Las cartas, por lo general, terminaban con palabras de nostalgia y desesperación. Procuraban convencer a Manuela para que se fuera a Bogotá. Ante el silencio de ella, Cadavid no cejaba. Era como si su ansia de quererla y no tenerla fueran el motor de sus días. Iba a las cabinas de Telecom para llamarla a pleno día, porque de noche, al hacerlo desde la dirección de la escuela, nunca la encontraba. Pero, por un lado, esas llamadas le hacía un hueco a sus bolsillos y, por el otro, le incrementaban su agobio. ¿Por qué no me escribes?, le decía cuando la encontraba. Ella respondía que no era afecta a escribir, y mucho menos cartas nostálgicas. Y cuando lo hacía, Cadavid debía conformarse con una página culminada con el dibujito de un gallinazo oculto tras unas montañas. Pese a estos aprietos del amor y al desequilibrio de los intestinos, Tunja poseía una cualidad. En esa ciudad había tiempo. Tiempo para estudiar música y seguir sus huellas vaporosas. Tiempo para leer todos los libros que a Cadavid se le atravesaban como si fueran su mejor consuelo.

El coro se acomodó para escuchar. El conferencista sorteó los retorcijones del estómago que se aumentaron con el nerviosismo. Pero también debió aceptar lo inevitable: que los oyentes, la mayor parte boyacenses, se divertirían con su acento antioqueño. Había decidido, por consejo de Zabala, pasar por encima los detalles de la vida de Orff y sus premisas pedagógicas. Se concentró, más bien, en el contexto social en que fue compuesta *Carmina Burana*. La obra se estrenó en Fráncfort del Meno y su triunfo fue rotundo. Hitler y la estética nazi dominaban, hacía un tiempo, sobre Alemania. Esta estética, dijo Cadavid, seguía las pautas del Führer. Y esas pautas eran Beethoven, Wagner, Bruckner y un compositor de operetas de apellido Lehár, que no representaba gran cosa para la historia de la música pero que a Hitler le encantaba. Lo que promovían los nazis debía ser complejo desde el punto de vista de la armonía, y sus temas y motivos desarrollarse con ampulosidad.

Pero tremenda sorpresa se llevaron cuando escucharon los acordes imponentes de Orff. Aunque esta música no tenía nada que ver con el judaísmo, a los nazis les pareció superficial. Había que tener en cuenta que los años treinta en Alemania estaban vigilados por un comité de censura. Se quiso desjudaizar la música y prohibieron a Mendelssohn y a Mahler por su origen. Expulsaron las experiencias atonales y las nuevas vanguardias. Toda vanguardia, de hecho, les resultaba peligrosa por lo burguesa y nauseabunda por lo individual. Algunos compositores protestaron, pero no Orff. Como otros, él se atemperó al nazismo. Podría decirse que fue un nazi pasivo. Es decir, uno de esos miles de alemanes que no estaban muy de acuerdo con Hitler, pero que no movieron un dedo para rechazarlo. Fue difícil componer en esos días y más aún hacerlo en Alemania. Supongan, dijo Cadavid, un contexto en que no se podía criticar a Lehár, ni a Wagner, ni a Beethoven, ni a Bruckner. Estaba prohibido, asimismo, introducir el sexo en los escenarios de la música. En un ambiente semejante se estrenó *Carmina Burana*, que es como una invitación al desafío. ¿Tal relieve molestó a los nazis? Quizás. Pero les encantó un aspecto en la propuesta de Orff: su inclinación populista. Ese propósito evidente de satisfacer, con sus melodías elementales, a las multitudes. Los nazis terminaron cayendo de hinojos ante el efectismo victorioso de *Carmina Burana*, que coquetea con retóricas sonoras de milicia. Es verdad que Orff se separa de cualquier complejidad armónica y su música no dice nada de lo propiamente alemán. Ninguna profundidad tonal. Nada de cromatismos propios para la cavilación de los filósofos. Tampoco ningún atisbo contrapuntístico. Lo de Orff es más europeo que alemán. Son pesquisas en el sistema modal griego, en el canto gregoriano, en las canciones y danzas populares del Medioevo. Para explicarlo de otro modo, y eso es lo que se siente al cantarla, la obra de Orff es una apuesta por el manejo cabal de la tonalidad. Como Orff era amigo de los nazis, como tomaba café con ellos y se divertía en sus fiestas, logró que su obra fuera estrenada. Pero hay que ser

claro: *Carmina Burana* toma un rumbo que asusta a cualquier fascismo, sea de derecha o de izquierda. La razón de ser de sus personajes es concisa: solo quieren beber, danzar y fornicar. Y lo claman con tanta convicción que en esta música hay una total ausencia de la moral. Sin duda, concluyó Cadavid, los nazis pasaron por alto la indecencia de Orff o porque eran sordos, o porque sospechaban que estas consignas vitalmente sensoriales son uno de los motores de toda civilización. Cadavid inclinó la cabeza, la gente aplaudió, y el ensayo de esa noche adquirió algo de libación colectiva. Luego, al cabo de las dos horas, la escuela quedó envuelta en su mudez colonial.

## La fiesta

La noticia llegó una mañana. Fue el director de la escuela quien se encargó de darla. Ordenó que las clases se interrumpieran. Los estudiantes, los maestros y el personal administrativo salieron de los salones y oficinas para asomarse al patio central. Como un tribuno, Zabala se acomodó ante el barandal verde y dijo que Raúl Sierra, Cumbiamba, era el ganador del concurso nacional de piano. La exaltación fue tanta que Rosario Castañeda y Montero, quien la víspera había sacado la máxima nota en su examen de piano, tocando la sonata de Mozart, y Manuel Vélez, el compañero pianista de Medellín, decidieron hacerle una fiesta.

La invitación exigía ir con disfraz, y había sorprendido a todos. La caribeña, la que no saludaba, o si lo hacía manifestaba su estirpe latifundista, abrió las puertas de su vivienda para celebrar a Cumbiamba. En las carteleras próximas al almacén se pusieron los avisos con la dirección: quedaba frente al hotel Hunza, a dos cuadras de la Plaza de Bolívar. Era un apartamento moderno y amplio. Cadavid, Escobar y Sánchez se miraron, estupefactos, frente a la invitación de Castañeda y Montero. Con los otros estudiantes, ella también saludaba con afectación y entregaba un sobre marcado con su nombre y apellidos y su heráldica distinguida. Hasta Florencio Otálora, que pasaba desapercibido por su temperamento ausente, supuso que era una equivocación. Rosario nunca lo había determinado en el tiempo que llevaban yendo y viniendo por los mismos espacios de la escuela, y aunque agradeció con su gesto de boyacense apacible, Otálora reconoció de inmediato que ese evento no tenía nada que ver con él.

Cada uno resolvió el asunto del disfraz. Muy pocos podían darse el lujo de comprarlo. Francisca Benítez, Estela Castillo y Manuel Vélez se dedicaron, en la entrada del apartamento de la anfitriona, a pintar antifaces, bigotes y lunares. Eso sucedió con Yamil, el almacenista, con Leguizamón, el que administraba la discoteca, y con Nicolás, el bibliotecario, quienes fueron los primeros en llegar. Con ellos entraron los hermanos Sandoval. Estaban disfrazados con las máscaras de su Halloween más reciente. Uno era el sol y el otro la luna. Uno estaba reluciente, el otro menoscabado. Los demás fueron llegando en el transcurso de la noche. Eduardo de Ávila apareció con el pelo engominado, una careta de vampiro y una capa de papel aluminio que le llegaba hasta los pies. Lulú dijo que no necesitaba disfraz porque ella era, en todas partes y bajo cualquier condición, una bruja. Pero se dejó convencer al cruzar la puerta y le pusieron unas mirellas en las mejillas y le colorearon algunas mechas de su pelo. Francisca y Estela se disfrazaron de hadas, con alas doradas, unos tocados altos hechos con las cabelleras y, dibujadas en las mejillas, unas grandes flores abiertas. Con Carlota Pijao, que era una falena de la noche, las tres se habían ocupado de ornamentar la sala con bombas y serpentinas. Manuel Vélez, ataviado de cocinero, pues era tan diestro en la pedagogía del piano como en las sazones de las comidas, preparó los pasabocas y una torta que comerían en honor a Cumbiamba. Castañeda y Montero, por su parte, se disfrazó de reina de carnaval de su ciudad. Tenía anillos en todos los dedos y el que más fulgía era el diamante mayor que le había correspondido como herencia familiar. Una diadema sobre una gola de encajes coronaba su abundante cabellera, que tenía recogida en lo alto del cráneo con un peine de marfil. El vestido era un calzón con holanes de otra época y un corpiño lleno de filigranas primorosas. Y a ambos los cubría una túnica velada que intentaba minimizar la provocación de su cuerpo.

Zaragoza llegó más tarde con el francés y Lucía Melgarejo. Venían con sus ropas normales y solo cuando tocaron a la puerta sacaron de sus bolsos los

disfraces. Zaragoza se puso un cuello blanco de cartulina, se ajustó un chaleco de terciopelo negro y colgó una pluma de paloma en el aro de su oreja. Solicitó, sonriente, que adivinaran quién era. La pareja, a su vez, llevaba unas máscaras que habían desempolvado de algún baúl de la infancia. Gaité era un gorila y Melgarejo un cacique indígena iracundo. Castañeda y Montero los recibió con afabilidad pero les dijo que si había disfraces de imaginación enteca eran los suyos. Después llegaron Cadavid y Escobar. Sus disfraces suscitaron la primera algarabía. Cadavid había vacilado en ir a la fiesta. Estaba exhausto de los encadenamientos de armonía que había estudiado y unos solfeos atonales que le tenían los nervios descompuestos. Pero lo que lo agotaba realmente era ver que pasaban los días y las noches y la lectura y la escritura se volvían actividades esporádicas. En vez de ir a la fiesta, había decidido acabar *Juan Cristóbal* de Rolland, pero Escobar lo convenció. Ninguno de los dos había previsto qué ponerse. Divagaron hasta que el flautista dijo: ¡Eureka!, ¡disfracémonos de sicarios! Cadavid alcanzó a reírse cuando Escobar ya estaba sacando de su armario unas medias veladas, vestigios de alguna visita amorosa, buscando unas cachuchas que había traído esperando en que en Tunja algún día haría suficiente sol para llevarlas, y yendo a la cocina. Frente a Cadavid, Escobar se convirtió en uno de esos malevos de Medellín que ya llamaban la atención por sus fechorías. Metió la cabeza en una de las medias para desfigurar su rostro. Se arremangó las botas del pantalón. Se abrió la bragueta. Se puso unos viejos tenis rojos. En el cinto acomodó un cuchillo de cocina. Para el frío buscó una chaqueta cochambrosa y se la puso al revés. Cadavid opinó que ese sicario tenía más pinta de mendigo que otra cosa. Los cuchillos son armas prehistóricas y lo que usan esos personajes de ahora son metralletas, dijo. Escobar manoteó al aire. No jodas, replicó, y disfrázate. Para ahuyentar un poco el hedor de las prendas, se echaron unas manotadas de Paco Rabanne, loción que Escobar usaba para sus conquistas. Al entrar al apartamento de Rosario, el flautista imitó la parla de

los asesinos de Medellín. Manuel Vélez lo celebró con su carcajada ruidosa, mientras le daba la vuelta al truhan con un cucharón de palo que lo distinguía como cocinero mayor.

Cada uno por su lado, llegaron Marta Pantoja y Jaime Sánchez. Frente a las hadas madrinas, la pastusa, vestida con sus prendas andarinas, se dejó hacer unas medialunas en el cuello, un diminuto cometa en el mentón y alrededor de los ojos unas estrellas fugaces. Enseguida Pantoja se concentró en la música que sonaba. Era una selección de danzas del renacimiento para laúd, pandero y violín. Estaba moviéndose al son de los acordes, y hubo un nuevo brote de hilaridad. El gañán de Puerto Berrío entró vestido de jamona. La gente aplaudió sus encantos y unos y otros le tocaron el nalgatorio y los senos hechos con dos bombas. Sánchez se había puesto también una peluca de cabellos solferinos. Seducía a los hombres y se aproximaba a las mujeres para secretarles su nombre. Se llamaba doña Maruja de Jaramillo. Para entonces, Castañeda y Montero había instalado en la sala un aparato que exhalaba bocanadas de neblina azul. Algunos ya bailaban, entrelazados, otras danzas para zanfón, crócalos y triángulo. Pantoja vaciló al principio, pero aceptó bailar con Sánchez. Este, después de abrirle sus brazos ingentes, la había llamado el hada de los ajos y las cebollas.

Sonaron unos minuetos de Mozart, y Escobar, llenándose de resolución, le dijo a Cadavid: a lo que vinimos. Y se lanzó sobre la reina de las haciendas del Caribe para sacarla a bailar. Castañeda y Montero le sonrió entre esquivo y fatal, y se dejó llevar por el malandro de Medellín. Mozart transcurría, jugueteo y saltarín, y ambos marcaron sabrosamente el compás de tres por cuatro. Escobar aprovechaba los giros y le soltaba las manos para posar las suyas sobre las caderas ampulosas. Con la desfachatez favorecida por su disfraz, se ponía delante y detrás de Castañeda y Montero. Le susurraba exclamaciones de animal herido por la avidez y el desprecio. Como estás de buena, decía, y se pasaba la lengua por los labios. En una de esas medias

vueltas, ella le dijo que se quitara esa cosa inmunda de la cara. Pero Escobar, acercándose bastante a su cuello, le respondió, como si la estuviera olisqueando, que esa media era el atributo de su perfidia. Cadavid sonreía, desde el otro lado de la sala, cuando vio que Sánchez entraba con Gaité. Los dos se habían peleado por una minucia. En un ensayo de coro, Sánchez amonestó en voz baja a su amigo por cantar un re bemol desafinado. Le había dado un codazo y con el dedo pulgar le dijo que subiera el tono. Gaité lo miró como si lo hubiera insultado y a la salida de la escuela lo esperó para reclamarle. Le dio un empujón y Sánchez respondió con otro sacudón más fuerte. Hubo puños al aire, pero la cosa no pasó a mayores porque Escobar y Zaragoza los separaron. Ahora se reconciliaban y doña Maruja de Jaramillo le enseñaba a bailar al francés. Cadavid se divertía y pensaba que dónde se había visto a una geiba de Puerto Berrío explicándole cómo se marcan los pasos de un minuetto a un gorila de París. De pronto, la música cambió. El recinto se entibió con un bolero de Benny Moré. De la neblina azulosa, Pantoja brotó vestida de blanco y sacó a bailar a Cadavid. El vestido se lo había prestado Castañeda y Montero. Todo menos tu facha vagamunda en esta fiesta, le había dicho. Pero por encima de esa blancura encantadora, lo que sobresalió fue el muchacho melancólico que había en sus facciones. Se amacizaron al son del bolero, las piernas se entrelazaron y los senos de Marta tocaron el pecho de Cadavid.

Los aplausos irrumpieron otra vez. Venían de la entrada del apartamento. El Benny se silenció y dejó entrar a los últimos invitados. El maestro Zabala era un director de orquesta, con smoking, y enarbolaba una batuta que disparaba luces de bengala. Parecía un mago de limpiísimos dientes. Un mago que se inclinó ante la audiencia para presentar a Cumbiamba. Con un liquiliqui amarillo limón, el pianista se había embadurnado la cara con polvos argentinos. Hubo bravos y más aplausos, y cada uno lo congratuló con un abrazo. El tercer llegado era Mancipe, el secretario, que estaba vestido de

campesino, con ruana de lana y sombrero. Castañeda y Montero aprovechó para separarse de Escobar, quien la había convencido de que bailaran el bolero de Moré, y les dio la bienvenida a los invitados. Como era la medianoche, la anfitriona llamó a la concurrencia para partir la torta. Manuel Vélez, que estaba rubicundo por el licor, el entusiasmo de la fiesta y el calor de la cocina, la partió mientras recibía los elogios por la delicia de sus preparaciones. Y fue solo comer la torta y beber la champaña, que había brotado como una explosión vivaz, para que la fiesta entrara en su tramo más acelerado. Castañeda y Montero puso unos porros y unas gaitas y unas cumbias de Lucho Bermúdez. Se despojó de su velo y meneó, en medio de la niebla azul, su cuerpo de emperatriz deslumbrante. Y lo hacía para el maestro Zabala, que la miraba con perplejidad. Los clarinetes, los saxofones, las trompetas, una percusión de tumbadoras, chuchos y platillos sonaron. Luego de que Castañeda y Montero hiciera su danza, los integrantes de la administración de la escuela se precipitaron al ruedo. Con los brazos en alto, exclamando una cosa y otra, moviendo los pies y las caderas, eran el cuerpo de un solo bailarín. Las parejas se hacían y deshacían rápidamente. Todos bailaban con todos. A veces hombres con hombres y mujeres con mujeres. Hasta el vampiro de aluminio de De Ávila y su bruja suspicaz se animaron por la sensualidad de las gaitas indígenas y los tambores negros.

Zabala terminó abrazándose con doña Maruja, después de que esta había seducido al cocinero mayor. Y ella le dijo, a quemarropa, que era el mago más guapo del mundo. Pero este fue el último de los galanteos de la mujerona porque, en tanto le tocaba con zalamería la varita al maestro Zabala, todo le empezó a dar vueltas. Para sacarse de encima el mareo, ella levantaba los brazos y respiraba ruidosamente. El director la soltó y la dejó con su jumera al garete. Los demás le hicieron un círculo. Sánchez era un ídolo alrededor del cual unos devotos elevaban sus ofrendas. Maruja, preciosa, le decían, somos tus enamorados. La improvisación de un clarinete sobre un estribillo de

saxofones lamía el aire. Sánchez abrió los ojos, manoteó en el vacío como si en él hubiese un soporte que pudiera salvarlo del derrumbe. Porque el piso se zafó de sus pies y la monumental jamona de Antioquia se vino abajo. La gente lo celebró con carcajadas. Gaité y Zaragoza lo voltearon bocarriba. Melgarejo lo abanicó con su máscara indígena. Vélez le daba golpes en la cabeza con el cucharón. La falda se le había subido a Maruja y dejaba ver unas piernas blancas y velludas. Una de las tetas se había salido del sostén, y Castañeda y Montero, que tenía la batuta del maestro, la estalló con un toquecito. Las hadas se tomaban del vientre para no estallarse. El sol y la luna brincaban arrebatados y, juntos los brazos, se pusieron a bailar un *trepak*. Pero hubo otros, como Pantoja y Cadavid, que aprovecharon la ocasión para retirarse. La pareja de anarquistas estimó que el asunto no podía ser más bochornoso y también se largaron. Jaime Sánchez no se daba cuenta de nada. Pesado y enorme, roncaba su borrachera en el centro de la sala. Entre varios lo arrastraron hacia uno de los sofás. Allí durmió hasta que la luz del día se asomó por la ventana.

## Pitos

Lorenzo Cifuentes detuvo el carro cerca de la terminal de transporte. Se acomodó la bufanda. Sus guantes estaban recortados a la altura de las falanginas para manipular mejor el cigarrillo. La neblina, acumulada en grandes bancos, no permitía ver nada alrededor. Al profesor le gustaban esas noches caliginosas porque podía pasearse con seguridad. Lo que para otros era motivo de rechazo, para él era la entrada a un mundo atractivo. Se aproximó al lugar donde estaban las cantinas. Una música de vallenato daba tibieza a la frialdad del clima. Entre dos locales había un callejón sin salida cubierto, en parte, por un techo de plástico. Cifuentes vio los muros blanquecinos del aire. Dio un par de pasos y su figura fue deglutida por la oscuridad.

Adivinó, poco a poco, la sombra de la zorra, pero el burro no estaba allí. Los gamines lo liberaban en las noches y lo dejaban, para que rebuznara con libertad, en un potrero aledaño. Los perros ladraron al principio, pero al olerlo se doblaron ante su mano. Él dijo Cucho, y le tocó el hombro. El gamín lo mandó a comer mierda al saberse despierto. Enseguida se rio y le dijo que se acercara. Como fue a tocarle la barba, Cifuentes se retiró molesto. Entonces preguntó por Diablillo. Cucho manoteó en el aire. Viejo cacorro, dijo. Enseguida se recostó del otro lado. Volvió a dormirse. Cifuentes lo sacudió. Cucho recibió el billete y el silencio se deshizo. Está en el teatro, dijo.

El Teatro Cultural se había construido para celebrar los cuatro siglos de la fundación de Tunja. Pero desde hacía un tiempo sucumbía ante la incuria. Los ventanales de la fachada, altos y delgados rectángulos, estaban sin vidrios. En

su lugar, unos trozos de cartón protegían de los vientos gélidos. En la puerta había unos palos cruzados. Cifuentes los franqueó. En el corredor que seguía se encontró con el hombre que cobraba el alquiler de los cambuches. Era grande, macizo, brutal, pero con Cifuentes y su dinero se mostraba cortés. Para las jornadas de la noche, el celador llevaba una ruana y un sombrero blancos. El profesor preguntó por Diablillo. La mano del hombre indicó la desusada taquilla. Allí había unos catres improvisados donde dormían algunos gamines, y al verlos, Cifuentes sintió una corriente de calor en su cuerpo. Recordó, con impetuosa fugacidad, la figura del mayordomo de su infancia.

Diablillo estaba en el otro extremo, con la botella de pegante en la nariz. Escuchaba un transistor que tenía cerca de la oreja y que Cifuentes le había regalado. El niño se alegró cuando lo vio, pero ocultó la botella. Hablaron unos minutos hasta que decidieron salir. En el trayecto al carro, el hombre preguntó por las clases en la institución social que ayudaba a alfabetizar a los gamines y en la cual él ofrecía sus servicios. Era uno de sus fundadores y también enseñaba allí a leer y a escribir. Me aburro, dijo Diablillo. Cifuentes sonrió. Eso te servirá para más adelante, lo consoló. Diablillo levantó los hombros con indiferencia. Subieron al carro y el profesor le pasó la bolsa. Eran chokolatinas, panes, quesos de cabeza y unas gaseosas. Diablillo sonrió con felicidad. Cifuentes le acarició la mata sucia de pelo y dijo que dejara el pegante. Luego la mano del hombre buscó la del niño. El coche estaba a oscuras. Diablillo se agachó. El profesor cerró los ojos y se dejó llevar por la caricia.

Entonces, de algún lado de la noche, llegó el sonido de los pitos. Diablillo no oyó nada hasta que fue separado porque la caravana estaba encima de ellos. Provenía del Bosque de la República. El gamín, por orden de Cifuentes, se escondió en la parte de atrás. Los taxis fueron pasando en dirección a la Plaza de Bolívar. Pitaban sin descanso. El profesor miró su reloj. Era la medianoche. A la sorpresa la sucedió el ensordecimiento. Se tapó las orejas.

Diablillo tiró la puerta y corrió hacia el teatro. Desde su entrada, el celador y otros gamines seguían la caravana de los taxis.

## Venganza

Se lo había encontrado entre los toldos del Pasaje Vargas, junto a una venta de libros. Cadavid hojeaba uno de cuentos de un autor incógnito para él: Isaac Bashevis Singer. Estaba leyendo en la contracarátula que era un judío polaco, que escribía en yidish y había ganado el premio Nobel, cuando una sombra se le vino encima. Era Otálora, quien lo tomaba del brazo. El tono de su voz era pausado aunque intranquilo. Fueron a una cafetería y, en medio del bullicio de los clientes y un locutor que escupía las noticias del día, Cadavid se enteró del crimen. Se preguntó por qué Otálora no lo había buscado mejor en la escuela de música. Allí hubieran estado más resguardados. Pero se dio cuenta de que desde hacía días no veía a su amigo y de que el encuentro de ahora era fortuito. Otálora sonrió. Cadavid descubrió que su mansedumbre, a pesar de la atrocidad contada, seguía intacta. Pero aquel estaba indeciso. Pensaba que ir a la policía y poner una denuncia podría ser peor. Cadavid aconsejó, en efecto, olvidarse de eso. Si lo haces te detendrán. La policía en este país nunca resuelve las cosas, las empeora. De repente, Otálora miró hacia afuera. Se levantó de la silla. Nos vemos, dijo, y se fue sobresaltado. Ocurrida la consternación de esa partida, Cadavid cayó en otra: no tenía plata para pagar los tintos.

Esperó unos días antes de actuar. Otálora seguía sin ir a la escuela. Cadavid le preguntó a Yamil por su paradero. El almacenista mencionó El Paraíso, un barrio en los extramuros de Tunja. Otálora dirigía la banda militar de uno de sus colegios. Yamil había escuchado también que el trombonista andaba medio enfermo. Entonces sucedió el segundo encuentro, después de que Cadavid se

hubiera despedido de Marta Pantoja. Desde la crisis desatada por los hongos, él trataba de estar cerca de su amiga. Pantoja tenía el ánimo desencajado y lloraba con frecuencia. Pedro le decía que dejara de beber y hasta le recomendó que fuera a Bogotá y se reconciliara con su padre.

Esa noche, Cadavid había salido de la casa de Las Nieves con la promesa de Pantoja de parar el licor. Bordeó el Parque Santander y, hacia el lado del hotel Hunza, subió por la carrera décima. Estaba cruzando la Plaza de Bolívar cuando vio los primeros taxis. El ruido de los pitos, en medio de la noche, lo sobrecogió. Los carros desembocaban en la Plaza de Bolívar, por el costado de las casas coloniales con balcón. Pedro estaba atónito, cerca de la estatua del Libertador, observando la protesta. Entonces una mano tocó su hombro. Era Florencio Otálora.

Lo ocurrido era que un taxista se había prendado de la hija de un poderoso esmeraldero. La muchacha no fue obligada al acto sexual, pero como el hombre la desdeñó después, se sintió ultrajada. El padre atendió la queja de su hija. Los pitos y las sirenas protestaban por el ensañamiento de esa venganza. Al taxi lo habían hallado por los lados de la salida a Villa de Leyva. En su interior encontraron el cuerpo decapitado del chofer y, en la maleta, la cabeza con los genitales metidos en la boca. El taxista era el hermano de Florencio.

La caravana fue disolviéndose. Cadavid propuso que fueran a su casa. Otálora se negó. Prefiero no entrometerte en esto, dijo. Miró hacia los lados. Incluso no debí saludarte, agregó. Sobre la carrera décima, cerca de las cuevas, no había nadie. Tan solo un carro cuadrado al lado del Teatro Cultural con las estacionarias prendidas. Al pasar por su lado, pararon el diálogo y miraron hacia el interior. Alguien fumaba un cigarrillo. Cadavid le dijo a Otálora, de nuevo, que su casa era suya. Decidieron, sin embargo, entrar al Bosque de la República. Bajo el inmenso eucalipto de su centro había una banca y allí se sentaron. Si temes algo, este es el lugar menos apropiado, dijo Cadavid, estamos al alcance de cualquier atracador. No quiero que sepan que

he estado en tu casa, respondió Otálora observando los alrededores. Dijo que había decidido irse de Tunja porque el esmeraldero estaba bravo. No le basta con lo que ya ha hecho. Hemos recibido varias amenazas. Otálora vivía con su madre y una hermana menor. La primera era oriunda del Cocuy, un municipio de los confines del departamento. Allá, entre las altas montañas de la sierra, iban a esconderse. A Otálora se le quebró la voz, pero en ella no había huella de resentimiento. Habló de su hermano, cuyo cadáver había identificado en la morgue. El frío se intensificó y Cadavid propuso, una vez más, su casa. Otálora se acomodaría en la espuma y él en la habitación de Escobar, que ese día estaba en Bogotá. El trombonista se negó nuevamente. Hacia la madrugada ascendió por una de esas calles llenas de huecos y casas desoladas que conducían a El Paraíso.

## Pandora

Con esa mutilación, Tunja despertó del letargo. Las gentes estaban más sorprendidas que indignadas. Se rumoraba sobre los móviles del asesinato. El hermano de Otálora, contaban unos, se había involucrado en una compra de esmeraldas cuyo dinero nunca llegó al vendedor. Otros afirmaban que se había acostado no solo con la hija, sino con una de las amantes del esmeraldero. Las versiones parecían aprobar el crimen porque la víctima inocente no era tal sino un rufián que las debía con holgura. Cadavid decidió contarle a Zabala los motivos de la ausencia de Otálora. Ante tal circunstancia, el director pidió discreción. Por supuesto, aquí habrá siempre un espacio para Florencio, dijo.

Ahora bien, las veces en que estuvo con su compañero, Otálora nunca dijo que su hermano era un traficante de esmeraldas. Había señalado su lado donjuanesco, pero Cadavid pasó de largo esa circunstancia. Se trataba, simplemente, de dos vidas distintas. La primera, entregada a una vocación musical de provincia. El sueño de Otálora era ser director de bandas colegiales. Y la segunda, la vida del hermano, sometida a la lujuria. Florencio, esa madrugada, agradeció con un apretón de manos y no regresó jamás a la escuela de música. La ciudad fue reacomodándose a su ritmo pretérito y frío. Jaime Sánchez, levantando los hombros, estimó que tal era el talante de Tunja. Aquí no pasa nada, le dijo a Cadavid al enterarse de los pormenores de esa muerte, pero si pasa hay que tenerse fino. Es como si el horror brotara fresco e intacto.

La escuela de música siguió también su rumbo. Se avecinaba el estreno de *Carmina Burana*. La obra abriría el festival de la cultura de la ciudad. La

parte coral ya estaba montada. Solo faltaban uno o dos ensayos generales. El maestro Zabala se veía más animado que nunca porque la presencia del coro visibilizaría su labor. El concierto sería con la Orquesta Filarmónica de Bogotá y estaba garantizada la transmisión televisiva. Manuela, presionada por un Cadavid cada vez más ansioso, había viajado a la capital para un examen de admisión universitario. En las últimas conversaciones, en una misiva un poco extensa, la muchacha explicaba la situación de Medellín.

Había explotado una pugna entre grupos armados. No era un fenómeno súbito, sino larvado durante años con clandestina morbidez. Pero en la medida en que las gentes tuvieron conciencia de ella, se vieron acorraladas por el estupor. Las guerrillas urbanas peleaban por el control de los barrios populares contra bandas de sicarios que traficaban con droga. La policía y el ejército, en vez de proteger a la población, apoyaban grupos paramilitares que combatían a los guerrilleros. Manuela no entendía muy bien de dónde provenían las agresiones. Solo concluía que alguien, y ese alguien poseía rostros diversos, había estirado su mano para abrir la caja de Pandora.

La joven tenía simpatía por los movimientos de izquierda. Aprobaba las marchas estudiantiles, los manifiestos obreros, las huelgas contra la inequidad social. Esos grupos fueron absorbidos también por el ojo del huracán y comenzaron a ser ultimados por escuadrones de la muerte. En las noches, el paisaje del centro de Medellín era los escombros de un lugar envejecido que ni siquiera había llegado a ser joven. Las máquinas taladraban las calles, durante el día, para hacer las bases de un metro que debía pasar aparatosamente por encima de sus parques centrales. Pero los trabajos habrían de abandonarse y esa cartografía del caos fue invadida por hordas de mendigos. Estos últimos, por su lado, serían también aniquilados.

Manuela había seguido con el Pequeño Teatro. Ahora formaba parte del coro de *Edipo Rey*. Pasados los ensayos, descendía por La Playa hasta tomar la avenida De Greiff y seguir hacia los paraderos de las busetas de Niquía.

Mientras hacía este recorrido, recitaba, como si las palabras fueran un talismán: “¡Ay de mí! Males me abruman sin cuento. Todo mi pueblo está invadido por la peste, y la mente no halla con qué atajarla”. La ciudad se lamentaba y se festejaba en Manuela. En las mañanas iba al baño de su casa y duraba una eternidad acariciándose el cuerpo con las manos de Cadavid. O con las de aquel poeta, de barbas beduinas, que estudiaba derecho y escribía versos de un lirismo seco. O con las de ese otro estudiante de economía que le leía cuentos de Borges mientras oían boleros en una taberna llamada Diógenes. Como una diosa solitaria, Manuela se jabonaba y pasaba sus manos por los senos y las nalgas hasta que hundía los dedos en su sexo anhelante.

Había que irse, a como diera lugar, de esa trampa de montañas. De esa ciudad en la que ella se comportaba como una princesa apetecida y donde sus habitantes se estaban masacrando con un furor insospechado. Había que alejarse de una madre que no paraba de sermonearla por su indiferencia hacia Dios. Y de un padre cuya única ambición era que su hija trabajara en la fábrica de textiles. Y ahí estaba Cadavid que, desde Tunja, le decía que diera el paso. Acordaron, finalmente, que pasado el examen universitario en Bogotá, Manuela iría a Tunja. Su presencia coincidiría con el estreno de *Carmina Burana*. Cadavid le había conseguido un pase de cortesía ya que ella debía llegar en la tarde de ese sábado. Él la esperaría en la terminal. La llevaría a la Plaza de Bolívar para que viera las casas centenarias. Irían a la escuela de música y pasearían por sus pasillos de piso de madera. Le presentaría a sus compañeros. Y luego sería la cantata con coro y orquesta. Y más tarde, rodeados por la noche húmeda de las cuevas, podrían gozar con sus cuerpos.

## Túnica

Pero Manuela no llegó. Desde el mediodía hasta la caída de la tarde, Cadavid estuvo esperándola. Al ver que no bajaba de los buses, quiso irse para Bogotá. Pero ¿dónde la buscaría? Imaginaba accidentes trágicos: un robo, un atraco con escopolamina, una de esas violaciones truculentas que a cada rato sucedían en el país. El reloj marcó las seis y Pedro subió a las cuevas. Tomó la carpeta con las partituras y se dirigió a la escuela para realizar el último calentamiento de voz. En el patio se encontró con Escobar y Sánchez, y les contó su drama. Se atrevió a pedir plata para viajar a Bogotá. Estás loco, gritó Escobar. Yo te la presto, dijo Sánchez, pero después del concierto. A las siete ya estaban en la iglesia San Ignacio. Cadavid le dejó a uno de los porteros el pase para Manuela. El hombre escribió el nombre en una lista. Apenas empiece el concierto, lo previno, tengo orden de no dejar entrar a nadie. Apesadumbrado, Pedro afirmó con la cabeza.

La iglesia estaba colmada. Las máximas autoridades ocupaban la primera fila: el alcalde, el arzobispo, el comandante de la brigada. El director del instituto, en medio de ellos, era un animal monumental que sonreía con orgullo. El maestro Zabala reunió al coro en los camerinos y dio las últimas indicaciones. Concentración, dijo. Nada de miradas entre ustedes, atención al director y a las partituras. Recordó que, al cantar, enaltecían la música y honraban al ser humano. Dijo que cantando devenían miembros de una colectividad superior. Y háganlo como si sus espíritus y sus cuerpos fuesen una misma cosa. Muchos aplaudieron. Hasta Hernando Escobar y Jaime Sánchez, que acostumbraban burlarse de las palabras exaltadas de Zabala, se

dejaron llevar por la emoción. Desde hacía semanas, Escobar padecía una alergia al frío. Se le manifestaba como ramalazos que le dejaban en el cuerpo una estela de ronchas pequeñas. En las cuevas, en los pasillos de la escuela, mientras caminaba por la ciudad, se quitaba la bufanda, el abrigo, el saco, el buzo y, bañado en sudor, le pedía a quien estuviera a su lado que le rascara las partes de la espalda adonde su mano no llegaba. Pero rascarse era peor, porque la piel se irritaba. De camino a la iglesia se había tomado una pastilla y ahora bostezaba intermitentemente. Ante las palabras del maestro Zabala y la expectativa de la atmósfera, se dio cuenta de que el concierto sería una gran prueba.

La orquesta se acomodó en el escenario. El coro ocupó los escaños de la tarima. Los ojos de Cadavid iban y venían por el auditorio buscando a Manuela. Las cámaras de la televisión estaban atentas a la salida del director. Los aplausos sonaron como una gran bienvenida. Antes de que la batuta descendiera, Pedro se encontró, una tras otra, con las miradas de Benítez, Pantoja y Melgarejo. Las tres eran sopranos y se voltearon, pues Cadavid cantaba en los tenores y estaba situado arriba de ellas. La primera levantó la mano con timidez. La segunda trazó un guiño sonriente. La última lo traspasó con sus ojos, como si se lo quisiera comer. La imagen de su novia, sin embargo, se impuso. ¿Dónde estás?, pensó. ¿Por qué me haces esto? El coro cantó entonces los primeros acordes del *O Fortuna*. Y, empujado por un trémolo de timbales, mitigó el volumen y se tornó acechante. La suerte crecía y decrecía con la luna. La vida era odiosa porque embotaba y aguzaba el filo del alma caprichosamente. Un gong en pianísimo empezó a llenar el ámbito. Las voces fueron levantándose. “Todo es gozo y todo es fuerza”, cantó el coro mientras los platillos estallaban con júbilo. Escobar, sitiado por la alergia, rascándole hasta el alma, estaba dichosamente desesperado. Ojalá me muriera ahora, se dijo. E iniciaban el *Ecce gratum* cuando a San Ignacio lo poseyó la tibieza del deseo. “Primavera hechicera, danos el placer”. Y el coro, como un

susurro, decía: “Ven, dulce amigo, ven que te he esperado desde siempre”. Por entre las columnas y los balcones del templo se expandía la gran celebración del mundo, la inigualable caricia provocada por la llegada del sol. Pero, pasadas esas primeras canciones y danzas, una fatalidad ineludible se fue tejiendo en los corazones de todos. Extravío. Vuelos de pájaros sin dirección. Naves desprovistas de pilotos. Cisnes ennegrecidos. La felicidad, antaño tan palmaria como una roca, no era más que una circunstancia efímera como una brisa. A todo lo rodeaba la muerte y el vacío. Pero el coro, consciente de esta situación, se lanzaba con ímpetu al vino. Brindaba por los descarriados y los vagos, por los discrepantes y los exiliados. Bebía por el amo y el esclavo, por el cura y el soldado, por el blanco y el negro, por el sabio y el cretino.

Con las canciones al amor de la soprano y el tenor, la masa coral tuvo una pausa. Escobar, que estaba entre Sánchez y Zaragoza y debajo de Gaité, los tocó con el codo y pidió que lo hicieran. Los amigos estiraron sus brazos y le rascaron subrepticamente la espalda. Una sed impresionante tenía cercado al flautista. Intentaba concentrarse en el lirismo de los solistas, pero lo asaltaban ganas de salir corriendo y echarse un balde de agua fría para que se le suavizara el fuego. Al otro lado de la tarima, Cadavid seguía la intervención de la soprano que dialogaba con el coro de los infantes. El solo del tenor cantó otra desolación del amor. Y fue cuando la soprano, que ocupó otra vez el lugar principal, lo conmovió. Lo suyo por Manuela lo definía, en parte, eso que acababa de cantar el coro: “Ven de una vez y no me hagas morir”. Pero también lo nombraba esta melodía que era un consuelo sostenido por las cuerdas. Pedro cerró los ojos para capturar lo que jamás podría tener. Aceptó la verdad de su tormento y se sometió con dulzura, en medio de la duda, a su yugo. Y lo que continuó fue como un retornar glorioso a los primeros compases de la obra. Porque *Carmina Burana* es como la culebra ancestral de los mitos que se busca la cola. Como el perro que, enardecido, trata de morderse la suya. Como esa humanidad que cree avanzar en el tiempo

sabiéndose condenada al ciclo incesante del nacimiento y la muerte, de la luz y la oscuridad.

Había una alegría unánime en los camerinos. Todos se abrazaban y el maestro Zabala estaba más satisfecho que nunca. Felicitó a cada uno de los integrantes. Cadavid también fue condecorado con un apretón de manos. Pero en su cabeza tenía una idea fija. Primero llamaría a la casa de Niquía. Si no había noticias, se iría para la terminal y esperaría otra vez. Por último, si no llegaba nadie, viajaría a la medianoche a Bogotá. Su rostro estaba sonrosado. Sánchez le había prestado dinero, pero le dijo que lo mejor era esperar en las cuevas. Ella tiene tu dirección y aparecerá tarde o temprano. Cadavid salió de la iglesia por una de las puertas laterales. Afuera había mucha gente. Al bordear el camión del canal televisivo, una de sus puertas se abrió. Manuela descendía con una maleta de cuero que alguien le ayudó a bajar. Cadavid creyó que estaba soñando. La vio buscar la puerta por donde iban saliendo los músicos. Estaba hermosa con la bufanda y el gorro que llevaba. Vio que, más adelante, le preguntaba algo a Lulú y a Eduardo de Ávila. Estos, con una amabilidad advenediza, indicaron los camerinos. Cadavid la llamó y ella, abrazándolo, le pidió perdón. Dijo que se había embolado en Bogotá buscando el paradero de los buses de Tunja. Mientras Cadavid gustaba ese verbo, embolatar, que hacía tiempo no escuchaba, Manuela dijo que no la dejaron entrar a la iglesia, pero que había visto el concierto desde el carro. Y ahora lo besaba y le decía que se veía muy hermoso con la túnica.

## CAPÍTULO CUARTO

## Música de clausura

Después del estreno de *Carmina Burana*, Hernando Escobar tuvo la primera crisis de descontento y empezó a faltar a las clases de la escuela. El maestro Zabala, que no desconocía sus dones de flautista, insistía en que lo primero era la teoría y fortalecer el piano. Pero a Escobar poco le interesaban la armonía y el contrapunto. Por otra parte, estaba la alergia. El médico le había dicho que ella se debía al frío, y tal coyuntura estimuló a Escobar a que buscara un camino que lo condujera a un maestro en Bogotá, al trabajo de una orquesta sinfónica y más tarde al extranjero. Pero existía alguien que habría de justificar la estadía de Escobar en Tunja por un tiempo más, y quien lo llevó a esa persona fue Ramón Adarbe.

Adarbe era un flautista que, luego de errar por Colombia, había llegado a la ciudad altiplánica. Tocaba la primera flauta en la Sinfónica de Vientos y era profesor en la escuela. Cargaba una travesía de varias orquestas y otro tanto de esposas y amantes. Había trabajado en circos pueblerinos —en su haber tenía fotografías que lo mostraban montando elefantes, amaestrando leones y encantando serpientes— y fue siempre un serenatero consumado. Sabía de memoria todos los bambucos, los pasillos y los boleros. Su repertorio pasaba, sin ningún tropiezo, de la partita para flauta de Bach al *Syrinx* de Debussy. Era dueño de varias hazañas. Ingresó a la Orquesta Sinfónica de Colombia como violonchelista y se convirtió al cabo del tiempo en una de sus flautas. Estrenó en el país los conciertos para flauta de Mozart y tocó bajo la dirección de Stravinski, Paul Hindemith y Aaron Copland. De cierto modo, Hernando Escobar se creía la encarnación de un músico atractivo, pero frecuentando a

Adarbe se dio cuenta de que era apenas un retoño. El maestro era munífico en la pedagogía y no desatendía los ardores del licor, la facundia de la anécdota y las ilusiones del utopista sonoro. Porque, como una complementación de lo que hacía Zabala, Ramón Adarbe había fundado corales aquí y allá, y soñaba con crear el orfeón del pueblo de Tunja. Habiendo sido una celebridad — algunos juraban haberlo visto, en sus momentos más iluminados, tocar contradanzas andinas con la nariz—, seguía practicando una paciencia de santo con los ignaros musicales, y a ellos, como a los niños y a los adolescentes, destinaba sus últimas energías. La primera vez que escuchó a Escobar le dijo, y se puso la mano en el corazón, que no tenía que enseñarle mayor cosa. Acaso unos trucos para encontrar los armónicos más agudos y algunas posiciones, inventadas por él, para bandear pasajes temerarios. Cuando se veían, tocaban las sonatas en canon de Telemann con una comunicación tan plena que los dejaba felices. De tal manera que terminaban contándose chistes obscenos y alumbrándose con las botellitas de brandy que llevaban en sus maletas.

Por aquellos días Adarbe le cedió a Escobar uno de sus trabajos más preciados. Su joven esposa le controlaba el tiempo y había aseverado que enseñar en un convento de clarisas era una labor que ya no le correspondía.

—No pagan casi nada, pero las hermanas son almas de Dios y ya verás los tesoros que hay allá adentro —dijo Adarbe.

La curiosidad de Escobar quedó picada y asumió la labor. El maestro le aconsejó ir vestido con sobriedad, portarse como un caballero y ser cumplido en los horarios.

—Son monjas de clausura, no lo olvides, y la visita del maestro de música la esperan con expectativa —dijo Adarbe.

Fueron juntos a fotocopiar el método que el maestro seguía con ellas. Al calor de un carajillo, en una cafetería cercana al convento, Escobar supo lo que debía hacer: enseñar solfeo y flauta, y montar con el coro un repertorio

requerido para sus misas semanales.

—¡Monjas de clausura! —exclamó Cadavid al enterarse del trabajo de su compañero—. ¡El diablo haciendo hostias!

Mientras reían, se apretaron la mano y el uno le deseó suerte al otro. Pero si hubo hostias fueron las que Escobar llevaba cada miércoles a las cuevas, pasadas sus jornadas pedagógicas en el convento.

—Imagínate que son ellas, las hermanas de Santa Clara, quienes hacen las hostias para toda Tunja —dijo Escobar.

Y extendía el talego de recortes de la levadura insípida que durante varias semanas comieron en los desayunos, en las onces y en las meriendas. Junto a esos trozos impuros venían bocadillos rellenos de arequipe, mogollas coronadas con pedacitos de chicharrón y unas tostadas que tenían el sabor de la plenitud.

El primer miércoles, el flautista dio su nombre y las señas de su protector. Al otro lado de la puerta tornera, una voz con acentos castellanos dijo que esperara. Se estableció un silencio y Escobar se dio cuenta de que su corazón palpitaba con fuerza. Otra puerta fue abierta y le ordenaron que pasara. Atravesaron un pasillo prolongado. Delante suyo iba una monja decrepita y adusta como un relicario colonial y en el aire flotaba un olor a esencias vegetales. Escobar conjeturó que así, lejano y escurridizo, era el olor de la santidad.

—¿Su merced es oriundo de qué parte de la República? —preguntó la hermana.

—Nací en Medellín, en el valle de los aburráes —respondió Hernando con precisión inesperada.

—¡Ah!, valle fastuoso —dijo la hermana—, lo conocí hace muchos años, cuando se viajaba en mula y los liberales ateos no se habían adueñado del país.

Enseguida desembocaron en un patio que era como una recompensa frente al

pasillo opaco que acababan de recorrer. Las flores se desprendían de las macetas y en las plantas se notaba la gracia sin mácula de la mano femenina. Dos mujeres de edad irresoluta, en el centro del patio, sacaban agua de un pozo. Al ver a Escobar, inclinaron la cabeza. El flautista hizo con su cuerpo una reverencia similar.

—Esta es nuestra morada —dijo la hermana. Escobar contempló las galerías con sus soportes octogonales y los arcos de medio punto por donde la luz se regaba con largueza.

—Y aquí serán sus clases —escuchó decir.

Escobar quedó anonadado frente a la pequeña capilla. Adarbe le había hablado de tesoros y, sin duda, se refería a los cuadros y a los retablos que adornaban el recinto. Un milagro dorado, un límpido refinamiento del detalle, unas lamentaciones extáticas reinaban por doquier. La nave tenía forma de artesa y la decoraban tallas de madera donde relucía la sinuosidad delgada de una serpiente.

—Es precioso —dijo Escobar mirando hacia arriba, dejándose llevar por el vértigo de los rombos, las cruces, las hojas de llantén, las mazorcas, las piñas y los querubines.

—Tratamos de mantener incólume la belleza divina entre nosotras —dijo la hermana.

Entonces, debajo del coro de la capilla, el flautista vio a las monjas. No había reparado en ellas y verlas sentadas, a lado y lado de una mampara, lo impresionó. Un asombro sin pausa le ritmaba el corazón desde que había cruzado la puerta tornera, pero ahora era más penetrante. Bebía el resplandor de los pequeños vitrales y la hermana iba explicándole la dinámica de las clases. Adarbe tampoco lo había prevenido al respecto. Después se enteraría de que con el viejo maestro, la comunicación con las discípulas sucedía sin ninguna intermediación. Él, en cambio, debería situarse a la izquierda de la mampara, allí donde estaba el armonio, y dar las indicaciones que pasaban

hacia la derecha a través de dos hermanas. La primera actuaba como una observadora y estaba en una poltrona. La segunda, de pie y al frente de su compañera, era quien transmitía lo dicho por el maestro.

A diferencia de las hermanas supervisoras, que eran viejas y reposadas, las otras estaban en la flor de sus edades. Eran cinco, pero solo una, la que se llamaba Mencía Suárez, se interesaba en la flauta. El orden de las clases era invariable. Primero el solfeo, seguía la clase de instrumento y se pasaba al coro. Rápidamente, Escobar se apersonó de su papel magisterial. Las explicaciones eran corteses. A veces las interrumpía con bromas que acompañaba de leves risas. Las supervisoras, también sonriendo, aprobaban estas licencias. La más carcamal, la apoltronada, se sentía cómoda con Escobar. Su seseo le recordaba sus primeros años pasados en Antioquia. Incluso le había preguntado:

—¿Cierto que usía es de la Provincia de Antioquia?

Las alumnas cantaban los ejercicios con afinación. Los del método, que le había fotocopiado Adarbe, tenían un acompañamiento de acordes que Escobar hacía en el armonio. El joven maestro celebró estas cualidades ante la monja directora, quien era la que lo recibía y despedía del convento.

—Nos hemos preocupado para que las hermanas reciban una adecuada educación. Somos conscientes de que sin la música, como decía san Isidoro, ninguna disciplina es perfecta. Antes de su persona estuvo el maestro Adarbe, otros que no vale la pena mencionar ahora, y el eximio Herrera y Chumacero.

La hermana aprovechó para disertar sobre el tal Chumacero. Dijo que había sabido cultivar el espíritu de las monjas con el canto gregoriano y la salmodia, y que Orfeo se había entregado, con él, al deleite de las horas canónicas y al divino oficio.

—Fue muy generoso con nosotras, porque el tiempo lo dividía entre tocar el órgano en las celebraciones del obispado, ser maestro de capilla en la catedral y montar con el coro la música de Tomás Luis de Victoria, amén de

sus propias composiciones. Y la hermana mencionó aquí un villancico. Escobar la miró desconcertado.

—¿Sí lo ha escuchado? —preguntó la hermana.

—No, para mi infortunio —respondió Escobar.

Entonces la directora tarareó con voz cristalina de soprano un verso que decía: “¡Toquen los clarines y suenen las cajas!”.

El cuarto miércoles, Escobar solicitó con respeto una audiencia. Todo marchaba bien, las hermanas avanzaban en el solfeo y el *Salve a San Cayetano* y el *Ave María* de Victoria fluían sin tropiezos.

—¿Y dónde está el problema? —dijo la hermana.

—En la clase de flauta.

—¿Qué pasa con sor Mencía?

—Nada en absoluto, reverenda hermana. Ella es una alumna capaz. El asunto es sobre el modo de impartir las indicaciones.

—¿Qué quiere decir?

—Necesito acercarme para el asunto de los labios sobre la embocadura. — Escobar le sostuvo la mirada para decirle que las buenas intenciones de las hermanas acompañantes no eran suficientes.

—Temo que el progreso de la hermana sea lento —agregó—. Sobre todo me preocupa que se le entrometa el tedio en el aprendizaje.

La monja directora reflexionó unos instantes. Escobar dejó que diera un par de vueltas en torno a su escritorio.

—Tiene razón, maestro —dijo por fin—, no hay peor enemigo que el aburrimiento en las ocupaciones de la educación. Permitiré que se le acerque si el instrumento lo exige, pero las hermanas deben estar a su lado.

—Claro, no faltaba más —dijo Escobar agradeciendo con una inclinación.

Mencía Suárez no solo era hermosa sino culta. Tenía la tez blanca y unos labios finos de color bermejo y una nariz aguileña y unos ojos oscuros y perspicaces. Venía de un linaje prestigioso y pasaba sus días en el convento

debido a una crisis sentimental. Su padre, un empresario tunjano, quería casarla con un elegido suyo que no satisfacía los sueños amorosos de su hija. Del cuerpo de ella era difícil elucubrar porque los hábitos ocultaban cualquier redondez. Caminaba con una elegancia conturbadora, y su sapiencia, siempre desconcertante, parecía pertenecer a otro tiempo.

—¿Usted sabe, maestro —le susurró cuando el flautista se acercó por primera vez, las dos monjas vigilantes platicaban entre ellas—, lo que nos aconseja san Jerónimo?

—Ni idea, sor Mencía, dígame no más.

—Que seamos sordas al órgano, a la flauta y a la lira.

Escobar levantó las cejas. Recomendó que los labios se relajaran. Puso con suavidad la embocadura bajo la boca.

—Sople —dijo.

Suárez obedeció y el sonido fluyó con suave exactitud.

—¡Bravo, hermana! —dijo Escobar. Luego, ofreciendo excusas, procedió a explicarle cómo sostener la flauta sobre los pulgares.

—¿Y sabe, maestro —dijo ella—, lo que afirma san Clemente?

Escobar, mientras sopesaba con sus dedos los dedos de ella, negó con la cabeza.

—Que ustedes los músicos son unos charlatanes.

Ambos se miraron y sonrieron. Las dos monjas tomaron sus posiciones alertas. Mencía sopló y surgió un do redondo.

—¡Felicitaciones! —dijo el maestro

En una de esas clases, sor Mencía llegó con una flauta antigua. A Escobar se le humedecieron los ojos. Era de madera y de una sola pieza, y seis orificios se desplegaban por el cuerpo.

—Es parte de nuestro patrimonio —dijo la hermana superiora, que esa tarde acompañaba a la estudiante de flauta.

El instrumento estaba bien conservado. Había sido construido en los

talleres de Sevilla, antes de que Theobald Böhm hubiera irrumpido en el horizonte de la fabricación de las flautas con su invención.

—¿Podría tocarla? —preguntó la hermana superiora.

Escobar, que había frecuentado quenás y flautas traveseras en chirimías de Medellín, tomó el instrumento.

—Me permite, hermana, que la revise primero.

La directora aceptó. Delante de ellas, el joven maestro examinó la flauta con afectuosa cautela y, sin el menor recato, acercó su nariz a los orificios y olió profundamente el olor de la madera.

—Es como oler el tiempo —dijo, y puso sus labios sobre la embocadura. Una escala se deslizó tenuemente por la capilla. Escobar se situó al frente de las monjas y, mirando a sor Mencía, que también se quedó mirándolo, tocó una siciliana de Bach. La hermana superiora, apenas sonó la música, cerró los ojos y se dejó llevar por la metafísica serena del alemán.

Esa tarde, recorriendo el pasillo, la hermana superiora ofreció excusas para ausentarse y dejó a Escobar solo hasta la salida del convento. El flautista llamó a la monja tornera para que le abriera la puerta. Esperó durante unos minutos. Iba a desandar el pasillo para pedir ayuda cuando una sombra se le acercó. Era una hermana que no alcanzó a distinguir en el corredor. Escobar guardó el papel velozmente en el bolsillo. La monja tornera apareció para darle los recortes de hostias, las mogollas y las tostadas. La puerta se abrió. Caía una garúa pertinaz y fría, mientras los pedacitos tibios de chicharrón reconfortaban al flautista.

## Fuga

El maestro Zabala salió de la oficina y gritó, como era su costumbre, el nombre del estudiante. Si no lo encontraba con ese primer llamado, preguntaba al almacenista y al portero por el paradero del solicitado. Aquella mañana Cadavid estaba estudiando el material para la clase de solfeo. Los gritos del director no alcanzaban a llegar al salón esquinero del tercer piso. Los ejercicios atonales del *Modus Novus* eran el talón de Aquiles de Cadavid. Lo descorazonaba ver cómo los demás alumnos de su curso lo superaban con creces. No tener el oído de sus compañeros significaba una limitación áspera, y esto hacía que se pasara horas amansando el potro salvaje del atonalismo. Donde se aproximaba a sus compañeros era en armonía. Memorizaba con facilidad los encadenamientos y retenía sin problema las reglas. Su avance en el piano también era notorio. Ya tocaba algunos fragmentos, a la velocidad requerida, del *Álbum para la juventud* de Schumann, y se aventuraba en el *Microcosmos* de Bartok. Pero en lo que sobresalía, puesto que disputaba con Eduardo de Ávila, era en las clases de literatura musical. Desde su llegada a la escuela, su bagaje había aumentado. Escuchado todo Schumann, revisado el repertorio sinfónico de sus predecesores, Beethoven y Schubert, quería detenerse en Berlioz para valorar su aporte al Romanticismo. Estaba memorizando el ejercicio, desamparado ante la ausencia del centro tonal, cuando Yamil llamó a la ventana.

Zabala le pidió que se sentara. Dijo que había recibido un encargo de la Presidencia de la República. Cadavid puso cara de no entender. El director explicó que el presidente quería estrenar el *Canto General* de Mikis

Theodorakis, y que el coro seleccionado para esa tarea había sido el de la escuela de música.

—¿Conoce *Canto General*? —preguntó Zabala.

—De Neruda algo sé —respondió Cadavid—, pero de Theodorakis nada.

—¿No vio *Zorba, el griego*? —Cadavid meneó la cabeza.

—¿Es un compositor de música para cine?

—No, es un compositor multifacético, pero su fuerte son las canciones populares griegas. ¿Y qué ha leído de Neruda?

—*Veinte poemas de amor y una canción desesperada*. Todavía no he llegado al *Canto General*.

—Pues a trabajar entonces.

—¿Cómo así?

—Pues que usted disertará ante el coro sobre *Canto General*, pero esta vez le pido que aborde la poesía de Neruda. La idea es que sepamos un poco lo que vamos a cantar desde el punto de vista de la literatura.

Al salir de la oficina, Cadavid se encontró con Escobar en el almacén. Iba a contarle lo de Neruda, pero su amigo le pidió que salieran.

—¿Qué pasa? —preguntó Cadavid.

—Gajes del oficio.

—¿Es decir?

—Te cuento afuera.

Tomaron la carrera novena y llegaron a la Plaza de Bolívar. En la esquina de Telecom, vieron a un hombre que daba saltos. Estaba cantando “Pero sigo siendo el rey”. Las gentes lo dejaban hacer y se reían ante su arrebató. Su voz era ronca y afinada.

—¿Sabías que ese hombre fue profesor de filosofía de la universidad? —dijo Escobar.

—No tenía idea —respondió Cadavid—. Pero si la filosofía da para este tipo de euforias, bienvenida sea.

Bromearon un rato en torno al cantante, que se veía limpio y bien peinado y cargaba un morral en sus espaldas. Escobar dijo que a veces lo veía llorando alguna desdicha, en las noches, recostado en la puerta de Telecom, donde hacía su lugar para dormir. Comentó que era uno de esos locos que iban y venían por la ciudad porque las puertas del manicomio de Tunja, gracias a la política de un director alternativo, permanecían abiertas de par en par.

Entraron al café y se sentaron en las sillas donde Cadavid y Otálora lo habían hecho días antes. Pidieron un par de aromáticas con empanadas. Una vez más, Escobar invitaba. El papelito, pasada la explicación requerida, fue a la mano de su amigo. Cadavid lo leyó.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó.

—Pues lo que me pide.

—¿Vas a sacarla del convento?

—Un rato no más.

—¿Y si no quiere volver?

—No exageres. Solo daremos una vuelta por ahí y ya estás pensando que quiere quedarse conmigo.

Escobar aprovechó para describir la situación de Mencía Suárez. Se había rebelado ante una orden familiar de casarse con un rico de Duitama. Un poco desesperada, y por consejo de una tía monja, había optado por el convento para confrontar a su padre. Estaba en periodo de prueba, pero tenía más madera para cura Escobar que Mencía para hermana.

—¿Y adónde la llevarás?

—No lo sé. Ella dice que a cualquier lado con tal de respirar el aire de afuera.

—¿No te preocupa que sea la hija de un duro de Tunja? Qué tal que te pase lo del hermano de Otálora.

—¿Te das cuentas de lo que estás diciendo? Una cosa es ser hija de un esmeraldero de Coscuez, y otra de un empresario de Tunja. Aquí estamos en la

civilización. Coscuez es la barbarie.

—No te fíes. En ambos el dinero es lo que manda, y en Colombia esas fronteras se desvanecen en cualquier parte.

Cadavid leyó de nuevo: estoy desesperada, maestro Escobar, sáqueme de aquí.

—Imagino que vas a deshonrarla.

Escobar arrojó el pedazo de empanada porque se le atravesó la risa.

—Solo las viejas monjas de ese convento son vírgenes, y eso que tengo mis dudas. No seas ingenuo, Pedro, la virginidad en este país hoy no aguanta los doce años.

—En todo caso, perderás el puesto, y dejaremos de comer las delicias que traes cada miércoles.

—¿Crees que yo me siento bien pagado con el mecato de esas beatas?

—Pero al menos te entretienes con el trabajo. Y las mogollas son una maravilla.

—Tú sabes que es otra mogolla la que me desvela.

Se rieron y miraron un rato a la gente del Pasaje Vargas. A esa hora, los empleados de la gobernación y la alcaldía salían a comer sus onces en los establecimientos que rodeaban la Plaza de Bolívar.

—Pero no creas que solo te traje aquí para chicanearte con el asunto —dijo Escobar.

Cadavid lo miró con curiosidad—. No puedo sacarla solo. Necesito una mano.

—¿Y cuál es el plan? —dijo Cadavid.

Eran las nueve de la noche. Lloviznaba y había un viento de látigo. Cadavid esperó cerca de la entrada del convento. Protegía la bolsa con el cuerpo para que no sonara ante las arremetidas del aire. La complicidad en las llamadas telefónicas, realizadas desde la dirección del maestro Zabala, ya le propiciaba sobresalto, pero lo de ahora superaba el límite. Estaba colaborando en el

rapto de una monja y no lo creía. Escobar, que guardaba una compostura inesperada, se puso el dedo en la boca y, con la mano, le dijo a su amigo que esperara. Abrió la puerta con ademanes seguros. Las llaves se las había conseguido Mencía. Escobar se sumergió en la oscuridad del zaguán, y más adelante la puerta tornera también fue cruzada. Escobar esperó hasta que una sombra emergió del interior. A Cadavid le palpitaba el corazón y el frío le mordía las orejas cuando vio salir a la pareja.

De la bolsa sacaron el abrigo. Era rojo y catedralicio. Al verlo extendido en la cama de su amigo, como una alhaja de lana, Cadavid había preguntado por su procedencia.

—Me lo prestó Castañeda y Montero —contestó Escobar con satisfacción.

Mencía Suárez lo saludó con un gesto agradecido.

—¿Es usted el amigo suyo de las cuevas?

Cadavid afirmó, atraído por el empleo de los pronombres, le miró los ojos que brillaron en la oscuridad, y comprendió por qué Escobar estaba empeinado en estas lides. Mencía tenía el hábito y un chal la resguardaba del frío. Su transformación fue completa con el abrigo. El tejido rojo iluminaba la impronta de sus pasos. Después, recorriendo la cuadra próxima, ella empezó a reír. Y al llegar a la Esquina de la Pulmonía, gritó un ¡por fin! tan liberador que Escobar la abrazó y la suspendió en el aire dándole una vuelta entera.

—Es allí donde viven las sus mercedes de mis padres —dijo Mencía. Y su mano mostró uno de los balcones coloniales de la Plaza de Bolívar, justo arriba de la entrada del Pasaje Vargas.

—¿No te dije que es de alcurnia? —murmuró Escobar.

—Se nota a la legua —replicó Cadavid.

Tenían menos de tres horas para efectuar lo que habían planeado. Mencía Suárez debía estar en su celda antes de la última ronda de la vigilante. La guardiana tocaba cada postigo, y al recibir el santo y seña desde el interior, pasaba a la celda siguiente. Lo esperado era que Cadavid se alejara de las

cuevas para que los amantes se encontraran, pero lo propuesto fue otro.

—Solo quiero que pase un buen rato con nosotros —había dicho Escobar.

No fueron a las cuevas, además, porque doña Concha, desde la vez de Marta Pantoja, estaba más vigilante que nunca. Por lo tanto, Escobar solicitó el apoyo de sus otros amigos. Efrén Zaragoza le ofreció su casa. Quedaba en las inmediaciones del Parque Pinzón y era una morada, alargada y umbría, al lado de las ruinas de San Agustín. La integraban tres grandes espacios. El primero era la habitación principal del saxofonista. El segundo, una sala donde hacían los ensayos y había una organeta eléctrica. Y el último fungía de cuarto de huésped y de reblujo. Allí se recogían, de vez en vez, Charles Gaité y Lucía Melgarejo.

A Mencía Suárez la sentaron en una silla, en mitad del estudio. Era la única mujer del grupo y para ella tocarían. Escobar en la flauta, Gaité en el contrabajo y Zaragoza en la organeta. El primero se regaba en múltiples complacencias y llamaba a la mujer por su nombre y apellido.

—Queremos atenderte como lo que eres. La última descendiente de un linaje gallardo —le dijo Escobar. Y anotó que ellos eran unos recién llegados mientras que en las venas de su dama corría la sangre fundadora de la ciudad. Gaité y Zaragoza hicieron un gesto de sorpresa fingida.

Había pasabocas que Cadavid, el único que no tocaba en el grupo, repartía. Se pasó una botella de brandy para minimizar el frío, que en la casa era pronunciado. Zaragoza, Gaité y Escobar compartieron un bareto. Mencía, manoteando el aire con fastidio, pidió permiso para ir al baño. Se quitó sus ropas conventuales y se puso el abrigo encima de las prendas íntimas. Escuchó la velada, haciendo y deshaciendo carrizos impúdicos. Aplaudía las piezas con una calidez que no escatimaba los suspiros de la emoción. El repertorio había sido escogido para que Escobar exhibiera sus talentos. Tocaron bossa novas y pusieron en una grabadora boleros. Esto también estaba programado. Los otros tres se quedaron quietos en el momento en que Escobar sacó a bailar

a Mencía. La luz la redujo Zaragoza y todos apuraron las vasitos de brandy en honor de la pareja. Pero no hubo besos ni escenas acaloradas. Escobar fue increíblemente decoroso a pesar de que bailaron en una baldosa.

Cerca de la medianoche entraron al convento. La lluvia continuaba, pero los vientos habían mermado. Cadavid introdujo el abrigo en la bolsa. Ya creía, por supuesto, en el rapto, aunque le daba vueltas a la actitud de su amigo. Otro hombre, mejor dicho el verdadero Escobar, se hubiera robado a la tunjana noble para llevársela a su tálamo de pobre y gozar de sus encantos. En vez de esto, Mencía Suárez escuchaba música brasileña que, según el flautista, era lo que más excitaba la sensualidad. Al salir del convento, Escobar se frotó las manos y agradeció, con una palmada en la espalda, la solidaridad a su amigo.

—No será la última vez que salgamos —dijo.

Luego fueron a las cuevas. Allí el joven maestro de flauta tuvo un ataque voraz de alergia.

—Es la lengua del deseo —dijo Cadavid.

—¡Marica! —dijo el otro mientras dejaba que su amigo le rascara la espalda.

Más tarde se pusieron a leer un pasaje de *Pedro Páramo*. Conversaban dos amantes desde más allá de la muerte. Escobar escuchó durante unos minutos y, desorientado en las coordenadas de ese amor lóbrego, se durmió bajo el efecto de la pastilla.

## Adriano

De la escuela de música sabía por las cartas que le escribía Hernando Escobar y por lo que le contaba Manuel Vélez. Este último admiraba el proyecto pedagógico de Zabala. No tenía un excelente nivel en el piano, pero sus dones para la enseñanza eran notables y habían convencido al director de que no había mejor tutor para los niños. Como era también de origen antioqueño, Vélez había recibido con una mezcla de interés y prevención la llegada de Escobar y Cadavid a Tunja. Los sopesó primero, detalladamente, con curiosidad sexual. Vélez era de aquellos que miraba sin pudor la parte genital y los traseros de sus interlocutores. Pero como se dio cuenta de que ambos muchachos iban por otras vías, no demoró en desdeñarlos. Aunque se carcajeaba estridentemente con las bromas de Escobar mientras tomaban tinto en la cafetería de Chavita. Y con respecto a Cadavid, al saber que a este lo atraía la literatura, lo medía preguntándole si había leído a autores poco conocidos. Debido a su amistad con Adriano Tamayo, Vélez fue quien se encargó de preparar el encuentro entre él y el director de la escuela.

Una característica llamativa de ese tiempo fue que estuvo atravesado por una fuerte politización de los menesteres artísticos. Adriano Tamayo, a su modo, era un paradigma de ello. Las nuevas corrientes de la izquierda revolucionaria entraban a Colombia. Había algo que auguraba el triunfo de una revuelta popular dirigida por movimientos guerrilleros. Cuba era un modelo porque la victoria de su socialismo, no obstante la crisis económica permanente y la figura dictatorial de su gobernante, resultaba evidente. En Nicaragua había un proceso de liberación nacional en marcha que

entusiasma a muchos pese a su excesiva violencia. Los militares, en Chile y Argentina, habían triunfado. En uno se retiraban, ahítos de descrédito, para cederle el poder a los demócratas. En el otro seguirían vigentes por unos años más. En tales circunstancias ese espíritu beligerante dejaba una embarazosa sensación de esperanza. No se sabía lo que sería de un país como Colombia que se definía, con tonos enfáticos, como una de las democracias más sólidas del continente. Aunque había suficientes motivos para sospecharlo, esa juventud no se imaginaba que un destino de avasallamiento militar, proveniente de varios ejércitos, iba a caerle encima como un garrote. Tampoco habría de barruntar —eso se sabría años después al volverse pública la dimensión de sus mecanismos— que esas tendencias subversivas se sumirían en una descomposición profunda al unírseles el gran protagonista de esos días: el narcotráfico. Pero hombres como Adriano Tamayo poseían en su proceder un basamento ético que permanecía limpio.

Hubo, sin duda, una coincidencia en el hecho de que el día en que se regó la noticia del *Canto General* de Theodorakis llegara a Tunja Adriano Tamayo. Fue a la oficina del director con una pequeña maleta de cuero café y una gabardina beige. Adriano le había enviado su hoja de vida con Manuel Vélez y, sucedidas un par de conversaciones telefónicas, fijaron la entrevista. Al encuentro lo nimbó una comunión sin fisuras. Ambos supieron que estaban tallados por una convicción que hallaba en la enseñanza musical su gran motor. Los dos concebían al músico como una manera de enfrentar la crisis del hombre moderno. De hecho, la presencia de un profesor como Tamayo era un logro trascendental para la escuela, y su llegada provocó una especie de conmoción.

Había estudiado musicología y su especialidad era el renacimiento y el barroco. Sus primeros estudios de violonchelo los realizó en Medellín. Fue a Santiago de Chile, donde terminó su licenciatura en educación musical. El golpe militar lo sorprendió en su apartamento de la calle Mac Iver. Fue herido

durante los disturbios y pasó un tiempo entre la vida y la muerte. De vuelta en Colombia, obtuvo una beca para ir a perfeccionar sus estudios de canto y flauta en Londres. A diferencia de lo que le ocurrió en Chile, donde se vio zarandeado por un programa de revolución popular y varios amores igualmente candentes, la permanencia en Europa la marcó un tipo de soledad rodeada de viajes, durante los cuales escuchó a los grandes intérpretes de la música que estudiaba. De regreso en Medellín, enseñó y fundó una agrupación de música antigua. En ese conjunto Escobar había tocado varias veces. Adriano fue quien lo llevó al Pequeño Teatro para aquel montaje experimental de los poemas de Barba Jacob, y fue allí donde empezó la amistad con Pedro Cadavid.

Tamayo era un hombre alto y elegante. El porte de su figura atraía la atención de inmediato. De caminar erguido, sus vestimentas iban del negro solemne al blanco de los rituales orientales. Nunca se ponía camisas o pantalones de diferentes colores. En aquellos días su predilección eran las camisas hindúes, y en su residencia se prendía cotidianamente el sahumero. Su piel cetrina manifestaba, en todo el cuerpo, el continuo paso de la máquina de afeitar. El pelo lo usaba corto, con pequeños bucles que le caían sobre los parietales, como si en ello siguiera una lejanísima moda de la nobleza romana. Sus ojos eran oscuros, sesgados levemente en los extremos. Tenía un bigote incipiente que coronaba un rictus melancólico. A su conversación la definía una mezcla de ironía y erudición encantadoras. De su estadía en Chile le había quedado una larga cicatriz en el abdomen y una nostalgia incurable por un proyecto político brutalmente reprimido. De Inglaterra, el gusto inalterable por el té, los palillos aromáticos y las frases de cortesía anglosajona que introducía en sus paliques.

Al llegar a Tunja, se instaló en un primer piso, en los alrededores del Parque Santander. De Medellín trasladó sus pertenencias, como si fuera a establecerse por un largo período en la ciudad, aunque este no habría de durar

mucho. La cama doble, el comedor, un juego de muebles, muchas cajas con libros, partituras y discos llegaron en un camión. Había traído consigo también su gran tesoro: un conjunto de flautas, cromornos y violas da gamba.

Sus funciones fueron varias en la escuela. Reemplazó al maestro Zabala en las clases de literatura musical y solfeo. Se ocupó de la preparación del coro, antes de que este llegara a los ensayos generales. Aunque el principal objetivo de Tamayo fue montar un grupo de música antigua, no encontró, a excepción de Escobar, intérpretes para ello. Pudo conformar, en cambio, una coral especializada en los maestros de la polifonía. Zabala recibió con loas una empresa que enseguida atrajo la atención. Su repertorio abarcaba obras que iban desde Monteverdi y Gesualdo hasta Haendel y Bach. La primera obra que montaron fue el *Miserere* de Allegri. Las mujeres —fueron aceptadas las tres brujas, Rosario Castañeda y Montero y Carlota Pijao— asistían fascinadas por la música religiosa y los atractivos varoniles de Tamayo. Pero no tardaron en saber de sus inclinaciones amorosas y se concentraron en los asuntos contrapuntísticos y los matices de las obras. El interés hacia la coral fue tanto que Manuel Vélez, Cumbiamba, Leguizamón y Mancipe engrosaron sus filas.

## Hacinamiento

Con la llegada de Adriano Tamayo se precipitó la primera oleada. La circunstancia no fue fortuita. El rumor de que en Tunja había una escuela de música, que pretendía resolver grandes vacíos en la formación musical, se había regado por todas partes. De Bogotá, Ibagué y Neiva, de Medellín y Cali, de Ipiales y Popayán, de Cartagena y Santa Marta llegaron los jóvenes inquietos. Arribaban con el deseo de enfrentar las vicisitudes impuestas no solo por la didáctica soviética, sino también por la ciudad fría y colonial. Para algunos, ese clima ingrato, acompañado por condiciones precarias y falta de oportunidades laborales, era el obstáculo principal. Para otros, y ahí estaba Pedro Cadavid como ejemplo, las vicisitudes hacían de Tunja y de la escuela el mejor sitio para el aprendizaje.

El maestro Zabala sabía que este flujo iba a darse tarde o temprano. Pero lo sorprendió su prontitud y su intensidad. Llegó Gabriel Ocampo, un muchacho de ánimo cordial y de ojos almendrados. Procedía de Armenia y su talento para el piano era pasmoso. Llegó Lucio Cantaclaro, de Popayán, regordete y de cabellos pajizos, especialista en ballenas, cuyo objetivo era interpretar el canto de los cetáceos. Llegaron, de Manizales, Lucía Quintana y Cecilia Osorio, flacas y esbeltas y de hablar melodioso. Tocaban como ángeles el violín y el violonchelo, respectivamente. Y llegó, de Cali, Eduardo Laverde, estudiante de química, fornido pero de ademanes femeniles. De Bogotá arribaron también los integrantes de un conjunto de música popular llamado Contracultura que creían útil para sus intereses el programa didáctico de Zabala. Y del sur, de un pueblito llamado Sandoná, llegó Marcial Burbano,

garboso, de caminar pausado y un cabello oscuro que encanecía prematuramente. Burbano tocaba la flauta y su propósito era desentrañar y compilar la música compuesta en los olvidados pueblos de Nariño.

El director del Instituto de Cultura dio un dinero para que se construyeran cubículos entre el auditorio y el patio. Luego de que estos estuvieron acabados, se procedió a separar los grandes salones de la escuela. Entre tanto, se crearon varios cursos preparatorios, y los grupos de los grados C1, C2 y D1 se acrecentaron. Entonces, ante un Zabala que veía cómo su sueño iba realizándose, la escuela no tardó en colapsar. Para darle espacio a todos, el director y su secretario, como medida de emergencia, decidieron no cerrar la casa en las noches y ordenaron que los turnos de estudio se redujeran. Se establecieron jornadas de una hora durante el día y de dos en las noches y las madrugadas. Los domingos y feriados la escuela permanecía abierta. La reserva de los salones se debía hacer con uno o dos días de antelación. La vieja casa, como una colmena, resonaba día y noche. Los teclados de los pianos no descansaban. El hacinamiento lanzaba a quienes estudiaban instrumentos de viento y cuerda a cualquier sitio con atisbos de nicho. Había unos que terminaban de estudiar en la madrugada y otros que iniciaban a esas mismas horas. Cadavid renegaba si le correspondían tales turnos tempranos. A veces, en las madrugadas, coincidían varios en las bancas que habían puesto al lado del gran portón. La neblina entraba al patio y se descolgaba lentamente por los barandales. Los estudiantes se encogían por el frío, cubiertos de bufandas, gorros y guantes. Y mientras aguardaban, soñolientos, después de mofarse de la calamidad que ellos encarnaban frente al frío, se burlaban de Josefo. El portero de noche no paraba de refunfuñar porque la cantidad de forasteros era tanta que no lo dejaban dormir su embriaguez habitual.

## Residencias

Manuela Cardona también llegó a Bogotá por esa época. Cadavid la esperó en la terminal. El bus en el que venía ella arribó con un retraso de varias horas. La culpa, esta vez, había sido de los derrumbes y los retenes militares. Bajando de Santuario al río Magdalena se habían quedado detenidos por los unos y, entre La Dorada y Honda, por los otros. Manuela traía la maleta de la otra vez, un bolso y una canasta de mano. Cadavid, cuando ya iba a devolverse para Tunja, la vio descender del bus. Manuela estaba pálida, con un aire de agotamiento que la hacía más bella. Al recibirle la canasta, Cadavid hizo una broma. Ella se justificó diciendo que la plata no le había alcanzado para la otra maleta. Su madre, entre las lágrimas y los reclamos de la despedida, le había aconsejado que empacara lo restante en la canasta, y entre las dos amarraron un plástico para que nada se saliera. Tomaron un taxi que los llevó al centro. Bogotá, con su cielo de tonos acerados y la lluvia que caía, era un lugar apagado. Comieron en un restaurante de la Avenida Jiménez. Manuela quería descansar y la noche se les venía encima. Buscaron unas residencias por los alrededores del Parque de los Periodistas, pero antes compraron la prensa en una esquina. El vendedor vestía ropas mugrosas y en su único ojo se concentraba la dureza de la ciudad. Lo del periódico era para buscar en los avisos clasificados una pieza en arriendo. En la recepción del hotel había un ambientador que mareaba. La señora los atendió como a regañadientes. A su lado, un niño jugaba al yoyo. El juguete disparaba luces sin poder enrollarse del todo en la pita. Durante unos segundos, los tres se quedaron mirando la impotencia del niño para controlar el juego. Un tapete rojo y manchado, más

adelante, los condujo a una habitación.

Manuela quería asearse primero, decir algunas cosas que la remordían, pero el deseo pudo más. Se quitaron las ropas con celeridad. En medio de los besos, deshicieron la cama. Cadavid le decía que estaba loco por ella. Manuela, jadeante, le dijo que no se fuera más y se quedara a su lado. A veces, aturcidos en el deleite, se topaban con sus imágenes en el espejo que había al frente del lecho. Al descender del goce, con las caricias reposadas, la muchacha aligeró su culpa. Cadavid detuvo su mano, que merodeaba el ombligo, y se incorporó para mirarla a los ojos. Manuela se refería a un bar, a una ida a cine, a una invitación que el estudiante de economía le había hecho. ¿Dónde fueron?, preguntó Cadavid. No tiene mayor importancia. Él, con rabia contenida, dijo que era fundamental ese detalle. ¿Un motel?, insistió. Te digo que no vale la pena. Cadavid la tomó del brazo. Ella dijo que mucho cuidado. Pero ante los ojos de Pedro, que la había soltado, habló del apartamento. Bailaron un rato, tomaron licor, leyeron poesía. Pedro preguntó que a quién habían leído. Manuela guardó silencio. Solo nos acariciamos, te lo juro. Pero ¿a quién leyeron?, volvió a preguntar Pedro con ira. A Borges, contestó ella. Pero cuando me vi desnuda, supe lo que estaba haciendo. Entonces me vestí y me fui. Te juro que no hubo más. Cadavid, mirando el tapete, se tomó la cabeza con las manos. Tenía un decorado de hojas y pájaros desvanecido por el uso. Recordó lo suyo con Pantoja. También él se había detenido porque una infidelidad mayor se lo impedía. Pero ¿no era infidelidad al fin y al cabo? ¿Había categorías de la infidelidad? ¿Cuál podía ser la mayor, cuál la menor? ¿Era infiel pensar en el otro y dejarse llevar por sus caricias? Ambos creían, este era un planteamiento de esos días promiscuos, que solo se era infiel si se realizaba la cópula. Se decía, y este era el argumento de Hernando Escobar, que la infidelidad solo se producía si se tenía sexo con amor. Cadavid no podía ceder al machismo del que tanto despotricaba. Exigirle fidelidad a Manuela resultaba ilógico. Ella era hermosa y sensual y estaba sola. A él le

ocurría algo similar en Tunja. A los dos los asediaba el deseo propio de la juventud incesantemente. Sosegado por sus conclusiones, pidió que jurara que no se había acostado con el economista. A pesar de su supuesto ateísmo, ella formó la cruz con sus dedos y la puso sobre la boca. Estaba desnuda, de pie, al lado de la cama, y Cadavid le vio las nalgas reflejadas en el espejo. Se levantó y la abrazó. Manuela dijo, risueña, que la dejara asear un poco. Pero ya estaba cercada por el ardor. Y esta vez, descargada del remordimiento, llegó hasta el fondo del gozo.

Al otro día hicieron las llamadas telefónicas. Habían escogido varias habitaciones. Una era adecuada por el precio y la ubicación. Quedaba en el barrio Teusaquillo. Allí fueron en la tarde. Seguía lloviendo y el tono entristecido de la ciudad se había pronunciado. La casa tenía un solo piso. Aunque en la mitad se levantaba un patio, ninguna luz era suficiente para aclararla. Mientras veían la pieza, que habría de ser compartida, escucharon los gritos de gol del estadio cercano. La cocina, los baños, el lavadero también se compartían. Estaban, además, prohibidas las visitas pasadas las diez de la noche.

—¿Usted qué es con la señorita? —preguntó la administradora.

—Mi hermano —dijo Manuela.

—Pero no se parecen —dijo la mujer.

—Somos hermanos medios —explicó Cadavid.

—¡Ah! —dijo la mujer. Y añadió que con los familiares pasaba otra cosa respecto de las visitas. Había que ponerse de acuerdo con la compañera de cuarto. Si ella aceptaba, se podían quedar, pagando, eso sí, una adición.

Manuela Cardona habitó un corto período en las “residencias para señoritas”. Así figuraba en los avisos clasificados y en un pequeño cartel. Como había pasado a la universidad, decidió viajar a Bogotá antes de comenzar las clases. No solo para adaptarse a la capital, sino para salvar su noviazgo. Cadavid le había dicho, para consolarse de la distancia que

mediaría entre ellos, que Tunja era el último barrio del norte de Bogotá. Ese primer domingo, Manuela le pidió que se quedara. Había pagado por adelantado el primer mes de arriendo. La habitación, por el momento, sería para ella sola y la administradora les perdonó la multa. La pieza era la primera de la casa y su ventana daba a una calle concurrida. Tenía dos camas sencillas con sus sábanas y cobijas, una mesa de noche y un escaparate para poner la ropa. Recibieron el juego de llaves (las de la casa, la pieza, la cocina y el baño) y fueron a comprar un mercado en una tienda cercana. Estaban tan cansados que se quedaron dormidos en una de las camas. Hacia el amanecer —él se vestía para irse— Manuela lo llamó a su lado. Se envolvieron entre las cobijas e hicieron el amor con la nostalgia de quienes saben que van a estar separados de nuevo.

Se veían cada fin de semana. A veces ella iba a Tunja, a veces él a Bogotá. Se ayudaban en sus economías inciertas y solicitaban préstamos aquí y allá. Cadavid había ensayado una reconciliación con su padre a través de cartas que le escribía, pero el doctor seguía molesto. Este desengaño, cada vez más profundo, era una consecuencia de sus fracasos comerciales. Pero era como si la actitud de su hijo menor, en quien había cifrado tantas esperanzas, le hubiera aumentado la amargura de su existencia. Él, que podría ser un decente estudiante de medicina, terminaba siendo un miserable aprendiz de música. El medio familiar burgués, una vez más, asumía como desventura el que uno de sus miembros decidiera ser artista. Pero, en el caso de Cadavid, no era un capricho sino un problema existencial. No había egoísmo de su parte, ni deseo de maltratar al doctor. Lo suyo consistía, sencillamente, en una búsqueda vocacional emprendida en medio de las dificultades.

Manuela consiguió el primer trabajo: vendedora de quesos y mantequillas en mercados callejeros. Esto complicó la situación porque la faena era los fines de semana, y Cadavid se vio obligado a desplazarse. Al poco tiempo, fueron apareciendo otras características de las residencias para señoritas. El

sitio era un vaivén incesante de hombres por los corredores y las habitaciones de la casa. Manuela sospechaba que algunas de las moradoras laboraban como prostitutas y que esos visitantes actuaban como proxenetas. La compañera de habitación, por fortuna, gozaba de su confianza. Era ella quien le había conseguido el trabajo en los mercados. La mujer trabajaba para sostener a sus dos hijos que vivían con su abuela en Ibagué. Manuela le servía como manto de lágrimas y la tolimense la retribuía con sus bromas inesperadas. Fue ella, además, quien armó el escándalo al descubrir un paquete sanguinolento en el baño. Despertó a Manuela en la madrugada y pidió que la acompañara. Vieron en la papelera el feto envuelto en un papel periódico. Buscaron a una administradora que, levantando los hombros, les dijo que no era el primero ni sería el último y que el asunto se le iba de las manos.

—No solo cometen un crimen estas hediondas —dijo la tolimense—, sino que nos lo enrostran como una regla.

—No soy la mamá de nadie —dijo la administradora—. Me queda difícil llamar a cada una de ustedes y preguntar quién fue.

—Pues pílas entonces —dijo la tolimense—, porque si no le pone orden a esto, será la policía quien lo haga.

Y agregó para sí:

—Güevona, como si no supiera quién fue.

—Bájale al tono —dijo la administradora, mirándola con desafío.

Manuela pudo calmarlas, pero uno de esos hombres, que iba y venía por las residencias, las abordó. Les levantó la voz y les dijo que no se metieran donde no las necesitaban. A los pocos días ambas se fueron de allí. El nuevo inquilinato también quedaba en Teusaquillo.

## Corydon

La conferencia sobre el *Canto General* de Neruda fue preparada durante estas idas y venidas de Tunja a Bogotá realizadas por Cadavid. Adriano Tamayo, que había escuchado en Santiago de Chile algunos de los recitales del poeta, se ofreció para ayudarlo. No solo tenía sus libros, sino que algunos estaban dedicados. Pedro se entusiasmó tanto que sus encuentros se hicieron recurrentes.

Cadavid sabía sortear la simpatía ejercida por Tamayo. Lo había aprendido en los días del Pequeño Teatro. Cuando Escobar los presentó, Tamayo mostró lo que era: un hombre que transmitía, con generosidad, sus conocimientos a sus discípulos. Escobar previno, sin embargo, a su amigo. Como los propósitos con él no habían dado los frutos esperados, Cadavid debía enfrentar el asedio. Que un personaje tan atractivo, instruido y viajero se fijara en él lo confundió al principio. En esos juegos de la persuasión, el deseo suele disfrazarse de inteligencia y exquisitez, y Cadavid no demoró en verse, como le había ocurrido a Escobar, envuelto en una tela de araña tramada con astucia. Invitaciones a conciertos, préstamos de libros y discos, paseos por parques, comidas en el apartamento de Tamayo, charlas en las que todo un universo inédito, el del arte, se manifestaba. Unas coordenadas culturales, atravesadas por las injusticias sociales, la represión familiar y religiosa y el valor del artista, quien, a juicio de Adriano, solo podía ser un rebelde.

En los primeros días de esa relación, Cadavid leyó libros de Marguerite Yourcenar y Yukio Mishima. Conjeturó que eran grandes escritores porque en ellos confluían ambas rebeldías. Pero no ignoraba que la literatura y la música

—las indicaciones sobre la interpretación de las sonatas para flauta de Haendel fueron reveladoras— que descubría de la mano de Tamayo buscaban un propósito. Este, al cabo de los encuentros, entre un dato de la homosexualidad de Federico García Lorca y la de Manuel de Falla, la valentía de Oscar Wilde y André Gide, fue encaminándose hacia los elogios personales. Tamayo le admiraba el brillo de sus ojos, la flacura musculosa y, sobre todo, su sensibilidad y su inteligencia. Cadavid se sonrojaba porque nunca un hombre le había lanzado esos piropos, pero los pasaba por alto y abordaba el tema de los griegos y romanos. Tamayo, como pez en el agua, decía que en esas épocas, más que nunca, se abrazaron el erotismo con el sentido más alto de la amistad.

Una noche la seducción llegó a su término. El apartamento de Tamayo quedaba entre la sede del Pequeño Teatro y la Placita de Flórez. Cadavid había estudiado, en la tarde, una sonata de Haendel. Manuela no había ido al ensayo y él se sentía desanimado. En un último momento, decidió ir donde su amigo. Al rato estaban comiendo una ensalada de atún y verduras que acompañaron con una botella de vino blanco. Cadavid habló de su jornada con la sonata y del dolor muscular. Tamayo se levantó, recogió la mesa y, a la vuelta de la cocina, preguntó por el sitio de la dolencia. Pedro se tocó el cuello. El otro examinó y dijo que todo era consecuencia de la tensión de los labios al tocar y de una postura incorrecta de los brazos. Tamayo era de aquellos maestros que enseñaban que para tocar la flauta había que relajar la boca, las manos y, en general, todas las partes del cuerpo involucradas en la interpretación.

Al palpar el sitio del dolor, Cadavid cerró los ojos. Escuchó que Tamayo pronosticaba una tensión en aumento. Propuso un masaje que abarcara toda la columna vertebral. Pedro se quitó la camisa y fueron a la habitación. Creyendo el diagnóstico de su amigo, también obedeció despojándose de los pantalones. Se acostó boca abajo y dejó que Tamayo hiciera lo suyo. Al cabo de los

instantes hubo como un adormecimiento. Cadavid no se dio cuenta cuándo su amigo se había montado en la cama. Estaba de rodillas y sus piernas las tenía al lado de las caderas del muchacho. El masaje había descendido de la cabeza al cuello y de este a la espalda. Desmadejado, Pedro sintió que aquellas manos mágicas tocaron las caderas. Pero, de pronto, sucedida una cadena de caricias, percibió el beso en el coxis. La alarma se disparó. Cadavid, girando, preguntó qué pasaba. Tamayo estiró las manos en señal de defensa. Dijo que el masaje debía tocar los nervios de los glúteos para favorecer mayor serenidad en los músculos de la espalda y el cuello. Solo había hecho eso: relajar los puntos neurálgicos del cuerpo. Mientras se vestía, Cadavid explicó que él no deseaba a los hombres y que su atracción por él no era física sino intelectual. El otro sonrió con sus ojos sesgados. Como ya estaba tarde, Cadavid dijo que iría a su casa. Al despedirse, Tamayo le golpeó el hombro y le dijo que no había por qué preocuparse, y que la amistad, como en los hombres antiguos, era lo esencial.

El encuentro con Manuela había ocurrido recientemente, y ella le expulsó a Cadavid cualquier duda frente a su deseo. Al llegar a Tunja, ya pasados los asedios de Corydon, el muchacho sabía que las cosas con Adriano Tamayo serían más fáciles. No solo estaba la cuestión del aprendizaje musical, sino que también se darían las invitaciones a comer en su apartamento del Parque Santander. Y el asunto de los préstamos de dinero ayudarían también a que Cadavid sorteara su precaria situación.

## Golpe

Recibí la llamada de Illimani. Era uno de los miembros de ese grupo musical. Dijo que había un golpe militar. Lárgate de ahí ya mismo, cabro, me gritó. Colgué y oí los disparos. Abrí la ventana. La gente, en la calle Mac Iver, corría de un lado a otro. Al frente, desde las ventanas de la biblioteca pública arrojaban libros y abajo unos hombres los echaban a una hoguera. Vacilé unos segundos. O me quedaba esperando a que llegaran los militares, o iba a combatirlos. Como era becario de la OEA, gozaba de cierta protección, aunque sería mejor decir de cierta invisibilidad. Por esto se decidió que el mejor lugar para guardar las armas era mi apartamento. Illimani era mi superior. El de él, uno de los integrantes de Kilapayún, y más arriba de este había un profesor de guitarra del conservatorio. Después de mí, quiero decir hacia abajo, estaban los dos violinistas. Las células se integraban con músicos, teatreros, titiriteros, poetas. Pero más que una moda en la que se abrazaban música y política, la militancia revolucionaria era nuestra forma de vida. O mejor, una manera de respirar, de caminar, de cantar. Porque si cantábamos o tocábamos un instrumento, y además éramos de izquierda, tanto mejor. Los músicos fascistas también tocaban bien, pero eran insoportables. Quienes se decían apolíticos, a esos ni los escuchábamos.

Agarré una metralleta. La metí con sus municiones en la mochila. Era una mochila guajira. Todo el mundo me la admiraba. Ahí va el colombiano, decían en los corredores de la universidad. Y yo sentía orgullo, para qué negártelo. Tapé el arma con la capucha. Me atravesé la mochila en bandolera. Con el corazón que se me salía del pecho, salí a la calle. Alguien dijo que había

tanques al frente de La Moneda. Que el presidente había dicho en una alocución que daría la vida por su gobierno. Si esta era su decisión, ¿qué más podíamos hacer nosotros? Unas cuadras más adelante vi el humo y oí las explosiones. Los tanques deben estar cerca, me dije. Un compañero, con un pañuelo en la boca, se me unió. Llegamos a una esquina y desde allí vimos los tanques. Tuve una mezcla de miedo, coraje y rabia cuando escuché los estampidos de sus cañones. Concha de su madre, gritaron desde algún lado. Y oímos los aviones. Eran cuatro. Volaban bajo. Son cazas Hawker, dijo el compañero. Van a bombardearnos. Pero las bombas no cayeron sobre nosotros.

Disparamos para acercarnos a la universidad. El olor a pólvora y los gases lacrimógenos hacían su efecto. Yo veía un revoltijo de humo y figuras por todas partes. Entramos a un salón donde una muchacha nos dio agua para beber. Nos mojamos las ropas. Como el aire que respiraba, mi rostro estaba encendido. Alguien dijo que Allende había muerto en La Moneda, y ya no hubo horizonte alguno delante de nosotros. O era el mismo en que el miedo, el coraje y la rabia aumentaron. Los tanques arremetieron. Vimos cómo los milicos entraban a la universidad. No sé a cuántos estudiantes asesinaron en los salones. Lo que sí sé es que uno de esos soldados disparó. La bala me entró por el vientre, me aferré a la mochila como si fuera mi salvación y perdí la conciencia.

Estuve un mes delirando. Hundido en una especie de baba pestilente. Un hombre con delantal blanco preguntó mi nombre. Mi memoria, por fortuna, estaba intacta. Una herida fea me marcaba el abdomen. Con lentitud me recuperé. No me mataron, Pedro, porque revisaron mis papeles. Se enteraron de mi vínculo con la OEA. La pesadilla no fue esa herida, te lo juro, sino tener que vivir en un país gobernado por la crápula militar. Pero fui restableciéndome. Entendí la magnitud de lo que había pasado. Las células de nuestro movimiento fueron desmanteladas. Sus miembros detenidos,

torturados, asesinados. Las cárceles estaban repletas. El terror se pavoneaba por todas partes. Pregunté por la gente de Illimani y Kilapayún, y me dijeron que habían huido. De uno de mis amigos violinistas no había rastro. El otro se había sometido a las nuevas órdenes.

Debí abandonar mis estudios y regresar. Pero me quedé y también me sometí. Al tener semejante prontuario, mi situación era difícil. Pude continuar mis estudios musicales, bajo las amenazas de deportación. Debía reportarme a un batallón militar cada semana. Allí daba el informe detallado de mis actividades. Una vez no fui porque me dio una gripa que me mandó a la cama. Esa noche hombres armados allanaron mi cuarto. Pero uno se acostumbra a lo peor: al asco y a la impotencia. Al intentar definir eso que yo sentía por Santiago de Chile, recordaba el verso de Borges sobre Buenos Aires: “No nos une el amor sino el espanto”. A veces, iba al barrio La Chimba. ¿Sabes qué significa chimba por esas latitudes? No es la vagina colombiana. Tiene que ver con lo que yo era entonces. Una realidad que está del otro lado. Del otro lado de la vergüenza y la podredumbre.

Recorría las callejuelas de La Chimba. Me tomaba unos vinos junto al río Mapocho. Si vieras, Pedro, lo que es ese río. No es ancho. Su cauce es pardo, poco hondo, pero qué turbulencia. Me quedaba hasta la madrugada, del otro lado del Mapocho, como si una vulva americana me hubiera deglutido. Observaba la corriente durante horas. Me ponía a recordar a Illimani. Hablaba con la gente de Kilapayún. Veía a ese compañero con quien había llegado a la universidad, el primer día de la dictadura, y cuyo cuerpo estaría en una fosa común. Y seguía mirando al Mapocho. Hasta que de tanto perseguir a mis amigos lejanos, oteaba los muertos de verdad. Porque por el río descendían cadáveres. En medio de la bruma del amanecer, yo veía cuerpos y más cuerpos. Quién sabe adónde iban a parar, Pedro. Sospechaba que al río Maipo, luego al mar y más adelante a la nada. O tal vez sigan esperando que alguien, más valiente que yo, pueda sepultarlos.

## Neruda

Cadavid abordó el período que va de los primeros poemas hasta *Canto General*. Reconoció que en *Crepusculario* y *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* había un yo vaporoso, sensualmente modernista. Y que, a pesar de los aciertos de un escritor que apenas pasaba los veinte años, esta poesía no lo convencía completamente. Se sentaba en la banca, al lado del gran eucalipto del Bosque de la República, y leía los poemas. Percibía que existía una embriaguez de la palabra, nueva para la época, pero que caía en el melodrama. De hecho, era usual que los recitadores se pusieran una mano en el pecho, y dijeran mirando al infinito: “Puedo escribir los versos más tristes esta noche. / Escribir, por ejemplo, ‘La noche está estrellada, / y tiritan, azules, los astros, a lo lejos’”. De esos libros, Cadavid subrayó tres poemas. ¿Se podía pedirle más a un joven escritor? Alguien había dicho que un libro de poesía se salvaba con un solo verso logrado. Pero ¿qué era un verso logrado? ¿Quién tenía el poder de determinarlo? ¿Quién era él, un mero principiante, para dictaminar que ese Neruda no lo convencía del todo? Mientras avanzaba en sus lecturas, se preguntaba cuántas veces no había leído esos poemas de amor. Cuántas veces no escribió imitando al Neruda de “Ah déjame recordarte cómo eras entonces, cuando aún no existías”. Había leído para sí los suyos, comparándolos con los del chileno, y, sin ninguna hesitación, los había arrojado a la basura. Ni siquiera se atrevió a pasarle a Manuela los que él consideraba mejores, al percatarse de que la atracción de ambos estaba imbuida de literatura. Y eran malos poemas por ser tan nerudianos. Pero ahora, con las nuevas lecturas, hechas desde la perspectiva de un montaje

musical, Cadavid tenía la impresión de que en Neruda surgían demasiados golpes de pecho y una melancolía mórbida. Y eso que, por fin, se estaba ante una poesía afincada en los placeres del cuerpo, que en Hispanoamérica eran proscritos desde vieja data. La del primer Neruda era una poesía apta para jóvenes enamorados. ¿Pero Cadavid no lo estaba y la humanidad entera no vivía siempre enamorada del otro, que era como decir de sí misma? En esos versos, en todo caso, la mujer no pasaba de ser un objeto de deseo, propicio a las caricias y al canto, para ser arrojado enseguida a un horizonte de nostalgias inacabables.

Decidió buscar a Marta Pantoja. Tal vez ella podía ayudarle a discernir mejor la evolución de un Neruda enamorado de la mujer a un Neruda enamorado de la tierra, de un Neruda sentimental y solitario a un Neruda histórico y comprometido con el pueblo. Pero su amiga había decidido distanciarse. Desde su corta estadía en Bogotá, estaba más trastornada. Las discusiones con su padre se habían agudizado más. De vuelta en Tunja, desanimada, comenzó a faltar a las clases de la escuela. En vez de conciliar con Fulgencio Mancipe, quien le aconsejó que se retirara, Marta cayó en los alegatos. Zabala, consciente de los tormentos de la estudiante, intervino. Propuso, en tanto se resolviera la situación, que siguiera en la escuela con la condición de asistir a las clases de literatura musical, folklore y coro. Le aconsejó, incluso, que pasara al plan B, el de horario nocturno. Allí podría aprender guitarra y música popular. Pero Pantoja habitaba ya el centro de un torbellino que la precipitaría a un deterioro extremo. Bebía todos los días y las crisis de llanto la asediaban. En una de ellas se había tomado el vientre infecundo, y se maldecía por no tener madre y porque ella jamás lo sería. Pero se inclinaba a los flirteos y buscaba afanosamente el placer. Había tenido — Cadavid se enteró con algún recelo— una relación con Ocampo, el pianista de Armenia. Pantoja le había dicho a Cadavid, una vez que se encontraron en uno de los pasillos de la escuela, que Ocampo era un amante torpe, y agregó que

sus manos tocaban mejor el piano que el cuerpo de la amada. Estos romances, breves y fogosos, en vez de procurarle a la joven un alivio, la dejaban atascada en sensaciones vacías.

Una noche, Pantoja discutió con Lulú y Eduardo de Ávila. Las complicaciones de la convivencia habían desembocado en el malestar. Pantoja y Cadavid estaban en uno de los salones del tercer nivel opinando sobre los poemas de “La Lámpara en la Tierra”, cuando llegaron los anarquistas. Cadavid se retiró. Se mantuvo en guardia, sin embargo, porque barruntó el peligro. Pantoja, en efecto, empezó a alterarse. Dijo que ellos no tenían derecho a expulsarla de la casa. El problema residía en el retraso del pago del arriendo y en sus ánimos turbulentos. Ni Lulú ni De Ávila querían lidiar más con sus borracheras, ni con sus paranoias, ni con sus llantos. Eso le dijo Lulú, pero se aproximó tanto a la cara de su interlocutora, que esta la empujó. Hubo un conato de trifulca. Los dos hombres intervinieron para separarlas. Pantoja se puso a llorar cuando la pareja se fue, y desde el corredor les lanzó improperios. Cadavid trató de tranquilizarla, pero Marta buscó la balastrada para arrojarse al vacío. Cadavid reaccionó instintivamente y logró asirla de una de las piernas. Charles Gaité, que estaba estudiando contrabajo en un salón próximo, escuchó la algarabía, y ayudó a calmar a la desesperada.

A los pocos días, Pantoja consiguió un cuarto cerca de La Pila del Mono. Estaba en la casa de un médico que, por intermediación de Zabala, la ayudó con su charla bonachona. Allí permaneció hasta el estreno de *Canto General* de Theodorakis. Más tarde dejó la escuela, la ciudad y el país. Pero Cadavid aprovechó ese último período para invitarla a que leyeran Neruda, y ocurrió el hallazgo de *Residencia en la tierra*. ¿Qué había sucedido para que en la poesía de Neruda irrumpiera la dislocación, el absurdo, la putrefacción? Las lamentaciones del amor habían quedado atrás, como si hicieran parte de un territorio inofensivo de la mocedad, para abrirle espacio al profundo descontento de la existencia. Neruda fue nombrado diplomático en las tierras

lejanas de Oriente. Los biógrafos describían un muro de mudez levantado entre él y los demás. El abismo de las lenguas, por un lado. Por el otro, la miseria ecuménica que desalentaba al más aventurero. Y estaban aquellas civilizaciones en las que dioses, coloridas, arracimadas y frenéticas presencias, prometían una salvación en universos sucesivos y una condena de reencarnaciones incesantes. Los poemas de *Residencia en la tierra* estremecían de principio a fin. Su ritmo, surcado de desequilibrio, Cadavid jamás lo había leído en otra parte. Nada en esos poemas apuntaba a las armonías del sentido y a las convicciones de la razón. El bardo de la abundancia y de las dádivas de un amor tan acuático como terráqueo y astral no habitaba esos versos. Todo eso se había desvanecido, y solo se expresaba, como un camafeo del caos y la desazón, el periplo de un hombre solo. Un exilio que, por otra parte, no se afincaba en los entusiasmos provocados por la alteridad. En estos poemas el otro era un espectro rodeado de excrementos, sangre y vómito. Cadavid y Pantoja comprendían que en *Residencia en la tierra* se daban vueltas en torno a un centro oscuro cuya condición era la impenetrabilidad. Paradoja del tiempo esta en que la escritura exploraba lo indescifrable y se realizaba como si fuera un episodio extremo. ¡Oh, fascinante penumbra!, decía Pantoja después de que Cadavid leía alguno de los poemas. Y ambos concluían que la esencia de toda poesía, o al menos la esencia de la que es hija de un tiempo aciago, consistía en ir a tientas en busca de verdades en lo que es derrumbe, menoscabo y descomposición.

## Adagio para cuerdas

Los cubículos de la escuela se construyeron velozmente. La autorización para que se hicieran las divisiones en los salones no tardó en llegar. Culminados los trabajos, la dirección programó una jornada de limpieza. Se distribuyeron escobas, traperos, cepillos, baldes, trapos, jabones, cera, viruta. Leguizamón sacó los baffles de la discoteca y los ubicó, amarrados de la balaustrada del tercer piso, para que el sonido se propagara. Puso trozos sinfónicos de Bruckner, Mahler y Sibelius, como si quisiera cubrir el mundo de vibraciones vastas. Todos estaban ataviados con bombachos, camisetas y bermudas. La administración, como contraprestación, se encargó de ofrecer la media mañana y el almuerzo.

El día, como la música, estaba henchido de luz. Había burlas y carcajadas. Algunos seguían las obras con sus silbidos, y el ritmo con los pies y las manos. Otros nombraban los acordes, las modulaciones, el nombre de las tonalidades en las que la música transcurría. Otros más discutían sobre la vida y obra de los sinfonistas que oían. Sibelius y sus crisis de alcoholismo surcadas de cisnes majestuosos. Mahler y sus métodos para convencer a la Viena antisemita de que podía ser el director cristiano de su célebre orquesta. Bruckner asomándose a los enigmas del universo en un piano que tocaba mientras comía salchichas prusianas. Leguizamón, decía Adriano, pone esa música para excitarnos. Cadavid se burlaba diciendo que prefería esa apoteosis del sonido que barrer y trapear oyendo a Allegri o a Palestrina. Habían empezado juntos la jornada del aseo, pero, al poco tiempo, se les unió Alberto Laverde, el químico de Cali. Laverde era arisco y distante con

Cadavid, pero dócil y efusivo con Tamayo. Se rumoraba que durante sus primeros días en Tunja, y en razón de su pobreza franciscana, Laverde había dormido en los salones de la escuela, metido en unas mantas que no le bastaban para confrontar el frío. Sus jornadas de estudio eran dementes. Casi no comía ni hablaba y se mantenía con un diapasón en la oreja, buscando el la que le permitiera afinarse y cantar los encadenamientos armónicos. Pero Laverde había mordido el anzuelo de Tamayo. Con su ayuda pudo pagar una pieza, estrecha aunque amable, cerca del Bosque de la República. Como hubo, aquella mañana, un evidente galanteo, Cadavid buscó otro sitio. Hernando Escobar, en uno de los lados del auditorio, se mofaba de lo blancos y velludos que eran Sánchez y Gaité, y de la piel lampiña de Mancipe y Leguizamón. Pero se extasiaba, mientras seguía con el silbo el pasaje de los cisnes de Sibelius, con las insinuaciones femeninas. Para Escobar, todas las mujeres poseían algún encanto y cualquier rasgo de sus cuerpos las hacía apetecibles. Esa mañana, el flautista, que vestía una camiseta verde y blanca que decía en grandes letras Viva Antioquia, celebraba las curvas, fueran estas delgadas o regordetas, de ellas. Ante los reproches de sus compañeros, que le hacían ver la ridiculez de la camiseta, él decía que de tanto en tanto se debía vitorear la identidad. Mientras subía al segundo piso, Cadavid se topó con Marta Pantoja y Marcial Burbano, el estudiante de Sandoná, quien aprobaba la divisa de Escobar. Celebrando nuestras regiones, decía, celebramos el país y el mundo. Cadavid los saludó con entusiasmo. Contempló, a la luz del sol, las hermosas piernas de Pantoja. Él sabía —se lo había contado Marta— que entre los dos nariñenses pasaban las noches envueltos en una lujuria exuberante. Más arriba, en otro recodo de las escaleras, estaban Gaité y Lucía Melgarejo. Ella miró a Cadavid con fijeza, en tanto que el francés continuaba viruteando la madera con los pies. El encuentro fue rápido, pero suficiente para que Cadavid percibiera los senos de la amante del francés. Melgarejo tenía una camisilla blanca que transparentaba la punta de sus pezones. La luz despierta todo lo que

toca, pensó Cadavid. Al llegar al segundo piso, divisó a Lucio Cantaclaro y a sus dos acompañantes.

Este *ménage à trois* fue una de las relaciones que más alimentó las habladurías de la escuela. Cantaclaro era locuaz y de ojos azules. Su excesiva palidez, los ojos brotados aunque lánguidos, la pesadez de su andar remitían a los batracios. Pero su atracción no residía en la apariencia física, sino en su ánimo esplendente, y sobre todo en su labia donde las ciencias se enlazaban inopinadamente con la música. Explicaba, con análisis que pocos seguían, el puente entre las matemáticas y el *Clave bien temperado* de Bach. Se extendía sobre esa tradición musical que partía de la secta pitagórica y en cuyos postulados la música dilucidaba los secretos del cosmos. Ustedes, les decía a sus compañeros, descenden de Orfeo y creen que la organización de los sonidos es encantamiento. Yo, en cambio, vengo de Pitágoras, y solo me interesa la música como ciencia. Pero su discernimiento de los sonidos era más de índole diletante e ignoraba casi todo de la teoría. Cantaclaro confesaba ser un biólogo con expectativas sonoras. Tocaba la flauta y el piano, y su distintivo, lo que lo hacía más o menos único en la escuela, eran las ballenas. Sentía una atracción, rayana en la obsesión, por tales animales. Quería unirse en el futuro a una expedición marina cuyo propósito fuera el estudio del comportamiento y los cantos de las grandes criaturas de los océanos. Medir la elongación de sus frecuencias, capaces de atravesar miles de kilómetros. Investigar el vínculo que tenía la música no solo con los cetáceos y otras especies marinas, sino con los movimientos del agua, y los diálogos que esas ondulaciones establecían con los astros. Cantaclaro se detenía en las ballenas yubartas. Sus cantos, que se estructuran a partir de temas nunca repetidos, actúan en un espacio en el que la luz es frágil. Las ballenas son casi ciegas y su sentido del tacto no las favorece. De allí que su propia música les sirva como guía. El aire, comparado con el agua, es un medio idóneo para la velocidad de las ondas sonoras. Esto quiere decir que los cetáceos son, de

entre todos los organismos del planeta, los más musicales. No solo oyen mejor, sino que sus cantos se levantan como modelos sofisticados de la comunicación. Pero, al ser los más musicales, son los más urgidos de silencio. Y este estaba desapareciendo progresivamente de los mares. La crisis actual del planeta, decía Cantaclaro, tiene una doble raíz. La primera es que nuestra hegemonía está fundada en el ruido. Somos, en realidad, una plaga sonora. La segunda tiene que ver con que el hombre perdió el contacto con los cantos de la hermandad. Hemos creído, y ese ha sido nuestro error, que lo indicado es perfeccionar, hasta lo anómalo, técnicas que solo atraen la inteligencia y la sensibilidad individualista. Por ello no hemos parado de celebrar —como si eso fuera el límite máximo de nuestro ingenio musical, y no simplemente el rasgo de una sociedad que se embelesa ante las gamas de un yo enfermo— la soledad y el aislamiento de los últimos cuartetos de Beethoven.

Tales ideas llamaban la atención paradójicamente. Provocaban una primera adhesión para suscitar enseguida la desconfianza. Eso fue lo que sucedió con Cecilia Osorio, una de las muchachas que llegaron a la escuela en el período en que lo hizo Cantaclaro. Osorio lo escuchó con atención en la cafetería de Chavita. Le dijo que lo suyo era interesante a primera vista, pero mendaz en el fondo. La música, opinaba Osorio, jamás había sido individual. Toda la que se ha compuesto, hasta la más insólita, era para ser escuchada por los otros. Lo que proponía Cantaclaro tenía un airecillo sospechoso de vuelta a un pasado en que la música buscaba los espacios de la colectividad: el templo, la guarnición militar, la fiesta. Pareces un delirante acuático pregonando esas fruslerías de la fraternidad, le espetó Osorio esa primera vez. Pero esa respuesta había sido suficiente para que Cantaclaro quedara prendado. De la palabra “fruslerías”, que brilló como un aderezo en los labios de Osorio, de su desfachatez para expresar sus argumentaciones y de su belleza perturbadora. Porque a Cecilia la habían sacado de un cuento de hadas. Era flaca como un resuello, de pechos mínimos pero de nalgas enhiestas. Usaba

pantalones que se le veían anchos en las piernas pero ceñidos en las caderas. Su pelo era corto y lacio, y solo existía para generar en quien lo viera el anhelo de la caricia. Y tenía unos labios carnosos y unos ojos inmensos que irradiaban el incógnito misterio.

Desde ese primer diálogo, Lucio Cantaclaro asumió que había llegado a Tunja para enamorarse de ella y seducirla. Y esto último era arduo conseguirlo porque la muchacha le dijo, al notar sus pretensiones, que a ella le gustaban las mujeres, y que estaba enamorada de Lucía Quintana. La situación hubiera bastado para ahuyentar a cualquiera, pero en Cantaclaro intensificó el acecho. Una de las modalidades del señuelo divertía a Cecilia. Él imitaba algunas secuencias sonoras de las ballenas que había estudiado en la ensenada de Utría. En el medio de los biólogos marinos, explicaba, estas secuencias tienen el propósito de atraer sexualmente a la hembra. Osorio lo escuchaba y le decía que eso era una mezcla de maullido de gato y mugido de ternero. Lucio respondía, ante la risa de la otra, que se equivocaba, porque esos cantos servían para relajarse y meditar. Pero como Cantaclaro tenía dinero, terminó convenciendo a Osorio con sus obsequios. Así estos tuvieron que ser compartidos con Lucía Quintana.

La escuela veía cómo los tres salían juntos a todas partes. Cadavid se los encontraba los domingos, por los senderos del Bosque de la República, pues habían alquilado una casa en una urbanización aledaña. Cuando los veía, las dos chicas iban tomadas de la mano y se divertían con las historias de Cantaclaro. Una vez fueron invitados a las cuevas por Hernando Escobar. Durante un rato estuvieron muy locuaces, pero Quintana se silenció, apesadumbrada, y se distanció del grupo. Comentaban la partita para flauta en la menor de Bach. Lucio le pidió a Hernando que interpretara algún pasaje. Sonó, tocada de memoria, la *Sarabande*. Durante unos minutos se abrió una ventana que daba a un suave infinito. Era el movimiento lento más íntimo de todos cuantos se habían escrito para esa fístula con huecos. Al difuminarse el

último sonido, Quintana se puso a llorar. Cecilia intentó consolarla, pero la otra la separó con disgusto. Cantaclaro no actuó, sino que dejó que las dos muchachas resolvieran el revés.

Cadavid ahora los observaba. Limpiaban los barandales verdes. Cantaclaro pasaba un trapo enjabonado y las muchachas iban secando. Pedro se fijó en sus contrastes. El uno, rechoncho y fofo y dueño de una cháchara que desalojaba cualquier desgano. Las dos caldenses con sus respectivas particularidades. Cecilia Osorio cuyos rasgos de criatura misteriosa jamás pasaban desapercibidos. Lucía Quintana, resplandeciente con su cabellera negra y ondulada que le llegaba hasta las caderas. Tan blanca como el ballenero y de incipientes pechos como su amiga. Los tres se reían, pues aquel estaba diciendo que había una variedad de delfín capaz de reproducir el tema principal del primer movimiento de la sinfonía cuarenta de Mozart. Cadavid los saludó y les preguntó si podía ayudarles. Dijeron que sí. Pedro recordó que Escobar se lamía los dedos al imaginar los pormenores de Cantaclaro y sus hadas en el lecho. Los rumores circulaban y algunos tocaban el amarillismo. Cadavid optaba por el más sobrio. El ballenero había aceptado estar al lado de las mujeres con la condición de verlas y acariciarlas, pero no penetrar sus recintos. Si eso era verdad, según Escobar, Cantaclaro padecía una tortura. Cadavid no compartía ese juicio. Creía que, más bien, era un afortunado.

Mientras los veía limpiar los barandales, Pedro tramó otro de sus cuentos. Aunque el asunto de las ballenas era interesante como tema, eliminó este rasgo anecdótico, y se centró en el drama del trío. La voz narrativa no depende de Cantaclaro ni tampoco de Osorio. Quien escribe, haciéndolo desde una vejez desconsolada, es Quintana. El cuento es un monólogo destinado a un fantasma. Ese fantasma es Osorio, y que, al revivirse desde el recuerdo, se torna erótico. Un erotismo cuyo fondo es la escuela de música, sus tres niveles, los pisos de madera, sus balaustradas verdes, el cielo mustio de Tunja. Las dos chicas se

conocen con la llegada de Osorio a la escuela. Estudian juntas, pasean por la ciudad colonial, se aman, tocan en las noches piezas lentas para violín y violonchelo. Pero surge Cantaclaro para ocasionar la primera ruptura. El joven está descrito como si fuera un intruso. No ha seducido a Osorio con su labia, sino con sus manos de pianista que tocan los *Nocturnos* de Fauré. Pero hay otra intrusa más que marca la separación definitiva de las dos mujeres. Osorio retorna a su ciudad natal y un silencio infranqueable se levanta entre ellas. Para conjurar esa ausencia de palabras y ese amor inolvidable, Quintana hace su monólogo. Ella se ha quedado en la pequeña ciudad y se ha convertido en una maestra de violín en la escuela de música. Vive con un pintor con quien se casó luego de la partida de Osorio. Este le muestra cada uno de sus cuadros, dedicados a personajes que esperan lo que nunca llega. Esos personajes, en realidad, son una variante más del cuerpo y el rostro de Quintana. El pintor cuida a una esposa siempre silenciosa y ausente. Supone su melancolía como una flor negra que debe regarse con sus servicios cotidianos. Finalmente, en su último día, Quintana se desnuda frente al espejo. Acaricia el cuerpo flácido y dialoga con su aparición amada. Antes de meterse en la bañera, toma el veneno que durante años ha guardado en el estuche del violín y lo bebe. Con las ideas básicas de este cuento, Cadavid se dispuso a buscar otro sitio de la escuela para seguir con la limpieza. En el aire se deslizaba, por fin, una música apacible. Leguizamón había puesto el *Adagietto* de la quinta sinfonía de Mahler. Cadavid contempló a los tres amantes. Habían hecho una pausa y miraban en dirección de los parlantes con aire de sorpresa. Entonces el título del cuento apareció: “Adagio para cuerdas”, se dijo Cadavid, y sonrió por el hallazgo.

## Encoñamiento

En la nueva fuga, Mencía Suárez y Hernando Escobar fueron a las cuevas. Esa noche Cadavid la pasó estudiando en la escuela. Escribió unas melodías a partir de un *cantus firmus* dado. Afianzó los encadenamientos armónicos y los solfeos a dos voces del método *Aspasovin*. La casa bullía de sonidos y, al salir, Pedro vio la fila que esperaba el turno de la una de la mañana. El malestar crecía por las dificultades materiales de la escuela. Las reformas hechas no habían dado abasto. Existía un hacinamiento cada vez más insoportable. Zabala, con la anuencia de Mancipe, en vez de reducir la intensidad de las tareas, las había aumentado. Y a aquel que osara pedir un poco de clemencia en estas exigencias, lo citaban a la oficina para llamarle la atención. La escuela no podía darse el lujo de bajar la guardia, argüía Zabala. Hay muchos candidatos que están esperando afuera para ingresar. El que no rinda debe irse, amenazaba. El severo comportamiento del director, desde que la escuela se había convertido en el centro buscado por tantos jóvenes, era comidilla de todos los días.

Cadavid caminó hacia las cuevas. Para entonces, supuso, Mencía debía estar en su celda durmiendo el placer saciado. Pasaba por el Teatro Cultural cuando una sombra se le vino encima. Era su amigo que le contó el desenlace de la fuga. Mencía había sido sorprendida en la puerta tornera. Escobar alcanzó a escuchar el grito de su amante y la voz conminatoria de una monja, y pudo escurrirse con rapidez. Desde esa misma noche, Escobar empezaría a sentirse perseguido. A los pocos días, como era de esperarse, Mencía fue expulsada del convento. Hernando recibió, por su parte, una carta en la que se

le informaba que sus laborales musicales habían llegado a su término.

Pero pese a las vigilancias, ordenadas por el empresario Suárez, los amantes lograban verse. Pagaban hoteles en Tunja, o buscaban posadas en los municipios próximos. Mencía se atrevió a llevar a Hernando a las fincas que su familia poseía en Villa de Leyva, Ráquira y Chivatá, y dejaban siempre un reguero desordenado de coitos escandalosos. Una vez, Mencía lo invitó a cenar a la casa de la Plaza de Bolívar. La cena transcurrió sin sobresaltos, pero fue tanta la frialdad de los padres de la tunjana que Escobar prometió no volver a pisar ese lugar. Lo que buscaba el empresario, con su vigilante pagado, era saber si este pretendiente era un buen partido para su hija. No demoró en comprobar que el músico no tenía mayor futuro y que su dote era inapropiada para Mencía. Al darse cuenta de estos pormenores, ella discutió con su progenitor hasta que llegaron a un acuerdo. Podía vivir su amorío, pero no se casaría bajo su consentimiento con un flautista sin prestigio, y matizó que jamás permitiría que su patrimonio fuera a dar a manos de un encantador de serpientes.

Escobar se metamorfoseó. No solo confesó a Cadavid que estaba enamorado de Mencía, sino que una noche, medio ebrio, y maldiciendo a la familia de su amante, juró que se casaría con ella. Preciso que lo haría por amor pero también para joderle la vida a ese ricachón de mierda. Cadavid trató de serenarlo. Dijo que lo suyo parecía un caso de encoñamiento. Escobar lo miró con amargura. Alegó que si estar encoñado consistía en ser feliz con alguien en la cama, una salida lógica era santificar ese coño.

—¿Tú hablando de santificar el sexo? —dijo Cadavid.

—¿Y qué hago?

—Disfruta hasta que te lo permita ese mandamás. Sé fiel contigo mismo. Luego haces lo que sabes hacer. Cuántas veces no me has dicho que un clavo saca otro clavo.

—Pero no te das cuenta de que estoy enamorado. Me dan ganas de llorar

cuando pienso en ella.

—Lo mejor será entonces que te vayas de Tunja.

Cadavid sabía que esos paliques eran una de las formas sentimentales de la diversión. Solo que ahora, en vez de con risas, estaban condimentados con desesperación y lágrimas. En realidad, no creía que irse de Tunja fuera la mejor solución para su amigo, pero los hechos se precipitaron. El rendimiento de Escobar en la escuela era bajísimo. Zabala sospechaba, por lo demás, que en él había un núcleo de protesta que podría atentar contra su proyecto. Escobar pedía a los cuatro vientos que en la escuela se abrieran espacios para que se tocara la música. Resultaba necesario crear una orquesta de cámara que animara no solo la vida de la escuela sino la de la ciudad. Había que fomentar, en fin, los duetos, los tríos, los cuartetos, porque la escuela sin música de este tipo era un puente sin pilares. A estas inquietudes se unieron Zaragoza, Gaité y Sánchez, y se las manifestaron al director. El encuentro terminó, esa mañana, en discusión acalorada. Zabala, golpeando su escritorio, les dijo que si no les gustaba la escuela como era, podían salir por la puerta que él les había abierto con tanta generosidad. Y, al darse cuenta de que el núcleo de esta rebeldía lo personificaba Escobar, lo encaró y le dijo que se fuera.

—¿Me está diciendo que me vaya o me quiere expulsar? —dijo Escobar.

—Es muy simple, si no hace lo primero, haré lo segundo —respondió Zabala.

Hernando Escobar salió de la oficina con la impresión de que le iban a hacer un favor, pero quienes tomaron la cosa como un atropello fueron los otros.

Lo único que justificaba la permanencia de Escobar en Tunja era Mencía Suárez. Su relación fue asumiendo, empero, un rostro nuevo. La mujer se esfumó por unos días. Escobar la buscó inútilmente en los sitios que visitaban. Mencía apareció al cabo de una semana y se refirió a unas diligencias familiares. Dijo que eran gestiones para una sucesión de tierras. Recordó que

su padre insistía en que debía casarse con aquel pretendiente carcamal y adinerado. Confesó la indecisión. Necesitaba tiempo para despejarse. Pero presenciar estas dudas fue suficiente para que al flautista se le sacudiera la enajenación amorosa. De tal modo que las opciones que le quedaban en Tunja se vieron con claridad. Casarse con Mencía Suárez, en caso de que ella superara su vacilación, y sufrir las humillaciones por parte de una familia noble. Y en lo musical, remplazar, si este se moría algún día, al maestro Ramón Adarbe en la Sinfónica de Vientos de la ciudad. El segundo camino era buscar trabajo en Bogotá.

## Conferencia

En esa ocasión Escobar salió de la dirección de la escuela con la dignidad intacta. El maestro, en cambio, lo hizo con las huellas de la turbación en el rostro. En el auditorio se estaban realizando, desde hacía días, los ensayos generales. El lugar era húmedo y oscuro y los coristas se sentían incómodos. Cadavid había subido al escenario y, desde las sillas, lo miraban Sánchez, Gaité y Zaragoza con desconcierto. Adriano Tamayo le transmitió ánimo con una señal de su mano. El correo de las brujas y los hermanos Sandoval hicieron lo mismo. La pareja de anarquistas también había acudido. Cadavid era consciente de que para ellos la obra de Neruda y la música de Theodorakis no pasaba de ser un caso más o menos patético y efectista de militancia revolucionaria. Pantoja, por su parte, se excusó de no asistir. No resistía el auditorio. Percibía en él movimientos raros y escuchaba llantos infantiles provenientes del más allá.

El director de la escuela tomó la palabra. Dijo que *Canto General*, obra con gran sentido político, se iba a estrenar en Colombia. Explicó que el gobierno estaba en diálogos de paz con los movimientos guerrilleros. Precisó que cantar los poemas de Neruda, musicalizados por Theodorakis, dos comunistas perseguidos, significaba mucho. Y hacerlo en Colombia, cuya clase dirigente era reaccionaria, ayudaría a que se alcanzara una democracia verdadera. Pero también quiere decir que nosotros, como coro, estamos de lleno en el centro de la vida cultural colombiana y debemos comprometernos en esta coyuntura histórica. El maestro llamó a Cadavid, puso una mano sobre su hombro y lo señaló como una muestra de superación y como un futuro

musicólogo. Ante estas palabras, Cadavid se intimidó.

Superó, sin embargo, el ditirambo. Respiró profundo para zafarse el calor que se le había subido a la cabeza, y empezó diciendo que había un Neruda conocido por todos: el Neruda del amor. Miró al auditorio y se le ocurrió la declamación del poema. Con entonación dramática dijo: *Me gustas cuando callas porque estás como ausente, / y me oyes desde lejos, y mi voz no te toca.* El auditorio pronunció un suspiro terminados los versos. En Cadavid fue desapareciendo el sonrojo y habló sobre ese primer Neruda dedicado al amor, a la mujer, a la naturaleza. Después se refirió al período caracterizado por el desamparo del individuo rodeado de circunstancias enajenantes. Neruda, que pudo tomar el camino del escepticismo de los vanguardistas, vivió la experiencia de la España republicana y su guerra civil. Más tarde fue la segunda guerra mundial y la simpatía que habría de suscitarle al poeta la militancia revolucionaria. Si se llega al *Canto General*, dijo Cadavid, sucedidas las lecturas de *Veinte poemas de amor y Residencia en la tierra*, se presenta algo impresionante. La lectura de este libro es como un cataclismo. Hay una conflagración progresiva a medida que se avanza por sus quince partes. Su inmensidad no solo tiene que ver con el número de las páginas del libro, sino con el tono que canta la epopeya americana. Esta obra es una oscilación entre plegaria, denuncia y discurso. En sus poemas caudalosos hay como un abrazo de quimera cosmogónica prehispánica con la miserable explotación capitalista de la modernidad. A veces estamos ante el poema épico que celebra una naturaleza y una civilización. En otras, son panfletos que homenajean al partido comunista y a sus líderes. Alguien dice que *Canto General* es a la vez geografía, rito, crónica, biografía, alegato, arenga, alucinación, profecía y testamento. Es, comentan otros, la Biblia americana o nuestra *Iliada*. Al pronunciar esto, casi que instintivamente buscó a Eduardo de Ávila y a Lulú entre los oyentes, pero no los vio. Aunque, siguió diciendo, es una Biblia escrita por un solo hombre. Neruda, no hay un caso como el suyo

en el horizonte de la poesía escrita en español, se encarnó en el mito y en la historia para festejar la América indígena, para denostar a los conquistadores españoles, para celebrar a los libertadores de la independencia y a los líderes de las luchas populares. Para decirnos, por último, que solo el pueblo es el corazón de esta trágica y heroica aventura.

Cadavid trató enseguida la música de Theodorakis. Adriano Tamayo le había abierto tanto su biblioteca como su discoteca. Tenía una grabación del estreno realizado en Berlín. Fue Tamayo —porque en la escuela no había mayor cosa sobre el compositor, salvo las canciones de *Zorba, el griego*— quien lo invitó a escuchar algunas composiciones sobre poemas de Yorgos Seferis y Odysséas Elýtis. Revisaron también el ciclo sobre el campo de concentración de Mauthausen, basado en los textos de Iakovos Kambanelis, quizás la obra más conmovedora del músico. *Canto General* es, en esencia, explicó Cadavid, un oratorio que muestra lo que Theodorakis entiende como transformación musical, es decir, una mezcla de elementos propios de la música sinfónica con otros provenientes de la música popular. Y aprovechó para aludir al contexto histórico de *Canto General*. En primer lugar, estaba la Guerra Fría. Theodorakis, hombre de izquierda, fue encarcelado en Grecia por la dictadura. Los militares, por una presión internacional comandada por Dmitri Shostakóvich y Leonard Bernstein, tuvieron que soltarlo. El compositor se exilió en París y tuvo un periodo de viajes en los que difundió su obra y su mensaje político. Fue a Chile, invitado por el presidente Salvador Allende. Escuchó el estreno de *Canto General* del grupo Aparcoa. Eran los días en que las músicas andinas y la canción protesta se pusieron de moda. Theodorakis se conmovió por el impacto que suscitaban estos poemas acompañados de música en los oyentes. Le transmitió a Allende su deseo de hacer una música para *Canto General*. El presidente le obsequió una edición de la obra de Neruda y marcó los poemas preferidos. Theodorakis, en París, compuso una primera parte de la obra. Esta debería estrenarse en Santiago, ante Allende y

Neruda, como un homenaje de la Grecia revolucionaria al gobierno chileno de la Unidad Popular. Pero, estando en Buenos Aires, Theodorakis fue avisado del golpe militar. Luego murieron Allende y Neruda, y el griego vio cómo se cerraban las puertas de Chile para la interpretación de su obra. *Canto General* se finalizó años más tarde. Theodorakis condensó, en cierta medida, lo esencial de la obra de Neruda. En los poemas se canta, en acordes triunfales e intimistas, la América insurgente y su naturaleza. Esa América que, desde los indígenas precolombinos hasta las guerrillas actuales, ha combatido para liberarse de la opresión de los poderosos.

El maestro Zabala se levantó de su silla y, con un par de zancadas, llegó hasta donde estaban Zaragoza, Sánchez y Gaité. El director se dio cuenta de que Cadavid había parado de hablar. Pero cuando iba saliendo, lo instó con un ademán para que continuara. No había mucho que agregar. Referirse tan solo a la instrumentación de la obra. Hay un par de cantantes, contralto y barítono, que deben utilizar amplificación para no ser aplastados por el coro. A estos los acompaña una pequeña orquesta donde se abrazan tres flautas, una guitarra eléctrica y una acústica, dos pianos y varios instrumentos de percusión. Al decir esto, Cadavid sintió que, con la salida del maestro y sus compañeros del auditorio, se había producido una desconcentración. Hubo un bisbiseo generalizado, y esto bastó para que diera por terminada la conferencia.

## Huelga

La noticia se esparció por todas partes. Hernando Escobar había sido expulsado de la escuela, y los otros tres compañeros fueron amenazados de serlo. La razón, se justificaba Zabala, era la indisciplina. Los cuatro estudiantes ponían en peligro las actividades de la escuela. En el corrillo, donde estaban Cadavid y Tamayo, la consternación ondeaba en los rostros. Adriano se acercó al secretario para enterarse de los detalles. Mancipe dijo que habría una reunión con los profesores al día siguiente y se convocaría al alumnado. Tamayo, meneando la cabeza, con su caminar distinguido, se unió al grupo. Dijo, en voz baja, que no era bueno expulsar a nadie, y menos montándose *Canto General*.

Pero había que hacerlo, y eso lo arguyó Zabala en las reuniones convocadas. Una parte de los estudiantes dirigieron una carta al director en la que solicitaron el reintegro de Escobar. Este último no estaba de acuerdo con esa petición porque ya había decidido irse de Tunja. El director había amenazado, además, con expulsar a quienes apoyaran la idea de las orquestas de cámara y la modificación del pènsun. Escobar aceptó, a contracorriente, la carta. Hacerlo demostraba que estaba a la altura de los acontecimientos. Cadavid, por su lado, vaciló en poner su nombre. Pero al enterarse de que Adriano Tamayo asesoraba a los estudiantes, en reuniones en su apartamento del Parque Santander, firmó también la petición. Vio con sorpresa que había muchas rúbricas, pero ninguna de ellas correspondía a los que conformaban los grados superiores. Hasta los anarquistas y las brujas habían apoyado la misiva. Era claro que si la carta no tenía la atención merecida, la situación

podría complicarse. Tamayo lo dijo, en efecto, en uno de sus encuentros con las directivas. Previno, incluso, que si se negaban a negociar, ese conato de movimiento estudiantil daría un paso siguiente. Y ese paso podría ser una huelga.

Zabala no se dejó amilanar y extremó su vigilancia. El secretario lo supo secundar, y no como si fuera su complemento, sino su reflejo. Porque, a veces, el de las ideas restrictivas no era el director sino Mancipe. Ambos, en todo caso, recibieron la carta y reaccionaron con cálculo inteligente. Sopesaron, en primera instancia, la dimensión del descontento. La mayor parte de los firmantes correspondía a los que provenían de afuera y muchos de ellos no eran los mejores en los cursos. Escobar y sus tres compañeros no rendían satisfactoriamente. Este argumento les bastaba para desatender la carta. Zabala enarboló las fichas académicas y se negó a reintegrar a Escobar. El flautista tenía suficientes faltas de asistencia para cancelar los cursos. Lo mismo ocurría con Sánchez, Zaragoza y Gaité. Eran talentosos, para qué negarlo, pero holgazanes, y estaban empeñados en la especialización de un instrumento musical. Si ese era su objetivo, el sitio de formación para ellos era otro.

Algo similar pasaba con el pasaje de la carta intervenido por los miembros de Contracultura. Estos habían aprovechado la situación para expresar su molestia principal. La verdad era que, desde un principio, estaban perdidos en un lugar como la escuela. A pesar de que mantenían buenas relaciones con Mancipe —el secretario era un especialista en las formas del folklore colombiano, y se reunían a conversar con él en la cafetería de Chavita—, Contracultura consideraba que una escuela de música que se pretendiera nacional debía cambiar ese plan de estudios dedicado a lo clásico y donde primaba una metodología soviética que, en el fondo, era una de las maneras de la dominación. Lo que ellos exigían era que lo popular y lo folklórico tuvieran un espacio real y no se redujeran a una mínima clase por cada grado. Estaba bien estudiar a Mozart, a Beethoven, a Orff, pero olvidar la idiosincrasia

musical del país significaba simplemente no tener rumbo. En este punto, Zabala sonrió con lasitud y le dijo a Mancipe que una cosa era una cosa y otra cosa era otra cosa. Y que la de él no era, ni sería jamás, una escuela de música popular. Las apreciaciones de la carta, de otro lado, eran falsas porque el plan B de la escuela daba suficiente espacio a las expresiones del folklore.

Tal como lo predijo Tamayo, la arrogancia de la administración provocó la huelga. En el patio se levantó una tarima donde Contracultura se dio a tocar su repertorio de rumbas y torbellinos con requintos, tiples y quijadas de burro. Se hicieron afiches que pegaron en las carteleras y en las puertas de los salones. Le dijeron a Yamil, con las mejores intenciones, que no prestara llaves de salones, ni instrumentos, ni atriles. Eduardo de Ávila y Lulú exigieron, al ver personas estudiando en los salones, que se bloquearan las puertas con sillas. Esto último lo hicieron ante un Mancipe que amenazó con llamar a la policía. Hubo alegatos y voces fuertes. El secretario no vaciló en utilizar sus dedos índices y pulgares como si fueran revólveres. De Ávila puso los brazos en alto y dijo —los que estaban a su lado no supieron si era una broma o hablaba en serio— que lo que seguiría, si no atendían sus reclamaciones, era la quema de pianos, violines y clarinetes. Observó que toda huelga anticipaba la revuelta, y recordó la gran quema de clavicordios hecha en la Plaza de la Concordia en los días de la Revolución francesa. Zabala, al enterarse de los propósitos de Eduardo de Ávila, golpeó la mesa de su escritorio con un afinador y salió a enfrentar a los sublevados. Gritó que no podían, bajo ninguna excusa, paralizar las clases que la escuela daba a los niños y adolescentes. Y al decir esto, amansó su voz y solicitó una reflexión calmada. Los huelguistas le respondieron que de eso se trataba. De llegar a un acuerdo sin tener que acudir a situaciones límites.

Tamayo, durante los primeros días de la huelga, actuó como intermediario. Zabala y Mancipe, enterados de las reuniones efectuadas en su apartamento del Parque Santander, estaban crispados, pero tuvieron que recurrir a su

colaboración. Aquel insistía en que lo primero era reintegrar a Escobar. Después se estudiaría la modificación del plan de estudios. Estaba de acuerdo con que lo de Contracultura era exagerado y aceptó que para eso estaban las escuelas de música popular. Pero una transformación curricular, en todo caso, tomaba su tiempo, y se podía hacer más adelante. Lo urgente era aliviar las tensiones y no interrumpir por más tiempo la preparación de *Canto General*. Su estreno se avecinaba y el movimiento estudiantil había alcanzado tal poder que logró el apoyo de una buena parte del coro. Tamayo tenía razón y las directivas se vieron obligadas a negociar.

Ambos, entre tanto, hablaron con los estudiantes de los cursos superiores. Algunos de estos, como Rosario Castañeda y Montero y Cumbiamba, eran incondicionales de Zabala. Tal ocurría también con los hermanos Sandoval y con Ocampo, el pianista de Armenia. Manuel Vélez, a pesar de su amistad con Tamayo, miraba con desconfianza la huelga. El resto de los monitores, y todo el cuerpo administrativo, también le colaboraron a Zabala. Otros más fueron convencidos de que retiraran su apoyo a la huelga. Esto pasó, por ejemplo, con el correo de las brujas. Francisca y Estela fueron convocadas por la dirección. Entraron convencidas de que nada las haría retroceder, pero al cabo de media hora, y ante un discurso tan paternal como amenazador, salieron llorando y prometiendo que no apoyarían a los subversivos. Cadavid se mantuvo también distante.

Las directivas y el movimiento estudiantil llegaron a un acuerdo. Escobar se reintegraría y se ofrecerían las debidas excusas a los tres amenazados. El plan de estudios entraría en revisión en lo que tenía que ver con las prácticas instrumentales. Las clases en la escuela y el coro se normalizarían de inmediato. Sucedido el estreno de la obra de Theodorakis, habría una reunión para programar los cambios necesarios. Lo que deseaba el director, en verdad, era no arruinar el estreno de *Canto General*. Pero, cumplido este compromiso, tomaría las riendas de la escuela que, por unos días, se le habían ido de las

manos. Con la complicidad de quienes lo respetaban, y con los otros muchos que anhelaban entrar a la escuela, ahí estaban sus peticiones acumuladas en su escritorio, le bastaba.

## Coneja

Los días en Bogotá eran azarosos. Encontraba labores mal pagas que la dejaban con la impresión de ser explotada. Discutía con sus jefes las condiciones poco dignas. A los días o la despedían, o ella renunciaba. De vender productos lácteos en los mercados callejeros pasó a ser mesera en una cafetería de Chapinero. Había presentado un examen en una editorial para ser correctora de pruebas, pero no la admitieron por su ortografía. Estuvo un tiempo vendiendo material de oficina en papelerías. Desfallecía mientras efectuaba los itinerarios por negocios cuyos empleados la piropeaban sin pudor. Detestaba esos sórdidos vericuetos del comercio. Llevaba en su bolso un libro y lo último que hacía, antes de dormirse, era leer poesía. Sus nostalgias por las montañas de Bello eran frecuentes, y concluía, en los días más estériles, que lo mejor hubiera sido quedarse en la casa de Niquía. Pero recordaba las cantaletas de su madre, el mal genio de su padre, su barrio, antaño obrero y contestatario, y ahora sometido a los desmanes de bandas criminales, la ausencia de Pedro Cadavid, y comprendía que, pese a todo, no había otro sitio que Bogotá.

La tolimense volvió a donde su familia, pues los hijos le hacían falta y su mamá había enfermado. Manuela tuvo una nueva compañera de habitación. Era mayor que ella y su comportamiento la desconcertaba. Como si, a fuerza de querer pasar desapercibida con su silencio, la mujer estuviera vigilándola. De lunes a jueves permanecía en la habitación y solo salía a preparar sus comidas en la cocina. Los fines de semana se iba por las tardes y llegaba al amanecer. Fue Angélica, así se llamaba, quien le propuso el empleo. Esa noche se dieron

cita en La Candelaria. El administrador del bar, sin mayores preámbulos, aceptó a Manuela. Tendría un periodo de prueba de una semana, y si todo marchaba se le haría un contrato con la estabilidad requerida. Las consignas eran sencillas: atender a los clientes con cordialidad y no disputarse con las otras empleadas. Ella estuvo de acuerdo y recibió un paquete. Preguntó, extrañada, por su contenido. Dijeron que era el uniforme y que allí estaba el cuarto para que se cambiara. Manuela observó el atuendo. Un vestido de baño rojo que se tapaba con un velo desde el cuello hasta las rodillas. Los zapatos, de igual color, tenían tacones altos. Por último, había una diadema de la que salían dos orejitas de conejo.

Cuando se vio uniformada ante el espejo se rio. Lo primero que se le vino a la cabeza fue pedirle una explicación a su compañera. Le había dicho que sería mesera en un bar y nada más. Pero, mirándose en el espejo, decidió probar esa noche. Ridículo era hacer un escándalo, y una muestra de mojigatería no aceptar el trabajo por el uniforme. ¿Qué diría Pedro si me viera?, pensó. Se convenció con el argumento de que ese vestido y ese trabajo no representaban mayor cosa. En caso de que algún cliente tuviera pretensiones atrevidas, abandonaría el bar. Y era verdad que el trabajo, más que otros que le habían propuesto, estaba bien remunerado.

Angélica entró a la pieza. La miró de pies a cabeza y dijo que se veía muy bien. Propuso, en un arrebató de entusiasmo, maquillarla. Manuela no atinó a decir nada y, casi sin darse cuenta, la otra le dio dos o tres manos que hicieron que su belleza resplandeciera. Al cabo de dos horas, en medio de sonos cubanos, porros colombianos y merengues dominicanos, la empleada correteaba de una mesa a otra. Ni el sitio tenía trazas de antro, ni los usuarios eran pedestres. Había un hombre solo, bebiendo ron, en una de las mesas esquineras. Esperaba a alguien pero no estaba impaciente. Manuela le trajo un segundo trago y él preguntó por su procedencia.

—¡De Bello! —exclamo él.

—Sí, de Niquía.

El hombre sonrió. Dijo conocer ese barrio. Mencionó el monte Quitasol.

—¿Conoce el Quitasol? —preguntó Manuela.

—Hasta subí a su cima.

A ella se le iluminó el rostro, pero recordó la consigna: ser cordial pero no excederse. Recogió la copa del primer trago y escuchó que le preguntaban por su nombre.

De pronto, hubo una sacudida en el aire. Varios hombres entraron al bar. Inmediatamente llegaron los soldados. Afuera habían cuadrado dos camiones. La música dejó de sonar. Los caballeros se hicieron a un lado. Las damas, al otro. Manuela, asustada, buscó, sin encontrarla, a Angélica. Tampoco vio al administrador del negocio. Las pesquisas se hicieron con aceleración. A casi todos los varones los requisaron. Las mujeres que atendían fueron arrestadas y las subieron a uno de los camiones. Ni siquiera les permitieron ponerse sus ropas e ignoraron sus documentos de identidad. Manuela protestó. Uno de los militares le pidió el contrato de trabajo. Ella respondió que no lo tenía y que era su primera noche. Sordo ante cualquier reclamo, el hombre le ordenó que subiera. Manuela, humillada, entendió lo que era una redada, pero una voz se levantó desde atrás. Era el señor de los rones. Ordenaba que la dejaran bajar. Dijo que era amiga suya y no tenían el derecho a llevársela. El militar que se había encarado con Manuela se aproximó, mirando despectivamente la corbata y el saco del otro. Revisó el carné, quiso mandarlo a la quinta porra, pero el abogado dijo, con la firmeza requerida, que si no bajaba a la joven su batida se haría pública en la radio, mañana sería noticia en la televisión y a él le llamarían fuertemente la atención.

Los militares partieron con sus camiones repletos. Manuela se cambió rápidamente en el bar. Angélica y el administrador se habían esfumado. Al lado de su carro, el abogado esperaba. Se llamaba Juan Ernesto Urrea y explicó la situación. El bar era uno de los sitios claves de una trata de

mujeres. La red tenía ramales en varias ciudades del país que se enlazaban con las grandes capitales asiáticas. Urrea estaba allí porque alguien tenía pruebas que involucraban no solo a los dueños del establecimiento, sino a altas personalidades de la política. Pero, en su lugar, habían llegado los soldados. Mientras el carro atravesaba La Candelaria, el abogado preguntó algunas cosas. Era medianoche cuando llegaron a Teusaquillo.

Al día siguiente, Manuela escuchó que tocaban a la puerta de su habitación. Las pocas pertenencias de Angélica estaban todas en el clóset que compartían. Presumió que el toque en la puerta podría ser de ella, pero le dijeron que alguien la esperaba afuera. Manuela salió y se encontró con un hombre canoso.

—El doctor está allí —y Manuela vio que el abogado le alzaba la mano desde el carro.

Sin dar mayores rodeos, Urrea dijo que debía salir de ese inquilinato y buscar otro sitio. Manuela respondió que las cosas no eran tan fáciles como para hacer eso de la noche a la mañana. Él la tomó de la mano y, como si fuese un gesto natural, dijo que le permitiera ayudarla. Urrea era miembro de un equipo de juristas que trabajaban con derechos humanos y presos políticos. Necesitaban a una persona que organizara archivos y concretara citas. Era un trabajo de oficina con probabilidades de viajar. Manuela dijo que no podía trabajar de tiempo completo porque estudiaba en la universidad. No es un trabajo de tiempo completo, explicó el abogado, y el dinero le servirá para cambiarse de casa y estar más tranquila. La muchacha lo miró y le preguntó por qué hacía eso.

—Llame a este teléfono —dijo Urrea, sonriéndole con amabilidad—. Allí encontrará mejores habitaciones para vivir. La persona que las administra es una amiga mía. Dígale que va de mi parte. Y aquí tiene, es el pago de su primer mes de trabajo. Le servirá para mudarse.

## *Canto General*

El coro llegó en los buses y se hospedó en hoteles cercanos al Teatro Colón. Había un entusiasmo unánime en vísperas al estreno de la obra. En los ojos, en las palabras, en cada gesto de los integrantes no existía tensión, sino el espacio para la camaradería. Como si fuesen conscientes de que cantarían una obra penetrada por la esperanza y de que todo un país iba a escucharlos. Estamos haciendo historia, juzgaban muchos siguiendo la divisa de Zabala. Al llegar Theodorakis, en el último ensayo, hubo aplausos emocionados. El compositor era grande y alto. Su melena alborotada le daba un toque de león viejo golpeado por las persecuciones. Sus brazos, al dirigir, eran dos aspas que parecían mover los vientos del mundo. Theodorakis dio las indicaciones en inglés, pues su español era pobrísimo. En varios pasajes de *Canto General* sobresalía el manejo torpe de la prosodia. Hasta tal punto los coristas se divertían con esta situación que, durante el montaje, se saludaban cantando el primer verso de la obra. Era el crepúsculo de la iguana, decían marcando el acento en la última u de crepúsculo. *El culo de la iguana* debería llamarse la pieza de Theodorakis y no *Algunas bestias*, bromeaban algunos. Y es que frente a la obra iban y venían los comentarios. Zabala y Tamayo opinaban que había pasajes en que las voces debían subir demasiado y enseguida bajar abruptamente. Al cabo de los primeros fragmentos, una fatiga no usual golpeaba la voz. En uno o dos ensayos generales, en vísperas del viaje a Bogotá, pasaron toda la obra sin interrupciones y el agotamiento en las gargantas resultaba evidente. De ahí que las advertencias en la víspera del estreno, por las lluvias ventosas y el incremento del frío, apuntaran a abrigarse

bien y a ayudarse con aguas aromáticas y gárgaras de ajo, miel y limón. Estaba, por otro lado, el asunto de los solistas. La contralto y el barítono se apoyaban tanto en los micrófonos que la parte del coro, en varios pasajes, no era comprensible para los oyentes. Y si en lo vocal surgían deficiencias, la cuestión rítmica no convencía del todo. El dibujo de las síncopas en la percusión era de una simpleza repetitiva. Theodorakis utilizaba recursos del ritmo de tal manera que lo suyo sonaba más a postal exótica que a una asimilación genuina de una tradición musical. Lo que proponía la obra, en esta perspectiva, había sido superado, décadas atrás, por los compositores nacionalistas latinoamericanos, cuyo tratamiento rítmico imitaba, por lo general, al Stravinski de *La consagración de la primavera* y al Varèse de *Ionisation*. A pesar de ello, a *Canto General* lo atravesaba un aire de rebeldía apoteósica, unos contornos de filiación telúrica y un propósito de libertad colectiva tan espontáneos que enardecían al público.

Este entusiasmo se asociaba a una historia y a una ideología. Y aquí radicaba su ambigüedad. Entre los coristas había fuertes debates. Quienes más criticaban los elementos políticos y estéticos del abrazo entre lo chileno y lo griego eran, por supuesto, Eduardo de Ávila y Lulú. Lo de Neruda lo interpretaban como una intoxicación populista trajeada de muchísimas metáforas. Su mirada del mundo terminaba siendo amañada y, por lo tanto, susceptible de reclamos. Por un lado, estaba la idealización del mundo prehispánico. Una idealización anclada en el concepto del buen salvaje que escritores y antropólogos habían construido del indígena, desde los cronistas de Indias hasta nuestros días. Ver a los indígenas como el símbolo del bienestar social no podía ser más ingenuo. Se olvidaba que todo Estado, fuera religioso o militar, coqueteaba con la infracción y el exceso para imponerse. Neruda había desconocido, tal vez voluntariamente, los abusos cometidos por los aztecas y los incas contra las tribus que subyugaron. La crítica a los conquistadores españoles, por otra parte, omitía a los otros imperios europeos

que colaboraron para que América se jodiera desde el inicio. Y eso de reducir los procesos de conquista y colonización a una cadena de sañas, olvidando los aportes de Europa en el campo de la filosofía, las artes y las ciencias, era la expresión de un maniqueísmo ingenuo. De hecho, alegaba Eduardo de Ávila, en esa *Biblia* americana no existe una investigación seria de la historia del continente. Porque escribir biblias en pleno siglo XX, como si se estuviera viviendo en el Génesis, es risible, por no decir inadmisibile. Pero los incautos, como sucedió ante los poemas de amor, caen de hinojos ante esa capacidad de ensartar poemas en serie. Neruda confesó que se había pasado ocho o diez horas diarias escribiendo *Canto General*. Eso se nota a la legua. Una buena parte de nuestra *Iliada* son poemas escritos bajo el efecto dominó y está aquejada de repeticiones. Pero había más. De Ávila y Lulú le alegaban a Cadavid y a Tamayo lo de la visión filosófica del mundo de Neruda. Ella no era para nada marxista. Habría que preguntarse, en verdad, si Neruda había leído y, sobre todo, entendido a Marx. Lo que destilaba *Canto General* era, al contrario, una intuición del mundo americano desde los esquemas blanco y negro, arriba y abajo, buenos y malos, de la Guerra Fría. En este punto Tamayo argumentó que no había que ser exagerados. *Canto General* era hijo de su tiempo y punto. Como resultaba ingenuo reprocharle a Homero la intervención de los dioses en las acciones humanas, o a Shakespeare las alabanzas a sus mecenas aristocráticos, era injusto pedirle a Neruda que se alejara de los conflictos de su época y expresara sus preferencias ideológicas. Una época en que el fascismo, y aquí Tamayo elevaba su dedo índice con ademán soberbio, se impuso en el mundo occidental. Pero ante la mención de la palabra, De Ávila sonreía con sarcasmo. Lo reprochable en Neruda, decía, era que había atacado un fascismo para defender otro. En eso residió su sabiduría. Y su defensa había acudido a tonos insoportables. Ahí estaban, verbigracia, las cartas que el poeta les escribió a sus amigos comunistas e introdujo en *Canto General*. Poemas epístolas en los que él y sus compinches de partido son los

buenos, los inteligentes, los sensibles, los puros en medio de la bazofia de su tiempo. Ahora bien, ¿quiénes eran los homenajeados en la *Iliada* americana?, preguntaba De Ávila. Los líderes del fascismo de izquierda. ¿O es que ustedes son de los que creen —les inquiría el anarquista— que el comunismo, tal como se ha implementado en el siglo XX, no tiene nada que ver con el fascismo? ¿Pertenece usted al grupo que aprueba los ditirambos de *Canto General* a Stalin y a Mao por ser los grandes motores de la historia? Las loas a esos grandes asesinos son parte de un capítulo vergonzoso no solo de *Canto General* sino de la poesía de todos los tiempos. Y no hay que olvidar, arremetía Lulú, que Neruda publicó su obra cuando ya se conocían las purgas estalinistas, los gulags y los millones de hombres que murieron por culpa de una utopía siniestra. O sea que aquello de que Neruda ignoraba la verdad es una justificación mentirosa. Un poeta que le canta a los criminales de un siglo, y pondera sus limpiezas gigantescas como sanaciones obligatorias de la historia, es un poeta ominoso. Un libro así, señores, dijo Lulú sonriendo con rasgos bruñidos, más que equivocado, es repulsivo. Cadavid estaba más o menos de acuerdo. El vínculo de Neruda con el fascismo era reprobable, pero descalificar *Canto General* por algunos poemas desafortunados era un error. Esta obra va más allá de la apología del comunismo. Solo un par de fiscales ideológicos como ustedes pueden leerla de ese modo. Hay que ser cerriles para no reconocer que en estas páginas habita una voz capaz de condensar la geografía americana. La confabulación de lirismo con el desborde sensual de la naturaleza ofrece una densidad inigualable. Además, está su humanismo fundado en la defensa de los humillados y ofendidos. El compromiso de *Canto General* con el otro, y ese otro es el pueblo, pertenece al más auténtico cristianismo. Pero Eduardo de Ávila encaraba a su interlocutor y no lo dejaba continuar. Alegaba que los brutos eran otros y que eso del cristianismo socialista no era más que una patraña condimentada con entelequias quiméricas. Y lo del pueblo, para tomarlo con delantal, guantes, pinzas y

tapabocas. Pues si había algo deplorable en *Canto General* eran esos poemas que se pretendían modelos por ser accesibles semánticamente. Porque no hay nada más patético que un poeta que se siente elegido y escribe para gente ignorante que no tiene tiempo para leerlo.

Sin embargo, y pese a estas valoraciones, Lulú y Eduardo de Ávila cantaron la obra repudiada. Como si creyeran que algún día les correspondería decir que ellos habían estado allí, en esa fecha histórica, no para festejar musicalmente el inicio de una paz, sino para inaugurar una época tenebrosa. El teatro estaba atestado. Toda la plana mayor del gobierno, los sectores de la cultura oficial, algunos altos mandos militares, esperaban el desarrollo de la obra. En el palco central el presidente y su esposa se pusieron de pie y aplaudieron la presencia de Theodorakis y de los dos solistas en escena. El teatro ovacionó a los músicos griegos. Y era como si se le estuviera haciendo, desde el trono oficial, una calurosa bienvenida al comunismo para que entrara al juego enrevesado de la democracia colombiana. El concierto significaba que el presidente, un conservador con tintes humanistas y amante de la poesía, abría las puertas de su gobierno a quienes quisieran construir la paz. Su llamado se dirigía, en particular, a los grupos guerrilleros. El estreno de *Canto General* era una prueba de que este mensaje estaba signado por la sinceridad. El presidente había dicho en una de sus proclamas: tiendo mi mano a los alzados en armas para que se incorporen al ejercicio pleno de sus derechos. Y también había dicho: levanto una bandera blanca para ofrecerla a todos los colombianos.

El canto a las bestias se expandió entonces por el teatro. Fueron celebrados la iguana, el oso hormiguero, el guanaco. Ante este primer arrebató de amor zoológico, que terminó con un *tutti* del coro y la orquesta, emergieron los primeros aplausos. La música se hizo suave y los monos trenzaron “un hilo interminablemente erótico en las riberas de la aurora”. Hubo un diálogo con las mariposas de Muzo para tramarse después una inmensa noche de caimanes

“pura y pululante de hocicos saliendo del légamo”. Tal sensualismo se vistió de tonos grandiosos, pues una anaconda, grande como el universo, apareció en el Colón, “cubierta de barro rituales, devoradora y religiosa”.

Esa exaltación de la naturaleza dio paso a la confesión de “Voy a vivir”. El coro, con un lirismo tenue, apoyado en acordes espaciados del piano, decía: “Yo no voy a morirme. Salgo ahora, en este día lleno de volcanes, hacia la multitud, hacia la vida”. Y había como una inmersión en un lago de aguas serenas. Los coristas no tenían la culpa de que la inocencia fuera su compañera en esos días. Cantaban creyendo que para un país golpeado por tanta ignominia se daba una oportunidad única para hacer estas zambullidas idealistas y dar abrazos capaces de curar las heridas. Porque todos parecían confiar en que, transcurridas todas las hecatombes, era posible la concordia.

Theodorakis asintió desde su elevada estatura cuando el coro culminó la segunda parte. Hizo un gesto de aprobación al solista y empuñó sus manos antes de pasar a “Los libertadores”. Todos tomaron fuerzas para encarnarse en el pueblo. Y el pueblo fue un árbol y este una tormenta unida al follaje de los héroes que habían dado su vida por la defensa de la libertad y la justicia. Cadavid, Tamayo y Burbano, en la sección de los tenores, sentían que el fuego de ese árbol les caldeaba las venas. Cantaban con energía: “Aquí viene el árbol nutrido por muertos desnudos, muertos azotados y heridos”. Los timbales y los redoblantes sostenían esas voces que levantaban la sangre derramada en medio de la expoliación. La contralto intervenía con una voz tan ardiente que estimulaba a la masa coral. Y esta, sabiéndose un bosque de ramas inextinguibles, expresaba esa verdad, inobjetable pero dura, que atravesaba la historia de América. El coro, agitado y feliz, sudaba copiosamente. Los rostros estaban encendidos por el fuego de los acordes. Y el teatro, desde los oyentes hasta las lámparas, respiraba la certeza de que el árbol escuchado nacía de la tierra y alcanzaba las estrellas.

A última hora se decidió no cantar algunos fragmentos que, según la

presidencia, no correspondían a la ocasión. En aquel *Canto General* no se interpretaron las partes dedicadas al Partido, a Sandino, a Lautaro y a Emiliano Zapata. Pero se permitió que el barítono denunciara los excesos de la United Fruit Co. en la dulce cintura de América. Burlonamente desfilaron los dictadores de las Repúblicas Bananas y ellos eran moscas borrachas zumbando sobre las tumbas populares. Moscas y frutas podridas y miles de indios sepultados por la codicia. Entonces vinieron los pájaros. Modelado por una rítmica sincopada, el coro y la solista enumeraban los deslumbramientos del vuelo. Desde el Tucán, el cardenal y el colibrí hasta los loros, los cóndores y los albatros. Las melodías eran llevadas por las flautas. Los pianos, las claves y los chuchos tejían fulgentes zigzagueos. Y luego fue el turno para las vegetaciones. Las voces entonaron: “En la fertilidad crecía el tiempo”. Y era verdad que el tiempo aquí se elevaba como un nigromante porque lo que brotaba de las bocas era un paraje arborecido. El tiempo dejaba de existir como sucesión agobiadora, como el aliado de la alienación de la historia, para que se impusieran lluvias que tocaban altares de savia y polen. Los seres boscosos se incrustaban en la imaginación. Eran criaturas afianzadas a la tierra, capaces de moverse diestramente por el aire americano. Y era “el árbol trueno, el árbol rojo, el árbol de la espina, el árbol madre”. Emblemas impolutos, certidumbres de raíces, tallos y ramajes. ¿Qué otros rostros podían ser más irrefutables que estos?

Pero, sin duda, había otro más digno. El siguiente trozo se encargó de afirmarlo con una contundencia no exenta de dolor. Porque ese mundo era tan arcaico como ideal. La contralto cantó su “Amor América” apoyada en un coro que aludía a los tiempos arteriales, situados antes de la peluca y la casaca. Pero ¿cómo era ese rostro? Tenía las facciones de un sueño transparente. Un relieve intocado cuyo habitante original había sido moldeado por el barro. Todo lo que había sido él, sus secretos primordiales, estaba olvidado. Y la música y la palabra recordaban ahora las tumbas de los

idiomas del agua y del viento. Rememoraban cómo se había apagado una lámpara en la tierra. A esta dolencia sin mengua, resistente a cualquier tipo de alivio interpretativo, que surcaba la cronología de América, sucedía el réquiem que Theodorakis había compuesto para Neruda. Allí se erigía una pausa. El corto movimiento se hacía como una oración, acompañada por las cuerdas y unas campanas que remitían al mundo cristiano tan vilipendiado por el poeta. El coro se refería a la América esclavizada. Neruda había sido el último sol. La tierra hoy estaba huérfana y deambulaban por doquier los espíritus del mal.

A estas alturas, todos estaban cansados. Eran tan conscientes del desamparo de la muerte, que pensaban que la obra debería acabar con este íntimo réquiem. Theodorakis aprovechó la última pausa para limpiarse el rostro que sudaba a cántaros. La gente tosió. El barítono tomó el micrófono. El coro respiró profundamente. Le faltaba decir que a pesar de tanta soledad y tanta muerte, había una esperanza. La esperanza de la resistencia. La música fue fragorosa, sincopada, percusiva. Y envuelta en esa atmósfera, *Canto General* finalizó en medio de los bravos.

## CAPÍTULO QUINTO

## Desbandada

La coartada fue eficaz. Zabala, pasado el estreno de *Canto General*, decretó unas vacaciones sorpresivas. El esfuerzo de cantar la obra debía ser recompensado con un descanso. Cadavid aprovechó para quedarse unos días en Bogotá. Mientras Manuela iba a la universidad y trabajaba en la organización de los archivos de Urrea, aprovechó para visitar algunos sitios de la ciudad. Se recorrió, de punta a punta, La Candelaria. Llegó hasta los límites del barrio Egipto, dédalo de vías angostas y sucias. Subió a Monserrate y divisó la urbe, inabarcable, plana, apesadumbrada. En el Museo del Oro quedó perplejo ante la imaginación de los orfebres prehispánicos. A Manuela la notaba concentrada y ausente, consecuencia del trabajo y del estudio, se justificaba ella. El sexo que tenían era menos intenso y más propicio al intercambio de ternuras juguetonas. Manuela quiso, en algunos de estos diálogos, hablarle de Urrea, de la solidaridad del abogado, su buen gusto y su cultura, pero prefirió callarse.

Cadavid aprovechó también para verse con Marta Pantoja. Ella había decidido establecerse en Bogotá, donde viviría con su padre y se sometería a algunas terapias psicológicas. Quería inscribirse en unos cursos universitarios de literatura. Acaso, decía, allí estaba su camino. Aunque amaba la música, había entendido que los meandros de su técnica le eran ajenos. Pero lo mejor de su estadía, confesó, había sido conocerlo.

Al llegar a Tunja, Cadavid halló varias novedades. Hernando Escobar había decidido mudarse a Bogotá. Estaba harto del frío y su alergia, de la escuela y su director. La relación con Mencía Suárez ya no valía ningún sacrificio. Por

lo tanto, Cadavid debía buscar un nuevo inquilino, o abandonar las cuevas. Sánchez le propuso quedarse con su pieza, pues también el rumbo suyo era Bogotá. Charles Gaité había decidido unirse a los dos antioqueños. Los contrabajistas y el flautista habían contactado a la Orquesta Sinfónica Juvenil de Colombia, donde habrían de trabajar un tiempo antes de trasladarse a París. Cuando se enteró del retiro de los tres, Zabala sonrió con satisfacción. Recibió las cartas de cada uno ellos y las clasificó en una de sus carpetas, en la que escribió la palabra “desertores”. Escobar, Gaité y Sánchez decidieron ir juntos a despedirse del director. Lo hicieron como un mecanismo de defensa y para mostrarle al dueño de la escuela las otras caras de las vocaciones musicales. Zabala, por su parte, les dijo, con sus muchísimos dientes, que la escuela quedaba abierta para sus planes futuros. Los otros hicieron un gesto de displicencia y agradecieron la propuesta.

La desbandada se inició con ellos. Zaragoza, como era de esperar, se vio sin asidero. Con sus inclinaciones jazzísticas, en una Tunja sorda para esta música, y con la partida de sus amigos, se consideraba como una iguana en el altiplano. Por unos días atendió la invitación que unos chicos de la universidad le hicieron. Tocó el saxofón en una taberna llamada Abelardo y Eloísa. Era un lugar estrecho y sombrío situado al frente de la iglesia de Las Nieves. Se subía a él por unas escaleras irregulares, gran prueba para los ebrios en las madrugadas. Zaragoza tocaba ante una audiencia cuyos aplausos eran cálidos, y él hubiera podido envejecer allí si no fuera tan joven y no tuviera sueños de aprender más sobre el jazz y los propietarios del bar le pagaran bien. La madrugada en que le dijeron que no tenían plata para seguirle pagando sus solos de *blues*, se despidió de sus amigos. A la mañana siguiente empacó sus cosas y se largó para Bogotá.

Otra cosa ocurrió con Adriano Tamayo, Contracultura y la pareja de anarquistas. Cadavid los vio conversando en la tienda de Chavita. Todos compartían una indignación que se les trasuntaba en la cara y que Pedro,

aunque no pudo, procuró hacer suya. El director y su secretario decidieron no hacer ninguna modificación en el pénsu. Este seguiría con su perfil teórico pronunciado. Las directivas esperaron la reacción, pero los de Contracultura concluyeron que discutir con Zabala y Mancipe la cuestión de lo popular y el folklore era inútil y ni siquiera tuvieron ganas de despedirse. La partida de Tamayo se dio con similar prontitud. Cuando expresó sorpresa ante la decisión de no cambiar el pénsu, Zabala y Mancipe le reprocharon su complicidad en la huelga, y lo llamaron al orden. El gesto molestó a Tamayo quien les dijo que se guardaran sus palabras conminativas. Altivo y sereno, al día siguiente les entregó la carta de renuncia. Eran varias hojas escritas con letra grande, espaciada y en tinta roja. En ella criticaba el proyecto pedagógico de Zabala, que posaba de humanista pero cuyo funcionamiento se hundía en las medidas del dictador.

Los últimos en irse fueron Lulú y Eduardo de Ávila. Lo hicieron sin armar aspavientos. Se preocuparon, no obstante, por dejar una huella de su contrariedad. Con la engañifa de las directivas, los anarquistas tenían la impresión de que se les había insultado en la cara. En la tienda de Chavita, De Ávila lanzó una amenaza que Cadavid no comprendió bien, pero que más tarde descifró. Nunca se supo cómo lo hicieron, si lo realizaron solos, o si fueron ayudados por alguien. Josefo despertó, en plena madrugada, con el estruendo. Creía que había explotado una bomba. Pasándose los dedos por los ojos, reacomodándose la ruana y la cachucha que no se quitaba durante sus turnos de trabajo, el portero de noche salió a verificar. Ni siquiera se dio cuenta de que los culpables habían salido tranquilamente por la puerta. Un piano, lanzado desde el tercer piso, yacía despedazado en el centro del patio.

## Jauría

Pedro Cadavid se sintió solo. La escuela no quedaba vacía, pero se habían ido sus mejores amigos. La impresión de desamparo fue más áspera porque la desbandada se había producido en cuestión de pocos días. Por primera vez se dio cuenta de la advertencia. Tunja le decía que allí estaba su sitio, y se lo decía a través de lluvias plomizas, vientos de látigo y cielos encapotados. Tamayo le propuso, en la despedida, que regresara a Medellín. Él le ayudaría a conseguir trabajo. Pero volver, para Cadavid, sería un suplicio. O al menos significaba la constatación, frente a su familia, de que su proyecto musical había sido una decisión equivocada. Y estaba la situación social de Medellín, que en medio de la violencia y el caos le estaba entregando su alma, su corazón, su inteligencia a las finanzas cenagosas del narcotráfico. Cadavid le agradeció a Tamayo, y dijo que probaría un tiempo más en la escuela. La musicología lo atraía, y la opción ofrecida por Zabala, pese a la huelga y su desenlace, era plausible. La verdad era que el director lo había convocado a su oficina para proponerle dos cosas, no sin antes reprocharle que hubiera firmado la carta de los estudiantes. Cadavid guardó silencio y luego dijo que a pesar de haber firmado no había participado en ninguna de las actividades de la huelga. Zabala afirmó con la cabeza. Entonces, le ofreció algunas clases de literatura musical que, con la partida de Tamayo, quedaban libres. La segunda propuesta se relacionaba con la beca. El maestro Zabala se comprometía a hacer las gestiones necesarias para que se fuera a la Unión Soviética.

La nueva residencia se ubicaba en La Fuente, un barrio faldudo en las afueras de Tunja. Era un proyecto estatal que otorgaba casas a muy buen

precio. La sensación de habitar en La Fuente era extraña porque la primicia de su novedad se desvanecía en un panorama de ladrillos amontonados, montículos de arena, ventanas y puertas manchadas de pintura y calles a medio asfaltar. La casa tenía dos pisos, las paredes y las escaleras en obra negra, y pertenecía a un burócrata de la alcaldía que solo iba los fines de mes a cobrar el arriendo.

Para economizar, Cadavid hacía los trayectos a pie. A veces bajaba hasta Hugolino, una salsamentaría ubicada sobre la avenida Maldonado, para adentrarse por el barrio Gaitán y ascender la loma que lo llevaba a su domicilio. En otras ocasiones, tomaba la carretera hacia Villa de Leyva, se tragaba el humo de los carros durante un tramo y descendía a La Fuente. Ese camino lo prefería porque podía divisar el paisaje del altiplano que se prolongaba, por un lado, hacia las colinas de Soracá y, por el otro, hacia los bosques de eucaliptos de Motavita. Otras veces, tomaba la dirección de El Carmen y se introducía por sus callejas sin pavimentar. La explosión de los tejos resonaba secamente en el aire. De algunas casas salían mujeres con ruanas y sombreros, y hombres de rostros escaldados por el frío que arrastraban carretas donde iban perros famélicos y trebejos sucios. Una vez, al final de la tarde, la lluvia lo sorprendió. Se guareció en una de esas tiendas que olían a una humedad de siglos. Sentándose en un costal de papas, pidió una cerveza. Sonaba en un radio la música de Jorge Velosa. Quien atendía, un campesino indígena, acumulaba en su rostro los surcos de un sometimiento centenario. Cadavid observó la lluvia a través de un farol agónico. Una singular condena, sospechó, sería quedarse hasta el fin de los tiempos en este recinto, al lado de una música atravesada de interferencias y rodeado por una senectud que murmuraba lo incomprensible. Terminó durmiéndose, pero, al despertar, vio al hombre, que apuntaba con una mano hacia afuera. Estaba de noche y había cesado de llover. Con la sensación de haber dormido siglos, Cadavid se incorporó. Vaciló un rato sobre cuál rumbo tomar. Si continuaba

hacia su casa debía atravesar el potrero. Todo estaba tan oscuro que escogió una senda iluminada.

Una noche, sin embargo, se tornó temerario. Desde hacía días, y gracias a estos periplos, le atraían los terrenos baldíos de Tunja. Quería estar un rato en uno de ellos para contemplar las estrellas o el resplandor de las viviendas circundantes. Como esa vez no había viento, ni lluvia, se lanzó al potrero. La luz de una luna en creciente lo orientaría, supuso. Y no estaba equivocado. Pero, a mitad de camino, el cielo se cubrió y perdió la orientación. Se acomodó sobre una roca y esperó a que el horizonte se despejara. Seguía con los pies mojados y las manos amoratadas. Respiró con pausa y la certidumbre de que pocas veces había estado tan solo en Tunja lo fue llenando de una emoción secreta. Evocó los espíritus de la noche. Se le ocurrió que esta era una buena oportunidad para presenciar sus batallas universales y sin tiempo. Pero, en vez de ángeles y demonios, llegaron los perros.

Cadavid oyó, a su lado, el jadeo del primero. Hubo un gruñido y la insinuación de un ladrido. Otro dos canes se aproximaron para olisquearlo. Él tuvo miedo y recordó que esos animales eran los mejores rastreadores de esa sensación. Pasó un tiempo interminable con ellos al lado. Un rayo de luna, de súbito, iluminó el entorno. Había perros por todas partes. Cadavid había decidido no moverse y contener la respiración. Pero uno aulló y los otros lo imitaron hasta que la noche se pobló de ladridos. Entonces frente a él pasaron corriendo dos perras flacuchentas, con sus mamas rozando el piso. Los machos se lanzaron a perseguirlas. Un último perro se quedó mirándolo durante unos segundos. Cadavid dudó de si el color de su pelo obedecía a un mestizaje delirante, o si el matiz violáceo se lo otorgaba la piel enferma. Al cerciorarse de que estaba solo, continuó el camino. La luna lo ayudaba ahora en la orientación. Llegó al límite del potrero y se percató de que había sorteado un gran peligro.

## Melgarejo

Ella intentaba mitigar los celos de Charles Gaité cada vez que la visitaba. Se decía, con la verdad propia de las murmuraciones, que el parisino la golpeaba. El origen de esas habladurías no solo era el correo de las brujas. También lo eran los cardenales exhibidos por la muchacha. Pero si alguien preguntaba, Melgarejo alzaba los hombros y explicaba que había tropezado con cualquier cosa. Fuera verdad o mentira, una mujer tan bella era un peligro en cualquier parte. Eso le dijo Cadavid una vez que coincidieron en la tienda de Chavita. Durante el tiempo que llevaban en la escuela, su vínculo no había pasado de unos saludos secos y esporádicos. Pero las miradas eran tan constantes como intensas y funcionaban como un juego. Cadavid hacía alguna pausa en sus estudios en el patio de la escuela, o se recostaba en los barandales del segundo o el tercer piso, y percibía a su alrededor una extrañeza: una palpitación en el aire, una breve ráfaga de calor, un pedazo de voz que le alcanzaba a lamer los oídos. Miraba hacia allá o hacia acá y se topaba con los ojos foscos de Melgarejo.

La vez de Chavita él estaba tomándose una aromática mientras hojeaba el *Tratado de orquestación* de Berlioz. El texto, de estudio obligatorio para quien se aproximara al Romanticismo sinfónico, había llegado a la biblioteca de la escuela. Con él venían las partituras orquestales de las principales obras del compositor francés. Cadavid estaba feliz con la adquisición. Su interés por Berlioz no era reciente. Había descubierto la *Sinfonía Fantástica* durante sus estudios de medicina y guardaba por este músico una simpatía casi incondicional. Una obsesión, semejante a la suscitada por la vida y la obra de

Schumann, lo lanzó a buscar todo lo relacionado con Berlioz. Pero la atracción, en este caso, no residía en el lado enfermizo del personaje, sino en su temperamento rebelde y en su capacidad de estremecer, con sus propuestas orquestales, una tradición sonora. Había subrayado las *Memorias* en varias partes y eran para él como un catalejo que permitía contemplar el gran paisaje del Romanticismo. Melgarejo vio el *Tratado* desplegado en la mesa, y saludó con contenida lascivia.

La noche de ese día, Pedro escuchó que alguien golpeaba a la puerta de su salón. Abrió y no vio a nadie. Cerró y se sentó ante el piano. Escuchó que tocaban el vidrio de la ventana, pero todo estaba solo. Echó una ojeada a la escuela desde el tercer piso. Sonaban acordes de piano y sobre ellos una trompeta hacía el galope de *Guillermo Tell* de Rossini. Pensó en los espantos que, según algunos, deambulaban por los corredores de la casa desde los tiempos de las monjas concepcionistas. Pero con ese fondo musical cualquier fantasmagoría se desvanecía de inmediato. Al girar, vio una sombra emerger de las escaleras. Era Melgarejo. Se excusó por la molestia, pero dijo que tenía un encadenamiento que no podía resolver. Cadavid la atendió con afabilidad y despejó sus dudas en el teclado y en el pentagrama. Al cabo de los minutos, la acompañó hasta la puerta, pero al cerrarla, oyó que tocaban nuevamente. Cuando abrió, Melgarejo lo encaró.

—Usted me encanta —dijo, y se fue.

Desde entonces comenzaron a verse en las pausas de sus estudios nocturnos. Buscaban los lugares más solos de la escuela, las escaleras que conducían al auditorio y los baños del tercer piso, para besarse. Y entre los besos lanzaban sus manos en busca de la piel. Esto exacerbaba a Cadavid quien creyó que ante el frío de Tunja, el calor de Melgarejo podía ser el mejor antídoto. El cuerpo de ella estaba siempre ardiente y su boca parecía un incendio. Salían de la escuela, tarde en la noche, para volver a besarse. Una vez lo hicieron recostados sobre la puerta de la curia. Se sentían tan urgidos que quisieron

desnudarse allí. Cadavid le restregaba, por encima de los atavíos, su virilidad, y ella suspiraba y le mordía las orejas. Pero realizaban incursiones a contrapelo, porque veían la sombra de Gaité por todas partes.

En otra ocasión fueron juntos hasta las proximidades de la iglesia El Topo, cerca de donde vivía Melgarejo. Ella no permitió, empero, que la acompañara hasta su casa. Allí están, decía, los espías de Charles, y precisaba que sus padres estaban más enamorados del francés que ella. Melgarejo se comportaba como una mujer entre ingenua y curiosa en las cuestiones amorosas. Se detenía en detallarle a Cadavid cómo era el calor que le estremecía la vagina durante los besos. Solicitaba que el otro se extendiera en cuestiones parecidas. ¿Cómo se producían las erecciones? ¿Qué pasaba con los testículos? ¿Dónde residía la fuerza del orgasmo? ¿En los genitales?, ¿en el corazón, ¿en la mente? Una vez trató de explicitar las particularidades del goce cuando se menstruaba. Le preguntaba a Cadavid si le gustaba hacer el amor con una mujer sangrando. Otras veces abordaba la sodomía. ¿Te gusta penetrar a las mujeres por allá?, preguntaba. Cadavid explicaba que todo dependía de la mujer, de las circunstancias, de las características del orificio. Melgarejo decía que ¿cómo así? Y él respondía que si a la dama la aquejaban el estreñimiento y las hemorroides. Ella lo interrumpía con un empujón y se tapaba la boca para contener la risa.

Pero el interrogante de Cadavid era si esos momentos merecían cambiarse por otra cosa. Sabían que estaban jugando con fuego, pero su aventura no tenía el poder de desbaratar lo que, cada uno por su parte, tenía con su pareja respectiva. Una tarde, mientras tomaban aromáticas en la tienda de Chavita, Melgarejo le propuso a Cadavid que fueran a La Fuente. Salieron de la escuela antes de las actividades del coro, que esa noche se reiniciaban. Esta vez tomaron el bus. La casa estaba sola y se encerraron en la pieza. Había una repisa con libros cuyas tablas las sostenían unos ladrillos forrados en papel periódico. La espuma estaba al lado de la ventana y en un rincón se levantaba

un ropero hecho con los mismos materiales de la repisa. Sobre la mesita de noche había una agenda y el libro que Cadavid leía: *Berlioz y la Europa romántica* de Guy de Pourtalès. Se lo había regalado Manuela Cardona, un domingo en que fueron al mercado de las pulgas de Bogotá. Tanto la carátula como las páginas estaban comidas en sus bordes por las polillas del tiempo.

Se fueron desnudando. Melgarejo no usaba sostén y unos pechos suntuosos cubrieron los ojos de Cadavid. Él los olió primero, pasó su barbilla por la piel caliente, y los pezones se endurecieron al primer contacto con la boca.

—¿Te gustan? —preguntó ella.

Cadavid la miró y le dio su lengua. Melgarejo la mordisqueó suavemente, mientras las manos del otro sopesaban sus senos. Poco a poco las descendió hasta el ombligo. El pantalón lo desabotonó sin problemas. El obstáculo eran los botines. Cadavid se tomó unos minutos para desamarrarlos. Acarició las piernas hasta que se topó con el calzón blanco. Esa mezcla de piel morena y tela, un fragmento de luz concentrada, le acrecentó la complacencia. Melgarejo estiró la mano para acariciar la verga. Cadavid la dejó hacer, en tanto pasaba sus manos por las nalgas, que no eran anchas sino paradas, como si en esas sinuosidades se confirmara la herencia africana de la mujer. Su sexo estaba casi depilado. Cadavid preguntó si era así por naturaleza, y ella dijo que había cortado algunos vellos para que él gozara del paisaje.

Con la sonrisa compartida se quitaron los interiores. Ella le miró la erección, le recogió el prepucio y un olor ácido se expandió por la habitación. Melgarejo aproximó la nariz y aspiró con profundidad.

—¡El olor de la vida! —dijo.

Cadavid entonces la giró. Sobre la raya que dividía los glúteos, su virilidad fue yendo y viniendo. Con las manos, rozó los pezones y el ombligo, hasta que introdujo el dedo en la húmeda hendidura. El ay de ella sonó al mismo tiempo que la puerta de la casa que se abría. Ambos se paralizaron. Cadavid escuchó que Melgarejo pronunció el nombre del francés. Los pasos fueron subiendo las

escaleras, y al frente de la pieza, la persona se detuvo.

—Pedro, ¿estás ahí? —dijo la voz del burócrata.

Temiendo que el otro entrara, Cadavid dijo que iba a salir.

Melgarejo aprovechó, mientras su amigo saludaba al propietario de la casa, para bajar. Apenas tenían tiempo para ir al coro. Caminaron hasta Hugolino. Allí tomaron el bus. La nueva obra que se iba a montar era de Berlioz. En el trayecto, Cadavid preguntó si a ella le gustaba ese compositor. Melgarejo dijo desconocer su música. Él le habló de la *Sinfonía Fantástica* y de *Romeo y Julieta*, y opinó que el *Réquiem* era una experiencia más psicodélica que religiosa. Como Melgarejo no sabía lo que quería decir, Pedro sonrió y le pasó la mano por una de sus mejillas. Él tampoco lo sabía, en realidad. Pero no demoraría en saberlo.

## Reyerta

Si había algo lamentable en Tunja era el cine. Lo que se presentaba en sus teatros eran filmes mexicanos donde Vicente Fernández era el héroe absoluto, y si no estaba él, lo reemplazaba Chuck Norris, o una que otra cinta pornográfica de dudosa procedencia. Como si esto fuera poco, las salas de la ciudad, tapizadas para enfrentar el frío, eran feroces nidos de pulgas. En medio de este panorama, un cineclub llenaba los vacíos de la educación sensorial de aquellos jóvenes. Una vez por semana se proyectaban películas prestigiosas. Eran ciclos de cine italiano, francés, ruso, inglés o latinoamericano, o ciclos de cine expresionista, de la Nueva Ola, del cine neorrealista, o había sesiones de cine y literatura, de cine y erotismo, de cine y terror, o también ciclos de director en los cuales desfilaban Chaplin, Eisenstein, Tarkovski, Coppola, Scorsese. Y a pesar de las rasquiñas que asediaban los cuerpos, las gentes salían satisfechas y con la certeza de que Tunja levantaba un pequeño puente con el mundo a través de esas dos o tres horas hebdomadarias.

Aquella noche Cadavid fue al cine con Burbano. La relación entre los dos había sido favorecida por Marta Pantoja. Ella esperaba, y no estaba equivocada, que Burbano y Cadavid harían buenas migas. A ambos los conocía bien. Con uno nunca había pasado de unas caricias más fraternales que otra cosa, pero con el otro la aventura se hundió en un frenesí de los sentidos que, al cabo de unas semanas, ocasionó una separación cuya huella fue el mutuo hastío. Marcial Burbano era peculiar. Caminaba, como su paisana, suspendido en el aire, e iba paladeando siempre el trozo de una

música cualquiera. A la usanza del sur, pronunciaba las palabras con lentitud y ceremoniosamente. Cuando saludaba, acudía a fórmulas como mi estimadísimo amigo, apreciado caballero, mi respetada dama. Vestía de negro o azul oscuro y permanecía impecablemente afeitado. Tenía las cejas espesas, los labios pulposos, un hoyuelo le partía sensualmente el mentón. Como Pantoja, era buen lector de literatura. Pero lo que entusiasmaba a Burbano, por encima de cualquier otro tema, era la ciencia ficción. Cadavid había leído en su adolescencia una antología de cuentos rusos y se sintió atraído por esas historias de robots, naves espaciales y viajes a través del tiempo. Nunca creyó que en esas tramas abigarradas pudiese haber una gran literatura, pero de tal equívoco fueron sacándolo los libros que Burbano le prestaba.

Hubo dos, particularmente, que dejaron a Cadavid estupefacto: *Solaris*, de Stanislaw Lem, y *2001: Odisea en el espacio*, de Arthur C. Clarke. Al leerlos, sabía que no solo lo impresionaban la inteligencia y la hondura de los relatos, sino que el piso de sus convicciones literarias se ampliaba inquietantemente. Leía y releía, para atrapar la esencia de los comportamientos de Solaris, el planeta de agua. Una divinidad inmensa y desesperada que aumentaba su poder negativo en la medida en que era consciente de su impotencia. Un Dios cuya pasión no era la redención y, por lo tanto, no servía para nada. Un Dios que, una vez más, funcionaba como una proyección del inconsciente humano. Y luego era la odisea espacial y el asunto de los túneles del tiempo, cuyo enigma era tan espantoso como inasible.

La película que acababan de ver los tenía perplejos. Era la historia de unos androides que se rebelaban contra sus diseñadores porque querían vivir más tiempo que el destinado por su marca de fábrica. Los androides se habían fugado y vivían mimetizados en una ciudad que estaba oscurecida por la contaminación y azotada por lluvias y publicidades incesantes. Un policía, el protagonista, debía cazar a esos insurrectos que padecían la angustia del ser. Ese era el tema de la película que los dos amigos se disponían a desglosar

camino a casa: la sed de permanencia de los hombres y su condición efímera. Luego de la película, Pedro fue al baño y Burbano dijo que esperaría afuera.

Este estaba con las manos en los bolsillos y pateando una piedrecilla. Entonces levantó la cabeza y Gaité se le vino encima. Los dos cuerpos rodaron por el suelo. Marcial se cubrió el rostro porque los golpes arremetieron como una andanada. Cadavid quiso intervenir, pero Melgarejo irrumpió de algún lado para impedirselo. Váyase, dijo, Charles está loco. Burbano, entre tanto, se protegía de los manotazos. En algún viraje, el nariñense dio un golpe en el estómago de su contrincante, quien, desgonzándose, cayó a un lado. Con las narices reventadas, la ropa desarreglada, el pelo despeinado, Burbano lo confrontó, pero no con insultos, sino con frases corteses: ¿qué le pasa, señor?, ¿se ha enloquecido usted? Melgarejo y otros más sostenían al francés, que se palpaba el vientre. Alguien dijo que la policía, llamada por la administración del teatro, venía en camino. Los corrillos se deshicieron con rapidez. Cadavid vio que Gaité tomaba de la mano a su novia y, arrastrándola, se fueron hacia la Plaza de Bolívar. Marcial Burbano, entre tanto, se sacudía los pantalones y organizaba su cabellera. Cadavid lo ayudó a arreglarse y se prestó para acompañarlo hasta su casa, que quedaba por los lados de la escuela.

En el camino se habló del flirteo con Melgarejo.

—¿Y un flirteo merece esa reyerta? —preguntó Cadavid.

—Hubo algo más, carísimo amigo.

Marcial se detuvo y preguntó si tenía algún moretón en los ojos.

—Nada —dijo Cadavid—. ¿Y la nariz? Revísatela bien.

—No está quebrada.

—Le diste duro en el estómago.

—Si este fuera un hueso, lo tendría quebrado. Un mal nacido ese galo.

Y Marcial se tomó la mano con orgullo.

A los pocos días, Lucía Melgarejo se fue para siempre de Tunja. Ni siquiera alcanzó a despedirse de Cadavid. Le dejó, en cambio, una nota con Yamil, el

almacenista. Explicaba que su destino inevitable era seguir a Gaité a Bogotá y luego a París. Había estampado un beso con labial en el papel. En una posdata pretendía tranquilizarlo: Charles ignoraba lo sucedido entre los dos. De pronto, Marcial, detrás suyo, pidió las llaves del salón y el atril para estudiar flauta.

—¿Una misiva, querido Pedro? —preguntó—. ¿De Medellín?

—No, de Manuela.

Y Cadavid tuvo una rabia repentina hacía sí mismo.

## Nacionalismo

En sus primeras clases de literatura musical el tema fue el Romanticismo. Una vez más, Cadavid siguió los consejos de Zabala. Estaba entusiasmado porque las necesidades económicas disminuirían y sus esfuerzos eran recompensados. Cadavid ofrecía en las sesiones un panorama histórico y daba un recuento biográfico del compositor acompañándose con una selección de sus obras. Por lo general, utilizaba una o dos piezas emblemáticas para hacer el análisis. El monitor se encargó de un grupo de estudiantes recién llegados a la escuela. Uno de ellos, Bernardo Restrepo, quería ser compositor. Venía de Medellín y sus proyectos creativos fueron motivo de conversación frecuente entre Cadavid y él. Isaías Córdoba les llevaba años y era el alumno de más edad de la escuela. Había llegado con su esposa y tres hijos, procedentes de Bogotá. A veces, a estas clases asistían también Marcial Burbano y Lucio Cantaclaro. Este último iba sin sus amantes porque ellas se aburrían con las explicaciones de Cadavid.

En una de esas clases abordaron el nacionalismo. El combustible de una buena parte de la música romántica y sus continuadoras. La dupla arte y nación que, a la sazón, fue necesaria porque renovó un paisaje sonoro estancado en el uso de los discursos barrocos y clásicos, había que insuflarla con el veneno de lo popular. Aunque irremediable había sido caer en el color local y las posturas exóticas. Lo exótico de los nacionalismos entusiasmaba al principio, pero desembocaba en caricatura populista o en tarjeta postal. Bajo cierto prisma, una parte de las vanguardias musicales europeas, trátase de la música serial, la electroacústica, la aleatoria, la concreta y la minimalista, lo que

propuso fue estallar en mil pedazos esas divisas de la nación. Mientras el nacionalismo recorría Europa con su mortaja auestas, dio un salto a las recién nacidas repúblicas latinoamericanas para vigorizarse. Y era evidente que, en música y en literatura, lo nacional, como prueba de pertenencia, seguía imperando en un país como Colombia. Pero ¿qué era eso del arte colombiano? ¿Aquel que nacía en un espacio particular? ¿El realizado por personas criadas en estas latitudes? ¿El que seguía una tradición hundida en la república, la colonia y en los tiempos de la conquista? ¿Y cuál era, en realidad, la esencia de la música colombiana? ¿Un ritmo, una cadencia, una melodía, un canto, una armonía? Cadavid decía que nada de la tradición poseía, en rigor, una base propiamente colombiana, ya que cualquier tradición se construía con una serie de elementos provenientes de muchas partes. Lo colombiano en particular, y lo latinoamericano en general, se expresaba como un batiburrillo. Esa mezcla, su sabor y su estilo, era lo que signaba la nacionalidad de turno. Todo nacionalismo se oponía, pues, a la pureza y a la originalidad. Ahora bien, la pregunta que formuló Cadavid fue si el nacionalismo, pasadas tantas aguas bajos los puentes, seguía siendo una opción propicia para el arte. Si él garantizaba una etiqueta de calidad y de duración en el tiempo. O si, por el contrario, significaba una sujeción peligrosa a las contingencias de un país y a sus políticas culturales. Pero antes de que el grupo manifestara sus dictámenes, el monitor expresó algo que era como una respuesta a su propia pregunta. La nacionalidad, es decir, los condimentos como la geografía, la raza, la lengua, el conglomerado de lo popular, llevado en el cuerpo y la mente del artista, era lo que otorgaba a fin de cuentas un tinte atractivo a la obra.

Algunos alzaron la mano para intervenir. Cadavid solicitó unos minutos más para redondear su idea. Agregó que lo opuesto a la región, a la marca de la nacionalidad, era lo cosmopolita, es decir, aquello que provenía de todas partes y de ninguna. De hecho, alejarse de los linderos de la patria consistía en sumirse en la indeterminación de lo universal. Lo recomendable parecía ser

buscar un equilibrio entre ambas categorías. Cadavid explicó que una vía era manejar lo local acertadamente para volverse universal. Y citó a Villa-Lobos, que citó a Unamuno, que citó a Tolstoi: “Hemos de hallar lo universal en las entrañas de lo local; y en lo limitado y circunscrito, lo eterno”. Pero también enfatizó que para hacer avanzar el arte se necesitaba establecer la dilatación de lo extraterritorial y expulsar el facilismo y lo inmediato que anidaba en la estrecha y cómoda localidad.

La concurrencia aprobó estos primeros conceptos, pero en el salón hubo reacciones diversas. Bernardo Restrepo, que se las daba de compositor, mandó la nación a la mierda. Aseveró que supeditar un credo estético a unas ideas políticas era empobrecer la música. La aspiración genuina del arte radicaba en romper esas políticas y demoler sus barreras. Dijo que si lo nacional se convertía en bandera, en órdenes emitidas por cualquier poder, en actitudes políticamente correctas, entonces había que separarlo del camino de la creatividad como si fuera maleza. Lucio Cantaclaro estuvo de acuerdo con Restrepo y puso el ejemplo de las ballenas yubartas. Hubo risas. Cometería una estupidez, precisó el biólogo, si a esa música, que es ante todo acuática y reacia a cualquier delimitación geográfica, yo le pusiera un sonsonete de currulao solo porque grabé sus cantos en las playas del Chocó. Marcial Burbano objetó la consideración. No había que olvidar que la música era una construcción humana, arguyó. Los cantos de las ballenas, como los de la lluvia, los del viento, los de los pájaros, existían para que los humanos hicieran de ellos música. La música, les recuerdo, estimados compañeros, es el arte de organizar los sonidos, y en esa organización reside su peculiaridad. Las ballenas no cantan por estética, lo hacen simplemente por instinto. Cantaclaro se contrarió y le respondió que esas opiniones evidenciaban un antropocentrismo retardatario. ¿Acaso los pájaros —alegó— no fueron los maestros de compositores como Clément Janequin, Beethoven y Messiaen? Piénsese en una obra como la de este último, renovadora como pocas, dictada

en su mayor parte por los cantos de los pájaros que el músico estudió con atención porque sabía que ellos eran los emisarios de Dios. Como la polémica se desvió hacia los dominios de la zoofilia y la mística, Francisca Benítez dijo que lo esencial en el arte, y con esto no pretendía irrespetar a los animales, era el hombre, y los matices nacionalistas se desplegaban ineludiblemente en la música compuesta por él. El asunto consistía en no dejar que el nacionalismo se volviera una receta. Chopin tomó las mazurcas polacas y las volvió, desde el uso de sus elementos rítmicos y melódicos, universales. Lo mismo puede decirse de Luis A. Calvo y sus *Intermezzos*. Chopin romantizó la mazurca y Calvo compuso *intermezzos* con aires de pasillo. Pero ¿cómo vamos a comparar a Chopin con Calvo?, dijo el mayor de los Sandoval. Todos se voltearon a presenciar esa especie de anormalidad. Luis Carlos nunca participaba en ese tipo de conversaciones y solo vivía pendiente de sus soliloquios obsesivos. El adolescente, mirando hacia el suelo, explicó que Chopin era un genio en todas partes y Calvo un músico solo elogiado en Colombia. De ningún modo, irrumpió Burbano, la alta carta que tiene nuestro nacionalismo musical es Calvo. Cadavid trató de dirimir la discusión. Dijo que a la hora de componer sus obras, el elemento de lo popular había actuado de guía, tanto en Chopin como en Calvo. Pero Burbano volvió a interrumpir. Era inapropiado asumir el fenómeno de la música en categorías que hacían genios a unos, y a otros, talentos más o menos plausibles. La música es un gran cauce donde todos y cada uno de nosotros, los compositores, los intérpretes, los pedagogos y los investigadores, aportamos con nuestro afluente respectivo. Una de esas corrientes, tan respetable como las otras, es la estimulada por las preocupaciones nacionales. Y habló de lo que Cadavid ya sabía: su proyecto de recopilar las composiciones hechas por los oscurecidos músicos de Nariño. Haría no solo una labor de recuperación que enaltecería esas existencias artísticas humildes, sino que trazaría uno de los rostros musicales más auténticos de la nación. Restrepo levantó los hombros con desdén.

Conjeturó que esa oscuridad era más que merecida y que toda esa música debía seguir absorbiendo la humedad de los baúles familiares y los archivos municipales. Entiendo que haya gente que quiera hacer un registro del pasado musical, pero me pregunto para qué sacar del olvido esas obras menores y darles trascendencia. Burbano dijo que en ese criterio había una concepción errónea, por lo elitista, del pasado musical. Quién podía arrogarse el derecho de decir lo que era mayor o menor y lo que debía permanecer en el arte. Pues nosotros, quién más, dijo Restrepo, para eso estamos estudiando música. Y aclaró que su elitismo estaba fundado no en valoraciones políticas ni identitarias, sino simplemente en asuntos de calidad estética.

El salón se llenó de murmuraciones. Isaías Córdoba, con su voz segura y grave, intervino, pero fue alterándose hasta que levantó el brazo con ademán autoritario y soltó una lluviecita de salivas. Córdoba expuso su vida. Su formación era empírica. Solo había hecho la primaria, aunque sus viajes eran muchos y sabía de todo un poco. El derrotero de las travesías y la experiencia de sus trabajos —había sido obrero en Caracas, mensajero en Lima, plomero en Bogotá, profesor de escuela en Quito y músico autodidacta en todas partes — lo fueron llevando a la concreción de una idea. Por ella estaba en la escuela de música. Necesitaba adquirir bases musicales, pero no para ser compositor respetado ni instrumentista aclamado ni musicólogo connotado, sino para educar a sus hijos y a quienes se acercaran a su magisterio. Córdoba tenía también un proyecto: fundar una aldea en algún lugar del país. Le había contado a Cadavid de un terreno en Paipa. Confiaba en esa aldea porque el proyecto de nación —dividido en departamentos, municipios, corregimientos, veredas— era fallido. Tanto la educación para la competencia profesional y no para la consecución del bienestar humano como los espacios edificados para el culto religioso, la recreación y el trabajo, estaban enraizados en la manipulación y el engaño. Ahora bien, la práctica de la música que él implementaría en su aldea debía recurrir a algunos modelos de la música

nacional. ¿Qué se podía enseñar allí? Pues el solfeo, la armonía, el contrapunto, y los instrumentos musicales como el piano, la flauta y la guitarra. Y las músicas populares, como el bambuco, el pasillo, el porro, la cumbia, el currulao, serían los géneros fundamentales. Isaías decía que había escrito unos cuentos y unas composiciones infantiles para inculcarles a los niños de su futura aldea las bases de una educación del hombre y para el hombre y la naturaleza. ¿Y saben de qué son esos cuentos?, preguntaba. Abordan nuestras leyendas campesinas. ¿Y saben qué música he escrito? Música popular para coro y acompañamiento de piano, guitarra, tiple e instrumentos de percusión. Por lo tanto, y esta era la conclusión de Córdoba, lo nacional, a pesar de que es una noción reprobable de pies a cabeza, me sirve para construir mi sueño. Uso solo algunos de sus pedazos y los demás los arrojo a la basura.

Cadavid corroboró que su propósito se había cumplido e invitó a que escucharan los trozos seleccionados. Tomó el interfono para darle luz verde a Leguizamón y fueron sonando, con la plenitud propia de los paradigmas certeros, unas mazurcas de Chopin, unas danzas húngaras de Liszt, unas danzas noruegas de Grieg y, para el caso latinoamericano, unas danzas cubanas de Cervantes. Restrepo, bostezando, se estiró en su silla y dijo, para que todos lo oyeran, que lo mejor del nacionalismo era justamente eso: pequeñas piezas musicales, un poco deleitosas, un poco repetitivas, para solazarse, olvidarse de todo, y nada más.

## Encomienda

Ni locos vivirían en la aldea que Isaías Córdoba pretendía fundar. Esto pensaban casi todos frente a los detalles que él daba sobre ella. Lo suyo era una comunidad de pocas familias que debían cultivar y producir sus propios alimentos y vestidos. No habría jamás sobreproducción de bienes, y estos se distribuirían equitativamente. De la aldea se erradicarían los propietarios y solo existirían usufructuarios de la tierra. Se evitaría la explosión demográfica y la base de la economía sería la agricultura, pues no había otro camino para acercarse benigneamente a la naturaleza. Se cultivarían hortalizas, frutas y flores, y el vegetarianismo se plantearía como condición *sine qua non*. La práctica de la ganadería y sus labores adyacentes, por ser nociva con los animales, estaría excluida. Las casas serían de un solo piso, limpias, sencillas, sin cerrojos. Las jornadas de trabajo de seis horas se dividirían en dos: tres antes del almuerzo y tres antes de la comida. El resto del tiempo se dedicaría al ocio en que el deporte, la música, la filosofía y la literatura serían privilegiados. Los mayores de cada familia, entre hombres y mujeres, integrarían una junta directiva. En la aldea no habría cárceles, por supuesto, y el castigo con represión sería una práctica a la que jamás se acudiría. La única punición sería la expulsión de la aldea de quien no quisiera estar más tiempo en ella. Los credos religiosos se tolerarían, pero sus rituales se realizarían en el fuero interno de cada miembro.

El maestro Zabala había escuchado con atención a Isaac Córdoba, la vez de la entrevista preliminar. Esas ideas, sazonadas con conceptos platónicos y budistas, con planteamientos de Moro y Vasco de Quiroga, de Tolstoi y

Gandhi, fundados otro tanto en Rousseau y en Thoreau, despertaban el interés del interlocutor. Sobre todo si este era un hombre como Zabala, a quien lo estimulaban los horizontes filantrópicos. Pero, más por simpática conmiseración que por otra cosa, Zabala lo aceptó en el plan B. El estado musical de Isaías y su edad no le permitían pasar a los grados del plan diurno. Además, dejándolo en la zona nocturna de la escuela, el director se cuidaba. Córdoba albergaba un carisma de líder, y Zabala no quería más alteraciones en la escuela. No demoró en darse cuenta, sin embargo, de que lo de Córdoba era solo una obsesión cargada de buenas intenciones, y que su acción no iría más allá de su familia y un pequeño círculo de amigos.

Los hijos de Córdoba fueron aceptados en la sección infantil. Sus talentos despertaron el interés de los profesores. El mayor aprendía con una velocidad increíble la técnica del piano, y en cuestión de meses ya tocaba las primeras sonatinas de Beethoven. Con lo cual Córdoba acarició la probabilidad de que su hijo se convirtiera en un virtuoso y que de allí llegara el peculio del que tanto urgían. Los otros dos estudiaban la flauta y el violín y avanzaban con soltura. El padre destinaba una buena parte de sus horas en enseñarles a sus hijos lo que necesitaban aprender. Ellos solo iban a la de música, porque la otra escuela reunía suficientes motivos para ser menospreciada. Córdoba, por otra parte, hacía trabajos para la subsistencia del hogar. Como no tenía ningún diploma, se ocupaba de labores de jardinería, plomería y carpintería. Mientras, su mujer laboraba en la modistería y, si era del caso, planchaba y cocinaba en casas acomodadas. Estos aprietos, razonaba el jefe de la familia, eran temporales y había que enfrentarlos porque actuaban como un puente para llegar a la meta deseada.

Cadavid no fue insensible a las ideas de Córdoba. Este poseía una lumbre particular y aunque reconocía que la bondad era una faceta del hombre difícil de adquirir, cada actitud suya iba en pos de su consecución. El egoísmo, la vanidad, la arrogancia, la indiferencia hacia los otros debían desalojarse de

los espíritus. Y hacia allí apuntaba, en efecto, el manual de comportamiento que había ideado para su hogar. Pero Córdoba no se mostraba como un ser humano impositivo, ni la circunspección de sus supuestos obstaculizaba el humor. Le gustaba reírse y hacer reír. Su mensaje alternativo brotaba de inmediato, a pesar de que este no se recibiera como él esperaba. Por otro lado, estaba el asunto literario. Como Córdoba, Cadavid admiraba a Tolstoi, y fue bajo la sombra del conde de Yásnaia Poliana que el uno leyó los cuentos del otro. Intercambiaban ideas sobre esos escritores cuyo espesor moral sostenía su obra artística. Si el arte no es moral, si no tiene el poder de transformarnos, decía Córdoba, termina siendo una bagatela o una mercancía. De esta primera comunión, Cadavid pasó a ser comensal en la mesa de los Córdoba. En ese pequeño apartamento del barrio San Antonio había una calidez sincera y reconfortante. Tal entusiasmo se lo transmitió a Manuela Cardona, que, en varias ocasiones, compartió también la comida y las conversaciones del utopista y su familia.

Pero Manuela no se convencía del todo. Había como una tiranía afectiva del padre hacia los hijos y, lo que era más notable, una diferencia incómoda entre los dos progenitores. A Cadavid la prevención de su novia le pareció equivocada. Atribuía la reserva a la poca empatía de Manuela con la esposa de Córdoba. Esta era una mujer que se quejaba continuamente de su estrechez material. Se había unido a Córdoba en una vereda de Villeta y, siendo adolescente, quedó embarazada. Su aspiración más íntima era gozar el confort, y no el ir y venir de ese muchacho que no se hallaba en ninguna parte. Cadavid desatendió el recelo de Manuela y, en cambio, se animó con el proyecto de Córdoba. Le atraía la idea de ser un profesor de música y literatura en un lugar con perfiles de ensueño. Y si ese no era el destino definitivo de su vida, creía que nada malo le pasaría si hacía la prueba.

Al recibir la encomienda los unía esa coyuntura fraternal. Estaban discutiendo donde Chavita sobre unos ensayos de música y nación de Alejo

Carpentier que Marcial Burbano había descubierto en la biblioteca de la escuela. Córdoba hojeaba el libro cuando llegó Avechucho con la caja. Cadavid miró al portero que, en vez de reprocharle, le sonrió con amabilidad. El nombre de su padre estaba en el remite. Sorprendido, frente a los dos amigos que sonreían, Cadavid la abrió. Había una bolsa de fríjoles cargamanto, otra de arroz, una pasta de chocolate, dos latas de sardina, una caja de bocadillos y un pote de arequipe. Cadavid iba sacando las vituallas, y Marcial e Isaías se pasaban la lengua por los labios. En el fondo estaban los libros. Hubo una exclamación entusiasta. Mientras los dos amigos comían bocadillo Cadavid los abrió. Eran la *Historia universal de la música* de Roland de Candé y *La ópera, enciclopedia del Arte Lírico*, editada por Aguilar. Pero no encontró nada que explicara el envío. Revisó con cuidado los alimentos y tampoco halló una respuesta. Córdoba tomó la caja, la sacudió y cayó la carta.

Su madre se había referido a las nostalgias que el doctor sentía por él, pero advertía que no aceptaba del todo su decisión musical. Hay que darle tiempo al tiempo y Dios proveerá, pronunciaba la mujer. El hijo, por su parte, había escrito varias cartas. Misivas donde hablaba de Tunja y sus alrededores, de las visitas a los templos coloniales, de su aprendizaje. En ellas escribía que era mejor ser un artista pobre seguro de su vocación que un médico obligado y pudiente. ¿Por qué temerle a las dificultades si hay un norte inquebrantable? La verdad era, empero, que Cadavid sobrellevaba una confusa precariedad. Había escrito que ella, en vez de fragilizar a los hombres, los fortalecía. Con todo, en la mayoría de los casos, eso era mentira. De este tipo de falacias y ponderaciones estaban forjadas sus misivas. Había tenido el atrevimiento de confesarle a su padre que añoraba las noches en las que los dos conversaban sobre la historia de los emperadores romanos y los descubrimientos de los grandes médicos, porque para Pedro todo ese pasado era un ropaje felizmente caído. Y nadie más que él era consciente de que, al irse de la casa y de

Medellín, había comenzado su real liberación.

Esas cartas consolaban, sin embargo, a un hombre que sucumbía. Pedro no vacilaba en decir que admiraba al doctor por su velar por los enfermos, por el modo ético en que la medicina había guiado sus pasos. Desde ese punto de vista, su vida era justa, y lo otro, las quiebras económicas y las traiciones de los amigos, no tenían mayor importancia. La madre contaba que al leerle esas cartas, en la pieza de la casa de Laureles, el doctor lloraba desconsoladamente en medio del aguardiente y los cigarrillos. Lloraba por los apuros que circundaban a su hijo menor. Lloraba su fracaso individual, sus yerros comerciales, la deslealtad de sus seres cercanos. Porque las últimas noticias giraban en torno a la farmacia que el doctor había montado en Copacabana. Una farmacia que, por otra parte, arrasaría sus últimas energías.

Conrado, el hermano mayor, y su esposa eran los administradores de ese negocio. La farmacia tenía que ver con el futuro que, como médico, le esperaba a Pedro. El doctor le había dicho que allí le pondría un consultorio para que atendiera a sus primeros pacientes. Cursaba el primer semestre de medicina y daba los primeros pasos en el estudio de la flauta, cuando Conrado le pidió trabajo a su padre. Él había sido guitarrista y cantante de una orquesta tropical de Medellín. Un músico que no entendía de solfeos ni armonías, y al que no le interesaba para nada la historia de la música, pero que, a diferencia de su hermano, poseía un oído portentoso. Su futuro estaba asegurado por una orquesta que, en esos tiempos, tenía suficientes demandas de los ricos emergentes de entonces. Las fiestas duraban varios días con sus noches y el ruidoso despilfarro incrementaba las ganas de bailar. Pero Conrado, en medio de la marihuana y la cocaína, comenzó a padecer delirios de persecución, y si no hubiera sido por una muchacha que conoció en esos días, y que se convertiría en su esposa, habría terminado pegándose un tiro en la cabeza o encerrado en el manicomio de Bello. Ella, abnegada y trabajadora, se encargó de sacarlo de los avernos de esas rumbas bajo una condición radical: tenía

que dejar la música para convertirse en un hombre decente.

Conrado abandonó la orquesta, siguió un tratamiento de antidepresivos y dejó definitivamente la guitarra. El doctor, que sabía esos pormenores, le abrió las puertas de la farmacia para ayudarlo. Allí también trabajaba Julián, su verdadero administrador. Julián era uno de los otros hijos queridos del doctor. Había tenido en la adolescencia una meningitis aguda y frecuentes episodios de insania. Estos, aunque fueron intensos, desaparecieron con una dieta especial de caldo de ojo, sesos de res y los incansables rezos de la madre a sus numerosas vírgenes protectoras. Pero, superados los ataques de rabia, en Julián se produjo el despertar del sexo, y este fue tan encrespado que casi lo enloquece de verdad. Tenía catorce años cuando se enamoró de una mujer mayor. O fue ella, más bien, la que se enloqueció con los bríos del adolescente. Julián se volvió vanidoso hasta la ridiculez. Se obsesionó con las ropas de marca que su amante le daba. Ella también le regalaba lociones, cadenas de plata, discos de baladas de amor, con la única condición de que la saciara. En los extremos de su jactancia, Julián se echaba gotas de limón en los ojos para que fulguraran más, y se hacía emplastos de pepino y miel para que la tez adquiriera una frescura perenne. A los quince años, como si no bastara con los que tenía, comía afrodisíacos de todo tipo para incrementar sus arreos. Pero a pesar de estas curiosidades, o gracias a ellas, se llevaba bien con Pedro. Este guardaba recuerdos gratos de las noches compartidas. A Julián le encantaba que le hicieran cosquillas en los pies antes del sueño, y el hermano menor, con tal de escucharle sus peripecias sexuales, condimentadas con senos majestuosos, nalgas espectaculares y orgasmos que duraban horas, pasaba las yemas de los dedos hasta que el hermano mayor se dormía.

Conrado entró a la farmacia vendiendo conos. Eso fue lo que propuso al doctor: póngame un congelador y yo le vendo conos, papá. Trabajó en esas condiciones hasta que sorprendió a Julián robando plata de la caja. Su mujer aconsejó una denuncia inmediata. El doctor, con el corazón en la mano,

expulsó a Julián. Tiempo después, Conrado y su esposa pudieron comprar la mitad de la farmacia con un préstamo que hicieron. Esto entusiasmó al padre, pues creyó que con socios de ese talante la prosperidad lo esperaba a la vuelta de la esquina. El doctor se equivocó del todo. Conrado, aconsejado por su esposa, dijo un día que el estado financiero de la farmacia iba mal. Presentó cuadernos, facturas, papeles en los que la mano de un contador confirmó la crisis. El doctor aceptó la situación. Mientras tanto, Conrado compró casa y carro y viajó con su mujer a las mejores playas del Caribe. Los improperios llenaron la boca del doctor y una amargura sin fin se instaló en su alma, pues era evidente que la traición había pasado de su amigo de Barrancabermeja a su primogénito.

La carta que venía en la encomienda era una hoja escrita por una sola cara. No decía nada sobre los engaños de sus hijos, pero afirmaba que le dolía la ausencia del único de ellos a quien quería. Parte de su contenido se fundaba en una frase de la pasión de Cristo: “Mi alma está triste hasta la muerte”. Estas palabras le servían para decir que su vida culminaba sin esperanzas. Se lamentaba por no ver los logros que algún día tendría Pedro. Daba consejos sobre la perseverancia y la disciplina. Decía que el triunfo estaba sustentado en la abnegación y el sacrificio. Había una fórmula de despedida, diríase una bendición: “Eres el mejor de los míos, Dios te proteja”. Y la frase al final de la carta: “Tu papá, el más desdichado de todos”.

## Urrea

Iban a pueblos y ciudades. Recogían testimonios para los casos seguidos por el abogado. Defendían presos políticos, ayudaban a las familias de las personas asesinadas, buscaban a los desaparecidos. Esos lugares quedaban en Cundinamarca, en Boyacá, en Meta, en Tolima, en Antioquia. Una parte del gobierno colombiano, con el presidente a la cabeza, había propuesto diálogos de paz con los grupos guerrilleros. Pero los altos mandos militares, apoyados por terratenientes y empresarios, crearon bandas paramilitares cuya divisa era impedir la presencia de los comunistas. En este panorama surgieron, agresivos y poderosos, los narcotraficantes. No era una presencia advenediza. El país poseía un pasado ininterrumpido en que política y contrabando se confabulaban. Los de ahora eran los exponentes de esa antigua dinámica. Pero había diferencias. Una de ellas: ya no se sacaba oro y plata, quina y productos agropecuarios, sino marihuana y cocaína. Otra la delineaba el propósito de estos heraldos contemporáneos del crimen. Le dijeron a una clase dirigente tradicional, atravesada de solemnidades aristocráticas y cimentada sobre un aparato burocrático infecto, que ellos tenían no solo poder económico y militar, sino también serias pretensiones políticas.

Frente a la negativa de sus dirigentes oficiales, y reacios a cualquier vínculo con los narcotraficantes, el país cayó en el carrusel de una guerra brutal. Porque no había solamente dos bandos enfrentados. La transparencia es una cualidad ajena a toda guerra, pero la que tuvo Colombia en esos años se caracterizó por el panorama de unos ejércitos que seguían consignas variopintas, y en las que predominaba solo la ambición del dinero. Los grupos

guerrilleros, apreciados por algunos porque luchaban por causas de justicia social, se precipitaron en esa dirección. El narcotráfico fue el carburante para que la nueva querrela adquiriera un furor especial. El mapa era confuso, pero en la medida en que surgían las crisis, hubo conciencia de la dimensión del espanto circundante.

Urrea conocía esas amalgamas sucias. En sus casos había defensores de derechos humanos, líderes sindicales, obreros, estudiantes, profesores inculcados por una justicia mentirosa, o ultimados por escuadrones de la muerte bajo la justificación de que querían instalar en el país una red comunista y atea. Algo que tenía que ver con otorgarle decencia a estas víctimas, en su mayor parte provenientes de sectores humildes, empujaba a Urrea. Él pertenecía a una familia de jurisprudentes íntegros, orientada por códigos civiles donde la grandeza del ser humano primaba por encima de cualquier ideología. La suya era la de un liberal progresista que simpatizaba con las causas del socialismo. Pero no ignoraba que este, tal como se había instalado en el mundo, estaba lleno de traspies. Tenía una repulsa, casi instintiva, hacia los poderosos de la historia y reprobaba sus artimañas delictuosas para hacer eficaz su política. A Urrea lo guiaba una conmiseración profunda y una adhesión fuerte hacia los humillados y los ofendidos, y por esta razón se sentía cristiano. Eso le dijo a Manuela cuando comenzaron los diálogos más íntimos: solo soy un cristiano convencido de la bondad de los ideales socialistas. Y mientras efectuaba sus pesquisas y procesos judiciales, advirtió que había muros inexpugnables. Uno de ellos lo levantaba la justicia colombiana, cuyo lema era perpetuar la impunidad. El otro, nada distante del primero, era el que levantaban las amenazas de muerte.

Manuela fue prevenida ante el riesgo manifiesto en llamadas y cartas conminatorias. Lo mejor era que ella no continuara sus labores. O, al menos, que no se expusiera al lado del abogado. Pero a Manuela, como le ocurría a su jefe, el peligro en vez de amedrentarla la fortificaba. Cadavid fue asistiendo,

entre estupefacto y deslumbrado, a la mutación de su novia. Su osadía le preocupaba, y se lo expresó las veces que pudo.

Cansado de una relación matrimonial en crisis, el abogado fue acercándose a su asistente. De la relación laboral pasó a las confidencias. Un día —estaban en Villavicencio entrevistando a los familiares de un militante de la Unión Patriótica asesinado— se besaron. Manuela se confundió. Urrea la doblaba en edad y era un hombre importante. Pero más tarde se dio cuenta, tras acostarse con él, de que su deseo era una mezcla de la admiración que le suscitaba su valentía y la compasión hacia alguien que sufría. La joven le contó de su novio en Tunja y Urrea prometió respetar siempre esa relación.

En cuanto a Cadavid, este entendió que algo diferente se había dado en su noviazgo, tanto en la cama como en las conversaciones. La fogosidad del sexo, es verdad, se había redoblado entre ellos. Manuela hacía el amor, en esas noches compartidas en Bogotá o en Tunja, sintiendo que en el cuerpo de Pedro estaba el goce de la piel, pero dándose cuenta de que sus pensamientos giraban en torno al otro. Y frente a los diálogos, a Manuela la sacudían determinaciones candentes. Una confluencia de sensibilidad e ideología la encaminaba hacia eso denominado compromiso con la historia. Pensaba que Colombia urgía de un cambio social que solo una revolución, capaz de beneficiar a los desposeídos, podía provocar. Una revolución que tuviera el único propósito de desmontar a una clase gobernante inepta, irresponsable, corrupta hasta la médula, y quitarle las tierras de ese gran país infausto para dárselas a quienes tenían derecho de trabajarla. Y para ello era urgente transformar la historia. Pero esa nueva historia, reclamada por Manuela, Urrea y los que pensaban como ellos, habría de arrojar a una generación de colombianos hacia un cerco de llamas pavorosas.

## Preludio

Isaías Córdoba lo acompañó a la terminal. El utopista hablaba de su propia orfandad, cuando, al doblar una esquina, tropezó con una señal de pare. Antes de que cayera al suelo, Cadavid lo tomó del brazo. Se había abierto la frente con la lata del aviso. Pudieron detener la sangre con un pañuelo y, entre sonrisas asombradas, siguieron avanzando. Como había paro de buses, caminaron al lado de la carretera, haciendo *autostop*. Un automóvil se detuvo y Cadavid subió. Las dos mujeres se enfrascaron en sus asuntos durante el trayecto hasta Bogotá. Él agradeció y se recogió en la mudez. Era de noche cuando tomó el segundo bus. Pararon unos minutos en Honda. Cadavid orinó en un baño a cuyo foco lo asediaban chapolas pardas. El olor era tan ácido que se tapó la nariz con una mano. Después cayó en la pesadez del sueño.

El bus entró a la terminal de Medellín. En el andén lo esperaba Julián. Pedro se sorprendió al verlo. Había llamado de Telecom a su casa, y una de sus hermanas, en medio del llanto, le relató los últimos momentos del doctor. Pedro no recordaba haberlo precisado, pero tal vez dijo que viajaría en la noche y estaría llegando al amanecer, porque ahí estaba su hermano, que lo miraba con ojos enrojecidos. En la casa de Laureles no había nadie. Todos estaban en la sala de velación. Él se sorprendió de nuevo. Esperaba encontrarse con sus familiares y el ataúd en la casa. Preguntó por la decisión de hacer el velorio en otro sitio.

—Fue decisión de ellas —dijo Julián.

—¿Por qué?

—Aquí no hay espacio para tanta gente.

Cadavid se bañó y se cambió de ropa. Quiso desayunar pero notó su falta de apetito.

Su madre y sus hermanos lo abrazaron. Había muchas personas en la sala. Esto le ocasionó a Pedro una sensación de agobio. Alguien dijo, y la frase le taladró los oídos, que ya podían ir al cementerio. Al divisar el ataúd tuvo un temor, pero Conrado le puso la mano en el hombro y le dijo que se despidiera. Para animarlo, le dio un leve empujón. Pedro recordó, de repente, un juego de la infancia. Tendría seis años y vivía en Copacabana. Uno de sus amigos lo había instruido en la visión de la muerte. Jamás pudo retener su nombre y en el recuerdo había un niño de rostro simiesco. Juntos iban a los velorios y jugaban a ver los cadáveres. Apostaban al que más tiempo permaneciera al lado de la caja y al que fuera capaz de describir con mayor minucia los rasgos del muerto. Pedro vivía con un miedo permanente, porque esos rostros yertos, de ojos entreabiertos y cabellos despeinados, se le aparecían en la antesala del sueño. El simio aseveraba que la hombría dependía del tiempo que durara frente al ataúd. Y le decía “niñita” si Pedro se retiraba sin cumplir lo pactado.

Cerró los ojos antes de abrir la caja. El hombre que vio era alguien distante de su padre. El suyo no estaba allí y comprendió que la muerte era una ausencia definitiva y que no había de quién despedirse. El cuerpo se veía largo. Un abandonado escombros trajeado de café. En el semblante todo era afilado: la nariz, los labios, los pómulos, las orejas. Pedro tuvo, más que compasión, curiosidad por observar ese muerto que, desde esos instantes y hasta que él muriera, llevaría en su memoria como un fardo. En la infancia, él tocó el pecho de un cadáver, pero lo había hecho aterrorizado y comprobando que allí había un montón de telas acumuladas. Ahora estaba más ecuánime. Acercó su mano y palpó las frías del doctor. Rozó las mejillas y acarició el pelo. Mientras lo hacía, tenía la mente reposada. Su audición, en cambio, estaba excitada. Escuchaba, con tortuosa exactitud, los diálogos de la gente, sus rezos, las quebradas ondulaciones del aire. Apoyó los codos en la caja

llevándose las manos a las orejas para atenuar la voracidad de los sonidos.

Un par de hombres preguntaron si podían sellar el ataúd. Pedro afirmó con la cabeza, pero detrás suyo emergió Julián. Quería ver otra vez a su padre. Conrado y algunas hermanas se opusieron. Julián, amenazante, vociferó. Tomó las manos del muerto para besarlas. Uno de los funcionarios de la sala fue a separarlo, pero Julián, con un movimiento rápido, sacó el cuerpo de la caja. Lo cargó como si fuera un muñeco enorme. Julián le decía que no se fuera, que no lo dejara, y reprochaba el asesinato en medio de las lágrimas. Pedro, entre asustado y sonriente, presenciaba la despedida. Su madre logró apaciguar a Julián. Y los dos hombres le quitaron el cadáver para colocarlo en su sitio.

Con alguna claridad, Pedro percibió la dimensión del problema. Porque el problema no era tanto la muerte, sino cómo se había producido. Quién iba a imaginar que un hombre como el doctor, distante de los conflictos de una ciudad que crecía aparatosamente, que vivía adolorido por traiciones íntimas, hubiera sido asesinado. Lo que esperaban todos era que acabara sus días por el alcoholismo, o a causa de los pulmones estropeados por el cigarrillo. Pero he aquí que este hombre, el más infortunado de todos, incapaz de suicidarse porque su credo religioso o su cobardía se lo impedían, que esperaba la muerte sin mayores ilusiones, se había topado sorpresivamente con los milicianos de una guerrilla. Sin embargo, ¿se podía hablar de sorpresa en una ciudad como Medellín y sus municipios colindantes? ¿Se podría asegurar que cualquiera de sus habitantes estaba exento de una muerte impía? Su padre había sido asesinado, y esto tenía una significación descomunal. Quería decir que toda su historia —su pasado, su presente, su futuro— estaría marcada por la injusticia. Aunque esa injusticia estaba cimentada en una paradoja. Unos guerrilleros, que luchaban por una causa de igualdad social, habían matado a su padre. Era como si un hogar, más o menos protegido por la suerte, hubiera sido ultrajado por la historia de una región. Pedro no podía apreciar muy bien el sentido que tenía ser hijo de un asesinado. Por ahora solo reconocía el

aturdimiento.

El doctor había vacilado en ir al consultorio esa mañana. Su estado de alcoholismo llegaba a tal límite que necesitaba tomarse dos tragos dobles de aguardiente para detener el temblor del cuerpo. Se levantaba exhausto, prendía un cigarrillo, y desde ahí pasaban cuatro cajetillas hasta que entraba al sueño en medio de ataques de tos. No comía casi nada. Estaba demacrado y le arremetían continuamente deseos de llorar. Su clientela había disminuido notablemente. Su esposa le dijo que se quedara. No valía la pena ir hasta el consultorio para atender uno o dos enfermos. Pero el doctor poseía una convicción, mezcla de responsabilidad moral y exigencia hipocrática, que lo obligaba a trabajar todos los días, incluidos los domingos. Hacia el mediodía su esposa lo ayudó a vestir y pidió el taxi. Al montarse el doctor, la mujer le dio su última bendición.

El consultorio quedaba a dos cuadras del parque de Bello. En la tarde, el doctor atendió a una pareja de campesinos de Girardota. Eran sus pacientes desde hacía años. Ellos le pagaban con vituallas. Habían llevado un pequeño costal con cidras, plátanos y papas. El doctor las recibió con gratitud apesadumbrada. A las cuatro, fue a tomarse el tinto con uno de sus vecinos. La distribuidora de cervezas estaba algunas casas más allá del consultorio. Su administrador fue quizás el último amigo del doctor. Era un hombre jovial, rollizo, que recitaba de memoria poemas del *Romancero gitano* de García Lorca. Todos los días, a esa hora, se tomaban un tinto. El doctor iba a esa pequeña ceremonia de la amistad porque el amigo le escuchaba sus quejas y le tranquilizaba con sus declamaciones.

Entonces los vio desde la entrada de la distribuidora. Eran dos hombres encapuchados que forcejeaban con el administrador.

—¡Me están atracando, doctor! —gritó.

Y el grito fue como una orden. Al doctor, que tenía dificultades para caminar, le llegaron fuerzas para correr. Iba llegando al consultorio cuando

una mujer, que vigilaba afuera, disparó. Hubo un mordisco en su espalda y luego la oscuridad se le vino encima. Los tres asaltantes escaparon sin el dinero de la distribuidora. Para asustar a los transeúntes hicieron disparos al aire. El administrador salió de su oficina con la nariz ensangrentada y vio al doctor tirado en la acera. La bala había atravesado los pulmones, y este fue consciente de que, debido a su enfisema, no tenía escapatoria. Un taxi lo llevó a las urgencias más cercanas. Mientras agonizaba, un sacerdote le impartió el óleo sagrado. Conrado pudo llegar y, en medio de los afanes de la muerte, logró el perdón de su padre.

En el entierro empezó a llover. Las hermanas lloraron nuevamente delante de la tumba. Las oraciones de su madre sobresalían por encima de todas. Pedro escuchaba con exactitud lacerante los rezos. La tumba era la más baja del pabellón. El ataúd se introdujo y se puso la pequeña pared de cemento. Sobre su superficie se marcó el nombre del doctor y los años que limitaron su existencia. En los oídos de Pedro, de pronto, hubo como un descanso. De algún lado le llegaron los primeros compases del preludeo de *La Traviata*. Escuchó los violines, los silencios que pausaban el tema, su ascenso hacia un fortísimo, el *pizzicato* que era un paliativo sutil pero también punzante. Iba a llorar, pero la garganta se le atoró. La familia, hacia el final de la tarde, se reunió en la casa. De un lado y de otro, entre café, bebidas aromáticas y tragos de aguardiente, fue esclareciéndose el accidente. Los atracadores se habían enfrentado, luego del asalto a la distribuidora, a un comando de la policía en los alrededores del parque de Bello. Dos agentes y dos atracadores murieron. La mujer que había asesinado al doctor pudo escapar.

## Cenizas

Un palpito raro marcaba su fuero interno. Aunque todo sucedía en una dimensión lejana a su persona. A veces miraba de hito en hito, y el doctor caía ultimado por el disparo. ¿Esa imagen era su padre? Si no lo había reconocido en el ataúd, ¿cómo hacerlo con una fantasía de su mente? En otras ocasiones, al dormir, lo asediaban los diversos significados del crimen. La circunstancia adquiría visos de ofuscación y un caudal de impresiones lo cubría. Pedro se acostaba boca arriba esperando que el sueño llegara. Lo que lo asediaba, sin embargo, eran el empujón de Conrado en la sala de velación que se fundía con el del simio, palabras que resonaban en sus oídos, Julián cargando el cadáver, el sollozo de sus hermanas. Emergían rostros de facciones confusas, pero todos poseían la mirada desamparada del padre. En algún momento se le instalaba una desazón en el pecho. Respiraba fuerte para que la asfixia disminuyera. Creía cargar una bola de gran densidad, una especie de planeta diminuto capaz de reunir el peso de varios universos. Pudiendo cambiar de posición en la espuma, se quedaba con los ojos cerrados, y al cabo de los minutos una impresión de liberación lo embargaba. Con todo, era una sensación ilusoria porque descubría, vigorizada, la llaga del agravio, la mácula que marca por siempre a la víctima.

De camino a Tunja, pasó la noche en Bogotá. Manuela lo recibió en su cuarto. Ambos se dieron cuenta de que un consuelo, ante la desolación de la muerte, era el sexo. Lo hicieron varias veces, callados pero con intensidad multiplicada. Manuela esperó, en medio de esa ausencia de palabras, a que Pedro llorara en los descensos del éxtasis sobre su vientre. Pero él se encogía

en las cobijas, daba la espalda, indagaba en las tinieblas y al rato la buscaba. En el desayuno se tocó el tema de la identidad de quienes habían matado a su padre. Eran de una brigada del ELN. Manuela preguntó si estaba seguro de esa versión.

—Eso dijo la policía —contestó Pedro—. Conrado se entrevistó con ellos. Es más, alguien fue a la farmacia para decirle del paradero de la asesina y que esa muerte no le costaría mayor cosa.

—Y tú, ¿qué piensas?

—Le dije a Conrado que no valía la pena mancharse con más crimen.

El maestro Zabala, en nombre de la escuela, ofreció las condolencias. Cadavid se cruzaba con los compañeros y estos o lo abrazaban o le daban la mano. Él sonreía con timidez, mirando hacia abajo, como si lo avergonzara el destino de su padre. Tuvo la sospecha de que retomar el ritmo de sus estudios musicales iba a ser arduo. Temía que le llegara una de esas abulias ingratas que sobrevienen en los duelos, pero Cadavid superaba los obstáculos con relativa facilidad. De hecho, los tormentos nocturnos, aunque fuertes los primeros días, fueron reduciéndose.

Como el deseo había aumentado, le pidió a Manuela que viniera a Tunja. Sin embargo, hubo un retraso en ese encuentro. Ocurrida la muerte del doctor, sobrevino el segundo cataclismo. Un grupo de guerrilleros del M19 se había tomado el Palacio de Justicia en Bogotá. Cadavid fue a comer a casa de Isaías Córdoba y, al llegar, se enteró de la noticia. Con su amigo se dirigieron a una tienda cercana. En una televisión, puesta en un estante, vieron las imágenes. Los mandos del ejército decidieron asaltar el aposento de la justicia colombiana que ya había sido atacado por la guerrilla. Vieron tanques, helicópteros, explosiones, humo salir del palacio. Las voces de los locutores eran exaltadas. Las imágenes, de repente, se interrumpieron. Los dos amigos se hallaron frente a un partido de fútbol. Isaías propuso que volvieran a casa. Allí pusieron el radio. Comieron escuchando las noticias. A cada rato,

Córdoba decía que al país se lo había llevado el diablo. La voz del jefe de la Corte Suprema de Justicia, prisionero en su oficina, se escuchó en un altoparlante. Pedía, en medio del fuego cruzado, detener los disparos de los cañones y las ráfagas de las metralletas. Solicitó desesperadamente que se estableciera un diálogo entre los guerrilleros y el gobierno. Pero el gobierno, en manos de los militares, no aceptó ninguna salida negociada. El presidente del país fue indiferente a los llamados de sus jueces supremos. En un acto inesperado, de cobardía o impotencia, su presencia se tornó invisible. El poder de los militares, de un lado y del otro, se adueñó de la coyuntura, y a lo largo de dos días se desplegó un horizonte de destrucción. El Palacio de Justicia ardió, y en su interior quedaron atrapados cadáveres carbonizados. Los grandes representantes de la justicia colombiana, civiles y guerrilleros fueron aniquilados con sevicia. Y uno de esos coroneles febricitantes dijo, en una entrevista, que el ejército, y él en su nombre, había salvado la democracia.

Pero ¿se podría pasar por alto el acto de los guerrilleros? Había sido, en efecto, una toma tan demencial como inútil. Un grupo de hombres y mujeres pretendían juzgar a un presidente y hacerle ver al país y al mundo que ellos eran los dueños del alto sitio de la institucionalidad colombiana. Y, en esa dirección, hacer arrodillar a todos, sin ningún riesgo, ante sus propósitos. La beligerancia del M19 estaba signada por un anhelo de probidad social que lo emparentaba con la figura de Robin Hood. Detenían camiones con alimentos y los repartían entre los menesterosos. Les hacían jugarretas a los militares robándoles las armas en sus propias narices. Sus líderes tenían semblantes atractivos —barbas tupidas, ojos azabaches, voces roncas— y sus arengas despertaban la adhesión. Pero dieron un paso en falso sin imaginar la bestia que despertarían, porque con esa toma los guerrilleros avivaron más el fuego de la retaliación. Fueron tan culpables como los militares oficiales de la calamidad ocasionada y terminaron asumiendo una de las caras del horror. A medida que pasaban los días, Isaías Córdoba, interpretando como una barbarie

los eventos del Palacio, se afianzaba más al sueño de su aldea. Su ideología estaba sesgada, es verdad, por un sentido de lo apocalíptico que, en ocasiones, rozaba las fronteras de la obcecación. Lo mejor, le decía a Cadavid, era largarse, esconderse, aislarse. Dejar que Colombia se arrojara de bruces en el fragor de sus luchas absurdas y abstenerse de participar en sus proyectos equívocos. Había que darle la espalda a un Estado fraudulento y a una insurgencia atrabiliaria para edificar el propio jardín. Cadavid, ante las presiones de su amigo, dijo que compartía esas inquietudes, pero solicitó un plazo. Aunque la incertidumbre reinaba por todas partes, había un norte: la escuela de música. Deseaba terminar su formación musical y le faltaba tiempo. Simplemente lo que pedía era un poco de espera.

Una de esas noches apareció Manuela. Cadavid estaba estudiando en un salón del tercer piso. Repasaba, con su voz de tenor, la obra de Berlioz. Para afinarse acudía al piano. Había prestado en la biblioteca un ejemplar del *Réquiem* porque quería analizar el pasaje donde las trompetas escalonadas tocan el juicio final. La partitura estaba abierta sobre el atril. Tocó los acordes del *Tuba mirum*, pero, inesperadamente, lo sitió el desánimo. Más allá de resolver algunas dudas de tipo armónico y orquestal, estudiar esa obra le pareció absurdo. Trató de sortear el desaliento, pero una mano acerada le oprimió el tórax. No era una impresión nueva. En los periodos de fatiga, o de crisis, el corazón se le aceleraba y una corriente de calor frío lo sometía. Y pese a que podía controlarlas, se le imponía un asomo de angustia y miedo. Para mitigarlo tomaba aire o leía el pasaje de un libro. Esta vez interrumpió el estudio, dejó las llaves colgadas en la puerta del almacén cerrado y salió de la escuela. Iba subiendo por la calle diecisiete cuando oyó el llamado.

Llevaban días sin hablar. Ante lo del Palacio de Justicia, Cadavid había llamado al inquilinato varias veces sin encontrarla. Ahora Manuela Cardona estaba delante suyo y, extrañamente, sin equipaje. Dijo que no venía sola: alguien estaba esperándola a poca distancia de allí. Cadavid puso cara de

consternación.

—Ven conmigo —dijo Manuela.

Por lo pronto, había que esconder al compañero que estaba con ella en alguna parte. Fueron a la dirección que tenían, pero nadie abrió la puerta. A Manuela, ante este imprevisto, se le ocurrió la casa de La Fuente.

—Es una sola noche —dijo.

Tomaron un taxi en la Plaza de Bolívar. El compañero era bajo y macizo y de una barba espesa. Escrutaba continuamente en dirección de la catedral y de las edificaciones coloniales. Con dificultad y cautela, pues cojeaba, se acomodó junto al conductor. Manuela viajó atrás con Pedro. Permanecieron en silencio durante el trayecto, pero ella le tomó la mano. En el radio sonaba, mal sintonizado, un vallenato.

Como tenían hambre, prepararon una changua. Cadavid sugirió que el hombre durmiera en su pieza, pero este se negó. Dijo que se acomodaría en la sala. Armaron un cambuche con unos cartones. Sin cobijas de sobra, el anfitrión pasó la chaqueta y unos buzos. En la pieza del segundo piso, y en tono de murmullo, Manuela explicó por qué estaban allí. El de abajo había participado en la toma del Palacio. La amistad lo unía a Urrea. Manuela se había prestado para acompañarlo hasta Tunja. El contacto que tenían era una mujer llamada Catalina Perdomo.

Perdomo vivía con su hijo, un niño de seis años, en el barrio San Rafael. Y fue él quien, al otro día, les abrió la puerta. Le gritó a su mamá que unos señores la buscaban. Perdomo los recibió con el ánimo radiante. Vestía un buzo de lana rojo que le llegaba hasta las rodillas, lugar donde se encontraba con el borde de unas botas largas de cuero. Era pequeña y vivaz. Tenía el pelo corto y negro, y nada en su cara de indígena cordial develaba a la facciosa. Al despedirse, el hombre, que seguía asustado y no paraba de fumar, dio las gracias. Catalina les dijo a los jóvenes que la de ella era su casa. En el tiempo que llevaba en Tunja, era la primera vez que Pedro escuchaba esa fórmula de

hospitalidad.

Yendo hacia la terminal, Pedro le pidió a su novia que se quedara unos días con él. Podían protegerse mutuamente. Sus alucinaciones nocturnas mermarían o quizás desaparecerían. Y Manuela, que había dado un paso para entrar en el centro del huracán, estaría más resguardada en Tunja. Pero ella dijo que no podía perder más clases en la universidad. Más bien —a ese acuerdo llegaron— él iría el próximo fin de semana a Bogotá.

Pedro esperó la partida del bus. Anochecía mientras ascendió a la escuela. En la puerta se encontró con Carlota Pijao. La estudiante de Armero siempre lo saludaba acompañándose con el canto de una melodía atonal. Luego alzaba la mano para que Pedro la golpeará con la suya.

—¿Estás enfermo? —dijo.

—Ando cansado.

—¿Nos tomamos una cerveza? Relájate un rato.

Cadavid dijo que estaba alcanzado con un estudio de Czerny. Carlota le hizo un puchero con la boca, pero no insistió. En cambio lo abrazó deseándole suerte. Siguió cantando, con su voz de soprano, y se fue en dirección a la Plaza de Bolívar.

Pero, sentado ante el teclado, a Cadavid le dieron las palpitaciones y, como un puñetazo, le llegó la imagen de su padre. Estaba en la sala de la casa de Laureles. En la radiola sonaban los acordes de la obertura *La fuerza del destino* de Verdi. La música envolvió el recuerdo. Una opresión, ahora insoslayable, se le instaló en el tórax. El doctor tenía los ojos cerrados. Silbaba, desafinado, la melodía del oboe. Papá, estás muerto y sigues atormentándome con tu música. Esa doble circunstancia, de la presencia y la ausencia, llenó a Cadavid momentáneamente de confusión. Vio al doctor parado al lado de la puerta del salón. El único espectro que había en la escuela, el que importaba de verdad ahora, era el de su padre. Como la cabeza se le puso caliente, Pedro decidió salir. Soplaba un viento íngrimo. Se

guareció en su chaqueta, introdujo las manos en los bolsillos e inclinó la testa para resistir la embestida de la lluvia. En medio de ella decidió caminar hasta La Fuente. Llegó empapado y se preparó una agua de panela. La opresión había menguado con la caminata y la lluvia. Se desnudó para meterse debajo de las cobijas. Estiró la mano y apagó la luz. De inmediato tuvo angustia. ¿Por qué existía la oscuridad?, ¿por qué la luz no prevalecía?, ¿por qué esa alternancia de todos los días?, ¿por qué la dualidad permanente del mundo? Esas preguntas lo asediaron hasta que el sueño llegó. Pedro Cadavid era de esas personas que antes de dormirse trajinan un camino de apariciones extrañas. Allí estaban los rostros grotescos, las anatomías deformes, los hondos pasillos que llegaban a un vacío temido. Cambió de posición. Bocarriba, las fantasmagorías se esfumaron, pero lo apretujó la impresión aquella. El peso de ese pequeño y concentrado astro encima de su pecho. Pero más que el pecho, era su conciencia la que estaba sometida al suplicio. Fue a gritar, pero solo exclamó un ay inaudible. Pensó en Schumann, como si estuviera buscando una consolación. Se dijo que era su hermano en esos martirios. La reminiscencia del músico actuó con rapidez porque Pedro logró adormecerse.

Creyó que había dormido horas, pero apenas pasaron unos minutos cuando despertó sobresaltado. Movido por una orden súbita, se vistió y salió. Había cesado de llover, y desde la altura de La Fuente la ciudad se veía cubierta de neblina. El cielo tenía un resplandor de aurora prematura. Las lindes del potrero, que había recorrido días atrás, surgieron enfrente suyo. Decidió recorrerlo otra vez. La radiación de arriba le permitió otear el camino. Solo se había adentrado unos metros y un dolor en el vientre lo doblegó. Las náuseas lo hicieron vomitar. Agotado por las arcadas, se acostó en el piso. Miró el cielo y dijo la palabra padre. Un llanto fue brotándole desde lo más hondo de sí. Las convulsiones lo sacudieron. Creía que iban a parar, pero las lágrimas y los estertores emergían una vez más. Cadavid era como un títere manipulado

por el dolor. ¡Hijueputa!, decía, ¡vida hijueputa! Pero entonces una cosa fría le tocó la cara. La impresión se repitió varias veces. Pedro abrió los ojos y algo, como una llovizna seca, le caía encima.

## Fantasmas

Tunja había recibido el coletazo de una erupción volcánica. La resequedad de las tierras había adquirido un matiz más yermo. Los bosques de Motavita y las colinas de Soracá se veían plateados. La orden del gobierno fue utilizar tapabocas y pañuelos, pero los niños, camino a sus escuelas, pateaban las cenizas del volcán creyendo que era una nieve rara. El maestro Zabala no interrumpió las clases en la escuela. En las pausas de sus estudios, algunos subían al tercer piso y columbraban el horizonte que tenía facciones de catástrofe y ensueño. Muchos pensaron que el viento de esas alturas sacudiría con prontitud esas huellas volcánicas. Pero, en vez de hacerlo, quedó paralizado y se dedicó, como los humanos, a contemplar la exhalación de la tragedia.

A la calamidad, sencillamente, se había agregado más calamidad. El nevado del Ruiz llevaba varios días lanzando cenizas y las localidades próximas, en estado de alerta, esperaban el desenlace de los hechos. Los científicos aconsejaron la evacuación de los lugares porque podría acaecer lo peor. Pero las autoridades no hicieron caso, y la orden que debía venir de esa presidencia inepta jamás vino. Quizás porque lo del Palacio de Justicia era muy reciente. Se imprimieron, es verdad, unos mapas de riesgo, pero la difusión no se realizó con eficacia. A la gente se le ordenó quedarse en casa y le dijeron que las cenizas eran inofensivas. El volcán había explotado esa noche, y con la erupción se descongeló una parte del glaciar. Un gran pantano se precipitó hacia el valle. Las quebradas, que en tiempos normales eran nimias, crecieron en cuestión de pocas horas. Uno de esos cauces se agigantó escandalosamente

y despertó la furia de una represa cercana a Armero. En pocos segundos sus miles de habitantes fueron aniquilados por las aguas, las rocas y el barro.

Estamos atónitos ante la rabia de la naturaleza, dijo Zabala. Y la torpeza del gobierno vuelve a ser ejemplar. El coro escuchaba la alocución del director, mientras miraban en sus pañuelos y mascarillas la mácula del aire. Zabala dijo también, con rostro abatido, que la escuela estaba de luto. Carlota Pijao había perdido a su familia. La avalancha había arrastrado las casas, con sus abuelos, padres, tíos, hermanos, sobrinos. Los coristas buscaron con sus miradas a la estudiante, pero Carlota no estaba. Cadavid había ido a su estudio, situado cerca de la iglesia del Topo. Zabala, que era su vecino, también fue, pero no supieron decirles de su paradero.

Noches después, la mujer ingresó al ensayo del coro con la carpeta del *Réquiem* de Berlioz bajo su brazo. Vestía un traje negro que cubría el cuerpo entero. Una pátina blanca sobre la cara la hacía ver como una piedra endurecida. Sin dirigirle la palabra a nadie, cantó los fragmentos. Cadavid la abordó, pero, como a los demás, ella lo desdeñó. A veces, Pijao aullaba su dolor en el auditorio de la escuela. Pero ni siquiera Josefo, que despertaba por los lamentos, iba a ver qué pasaba. El llanto de Carlota era, sobre todo, de indignación. Muchas de las víctimas del volcán se habrían salvado si las autoridades hubieran reaccionado a tiempo. Pijao no acababa de maldecirlos, al presidente y al gobernador. Este último no había atendido las llamadas del alcalde de Armero, que solicitaba una evacuación inmediata. El gobernador estaba vivo, ocupando su cargo, oculto a los reclamos, mientras el segundo yacía sepultado por el pantano.

Cadavid jamás la vio, pero se decía que Carlota salía de la escuela y caminaba por Tunja hasta el amanecer, como una llorona urbana que, en vez de gemir, cantaba por los suyos. En su apartamento había urnas cuyo contenido era un barro lóbrego. Cada una poseía un nombre y unas fechas y por años sería el pequeño camposanto de Carlota. De nada valieron, en todo caso, las

súplicas para que continuara sus estudios en la escuela. Zabala quiso convencerla, incluso sabiendo que su dolor urgía de circunstancias que Tunja jamás podría darle. Una vez, Cadavid habló con ella. Fue a la salida del coro. Le pidió que se quedara hasta el estreno de la obra de Berlioz. Carlota aceptó y después se largó de Tunja. De su rastro nunca se tuvo noticia. Prometió, promesa imposible de cumplir en un país como Colombia, que llevaría a la cárcel a los culpables de esa desgracia en la que la naturaleza había sido, quizás, la principal responsable.

Buscando el rastro de ese duelo, con el pañuelo protegiendo su respiración, Cadavid se topó con el otro fantasma. Sucedió en la entrada de la cigarrería Maiporé, a unos pasos de la Esquina de la Pulmonía. Al ver que Pedro se aproximaba, el hombre se amedrentó y lanzó su mano a uno de los bolsillos de su abrigo. Luego lo reconoció y bajó la guardia sonriendo con pena. Cadavid aceptó el brandy y, más tarde, caminaron en dirección a Las Nieves. El hombre del Palacio tenía tapabocas y boina y se había quitado la barba. Cadavid se dio cuenta de que desconocía su nombre y se lo preguntó.

—Digamos que me llamo como usted —dijo.

—¿En serio?

—Es el alias.

—Creía que ustedes eran más imaginativos.

—En estas lides, lo más indicado es ser simples.

Mientras caminaban, hablaron de Manuela.

—Tal vez la vea este fin de semana, si no se acaba el mundo —dijo Cadavid.

Llegaron a la iglesia de Las Nieves. Allí vieron a la mujer.

—Esperémosla aquí —dijo el hombre.

Catalina Perdomo los saludó con regocijo. Tomaron un taxi, bajaron por la Avenida Maldonado y se dirigieron a La Fuente. Pedro les dijo que no se molestaran, que podía caminar desde Hugolino. Pero Perdomo, haciendo

alarde de su profesión, dijo que ascender esas lomas con las cenizas no era recomendable. Se divirtieron imaginando una epidemia, provocada por un supuesto virus transmitido por la erupción, capaz de aniquilar a la ciudad. Se preguntaron de qué virus podía tratarse. El hombre propuso el virus de la amnesia. Todos se rieron, hasta el taxista, al comprobar que por ese virus Colombia jamás moriría. Estaba ya invadida y era totalmente inmune a él.

## Palacio

Fuimos treinta y cinco los que entramos, dijo. No sé cuántos salimos. Tal vez soy el único que está vivo y puede contar la historia. El hombre chupó el cigarrillo con fruición. El humo fue una flor y fue una ameba y también fue una máscara temible. Pero la mía, continuó, y la de los demás sobrevivientes, no es la historia verdadera. Solo es una aproximación. La verdadera es la que nunca será dicha porque quienes podrían contarla han desaparecido o están muertos. Aunque aquí está el meollo del asunto. ¿Los muertos o los desaparecidos tienen voces? Muchos piensan que no. Yo, al contrario, creo que las tienen y puedo escucharlas. ¿No me cree? A quienes les he dicho que puedo oír la voz de los muertos ponen la cara que usted ha puesto. Una vez se lo conté a un compañero. Me aconsejó que fuera donde un psicólogo, que tomara pastillas, que lo que necesitaba era descansar. Pero lo que se debe hacer para calmar esas voces es orar. ¿Usted ora? Como no hubo respuesta, el hombre aspiró y expulsó el humo. Ahora se modeló un sistema de montañas, de planicies, de cráteres. Algunos, siguió, se quedaron cerca para ayudarnos a entrar y salir del Palacio. Lo primero fue fácil. Un grupo de siete, vestidos de civil, se ubicó en los sitios previstos. Nos dieron el aviso de que el resto podía actuar. Fuimos en tres vehículos y entramos por la puerta del sótano. Dos guardias de la vigilancia privada se nos atravesaron. Cayeron sin haber tenido tiempo de acudir a sus revólveres. El Palacio fue nuestro, o al menos eso pensaba yo mientras subía las escaleras para buscar las oficinas de los magistrados. Jamás sospechamos lo que se nos venía encima. El hombre se inclinó y se tomó la cabeza con las manos. Estuvo un rato mirando el piso.

Creo que no he salido de allá, dijo. Siento que todavía estoy viviendo ese infierno. Yo sé que ahora estoy en Tunja, escondido en esta casa. Que puedo salir, descender de este barrio, caminar por la Plaza de Bolívar, hablar con usted. Pero todo es como un espejismo. Pasarán años, y ni los jueces, ni los empleados, ni los visitantes, ni nosotros, que planeamos la toma, podremos salir de ese maldito Palacio.

¿Sabe cómo es? El hombre entornó los ojos. Los puso blanquecinos como si estuviera capturando el espacio. Es un rectángulo de cuatro plantas. Una figura geométrica imponente pero desabrida. Un recinto propio para albergar la justicia de un país como Colombia. Luego de los primeros disparos, nos apoderamos del lugar, aunque no pasó mucho tiempo. Pronto los militares llegaron. Conocían nuestro plan. Nosotros también nos enteramos, unas horas antes del operativo, de que ellos sabían. Pero estábamos preparados y nos lanzamos al despeñadero. Lo hicimos sospechando que la suerte estaba de nuestra parte. La tuvimos en el robo de la espada de Simón Bolívar. La tuvimos en el robo de las armas del Cantón Norte. La tuvimos en la toma de aquella embajada atestada de diplomáticos. Esta vez, sin embargo, las cosas fueron distintas. Poseíamos, eso sí, la certeza de que íbamos a enjuiciar al presidente. Creíamos que haríamos historia, y sí que la hicimos a un precio espeluznante. Al entrar, cada uno de nosotros se ubicó en su sitio. Ante la presencia de la policía, hubo un rápido cruce de balas. Eso era predecible. La policía de este país no vale mayor cosa. Al rato llegó el ejército y sus tanques comenzaron a disparar. En vez de defender los valores de la justicia, los soldados tenían orden de atacarlos atacándonos. Yo formaba parte del grupo que estaba con los magistrados. Nos escondimos debajo de los escritorios y nos bastaron unos segundos para saber que los cañonazos acabarían con nosotros.

La oscuridad se instaló. Al ruido de las metralletas y los cañonazos se unió el de los helicópteros. Sobrevolaban el Palacio y sus hélices sonaban como

una matraca. Supusimos que de ellos bajarían a la terraza hombres del ejército, pero no sé. Si así fue, nunca los vi. Le pedimos al gran magistrado de la Corte Suprema de Justicia que hiciera llamadas a los mandos del gobierno. Solicitamos que pasara el presidente, pero este nunca contestó. Si hubo alguien desvanecido en esos días fue ese señor. Dijo, ante las cámaras y culminados los episodios, que todo había sido responsabilidad suya. Que estuvo al frente de todas las acciones. Que su única misión fue proteger las instituciones democráticas. El presidente, por supuesto, es un pobre diablo. Poca cosa para levantarse sobre las ruinas del Palacio. Siento, si es que el sentimiento de un hombre acorralado sirve de algo, compasión y desprecio por él. Cuando lo veo, envejecido prematuramente, con su voz achicada por la vergüenza y sus ojeras profundas, deduzco que a ambos nos ha tocado llevar sobre las espaldas esta desgracia. La diferencia es que el presidente nunca dirá nada. Él representa a los vencedores y ellos no lo dejarán acudir a la verdad. En cambio yo puedo decirle al menos a usted lo que pasó. El hombre miró a Cadavid. Era evidente que más allá de él, sus ojos estaban fijos en otra imagen, más distante y más etérea. Los militares, continuó, nos hicieron subir a los últimos pisos del Palacio. Los tanques destruyeron la puerta principal y entraron. El supremo magistrado pidió varias veces que cesara el fuego. Con voz estable solicitó un diálogo que nos salvara a todos. Los cañonazos, en cambio, redoblaron.

Más tarde hubo una explosión. Los disparos provenientes de la azotea, los tanques apoderados del primer piso, las llamas desatadas nos arrojaron a los baños. Estábamos con los rehenes. Nuestro comandante quería negociar. Al darnos cuenta de lo improbable de esta pretensión, ante la arremetida de las fuerzas armadas, él decidió que allí habríamos de pasar la noche. Usted no sabe cómo le doy vueltas a ese concepto de “noche”. Ojalá fuera un asunto del movimiento del planeta. Una lógica y justa repartición de la luz y la oscuridad. Porque cuando se ha pasado una noche en los baños del Palacio, esa palabra

cambia completamente de sentido. Desde que pude salir de allí, y me involucré en la fila de los civiles y me escondí en la ambulancia, no he pasado un solo instante sin poder desalojar la convicción de que estoy atravesando una pesadilla. Es como si sintiera que, pese a la luz que llega cada día, estuviera opreso en una urna. Como si tuviera la noche, pero no cualquier noche, ni mucho menos la noche que nos sobreviene cada doce horas, impregnada a mi ser.

Pero ¿cómo explicar lo del olor? Había una chamusquina en el aire. ¿Usted sabe lo que quiero decir con chamusquina? Me refiero al olor de los libros quemados, de los animales quemados, de los hombres quemados. El hombre se olió las manos, el pecho, los sobacos. Se acurrucó para olisquearse las rodillas y el sexo. Sacudió sus ropas para hallar el olor que buscaba con desesperación. Dijo que a eso, a chamusquina, seguía oliendo. Y ese olor, siguió, está asociado a varias imágenes. Recuerdo que al pasar del baño del segundo piso al del tercero miré hacia un lado. ¿Sabe qué encontré? El cuerpo mutilado de una mujer. A su lado, una paloma y una rata se disputaban un intestino. La visión fue rápida porque una granada explotó y mi visión se despedazó. Esa noche, por un lado, es un asqueroso humo universal, por el otro, un paisaje destruido. Y, en medio, el olor de la chamusquina invadiéndolo todo.

Y están los baños. Estrechos y sombríos. Atravesados por la pestilencia de los excrementos y el ácido úrico. Ideados para que quien los use imagine, mientras evacúa su porquería, de qué dependen sus actos. Allí, lo repito, fuimos con los rehenes. Eran magistrados, gentes relacionadas con la jurisprudencia, civiles que habían ido al Palacio a toparse con la muerte. Porque, poco a poco, todos fuimos muriendo. Los disparos, las granadas, los morteros llegaban de un lado y de otro. En vano clamábamos para que parara el fuego. Las personas, en esos baños hediondos, se tapaban las orejas, se encogían como fetos, lloraban, rezaban. Y el susurro de esas oraciones será el

último trozo de voz que escucharé. Se lo juro, antes de que me muera, o me maten, aunque sé de alguna manera que hace días estoy muerto, evocaré esas voces que nos ayudaron a morir, o a resistir, o a huir de ese fin escatológico elegido. Los rehenes rezaban el Ave María, el Padre Nuestro, aquella jaculatoria del Creo en Dios, padre todopoderoso. Esas oraciones me atormentan. Y es un tormento que tiene que ver con mi escepticismo. Los seres humanos somos incorregibles. Creemos en la vida, en la luz, en la esperanza, sabiendo que alrededor se nos grita, y estruendosamente, que todo lo que nos circunda está forjado por las tinieblas y la muerte.

Quien nos comandaba se apiadó. Dejó que salieran algunos rehenes. ¿Cuánto tiempo había pasado? No tengo idea. Con ellos salimos algunos de nosotros. Nos quitamos los aparejos militares y logramos mimetizarnos. Una voz me ordenó sobrevivir para contar la verdad. Quién sabe si podré hacerlo. Quién sabe, además, si poseo esa verdad. Algo me dice que me encontrarán aquí o allá. Cuando salí, y delante de los militares que nos ordenaban seguir en dirección a la casa de la esquina, yo no levanté los brazos. Hice lo que hacía la señora de adelante. Como ella, me quejaba de un dolor. Yo tenía las ropas desgarradas, la cara tiznada, el pelo revolcado. En la Casa del Florero había varios grupos que esperaban las órdenes de los militares. Unos los mandarían a salas de interrogatorios, a cárceles, a descampados donde los esperaba una bala en la cabeza y la fosa común. Esa casa museo, en medio de su calculada organización, fue más pavorosa que el Palacio. Yo me doblé de dolor y mostré a una médica mis heridas. Ella me miró. Me tomó de la mano y me llevó a la ambulancia. De allí fuimos a un hospital. En el camino, le pedí que me dejara ir si quería salvar mi vida. Fue un diálogo de pocas palabras. Esa mujer, no sé por qué, me creyó. Si ambos hubiéramos sabido lo que me esperaba, ni yo le hubiera pedido la vida, ni ella jamás me la hubiera dado.

## Perdomo

El hombre del Palacio desapareció. Nadie supo precisar su destino. Las versiones eran muchas. Una lo lanzaba hacia las tierras de Arauca. Otra hacia los suburbios del sur de Bogotá. Otras hacia Villavicencio y después hacia los llanos y la selva del Amazonas. Otra lo ubicaba en Cali, en Pasto, en pueblos limítrofes con Ecuador. En una más, el hombre se perdía entre los montes de Urabá y Panamá. Esto sucedía en caso de que hubiera sobrevivido en la clandestinidad. Lo más probable, empero, era que su suerte fuera aquella que se repetía, una y otra vez, por toda la extensión del país.

Perdomo se sintió extraña. Era la extrañeza, mezcla de expectación y miedo, suscitada por las persecuciones premeditadas. Esta vez a ella no la habían tocado, pero fue como si una bestia, cauta y silenciosa, hubiese entrado en su casa para dejar un olor nauseabundo. Supo de esa desaparición y pensó que no demorarían en venir por ella. Previendo la repetición de lo que alguna vez sufrió, dejó a su hijo donde unos familiares, y avisó a varios amigos de la futura represalia. Pensaba que quizás resistiría una vez más los embates de la tortura, pero cuando evocaba al hijo sus fuerzas menguaban.

Perdomo había prestado su casa, años atrás, para las faenas de la subversión. Estaba localizada en el barrio Suárez Rendón. Allí se reunía una pequeña célula guerrillera. El dirigente era su amante, y los demás miembros provenían de sectores universitarios. Sobre la mujer cayó la responsabilidad de gran parte de lo que hacían. Los demás lo habían decidido sin mayores rodeos. Perdomo asumía este riesgo porque de todos era quien menos despertaba sospechas. La profesora provenía de una respetable familia

conservadora de Tunja, y a nadie se le hubiera ocurrido establecer vínculos entre una persona tan decente y una sediciosa.

Su trayecto profesional, empero, permitía esperar este tipo de insumisiones. Había hecho la primaria y el bachillerato con monjas, en Chiquinquirá y Tunja. Después estudió enfermería en una institución privada de Bogotá. El trabajo lo encontró, finalmente, en la universidad pública. Su labor de enfermera no tenía mayor relación con los hospitales, sino que se realizaba plenamente en la enseñanza. Perdomo era como una trabajadora social con una excelente preparación médica. Rápidamente comprendió que la universidad significaba una oportunidad única para ayudar a los demás. Y los demás no eran solo sus estudiantes, sino el pueblo que, entre la incuria y la indigencia, habitaba los barrios menesterosos de la ciudad.

Era incansable en la faenas de la prevención. Vacunaba gatos y perros contra la hidrofobia. Se esmeraba para que la gente entendiera que en la mugre había una fuente inagotable de enfermedades. Se ocupaba de los niños y las mujeres abandonados por sus hombres, para que no zozobraran ante las epidemias. Sus grandes enemigas eran la fiebre tifoidea, el sarampión, la viruela. Entre la indignación y la dulzura, explicaba a esa humanidad aporreada la necesidad de respetarse a sí misma. Y como la pequeña mujer tenía rasgos muiscas, no vacilaba en abrazar a sus enfermos, tan descendientes de los indígenas como ella, y celebrarles su existencia. Pero Perdomo tenía episodios de desaliento. Estos se revelaban, con todo el poder de su desventura, cuando niños de pocos meses se le morían de diarrea y vómito en los brazos. Había en su fe, de todas maneras, algo que pertenecía al dominio de lo indestructible. Su noción de la solidaridad se acompañaba de explicaciones certeras. De caminar saltarín y voz de niña traviesa, Perdomo poseía una percepción singular de los problemas sociales. Para ella había, simplemente, una clase política inepta que debía desmontarse a como diera lugar. Esos personajes, que se sucedían unos a otros como si fueran parte de

una familia inacabable de ilustres segregacionistas y corruptos infaustos, eran los responsables de los males colombianos. La experiencia de Cuba la llenaba de orgullo y en las paredes de sus casas o apartamentos había un lugar para Fidel Castro y otro para el Che Guevara. Por tal razón, al hacerse públicas las primeras incursiones del M19, y saberse que sus miembros venían de sectores acomodados y pudientes, decidió entrar a sus filas.

La célula se reunía para leer y preparar algunos operativos. Uno de ellos, el más extremo, fue robar unos revólveres a la policía de Sogamoso. No lo hicieron en Tunja, porque la ciudad era como una fábrica de militares, sino en esa localidad más o menos cercana donde el comercio y el contrabando proliferaban. El operativo se efectuó sin mayores problemas. Pero Perdomo y sus compañeros no se dieron cuenta de que la persona que les había alquilado la casa, y que vivía en la parte inferior del inmueble, era un empleado del DAS. Sucedió el robo de las armas, los soldados allanaron la casa a la medianoche y los detuvieron. Perdomo, desesperada porque la separaron de su hijo, se puso a gritar. Una mano le tapó la boca y la metieron en un carro.

A su amante lo apresaron y a ambos los mantuvieron separados por varios días. La enfermera estuvo en uno de los calabozos de la sede de la policía, y no la asesinaron porque los gritos lograron su efecto. La familia de Perdomo denunció la detención. La policía dijo que estaba arrestada por subversiva. Perplejos, todos protestaron por el equívoco. El sargento ignoró estas declaraciones, y con la propia enfermera, durante los interrogatorios, fue implacable. No la dejó bañarse. Ordenó que le dieran una comida roñosa. Sopas saladas, llenas de grumos, en las que flotaban cucarachas y gusanos. La amenazaba con su hijo. Llegó a decirle que también lo habían detenido, y que si no colaboraba debidamente, le harían daño. Perdomo, en vez de colaborarle al sargento, se ponía energúmena y lo llenaba de denuestos. El militar se le reía en la cara y le decía: profesora bandida, comunista de mierda.

Los soldados habían encontrado en la casa panfletos, capuchas, propaganda

subversiva. Su amante, para protegerla, confesó que todo eso era suyo y que él también había robado las armas. En la oficina del sargento, Perdomo pensó que su amante era un tonto, y quiso abrazarlo y darle coraje para la condena que se les venía encima. Finalmente, Catalina recibió a una de sus tías y pudo comer con decencia. Indagó por su hijo y pidió toallas higiénicas. Llevaba varios días usando un pedazo de tela de costal. A los días la llevaron al Barne, la prisión en las afueras de Tunja. El sargento la amenazó con las presas lesbianas. Se la van a comer viva allá adentro, guerrillera inmunda, dijo. Pero en la cárcel Catalina Perdomo pasó unos meses y nadie la trató mal.

## Berlioz

En Teusaquillo no le supieron decir nada de Manuela. Había dejado en la habitación unos libros y unas prendas de ropa que Cadavid recogió. Se negaba a reconocer que su novia también hubiera desaparecido sin dejar mayor rastro. En Medellín no estaba, o al menos no en la casa de Niquía. En Tunja, Perdomo le ayudó a buscarla. Creían que encontrarían a Urrea, pero se dieron cuenta de que el abogado también estaba escondido. Cadavid se esperaba en vano. Imaginaba que Manuela llegaba a la escuela para decirle que esta vez se quedaría con él. A veces compartía su desazón con los amigos de la escuela. Burbano lo invitaba al cineclub. Pasaban a la sazón un ciclo de cine y literatura, y *Don Quijote*, *Hamlet* y *Crimen y castigo* le prodigaron un mínimo consuelo. Restrepo le exponía sus proyectos de composición. Discutían sobre música contemporánea para piano, y en especial sobre una obra dedicada al agua que Restrepo quería componer. Isaac Córdoba, por su parte, lo sacaba de sus cavilaciones grises comentándole que ahora más que nunca había que meterle el hombro a la aldea soñada. Vámonos, Pedro, decía. La tierra nos espera. Pero Cadavid no estaba convencido. Irse para el campo equivalía a huir, y a pesar de la situación del país, estimaba que su deber era estudiar y enseñar música en la escuela. Tenía la impresión de que comprometerse con la aldea de su amigo, desconociendo el paradero de Manuela, era cometer un acto de deslealtad.

Una tarde lluviosa se topó con el maestro Zabala en la Plaza de Bolívar. Buscaron amparo en el Pasaje Vargas. Cadavid, con la aromática al frente, mencionó a su novia.

—Pero ¿está viva o no? —preguntó Zabala a rajatabla.

—Me dijeron que sí.

—¿Quién?

—Recibí un mensaje suyo.

—¿Y qué dice?

—Que tuvo que esconderse.

—¿Y no es suficiente?

Cadavid lo miró con sorpresa incómoda.

—¿Dónde cree que puede estar? —insistió Zabala.

—Tal vez cerca de aquí, o en Bogotá, o en Medellín. No sé.

Vieron pasar la gente corriéndole a la lluvia. Un locutor daba noticias trágicas en un radio. El sonido de la caída del agua era lo que prevalecía.

La escuela se concentraba, entre tanto, en la obra que montaba el coro. Berlioz era, por consejo de Zabala, el tema que impartía Cadavid en su clase de literatura musical. Habían escuchado, como preámbulo, *Los francos jueces* y *Waverley*, las primeras oberturas del compositor francés. Acaloradas, grandilocuentes, influenciadas por Méhul y Spontini, pero cargadas ya de un talento armónico y una potencia orquestal inauditos. Cadavid dedicó la primera sesión a los rasgos sobresalientes de la vida del músico. El mandato familiar de ser médico y su rebeldía ante esa orden. El premio de Roma que convenció a sus padres de que la carrera artística de su descendiente prometía. El descubrimiento de Virgilio, el descubrimiento de Shakespeare, el descubrimiento de Beethoven. Su autodidactismo, motivo de desprecio en el medio académico. El desinterés de París frente a sus universos sonoros desmesurados. Lo que dijo Rossini: que bien que este hombre no sepa de música, porque haría de la más mala. Lo que dijo Chopin, que era su amigo: su música merece la ruptura de cualquier lazo afectivo. Lo que dijo el consejero Zelter a Goethe: lo suyo son expectoraciones, estornudos, graznidos, vómitos. Los enamoramientos de mujeres mediocres que él presumía divinas. Y esa

mezcla de ser ahora un titán del mundo y enseguida un mequetrefe. Y los viajes a San Petersburgo, a Weimar, a Londres, donde fue aclamado. Y la dual experiencia que lo acompañaba siempre: beber la gloria y ser desdeñado por el éxito. La muerte de sus amantes y esposas, la de sus mejores amigos, la de su único hijo y, finalmente, la suya en París, que habría de conducirlo al cementerio de Montmartre como el gran compositor francés de esos años.

En otra sesión estudiaron la *Sinfonía Fantástica*. Afuera llovía sobre Tunja. Cadavid estaba desolado. El estómago lo tenía revuelto y la incertidumbre sobre Manuela le signaba el rostro. Le pidió a Leguizamón que pusiera la obra. Habló sobre el París musical de Berlioz. Del escándalo que fue el estreno de una sinfonía que le debía mucho a Beethoven, pero que daba un importante paso adelante. Paso que lo propiciaban las pesadillas de la razón, porque el Goya de los *Caprichos*, decía Pedro, era rastreable en la sinfonía de Berlioz. La *Fantástica* era el reflejo de las alucinaciones de un opiómano y lo fundamental en ella lo trazaba la urgencia de huir de realidades arduas. Pero la ensoñación como escape se cimentaba en un tratamiento audaz de la orquesta. El yo de Berlioz se metamorfoseaba a través de un conjunto de escenas donde lo irrisorio y lo sublime se fundían. Y el amor inalcanzable, característica del Romanticismo, actuaba en la obra como piedra de toque. Cadavid se detuvo en el concepto de idea fija. Esta pretendía ser una base arquitectónica que, en el fondo, funcionaba como una obsesión. Un segmento rítmico y melódico, sometido a todo tipo de variaciones, sobre el cual se levantaba una fortaleza sinfónica. Sin embargo, tal fortaleza era susceptible de deshacerse como una quimera. Lo que subyugaba en la *Fantástica* residía en su condición ficticia. Cadavid sabía, por supuesto, que toda música se definía por su naturaleza de espejismo. Nada en sus sonidos tenía que ver con la verdad. Nada era moral o ético o ideológico, aunque la moral, la ética y la ideología buscaran en la música su plena justificación. Su ser se erigía, más bien, como el máximo jerarca del significado no resuelto. Berlioz quería darle, no obstante, un

sentido a sus elucubraciones y afincarlas en la realidad. Por lo tanto, en el programa ideado para el estreno de la *Fantástica*, había escrito que su primer movimiento narraba las ensoñaciones y pasiones de un joven atormentado, que el segundo era un baile, que el tercero una escena bucólica, el cuarto la marcha de un condenado a muerte y el quinto una noche de orgía diabólica. Pero esta construcción musical y literaria se desmoronaba, como un castillo en el aire, mientras acontecía en el tiempo.

## La verdad

En Tunja comenzaron a circular unas listas negras. Líderes estudiantiles estaban amenazados por escuadrones de la muerte. Algunos se habían ido a Bogotá o a sus caseríos originarios desperdigados en Boyacá, Santander y Cundinamarca. Los dirigentes sindicales y los profesores de secundaria y universidad encabezaban esas listas. Catalina Perdomo también estaba allí. Todos debían largarse o les caería el castigo que merecían. Un jefe paramilitar, que gobernaba desde Puerto Boyacá, fue asesinado. La vindicta repercutió de inmediato en Tunja. La gente de la Unión Patriótica recibió el orden de resguardarse, pero no todos hicieron caso. Tres colegiales fueron a jugar fútbol a una cancha del Bosque de la República y allí fueron ultimados. Se organizaron marchas de protesta que partían de la universidad para desembocar en la Plaza de Bolívar. Pero a quienes las organizaban también los amedrentaron. Llegaban a sus casas y lugares de trabajo sufragios, llamadas telefónicas, cartas en las que insultaban y conminaban. Los ajusticiamientos no tardaron en llegar. Ocurrían en los barrios pobres. En esos potreros limítrofes, atravesados por las jaurías nocturnas, empezaron a aparecer los cadáveres.

Perdomo se fue con su hijo, pero le indignaba tener que esconderse. Ella aspiraba a la libertad, a moverse por donde le diera la gana, y no aceptaba la condición de huyente a la que querían obligarla. Dejó a su hijo en Cali, donde unos familiares, y regresó a su ciudad. Fue a través de ella que Cadavid recibió un nuevo mensaje de Manuela. Estaba oculta pero no podía decir dónde. Su mejor opción, explicaba, era salir del país. En la carta pintaba el

sol, la montaña, el ave de otros días, y decía que lo quería. Pedro Cadavid sintió una amargura consoladora. La mujer que amaba estaba viva, aunque más lejana que nunca. Pero ¿todavía la amaba? Se decía que sí para no derrumbarse del todo. Durante las noches, en La Fuente, rememoraba los íntimos encuentros, y lo hacía con amargor porque detrás de esa evocación había una vela cuyo fuego se apagaba sin remedio. Estaba suspendido en esa ambivalencia de la pérdida, cuando Perdomo le dijo que Manuela llamaría por teléfono otra vez. Esa mañana supieron lo de Urrea. Unos sicarios lo habían asesinado en la finca de Girardot donde estaba oculto.

Cadavid urgía de protección ante el creciente acorralamiento. Había leído, en alguna parte, la historia de Alma Rosé. Su celebridad como violinista no la había exonerado de su condición judía. Fue deportada a Auschwitz y se consagró por entero a dirigir una orquesta femenina en el campo de concentración. Rosé hacía los arreglos de los trozos operísticos y las canciones seleccionadas por sus verdugos. No cejaba en el empeño de hacer tocar perfectamente a sus músicos, casi todas neófitas en los instrumentos. La tarea de Rosé, su escudo en medio de una realidad ominosa, fue interpretar bien la música. Y las deportaciones, los trenes, las cámaras de gas, le parecían cosas lejanas. Morir no tiene importancia, decía, hacer música sí, ya que es lo único verdadero.

Y la verdad, en esos días oscuros, fue cantar a Berlioz. No se sabía muy bien quién había escogido la obra, pero los motivos de esa elección se comprendieron fácilmente. Se decía que Zabala, frente a la propuesta de cantar el *Te Deum* del mismo compositor, se había reunido con el director del Instituto de Cultura para decidirse por el *Réquiem*. Las dos obras eran difíciles de interpretar, tanto por su complejidad técnica como por la condición numérica exigida por la orquesta y el coro. Este tenía que nutrirse de otros, pues con el de la escuela no bastaba. Se emprendió el contacto con algunas corales de Bogotá, pero no se pudo establecer ningún acuerdo. Zabala

acudió a las diversas agrupaciones diseminadas en colegios, conventos y seminarios de Tunja. Logró que el de las Clarisas, que habían dirigido Adarbe y Escobar, obtuviera un permiso del arzobispo para participar. Convocó al orfeón del pueblo, fundado por Adarbe, cuyo repertorio eran obras de música colombiana arregladas por el flautista. Por último, invitó a varias corales de Villa de Leyva, Paipa y Duitama. La Sinfónica de Vientos, dependiente del Instituto, aportó los metales extras para la parte dedicada al juicio final. El estreno fue en la iglesia San Ignacio. El escenario se amplió para los músicos reunidos. Y en esa ocasión, Zabala no movió un dedo para que el *Réquiem* se transmitiera por televisión. Lo único que importaba era que lo tocaran y cantaran como si fuera un conjuro. Y con esa certeza lo hicieron.

## Réquiem

Berlioz sabía que la música se escribe en los papeles pautados, pero que su existencia real está en otra parte. Ahora bien, ¿dónde transcurre la música del *Réquiem*? ¿En los parajes de la muerte y la resurrección? ¿En los del sobresalto y la consolación? ¿En los de las tinieblas y la luz? ¿En los de la emoción que suscita toda obra si sus escollos de la interpretación son superados? El coro, esa colcha de retazos que reunió Zabala, realizó un esfuerzo supremo, ya que los padecimientos de los otros montajes se redoblaron. Nunca antes el maestro demostró, con tal variedad de actitudes, su pedagogía atravesada de altibajos anímicos. Se tomaba la cabeza con las manos, pisoteaba la madera del auditorio, resoplaba, insultaba, profería gritos. Y al corroborar que esa masa coral alcanzaba el nivel requerido, sonreía plácidamente, se explayaba en elogios, palmoteaba con suavidad a los tenores y bajos, besaba a las sopranos y contraltos. Hasta esto último hizo, solicitándolo con el mayor respeto, con las monjas del convento de Santa Clara.

Por el *Réquiem*, el más majestuoso de cuantos han sido compuestos, nadie había apostado cuando una orquesta reducida y un coro paliducho lo estrenó en la iglesia de Los Inválidos en París. A Berlioz, aunque era pesimista por naturaleza, lo acompañaba una energía indomable. Los tropiezos fueron muchos —obtener el encargo de la composición, conseguir los músicos, los utileros, los copistas, la tarima para los cantantes, el recinto para los instrumentistas y los oyentes—, pero la obra impresionó a ese público que solo se emocionaba con el *bel canto* italiano y los virtuosos del piano y el

violín. Berlioz irrumpió en ese horizonte como una voz sarcástica surcada de raptos mansos. Las directivas del Conservatorio de París y las de los teatros de ópera lo recibieron como una epidemia de los nuevos tiempos. Para ellos era un músico excéntrico al que jamás dejarían entrar a sus nichos académicos. Berlioz menospreciaba, además, el piano en su método de trabajo y, en cambio, se apoyaba en la guitarra, de la cual decía, siendo un aficionado, que era una excelente orquesta. Pero al *Réquiem* lo colmaban los aciertos. Estos sorprendían más si se era consciente de que había sido el producto de una labor creativa vertiginosa. Berlioz se sentía opreso entre la agitación y el desfallecimiento. Apenas esbozaba un trozo y el siguiente se develaba con nitidez sobrecogedora. Con todo, detrás de esa efervescencia, el *Réquiem* era la respuesta que un músico ofrecía a una serie de preocupaciones acústicas. La obra se escribió para resolver el problema de la sonoridad en un gran espacio. Y si en algo insistió el maestro Zabala, a lo largo del montaje, fue en ese aspecto. El coro de la *Gran Misa de los Muertos* es una entidad formidable, pero debe enfrentarse a una orquesta de proporciones parecidas. Y una cosa era ensayar en cualquier sala y otra hacerlo en la iglesia de San Ignacio. Allí se efectuaron varias pruebas para que los participantes supieran qué tipo de acústica confrontarían. Había que esperar entonces a que el eco de la música se diluyera en las naves dominicas, captar las sinuosidades del silencio para poder tocar y cantar. Zabala aconsejaba al coro, finalmente, imaginar que lo que iban a cantar era el alma, y la iglesia, el debido cuerpo.

Las prendas que se usaron fueron negras. A las monjas se les permitió cantar con sus hábitos respectivos. Carlota Pijao, por su lado, se vistió de blanco y nadie fue capaz de contravenirla. Cadavid había amanecido ese día con el ánimo convulso. Llevaba varias noches sin dormir bien y tenía sueños turbios. En el último de los ensayos generales había quedado extenuado hasta tal punto que se le ocurrió pedirle a Zabala la exoneración del compromiso. Pero imaginar la cara del maestro, y el recuerdo de Carlota Pijao, que cantó

durante la preparación de la obra sin derramar una sola lágrima, fueron razones suficientes para disuadirlo. El *Réquiem* duraba una hora y media, y Cadavid estaba seguro de que en ese tiempo se ponía en juego una circunstancia en la que el castigo o la salvación de los hombres se tomaban con tanto ímpetu que el equilibrio de un individuo podría doblegarse sin mayor problema. Por tal razón, él se consideró tan lábil que tuvo angustia de no poder cantar.

Hubo entonces un hondo silencio. El director y el tenor solista se ubicaron en el escenario. Al darse la señal con la batuta de que ese viaje al más allá iba a empezar, se desató un sonido de carpetas abiertas y una respiración garrafal se contuvo. A Cadavid le dio calor frío porque se dio cuenta de que su audición estaba alterada. Más allá intuía a un público que bien podía ser un selecto auditorio de Tunja o un país entero dispuesto a escuchar. Las manos del director bajaron y las cuerdas tocaron esa melodía que es una curva, extensa y afligida, asomada al vacío. La visión del abismo, pensó Cadavid. Y los bajos cantaron *réquiem*. Las otras voces se sucedieron. El descenso se pronunció más, pero —y en eso consistía la esencia de esta música— emergió de pronto el tono de la humildad. ¿Qué más puede hacerse ante la faz de Dios, sino asumir la conciencia de la pequeñez? El hombre no es más que una futilidad frente a la presencia del creador. Sin embargo, esa nadería tiene el valor de mirar la pavora y reflexionar sobre ella y clamar por su apaciguamiento. La orquesta se engrandeció con los metales. Una desazón sin límites lo circundó todo, y el coro se contagió de ese estado inevitablemente. Era como si se empecinara en igualarse con los designios de la música que, en esos instantes, definían el horror enfrentándolo. Una ráfaga de miedo se impuso, y en un pianísimo, con las cuerdas en *tremolo* y en *pizzicato*, las voces cantaron una vez más: “Señor, ten piedad”.

El *Réquiem* no es más que eso. Una petición de misericordia en medio de la borrasca. Berlioz, para transmitir esta oposición, recurrió a los modos. A lo

largo de la obra las tonalidades mayores son para Dios y su magnificencia y las menores para el ser humano y su fragilidad. Ahora bien, tal borrasca no es más que el juicio final. Este se presenta como una intuición lejana cuando inicia el *Dies irae*, aunque se torna contundente con los cobres, que suenan unos tras otros en el *Tuba mirum*. Y no es una sola trompeta la que despierta los sepulcros del reino, sino un conjunto de muchas al que se unen cornos, trombones y tubas. El juicio final se dibuja, primero, de manera instrumental. Son veinte compases durante los cuales las fanfarrias son un acabose organizado. Berlioz sabía que la música no es más que un mecanismo, el más certero, para imponerle objetividad al arrebató de la pasión humana. Luego los bajos se atreven a cantar en medio del cataclismo de los metales. Cadavid echó una mirada a sus compañeros y fue el principio de sus impresiones singulares. Córdoba, Restrepo, Cantaclaro y los demás eran criaturas fustigadas por la mirada de quien venía a juzgar a todos por cada uno de sus actos. Pedro sintió, incluso, una mano tremenda que lo reducía con el *tutti* de los metales y los timbales. Como si Dios recordara, a través de la orquesta, que aquel que tuviera oídos tenía que oír. Y Cadavid, esa noche, estaba oyendo en demasía. Parecía un oído gigantesco rasgado por un cuchillo de igual tamaño. El fin del mundo no es más que un escándalo total, pensó, y en su cuerpo hubo un latigazo de escalofrío. El coro, después de afrontar nuevamente el juicio final y recordar que cada uno de los hombres habría de responder en ese ajuste de cuentas definitivo, y que nada en la tierra quedaría sin castigo, se tornó quejumbroso. Tan solo fue capaz de susurrar la perplejidad que la muerte manifiesta antes de todo renacimiento.

De ahí en adelante, Cadavid se hundió en la alucinación. Era como una brizna zarandeada por un vendaval. Cantaba con los ojos abiertos y las naves de la iglesia se le venían encima. Seguía la música con los ojos cerrados y era peor, porque surgían imágenes grotescas, como esas que lo visitaban en las antesalas del sueño. Las extremidades de ellas manoteaban de tal modo que,

en el *Rex tremendae*, Cadavid creyó que iban a lanzarlo al vacío. Jamás se había sentido tan vulnerable ante la presencia de Dios. Creía que iba a condenarse sin remedio, cuando la música forjó frases de sosiego. Sudoroso, aunque con los pies fríos, se arrebujo en los sonidos como si fueran una sábana tibia. Empero, el tiempo hubo de acelerarse y se erigió una agitación que lo llevó una vez más a los bordes de la sima.

En el *Quaerens me* una quietud extraña se instaló. El coro cantó un perdón austero que fue tenido en cuenta. Pero todo era una pausa breve. Y así transcurrió el *Lacrymosa* hasta que la amenaza de la condenación volvió a expresarse. Los golpes de los timbales la reiteraron con violencia. Cadavid se sintió agotado. No tenía fuerzas para continuar padeciendo el trance, pero tomó aire y enfrentó lo venidero. Un acorde en si bemol lanzó a la orquesta y al coro al sitio de la total desesperanza, y los trombones moldearon el verdadero escenario del juicio final. Qué más podía hacer el coro sino refugiarse en la docilidad. Y, al iniciar el *Offertorium*, pidió, a modo de susurro, la liberación de las almas. Cadavid percibió entonces que las naves de la iglesia, por encima del público, se fueron llenando de sombras. Notó que descendían una tras otra e iban, en tanto transcurría la música, formando una muchedumbre. ¿Qué era eso?, se preguntó. El *Réquiem*, en vez de ahuyentar ese cortejo de figuras imprecisas, lo que hacía era convocarlas. Sostenido sobre la extensa sinuosidad de las frases de la orquesta, el coro seguía cantando, y la música iba aglutinando más y más sombras. Cadavid comprendió que ellas, reunidas en el templo de San Ignacio, estaban allí por un motivo. También percibió que afuera de la iglesia llegaban más. Y esa percepción era rara porque se producía a través de un ensanchamiento del espacio. Él, de súbito, vio la Plaza de Bolívar. La vio como si estuviera arriba de ella. La percibía vacía y rodeada de tinieblas. Pero un movimiento, en algún lado, le llamó la atención. Eran como siluetas que venían por las calles y desembocaban en la plaza. El coro, mientras tanto, oraba en el *Hostias* a

favor de los muertos. Sin saber dónde estaba, si en la tarima del coro o encima de la Plaza de Bolívar, o flotando en el cielo del altiplano, Cadavid escuchó al tenor solista entonar el *Sanctus*. Las voces de las mujeres respondieron angelicalmente. Es la fuga del *Hosanna*, se dijo Pedro. Y él, escindido, se observó y se escuchó, allá abajo, en la tarima del templo, acompañado por las cuerdas, cantando con los demás.

La coda de diecinueve compases del *Sanctus* podría ser una conclusión indicada para el *Réquiem*, pues culmina en la brillantez del trono de Dios. Pero su final es otro. El *Agnus Dei* empezó a sonar. Los acordes de tónica, dados por las cuerdas y los vientos, fueron delicados y también perturbadores. El coro dijo “Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo”, y los silencios, que separan los acordes sucesivos abrieron poco a poco unas altísimas puertas. Pedro divisó en el fondo un corredor ilimitado. ¿Falta más?, pensó. Y esa dimensión, cuyo contorno no lo provocaba el continente sino el contenido, fue modelándose con claridad. La *Misa* de Berlioz había sido una propuesta acústica, nacida de un encargo porque alguien importante en el mundo militar francés había muerto. En esa noche colombiana, sin embargo, actuó como un duelo. El coro clamó otra vez por el descanso eterno de las almas. El perdón debía caer, como un bálsamo, sobre el estigma de la saña, pero surgió por vez última la faz crispada de Dios. Porque el ser humano no entendía y entraba, bajo argumentos diversos, en la espiral del mal. Y el mal no es más que ser cruel con el otro. Acosarlo, provocarle dolor, asesinarlo. El coro volvió a solicitar misericordia y Dios aceptó su ruego. Las palabras *lux perpetua* comenzaron a irrigar el mundo. Los timbales y la orquesta preparaban el advenimiento del *amen* cuando Cadavid pudo verlos. Primero vio a su padre que comandaba ese desfile mortuorio. Enseguida vio a los muertos de los velorios de su infancia. Y vio a los otros. A los de su país golpeado por la impiedad. A los que habían sido torturados. A los que fueron asesinados con bala. A los que murieron por las bombas. A los descuartizados.

A los enterrados en las fosas comunes. A los sepultados por el pantano del volcán. Todos estaban allí. Como si fueran una criatura dolida y solitaria. Desprovistos de voz. Con las oquedades sin ojos. Varados en la orfandad de la nada. Y eran tantos que llenaban no solo la iglesia, sino las calles y la intemperie de Tunja. Provenían de los cuatro puntos cardinales y estaban allí para recibir un trozo de consuelo hecho de sonidos. Mientras fluían los *amen*, sostenidos por los arpegios de la orquesta, el peso que Cadavid cargaba, como un atlas magro, fue minimizándose. Las sombras, a su vez, se desvanecieron. El último *amen* ascendió al centro luminoso del sol mayor. Y los aplausos cayeron como una lluvia fresca.

## CAPÍTULO SEXTO

## Elefante blanco

El hombre entró a la escuela de música. Se detuvo para escuchar los arpeggios de los pianos y las escalas de los violines y los clarinetes. El día estaba despejado, pero hacía frío. Avechicho tenía puesta la ruana. Se veía más amarillenta que nunca, y un olor acre salía de su cuerpo. Ante el visitante, el portero se inclinó. Dijo sí, sumercé, indicando las escaleras. El hombre tenía la barba agrisada y los ojos de un azul intenso. Una bufanda ancha se le enrollaba en el cuello. El buzo de lana cruda, hecho por manos de artesanos, le otorgaba un continente de cálido respeto. Iba con una mochila y una boina le protegía la cabeza.

Se llamaba Jacobo Gaona. Había nacido en Tunja, estudiado economía en Alemania, y era profesor de la universidad pública. Sus pasiones se inclinaban hacia la filosofía, la literatura y las muchachas, que caían seducidas bajo su labia. Pero no solo poseía el don de la palabra, sino también una perspicacia mental que sorprendía en todas partes. Sus ancestros fueron herreros y Gaona, desde niño, les había ayudado en tales lides. Los trabajos ornamentales del padre signaban con elegancia sobria la ciudad republicana. Había enrejados suyos en los parques y en las mansiones de esa época. Pero fue su progenitor quien animó a Jacobo a que ingresara a la universidad. El oficio secular de la familia, de este modo, llegó a su término. Gaona hubiera podido quedarse en Berlín, o hacer que su destino se consolidara en alguna de las universidades de Bogotá, pero sentía apego por su lugar de nacimiento. Guardaba nostalgia por la Tunja de sus primeros años, y como ya no vivía en ella una clase culta y señorial, que había abandonado sus residencias

coloniales para radicarse en Bogotá, el profesor de economía denostaba contra la burocracia retardataria que en mala hora la había reemplazado.

Establecido de nuevo en Tunja, llevó a cabo uno de sus proyectos entrañables: conformar un grupo de lectura con colegas de la universidad. No fue arduo convencerlos para que el escritor y la obra fueran aceptados. Consiguió que se reunieran las noches de los miércoles para leer *Doktor Faustus* de Thomas Mann. El plan era turnarse de casa cada semana, pero Gaona terminó logrando que su apartamento del barrio Caribe fuera la sede de esos encuentros. Los motivos de la selección no fueron objetados. Todos aprobaron el reto de leer una novela tan larga como compleja. Había, sin embargo, un óbice. De los contertulios, ninguno sabía de música, y muchos pasajes del libro de Mann estaban urdidos por esta rama del conocimiento. Se mencionaron nombres que, eventualmente, podían servir de exégetas musicales. Pero nadie tuvo tiempo ni interés para hacerlo. Debido a esta circunstancia, el profesor Gaona buscó ayuda en la escuela de música.

Yamil le dijo que el director no estaba, pero como el almacenista se mostró cordial, Gaona comentó el motivo de su presencia. Yamil sonrió como si se le hubiera iluminado el alma e invitó al profesor a la biblioteca. Allí había alguien que quizás podría colaborarle. En el salón, un solo usuario estaba en las mesas. Pedro Cadavid leía un pasaje de la vida de Beethoven, el dedicado al testamento de Heiligenstadt, de Romain Rolland. Los dos se saludaron con simpatía y salieron al corredor.

Cadavid no supo bien por qué accedió. Estaba el encanto sin ambages que le había suscitado Gaona. Una gracia brotada no solo de su mirada azul y su barba docta, sino también de su hablar. Gaona lo tuteó de entrada y usaba el “ves” como muletilla. Pero también se podía decir que ese interés se enraizaba en el escritor de marras. Thomas Mann era uno de sus autores queridos y había avivado su atracción por Manuela. *La montaña mágica*, *Mario y el mago*, *La muerte en Venecia* los había leído con ella en los

primeros meses del noviazgo. Cadavid dijo no conocer la novela del Fausto. Dudó, como era su costumbre, de sus capacidades para explicar tópicos que podrían sobrepasarlo. Jacobo Gaona lo sacó de la hesitación. No somos músicos, dijo, pero amamos esa disciplina del espíritu y la sensibilidad. Y cualquiera de tus explicaciones nos servirá mucho. Cadavid consideró que con ese amor era más que suficiente.

El grupo ayudó a que el estudiante de música sorteara el desánimo de aquellos días. De la mano de Gaona y sus amigos, el panorama de Tunja se amplió considerablemente. En la escuela quedaban pocos jóvenes interesados en la literatura. Burbano había regresado al sur, porque el trabajo que le ofrecieron en una universidad de Pasto le permitiría emprender el rescate de los músicos del terruño. Córdoba decidió instalarse con su familia en Paipa, así estaría más cerca de la consolidación de su utopía comunitaria. Vivían de sus clases de música en escuelas y colegios, de la modistería de su esposa, del trío musical de sus hijos. Cantaclaro y sus amantes también se fueron, fustigados por el clima de Tunja y su estrechez tosca. Pero lo que había desencadenado esta nueva desbandada era otra situación.

La condición de la escuela se desveló cuando se graduaron los integrantes del grado superior. Rosario Castañeda y Montero, Manuel Vélez y Cumbiamba presentaron sus exámenes finales con calificaciones excelentes. Zabala escogía como jurados, para estas actividades, personajes célebres del mundo musical colombiano. Ya no era un secreto que, frente a la teoría, quienes pasaban por su escuela descollaban de manera impresionante. Pero quienes iban en busca de trabajo en otras ciudades tropezaron con un obstáculo: el certificado de estudios otorgado por Zabala no poseía ninguna validez. Mejor dicho, era nada ante el Ministerio de Educación. Esta circunstancia, increíblemente oculta, se hizo pública porque Castañeda y Montero pasó por una prueba indigna. Había sido la mejor de las candidatas para un puesto de profesora de teoría y piano en Barranquilla, pero la rechazaron por la nulidad

del certificado presentado. Los reclamos de Rosario alcanzaron los pasillos de la escuela, y Zabala se vio obligado a convocar una reunión con los del nivel medio. Dijo que la legalidad de la escuela, en efecto, no existía, pero se escudó en los esfuerzos que había hecho, hacía y seguiría haciendo para obtener la debida aprobación institucional. Aseguró, con una sonrisa esperanzadora, que esos documentos no demorarían mucho. Recordó que su propósito era crear una entidad donde el arte organizado de los sonidos fuera el motor y sirviera de base a un plan nacional de educación musical. Ese camino, observó, aunque escabroso, ya tenía sus cimientos. Marcial Burbano preguntó por qué no les había explicado antes la situación. Es injusto estudiar tanto y salir de aquí sin nada, opinó. Pero el maestro se escabulló con razones pragmáticas. Nunca era inútil estudiar música. Además, con lo aprendido en la escuela se podía entrar a cualquier conservatorio y homologar muchas de sus materias. La escuela, mejor dicho, no obstaculizaba, sino que agilizaba los buenos resultados. Pero lo paradójico de esta categoría más o menos ilusoria de la escuela, consistía en que Zabala obtuviera becas con facilidad para sus pupilos en la Unión Soviética. Y volvía a recordar que, si lo deseaban, los recién graduados podían viajar a Moscú y continuar sus estudios de especialización sin ningún traspie.

Cadavid recibió la noticia con cierta indiferencia. Le faltaba el último grado y estimaba que el destino suyo, al menos el más inmediato, no era un conservatorio colombiano, sino uno soviético donde pudiera continuar sus estudios de musicología. Zabala lo afianzaba en esa dirección. Habían dialogado sobre el proyecto de Cadavid, música y literatura en el Romanticismo, y ese horizonte los entusiasmaba con suficiencia.

## Tertulia

El apartamento de Gaona era cálido, no solo por los debates que suscitaba la lectura, sino también por la música que se ponía en el tocadiscos. El aguardiente se tomaba en copas, y una variedad de pasantes —maní, uvas, quesos, aceitunas— circulaban de mano en mano. Cadavid se avergonzaba cavilando, mientras se dirigía al barrio Caribe, que lo mejor de esas noches eran las degustaciones, aunque se cuidaba de no exponer su hambre permanente. La agudeza de los comentarios y el humor que los surcaba, la densidad del panorama social y cultural de Alemania que iba revelando Mann, le enseñaban a Cadavid los procedimientos de una obra literaria. *Doktor Faustus* era una de esas catedrales novelísticas que tenían en Víctor Hugo, Tolstoi y Dostoievski sus mayores precedentes. Pero lo deslumbrante de la obra era que sus columnas, los pórticos y las naves, sus torres con las agujas elevadas y sus fachadas sólidas estaban forjadas por la música.

Cada integrante preparaba un capítulo, lo exponía y traía consigo, si era el caso, las referencias musicales respectivas. Cadavid era el encargado de conseguir, con Leguizamón, las grabaciones de las obras en la discoteca de la escuela. En las sesiones eran frecuentes las preguntas lanzadas al más joven del grupo. Había capítulos que le correspondían por entero. Por ejemplo, aquel dedicado a las conferencias dadas por Wendell Kretzschmar, el pianista tartamudo, en la pequeña localidad de Kaisersaschern. Conferencias a las que asiste el adolescente Adrian Leverkühn, el protagonista, y en las que se desarrollan temas como la música y lo elemental, la notación musical y su poder visual, Beethoven y la fuga, el fin de la sonata para piano. Sucedidas las

explicaciones de esos pasajes, las discusiones se acaloraban. Uno de los temas más escabrosos era la relación entre cultura y barbarie. Porque el núcleo de *Doktor Faustus* apuntaba a ello. Es decir, a las maneras en que un compositor, educado en la añeja tradición teológica protestante y nutrido por las tendencias más sofisticadas de la música contemporánea de las primeras décadas del siglo XX, se convierte en el paradigma que expresa la decadencia extrema de una sociedad. Aquí intervenían los filósofos, los economistas, los abogados de la universidad para presentar sus análisis. Y estos conducían a que las civilizaciones estaban tan torpemente construidas y el ser humano era tan proclive al desequilibrio, que las más cultas terminaban siendo las más brutales.

A Cadavid se le ocurrió, en una de esas sesiones, invitar a Isaac Córdoba, que estaba de paso por Tunja. Frente al tema discutido, la decadencia del positivismo racionalista y el posterior triunfo de los fascismos —y Adrian Leverkühn se erguía como el prototipo artístico de esta debacle histórica—, Córdoba, que no bebía ni fumaba y apenas probó uno que otro pasante, pidió la palabra. Con una agresividad inesperada abordó el tema de las democracias liberales afincadas en la tecnología y las finanzas. Los contertulios escucharon, incómodos, su enardecimiento. La alienación de nuestros días es el consumo, comenzó diciendo Córdoba, y los oyentes supieron que estaba citando a un Marcuse superado. Pero se consideraron aludidos cuando Córdoba, creyente en las bondades del autodidactismo, atacó la educación universitaria que bendecía un conocimiento tan especializado como avaro. Ustedes, les dijo a los profesores, son los culpables del extravío de nuestras juventudes. Porque, en vez de enfrentar este sistema abominable que vivimos, se amparan en su posición de asalariados, y terminan tolerando lo intolerable y conviviendo con lo que atenta contra el equilibrio del ser humano. Al escuchar esas críticas, Cadavid se dio cuenta de su error. Había invitado a su amigo más para que escuchara a los contertulios y departiera con ellos sus

puntos de vista cordialmente. Lo que provocó, en cambio, fue que el utopista acometiera contra lo que más detestaba: la figura del profesor universitario que buscaba en la enseñanza no la proyección de un apostolado pedagógico, sino una mera vanidad del intelecto y un medio para conseguir la estabilidad material. Gaona esa noche guardó silencio y, con su mirada inquisitiva, escuchó hasta el final las especulaciones del utopista. Y el final, como era de esperarse, fue el planteamiento de una solución. La vía de cualquier subversión militar, concluyó Córdoba, había que descartarla porque su sino era adueñarse calamitosamente del Estado. La búsqueda del placer, estimulada por la sociedad de consumo, no quería decir la llegada a un puerto, sino el extravío en un océano de falsos delirios. En lo que Córdoba creía, y aquí se levantó y puso su dedo índice como signo de atención en la sala, era en el establecimiento de una serie de aldeas. Ellas deberían ser distantes de los discursos regionales, nacionales e imperiales. Su educación apuntaría no a la idea de competencia y producción de bienes materiales, típica del saber universitario actual, sino a la conservación de un vínculo armónico entre el hombre y la naturaleza. Pequeñas colectividades independientes y conscientes de que con la autosostenibilidad se podía erradicar el despilfarro de las economías estatales y el egoísmo pernicioso de la propiedad privada. Aldeas que obraran basadas en el respeto de la diferencia religiosa y sexual y rehusaran el control militar. Córdoba llamaba a su proyecto Comunidades de paz, y lo concebía como un manojito de grupos ajenos a cualquier imposición e instalados lejos de los centros urbanos. Esperaba que en un futuro tuvieran la fuerza necesaria para desmontar la torpeza de los gobiernos centralistas. Esa noche Córdoba se retiró temprano porque debía irse a Paipa. Gaona dijo, aprovechando su partida, que todo utopista era seductor pero inviable en la realidad. Es un sofista ingenuo, sentenció otro. Una proyección provinciana de una de esas fantasías arcádicas del pasado, aseveró un tercero.

Los guías de estos profesores eran Freud, Marx y Nietzsche. Pedro Cadavid

había chapuceado en algunas de sus obras, pero su aproximación era más de índole literaria. Por este motivo lo atrajo poderosamente uno de los contertulios. Era el más anciano, el más delgado, el más distinguido. Tenía la nariz larga y ganchuda y las barbas canas y el pelo ralo. La boca descubría frecuentemente el deterioro de sus dientes. Se llamaba Ernesto Mendoza Franco y, en la Tunja de entonces, era como un modelo del intelectual autodidacta. Pero no era el vagamundo moralista que personificaba Córdoba. Sin culminar sus estudios de bachillerato, y a fuerza de cortesía y memoria, había ascendido en la jerarquía de la educación. Había leído toda la literatura del mundo y una buena parte la recitaba de memoria. Se expresaba en un castellano con perfiles de antigualla donde cada palabra era pronunciada para el gozo del escucha. La primera vez que lo oyó, interpretando las diversas versiones del Fausto, Cadavid quedó hipnotizado. Parecía estar frente a un hombre de otro tiempo. Y su pasmo se redobló al escucharlo disertar, en otra sesión, sobre los vínculos entre las dos novelas musicales más ambiciosas jamás escritas: *Juan Cristóbal* y *Doktor Faustus*. El hecho de que hubiera una persona respetable que ponderara el libro de Romain Rolland, esa novela que Cadavid había leído en la soledad de los primeros tiempos de Tunja, provocó un acercamiento entre los dos. La de ellos, empero, no fue una relación duradera, acaso porque los separaban demasiados años. De cualquier modo, el uno era un aprendiz con un destino brumoso ante sí, mientras que el otro había llegado a un puerto seguro.

## Escritores

Cadavid escogió un cuento para mostrárselo. Se llamaba “Prodigio” y narraba la irrupción de un músico genial en la escuela de música. A los pocos días, recibió una nota que le entregó Avechucho. Mendoza Franco lo citaba a su casa. El maestro vivía detrás del Paredón de los Mártires, a unos pasos del Bosque de la República. Una tarde se encontraron y el viejo mencionó su juventud y los viajes por Boyacá en calidad de conferencista y declamador de versos en fiestas patronales. Se refirió a su interés por la música, a la admiración que tenía por esas existencias dedicadas a un arte que, citaba sin duda a Mann, era el alto dominio de la ambigüedad. El joven se intimidó ante la pregunta por sus orígenes. Quiénes eran sus padres, dónde había estudiado, a qué se dedicaba en la escuela. Y no se expandió en respuestas porque sabía que sus palabras eran balbuceantes al lado de las del maestro.

—He leído su cuento —dijo por fin Mendoza Franco. Bebió el agua aromática y degustó una de las galleticas que la empleada les había servido.

—¿Y cómo le pareció?

—Me llenó de felicidad.

Cadavid tuvo vergüenza.

—¿Lo dice en serio? —preguntó con voz quebrada.

—¿Por qué habría de bromear? El cuento es trágico y hermoso. Además tengo que decirle otra cosa, y le ofrezco excusas de antemano por introducirme en sus asuntos.

—¿Qué quiere decir?

—Hablo de su talento. Usted, como dicen por ahí, tiene madera.

Esta vez Cadavid sintió vacío en el estómago. Guardó silencio porque una vanidad inesperada lo embargó. Miró a Mendoza que, a su vez, miró hacia la ventana con aire de nostalgia.

—Aunque permítame prevenirlo. Los talentos a su edad se estropean por cualquier cosa. Es increíble lo endebles que son las sensibilidades favorecidas por el talento. Por una decisión profesional, por un mandato de la familia, hasta por un vaivén del amor, se van al traste. ¿Es usted compositor o intérprete? —preguntó Mendoza haciendo un carrizo con sus piernas flacas.

—Ni lo uno ni lo otro. Mi oído no es dotado. Tampoco me motivan las ideas compositivas, ni las interpretativas.

—Entonces ¿por qué estudia música?

—Debo pasar por ella porque es el arte mayor. La literatura, y esto lo digo con respeto, es pura limitación a su lado. En realidad, creo que tengo más capacidad para escribir.

—¿Se ha preguntado para qué escribe?

—Sí, pero no sabría cómo responder a esa pregunta.

—¿Y la música?

—Es como el gran consuelo.

Se quedaron callados y tomaron sorbos de los pocillos.

—¿Quiere más claridad? —preguntó de repente Mendoza. Cadavid levantó las cejas.

—He leído su cuento y ahora lo escucho. Su camino ya está trazado. Solo falta recorrerlo.

Mendoza Franco sonrió y Cadavid notó los vacíos en la dentadura.

—No es usual que en los primeros pasos se logre tanto. Su cuento peca de palabras, no voy a negarlo, aunque eso no es un error sino el contorno de un aprendizaje. Pero el tema y su desarrollo, el estilo de la escritura, sus personajes, funcionan bien. Usted escribe sobre lo que sabe y nada es artificioso. Y lo más importante, al leerlo he creído, una vez más, en la gracia

de las narraciones.

Poco después de este encuentro, Mendoza Franco dejó de ir a la tertulia. La triste noticia se regó apenas se adentraban en la juventud de Adrian Leverkühn. Un profesor, graduado en una universidad norteamericana, fue nombrado rector de la universidad pública. Su orden, en aras de profesionalizar la enseñanza, fue salir de aquellos docentes que no poseían diplomas. Al primero que expulsaron fue al autodidacta de la literatura. Mendoza Franco llevaba más de veinte años trabajando como maestro y diferentes generaciones de alumnos habían agradecido su generosidad. Pero ahora ni siquiera se le podía otorgar una prebenda que le permitiera cumplir su tiempo de trabajo para obtener una jubilación honrosa. No hubo poder, ni carta, ni protesta capaz de conmover al rector tecnócrata. Mendoza Franco, el último humanista que habría de dar Tunja, fue echado miserablemente de las aulas.

Pero a Cadavid fue despejándosele, poco a poco, el horizonte de la escritura. Por un lado, a través de la tertulia y con apoyo de Gaona, escribió los guiones de unos programas radiales dedicados a las relaciones entre música y literatura. El profesor de economía logró que los pasaran por una emisora. Era un breve espacio que salía al aire a la medianoche, pero la gente de la tertulia lo tomó como un triunfo de la cultura sobre la barbarie. Porque había un público, asaz reducido aunque atento, que escuchaba los análisis de Cadavid sobre *Gambara*, de Balzac, sobre *La sonata a Kreutzer*, de Tolstoi, sobre *Juan Cristóbal*, de Rolland y sobre *Doktor Faustus*, de Mann. Por su parte, el maestro Zabala lo invitó a escribir los programas de mano para los conciertos del festival de la cultura que se ofrecía ese año. Y así fue como Cadavid recibió un día el folleto donde estaba su nombre impreso y las notas sobre algunas obras para piano de Schumann que había escrito.

Las palabras de Mendoza Franco fueron como una rampa y ayudaron a que Cadavid diera el salto. Tunja había sido un centro cultural y económico

prestigioso en la época colonial. En este prestigio, beneficiado por la avidez de las encomiendas y las pretensiones del clero, se apoyaban las instituciones. Pero era una reputación sospechosa, porque no existía miramiento alguno hacia quienes, a la sazón, empezaban a escribir. Cadavid fue compartiendo con escritores que pululaban por la ciudad en medio de una inopia que no esquivaba la marihuana, el licor y la promiscuidad. A ellos los caracterizaba, por lo demás, la ironía del escéptico, los sacrificios del santo y la solidaridad propia del que no tiene nada y lo comparte todo. Y el estudiante de música, a su lado, fue comprendiendo que escribir, en Tunja, era ejercer la marginalidad y la disidencia.

Estaba Victoriano Lozano. Descendiente de campesinos indígenas. Desertor de la universidad y reacio a cualquier institución que manipulara el pensamiento. La cadencia de su voz fluctuaba entre la malicia y la melancolía de los paramunos. Se alimentaba de papas que cada mes le traía su madre, en un costal, desde su casa en Toca. Juraba que había nacido en esa aldea de paperos ignaros pero que jamás lo volvería a hacer. Habitaba una casa destartalada y sucia, una especie de remedo de sus pesadillas, en los suburbios del norte, y atravesaba Tunja de cabo a rabo, con su caminar rápido y corto, porque ni siquiera tenía para los pasajes de los buses. Opinaba que la verdadera literatura era la que se enraizaba en las fantasmagorías y en el sentirse exiliado en todas partes. Sus poemas y cuentos acontecían en casas solitarias donde flotaba un eco de nostalgia por una pérdida irremediable. Sus maestros eran Flaubert, Kafka y Borges, y afirmaba con jactancia, porque para ello sí no existía límite alguno, que los había leído y comprendido cabalmente. Con Cadavid tomaban tinto en las cafeterías del Pasaje Vargas y se entusiasmaban con la prosa de García Márquez, gran faro entonces de la literatura colombiana.

Estaba Gustavo Valbuena. Cultor del minicuento. Decía que solo él, y algunos clásicos —Esopo y Luciano de Samosata en el pasado, Arreola y

Monterroso en la actualidad—, sabían escribir. Y escribir era decir lo necesario y cagarse de la risa y de la vergüenza por la condición humana. Creía que la literatura no era más que un conjunto embaucador de obras a las que les sobraba casi todo. De piel lechuda y bigote espeso, como si una babosa se le hubiera encaramado en la boca, enseñaba en colegios anodinos que lo exasperaban hasta hacerlo renunciar poco tiempo después. Había vendido libros en poblachos sin lectores. Ganaba concursos de minicuentos en los rincones de América, pero nadie en Tunja se interesaba en esos premios sin plata, ni en las historias breves del ganador. Tenía una mujer, secretaria en una de las oficinas de la alcaldía, que lo sostenía y de la cual se burlaba cada vez que podía. Pregonaba su ser santandereano, había nacido en San Vicente de Chucurí, como si esa fuera la mejor prueba de coraje y franqueza de que era capaz. Argumentaba que vivir en Tunja significaba padecer tres pruebas. La primera: haber nacido en un villorrio tropical y tener que vagar como un alma atormentada por sus calles yertas. La segunda: decir la verdad de frente en coordenadas atravesadas por la pacatería. Y la última: apurar el tiempo entre tanto imbécil que ignoraba los secretos de la gran literatura.

Estaban los hermanos Murillo. Ambos poetas. Retoños últimos de una familia insigne cuya vivienda colonial se levantaba al lado de la Pila del Mono. Los dos eran como bastardos, porque predicaban la periferia y repudiaban la hidalguía que amamantaba sus apellidos. Isadora era bibliotecaria. Le gustaba emborracharse con frecuencia. Decían que durante esos trastornos étlicos se empelotaba, escribía en el cuerpo sus versos de vestal sin pretendientes, y salía desnuda para que los transeúntes de la noche los leyeran. Y Lucrecio Murillo era maldito como un ídolo pagano. Flaco, seco, un tronco sin hojas y sin flores. Se la pasaba bebiendo café, tomando aguardiente, fumando marihuana. Públicas eran sus comilonas de hongos en Villa de Leyva. De sus bosques de olivos y sus desiertos arcaicos, aterrizaba en Tunja, enarbolando poemas escritos en los trances. En ellos pretendía ser la

memoria viva de las comarcas altiplánicas. Con los ojos brotados y la voz atragantada peroraba, en medio de la Plaza de Bolívar, como uno de esos desquiciados que salían del manicomio, que él era la amonita, el banano fósil, el ictiosaurio por fin rescatado de las brumas del tiempo. O un emisario de Bochica cuya misión consistía en celebrar eternamente las deidades muiscas.

Gilberto Bustos Zafra también estaba allí. Y también iba contra la literatura monumento. Criticaba todo realismo y más aún cuando este se fundaba en la extensión. Promovía el fragmento bajo todos los formatos: el aforismo, la fábula, la adivinanza, el apólogo, el minicuento, el chiste. Vivía en uno de los pequeños apartamentos que la universidad cedía a los profesores solteros. Ejercía la lingüística y era un pedagogo nato. Detrás suyo iban los jóvenes aprendices de la escritura y las chicas que querían desentrañar las nociones de De Saussure. Bustos Zafra los impresionaba a todos con su ingenio. Poseía una vasta colección de música del Caribe que atraía a los coleccionistas y una biblioteca tan amplia como generosa. Había nacido en Cali. Lo negro lo definía de pies a cabeza. Un par de congas, un cencerro, unos bongoes lo trasfiguraban en un danzarín feliz. Cantaba a Celia Cruz, a Daniel Santos, a Bienvenido Granda, a Ismael Rivera, a Rubén Blades. Pero, por otro lado, no había alguien más racional que él. Era afecto a armar rompecabezas, a ordenar los colores del cubo en un minuto, a interpretar los laberintos de la lógica y la geometría. Y nunca estaba alicaído. Cadavid se preguntaba, pero jamás se lo preguntó a él, por qué un hombre tan brillante y con un sentido del humor tan providencial iba al psicoanalista cada semana. Bustos Zafra era el único que no se quejaba del frío. Jamás se ponía buzos ni chaquetas, y andaba sin medias y con tenis pisahuevos. Cadavid lo había encontrado en una de las sesiones del cineclub y, desde entonces, no lo perdía de vista. No solo le abrió su biblioteca —fue allí donde leyó a Borges y a Bioy Casares, a Fuentes y a Paz, a Cortázar y Sábato— sino también la revista de minificciones, de una sola hoja, que dirigía y llamaba *A la topa tolondra*. Y si hubo alguien dueño de un

talento pasmoso, entre los que escribían en esos años, fue Bustos Zafra. Sus cuentos, los dedicados a los múltiples Noé y al único diluvio universal, eran explosiones verbales donde se abrazaban la erudición, el humor y el infortunio humano con la brevedad.

Y estaba Camilo Juan Costas. Provenía del piedemonte llanero. El más joven y altivo de la camada. Diríase un príncipe llanero. Pero en los llanos colombianos no existen príncipes, sino gamonales viciosos protegidos por los mercenarios de turno. Y Costas, que no había cumplido los veinte años, era un pobre diablo que detestaba toda opulencia y todo poder, y vivía sin un peso, durmiendo en habitaciones insalubres a cambio de quién sabe qué. Confesaba, con honra melancólica, que había pasado varios meses pagando el arriendo en un burdel con poemas de amor escritos para sus residentes. Su avío, eso decía con su sonrisa maravillosa, una sonrisa capaz de erradicar toda la penumbra que guardaba en su alma, eran esos poemas jamás publicados. Iba de un lado para otro, de los salones de la universidad donde estudiaba a las cantinas de mala muerte, proclamándose poeta. Diciendo que Rimbaud y Verlaine eran sus únicos tutores. Las geografías crapulosas, las cloacas habitadas por la perdición, los territorios fatídicos, lo atraían sin reserva. Al leer sus *Lupanarias*, no era arduo suponer que Costas era un mensajero del desdén y de lo abyecto. Y fue precisamente a través de él y sus travesías oscuras que Cadavid se encontró de nuevo con Lorenzo Cifuentes.

## Becas

Salieron de la oficina del maestro Zabala. Los padres de Sandoval, como sus dos hijos, se veían satisfechos. Las becas para continuar los estudios de violín en la Unión Soviética estaban listas. Meses atrás había partido Gabriel Ocampo, el pianista de Armenia, hacia Moscú. Sus noticias llegaban a la escuela por la boca de su director. Eran entusiastas y confirmaban la buena adaptación de Ocampo y el avance en sus estudios. Su beca había sido la otorgada, en principio, a Cumbiamba. Zabala había tenido la suficiente paciencia para que el barranquillero se decidiera, hasta que este, finalmente, la rechazó. Las justificaciones de la negativa hicieron salir de los cabales a Zabala.

—Vas a estancarte en este pueblo de mierda —le gritó esa vez.

Cumbiamba levantó los hombros. ¿Qué más podía decir fuera de que se sentía bien en Tunja? El frío ya lo tenía domado. Barranquilla no le hacía falta. Además, ¿qué iba a hacer en cualquier parte si su certificado de estudios no servía para nada? Las clases de piano lo colmaban. Los estudiantes aprendían y lo querían. Él guardaba un afecto recíproco por ellos. Por otro lado, no estaba hecho para tener problemas con sus orígenes, con el color de su piel, con su acento. No quería ni mudeces, ni incomunicaciones, ni impresiones encontradas hacia él, hacia su idiosincrasia, hacia su país. Y, como para acabar —esto lo dijo con naturalidad calculada—, tocaba el piano en una orquesta tropical y gozaba como el que más.

—¿Cómo? —tronó Zabala.

—Me encanta tocar sones, porros, merengues, cumbias. Me pagan bien los

arreglos. ¿Qué más puedo pedir?

La ambición de Cumbiamba no iba, en efecto, más allá de Tunja. Era un músico de los que estaba llena Colombia: de gran talento pero de corto vuelo, decía Zabala. Aunque Cadavid lo veía tan dueño de sus carcajadas, tan seguro de que su ingenio se maridaba muy bien a la provincia, que nunca lo contravino. Cumbiamba, en cambio, aprovechaba cada encuentro que tenían para decirle que recapacitara sobre la beca. Leguizamón, el encargado de los discos, también le introducía el gusanillo de la duda. Una vez que estaba afinando uno de los pianos de la escuela le dijo, parodiando a los célebres narcotraficantes del país, que era mejor una tumba en Tunja que una residencia de estudiantes latinos en Vladivostok.

—Es a Moscú adonde voy a ir —corrigió Cadavid.

—Tienes huevo —dijo Leguizamón—. No te hagas ilusiones. —Y aquí se ponía el dedo en la boca para que Zabala, en caso de que estuviera cerca, no oyera la blasfemia—. Llegas a la capital, te hacen un examen y te mandan para algún moridero de Siberia. Es allá, eso dicen, donde está Ocampo. — Cumbiamba, que esperaba a que el piano estuviera listo para probarlo, afirmó con la cabeza y lanzó la risotada.

En un restaurante, cerca de la Plaza de Bolívar, la escuela de música ofreció un almuerzo de despedida a los hermanos Sandoval. Zabala aprovechó para dar uno de sus frecuentes discursos. Reconfortó a los padres frente a la partida de los muchachos. Ambos acababan de obtener su grado de bachilleres y les esperaba un período de grandes descubrimientos en ese país donde se formaban los mejores músicos. No dudaba de sus capacidades ni de sus disciplinas, y solo ellas podían ser el arma para enfrentar las pruebas más ingentes. Luis Carlos sonreía con su timidez habitual, mirando hacia abajo, cuando los aplausos que celebraban las palabras del maestro irrumpieron. Mientras que Manuel Alfonso inflaba su pecho con resolución y dirigía su mirada a cada uno de los comensales. El mayor, con grandes ojeras, estaba

pálido. El menor tenía los cachetes rubicundos y sonreía con vivacidad. El padre los abrazó a los dos, y la madre, sin contenerse, lloró delante de todos.

Mientras Cadavid recordaba la oposición de los dos hermanos, y pensaba que era probable que el próximo becado fuera él, lo abordó Avechucho en la puerta de la escuela.

—Le dejaron este papel —dijo.

Cadavid lo recibió y fue a la tienda de Chavita. Quizás era Manuela. A veces llegaban sus cartas breves y esporádicas, que lo tomaban por sorpresa. Constató, con desconsuelo, mientras desdoblaba el papel, que desde hacía un tiempo se le habían menguado las ganas de escribirle. Como si su partida del país hubiera marcado la verdadera separación, porque la de antes nunca había existido en realidad. Ahora, con la evidencia del exilio, una barrera infranqueable se había levantado entre los dos. Manuela, pronunció, mientras esperaba el agua aromática. Se preguntó si todavía la amaba. Negó con la cabeza como si se hubiera planteado una tontería. Se acordó del último encuentro. No fue en Medellín, donde ella estuvo escondida, sino en el aeropuerto de Bogotá. A Manuela la acompañaba una funcionaria de Amnistía Internacional. Esperó a que se registraran en el aparador de la aerolínea. Luego fueron a una cafetería. Manuela pidió a su compañera que los dejara solos unos minutos. Un poco a regañadientes, la mujer, que cumplía también funciones de escolta, se retiró. En medio de las lágrimas y la premura, ella pidió perdón. Cadavid movió la cabeza como diciendo que sí y que no. Manuela dijo que lo esperaría en el país adonde iba. Él reclamó por haber optado por una causa política y no por el amor de los dos. Ella dijo que las dos cosas iban juntas. Pero más con Urrea que conmigo, contestó Cadavid. Y le recordó que esa causa política estaba viciada. Mencionó el asesinato de su padre. Manuela guardó silencio. En el escaño, Pedro estuvo despabilado, mirando a Chavita servir la aromática, hasta que leyó el papel. Era un mensaje sucinto. Estoy en Tunja. Quiero despedirme. Ven a la casa de la Pila del Mono.

Cadavid vio la dirección y, por último, el nombre.

Cuando la vio, supo que Marta Pantoja había pasado por el infierno. No le preguntó nada. Sonrieron con el regocijo de los amigos encontrados y se abrazaron.

—¿Adónde quieres ir? —dijo él.

—Caminemos un rato.

En el rostro de Pantoja emergió el muchacho que había hechizado a Pedro en el pasado. Pero ya no existía la lozanía de antes. La piel estaba agrietada. Una tristeza sin remedio se asomaba en los ojos.

Marta también se había ganado una beca. Una beca familiar, dijo sonriendo, al enterarse del viaje próximo de los hermanos Sandoval. Como llovía, se guarecieron en la cafetería El atrio, al lado de la catedral. Desde donde se sentaron, veían la Plaza de Bolívar mojada y, más allá, debajo de las nubes grises, la colina con la iglesia de San Lázaro. El padre de Pantoja se había radicado en China con su nueva esposa. Allí gozaba de un puesto diplomático. Su propuesta era que Marta, recuperada de la convalecencia, fuera a estudiar mandarín. A eso iría, pero también a aprender acupuntura y masajes chinos. ¿Por qué había llegado a esa decisión? No hubo, en verdad, nada insólito. El rumbo de su destino, simplemente, se había delineado con mayor evidencia. Cadavid estaba de frente a la plaza y, en tanto escuchaba, a las nubes las iba despedazando el viento del crepúsculo.

Del desarraigo de Pantoja había sabido por boca de Hernando Escobar. Una vez, el flautista había visto a la chica deambulando por La Candelaria, junto a varios mendigos. Marta estuvo, en efecto, viviendo por esas calles. No sabía cuánto tiempo porque ella no había estado allí, o quien estuvo no era ella. Era alguien al que no tenía sentido rastrear. Solo adivinaba que se había arrojado a una corriente espesa. Con los ojos y la boca abiertos, y un dolor inconmensurable en el alma, ansió fenecer en esa travesía, pero no fue posible. Por cobardía, era incapaz de matarse. Sospechó que le vendría el ahogo y

después el fin. Se dejó llevar, como un esquife, por ese cauce torrentoso. Compartía jornadas con quien se le atravesara. Dormía donde la sorprendiera el agotamiento. No le importaba quién estuviera a su lado. Fumaba cualquier yerbajo, aspiraba cualquier botella, bebía cualquier licor. A veces, como dos astros turbulentos, la miraban los ojos de su madre. En otras ocasiones, en cambio, era la voz del padre la que se imponía por encima del ruido circundante. Pero un día unas manos vigorosas la sacaron del pozo donde estaba. Deshicieron los harapos que la cubrían. Separaron los otros cuerpos que la rodeaban. La metieron en una ambulancia y se la llevaron para desintoxicarla.

—Tal vez ha pasado lo peor —dijo Pantoja.

—Espero que así sea —dijo Cadavid.

—En todo caso ahora quiero viajar y comenzar de nuevo.

Caminaron un rato más. La noche se había instalado en los tenderetes del Pasaje Vargas. Pantoja lo tomó del brazo y agacharon la cabeza para resistir la embestida del viento.

—Todos se van y yo sigo en Tunja —dijo Cadavid. Su voz fue desconsolada pero también irónica.

—Quién sabe hasta cuándo te tocará estar aquí. Es como si estuvieras condenado. Se rieron y se dieron un beso de despedida.

## Prodigio

Un día llegó a la escuela de música. Dijo llamarse Leonardo. ¿Y los otros nombres y apellidos?, preguntó Zabala. Siempre lo habían llamado así, explicó. ¿Y sus padres, sus hermanos, sus tíos, algún acudiente que pruebe su existencia?, preguntó Mancipe. Para dilucidar su origen, el muchacho mencionó un pueblo que se situaba en el corazón de Caldas. Aunque Mancipe lo ubicó por los lados del Meta, y Zabala en Santander. Era huérfano por los dos lados, dijo, y desde hacía un tiempo se defendía solo. Todo esto lo dijo como si estuviera repitiendo un discurso aprendido de memoria. O como si creyera innecesario decirlo, mirando sin espabilar a los dos señores con unos ojos increíblemente iluminados. ¿Ni siquiera una tarjeta de identidad, un registro civil, un carné de estudiante?, inquirió el secretario. Leonardo respondió que nunca llevaba ningún papel, y hasta el día de hoy nada malo le había sucedido. Mancipe iba a buscar a Yamil, el almacenista, para que sacara al intruso. Pero Leonardo metió la mano en el bolsillo de su pantalón y sacó un papelito con un número de teléfono. El secretario obedeció la orden a regañadientes y fue a llamar. Mientras tanto, Leonardo pidió permiso y se acomodó en una de las sillas. Enseguida dijo que había venido para aprender algunas cosas. Que solo estaría un tiempo corto. Su meta era continuar hasta Bogotá y viajar al extranjero. Pero de esto último no estaba seguro, añadió. ¿Quién le habló de la escuela?, preguntó Zabala, con una mezcla de curiosidad y burla. Nadie. Soñé con ella. Por eso he venido. En ese momento, Mancipe entró a la dirección y dijo que no respondían en el número.

El maestro Zabala había decidido ir hasta el final. La presencia de

Leonardo rompía la rutina de la escuela. La escena, en el fondo, lo divertía. En unos minutos más, Leonardo bajaría la guardia y sería consciente de sus vacíos musicales. El director observó al recién llegado. Le vio los botines de cuero volteado, la gabardina de un negro deslucido, el gorro andino tapándole las orejas y el pelo. Recorrió la tez sin una cicatriz ni una peca, sin los desolados granos de la adolescencia. Se detuvo en las mechas de cabello que salían del gorro. Se conmovió porque era el muchacho más hermoso que había visto en su vida. Mancipe, en cambio, miraba molesto por la ventana. No le gustaba que se burlaran de él en sus propias narices. Además, solo fue verlo y barruntó que se trataba de uno de esos locos que deambulaban por la ciudad. Aprovechaban las puertas abiertas del hospital psiquiátrico y salían para meterse en el mundo de los normales. Mancipe sabía de algunos que entraban a la biblioteca departamental a solicitar libros inexistentes. De otros que, en los ensayos de la Sinfónica de Vientos, pedían que los dejaran tomar la batuta porque ellos eran directores consumados. Se cruzaba a diario, en la Plaza de Bolívar, con hombres de pupilas intensas y barbas desgredadas que decían ser reencarnaciones de generales de la independencia y presidentes de la república. Leonardo era, sin duda, un deschavetado de esa índole. Mancipe iba a llamar a Avelino para que lo expulsaran de una vez por todas, pero Zabala le preguntó dónde había aprendido música. Leonardo, sin vanidad, como si contestara la pregunta más sencilla del mundo, dijo que había aprendido solo.

La respuesta exasperó al secretario, pero Leonardo no se inmutó. Una sonrisa de serafín le nimbaba la boca. Sin mirarlos, examinándose las uñas que poseían la mugre típica de los de su edad, añadió algo que hizo reír al director. Mejor dicho, no es que haya aprendido, solo he recordado algunas cosas. Para recordar otras, he venido hasta aquí. Por favor, Javier, dijo el secretario, no perdamos más el tiempo con este güevón. El director trazó un gesto con la mano y, sin más rodeos, entró al terreno donde todo ese ardid con

retoques platónicos y espontaneidades simpáticas se esfumaría. ¿Puedo hacerle una prueba?, preguntó Zabala. Las que usted quiera, dijo Leonardo. Zabala vio entonces la medalla que le colgaba del cuello. Era un pentagrama que resplandecía en tonos dorados, azulinos y bermejos.

Lo que ocurrió después fue rauda. El oído de Leonardo era un prodigio. Escuchaba todo y todo lo retenía. Su boca descifraba los sonidos que flotaban en el aire. Discernía el toque de las campanas de las iglesias, los intervalos de los cláxones de los carros, los registros de las voces animales, los acordes de las canciones de la radio. Los estudiantes avanzados de la escuela se entretenían haciéndole dictados. Leonardo entraba al salón, se ponía de espaldas, miraba desde la ventana el altiplano cubierto de calígene. Al conteo de uno, dos y tres se hundían muchos dedos en el teclado del piano vertical. El eco de los acordes tremebundos desaparecía, y él reproducía las notas como si las viera corporizadas. Y era verdad que no aprendía, sino que recordaba. Lo que para los otros surgía como un enredado sistema de leyes y prohibiciones sonoras, para Leonardo no pasaba de ser un juego elemental. Recordó la técnica compositiva de los motetes renacentistas, de las cantatas barrocas, de las sinfonías clásicas y románticas. Copió, al escucharlos una o dos veces, los primeros ballets de Ígor Stravinski y algunos movimientos sinfónicos de Pierre Boulez. Estos fueron seleccionados por Zabala por su complejidad orquestal. Leonardo discernía las partes de cada uno de los instrumentos. Su audición y su memoria eran tan exactas que suscitaban un estupor de miedo.

El maestro se resistió a creer en la verdad de esa capacidad portentosa. Cerraba y abría los ojos como para despertarse, y creyéndose despierto se repetía que no podía ser que el dueño de tal talento fuera un muchacho sin orígenes. Zabala terminó concluyendo que su discípulo era una desmesura del sentido de la audición. Se decía, en los insomnios que sucedieron al encuentro, que Leonardo era una pura fantasía. Que él mismo y Mancipe, la escuela con su personal, Tunja entera, eran pobres invenciones. Y resultaba improbable

que a esta ciudad, atrapada en un pasado de encomenderos crueles, nobles promiscuos y clérigos poetas, hubiera llegado Leonardo, sin haber suscitado un mínimo augurio físico o al menos la imagen de un sueño. Lo preocupó, igualmente, su enigma familiar. Por su lado, sin molestar al secretario, sin recaer en los interrogatorios que incomodaran a Leonardo, Zabala intentó averiguar algún parentesco, pero jamás encontró nada.

Pasado el pasmo del inicio, el maestro constató que su vida había dado un giro substancial. No quería hacer de Leonardo un hombre espectáculo. Los tiempos de emprender correrías con genios precoces, con pianistas de ojos vendados, o con violinistas acróbatas que arruinaban arcos a granel habían pasado de moda. Era necesario educar al fenómeno con disciplina, sobriedad, cautela. Nada de escándalos en un itinerario que podía tender al espectáculo y a la farándula. Luego aparecerían las oportunidades. Un concurso nacional. Una beca en la Unión Soviética, o en Estados Unidos, o en Alemania, o en Francia. Un futuro al que llegarían los laureles. Y más allá estaría la inmortalidad. Y dentro de ella, por qué no, un espacio biográfico, unas líneas apenas, que mencionaran a Zabala con su pedagogía eficaz.

Él lo hacía trabajar mañana, tarde y noche. Trabajar, no obstante, era un verbo inapropiado, ya que Leonardo no desalojaba de sus labios el mohín angelical, y nunca develó la menor fatiga. Llegaba cumplido a las clases. Efectuaba los ejercicios de contrapunto, solfeo y armonía. Sus progresos en el piano eran notables, pese a no pretender el virtuosismo. Pero interpretaba los estudios, los caprichos, los nocturnos, las sonatas con la justeza y la emotividad requeridas. Sabiendo que el objetivo era encaminarlo más por la composición que por la interpretación, el maestro lo orientó con un radar que abrazaba tanto la febrilidad como el ensueño. Le enseñó los principios armónicos de Zarlino, Rameau y Rimski-Korsakov. Al estar ellos afianzados, pasó a los de Hindemith y Schoenberg. Repasaron las bases del politonalismo y del dodecafonismo. Zabala disertó sobre la electroacústica y el

minimalismo. Y, como tenía lagunas en las estéticas musicales más recientes, tuvo la sensatez de confesarle su humilde condición de profesor de música.

Zabala actuaba, en realidad, con el esmero de un padre, un maestro, un sacerdote y un militar, unidos en el corazón de un hombre enamorado. No fue raro entonces que quisiera abarcar todos los campos de la vida de Leonardo. No podía verlo jugar a las cartas con Yamil en los ratos libres. Le prohibía perder el tiempo con los estudiantes del preparatorio. No toleraba que Cumbiamba, el pianista, lo hiciera reír con chistes de putas y borrachos. Por nada del mundo lo dejaba salir solo. Una vez se enfadó con Mancipe porque lo sorprendió explicándole los resultados del campeonato de fútbol colombiano que el secretario seguía. Zabala utilizaba una vigilancia tan maniática como rigurosa. Y puesto que decidió acoger a Leonardo en su apartamento, le controlaba tanto el sueño como el asueto. Iban juntos a los conciertos, a cenar en los restaurantes, a pasear los domingos por las localidades contiguas a Tunja. En las horas del reposo, el maestro le seguía explicando el arte de la fuga de Bach, las últimas sonatas de Beethoven, el tratado de orquestación de Berlioz, las disquisiciones musicales de Stravinski. Leonardo lo miraba con sus ojos diáfanos, sin preguntar mucho y comprendiéndolo todo, y con la sonrisa que su boca, durante su tránsito fugitivo por la escuela, jamás dejó de trazar.

## Polémicas

A la tertulia llegaban otros invitados. Escuchaban los debates y los trozos musicales. Bebían y comían. Prometían volver y no cumplían. Unos regresaban, a veces al siguiente miércoles, para desaparecer más tarde porque la novela de Mann no cumplía con sus expectativas. Hubo casos en que los recién llegados manifestaron su contrariedad por el aire germanófilo de la reunión. ¿Por qué —decían— no leer mejor a un autor colombiano o latinoamericano en vez de a un alemán? Gaona salía al paso anticipando que del *Doktor Faustus* pasarían a *Ficciones*, de Borges. Según su criterio, solo este autor resistía una lectura interpretativa de esos diálogos entre filosofía, historia y literatura que les interesaban. Se había dado, incluso, un incidente que definía bien los medios intelectuales que prevalecían en la Tunja de esos años.

Esa noche la polémica giró, una vez más, en torno al puente entre arte y nazismo, o mejor dicho, a la unión entre sensibilidad educada y disciplina militar. Uno de los miembros de la tertulia, que llevaba siempre una mochila wayú terciada en el pecho, y cuyos rasgos entre negros e indígenas eran irrevocables, habló del cuento “Deutsches Requiem”. No solo lo desglosó como una de las formas de aquel contubernio, sino que también lo recitó, imitando la cascada voz del ciego de Buenos Aires. Gaona y los otros miembros del grupo se dejaron atrapar por los entresijos de esa paradoja de la cultura ofrecida por un texto lleno de referencias eruditas. Pero el contertulio de la buena memoria fue injuriado por uno de esos invitados que, como en el caso de Isaías Córdoba, llegaban una noche, alebrestaban los ánimos y jamás

volvían. El argumento de quien se declaraba un militante incondicional de las políticas de izquierda apuntaba a que no podía llamarse arte, ni mucho menos cultura, un cuento como el que se acababa de recitar, pues este no era más que un homenaje descarado al fascismo. Tanto el protagonista de la historia, Otto Dietrich zur Linde, orgulloso por su fidelidad al Führer y su admiración por Schopenhauer y Brahms, como el autor del cuento, un simpatizante de las dictaduras del sur y un racista impertérrito, así como el declamador, merecían el repudio. El militante comunista se levantó y arrojó el aguardiente de su copa en la cara del prosélito de Borges. Hubo insultos y un conato de pelea. Pero los ánimos se calmaron cuando el agresor se fue.

También Mencía Suárez fue a la tertulia, invitada por Gaona. Cadavid la saludó con sorpresa. Ella no preguntó por Escobar y él tampoco dijo nada. Mencía provocó una emoción sincera en el grupo. La mujer ahora estudiaba economía y era una de las discípulas diletas de Gaona. No solo ocupaba el sitio de la única dama de la tertulia, sino que sus conocimientos ayudaron a que las discusiones fueran más participativas y a que el tema de la música no recayera únicamente en Cadavid. Con Suárez, fue tomando cuerpo la idea de realizar una audición de las sinfonías de Beethoven. Su casona de la Plaza de Bolívar estaba disponible si el grupo quería programar la actividad nocturna.

En otra ocasión llegaron, invitados por Cadavid, Camilo Juan Costas y Lorenzo Cifuentes. Desde hacía un tiempo, los tres se frecuentaban. Costas y Cifuentes escucharon e intervinieron en las conversaciones con cierta fogosidad. Una figura notable del mundo universitario estaba de paso por Tunja. Era, como Ernesto Mendoza Franco, un autodidacta ejemplar. Se llamaba Esteban Zulia y tenía fama por su prodigiosa memoria. Era capaz de recitar largos pasajes de obras universales. Había estudiado a Marx y a Engels, a Nietzsche y a Freud, a Cervantes, a Tolstoi y a Mann. Sobre ellos impartía conferencias en auditorios colmados de estudiantes. Pero, más allá de sus especulaciones filosóficas, psicoanalíticas o literarias, el objetivo de

Zulia era sembrar la semilla de la crítica y el inconformismo en las nuevas generaciones de colombianos. Creía que, a través de la educación, se podía renovar un país que estaba en manos de políticos fraudulentos y sus brutales ejércitos oficiales y paramilitares. Zulia era alto, fornido, de barba y cejas tupidas. Usaba anteojos de grandes marcos de carey oscuro. Le gustaban el aguardiente y los cigarrillos Pielroja. Esa noche reflexionó, nimbado por el humo, sobre la importancia de Thomas Mann. Y al abordar este aspecto, entró al dominio de las valoraciones y las jerarquías. De hecho, para Zulia era más útil leer a Kafka que a todos los narradores colombianos del mismo período. Zulia despachaba, en un dos por tres, una producción nacional de medio siglo. Tomás Carrasquilla era, en su concepto, solo un costumbrista simpático, con una paleta verbal sabrosa pero dueña de un espíritu conservador y católico insoportables. José Eustasio Rivera había escrito una novela importante sobre la selva, pero sus páginas estaban marcadas por el delirio de un bardo machista y vanidoso. Con la irrupción de la violencia partidista y la psicodelia urbana, el horizonte se había ensanchado pero la hondura de los temas se había vuelto lamentable. Se habían escrito muchas novelas sobre la violencia, y se seguirían escribiendo, porque ese era el distintivo de un país como Colombia. Lo cual significaba que se estaba frente a un avance más cuantitativo que cualitativo. Los relatos urbanos, más bien saltos acrobáticos para asombrar a una juventud sedienta de frívola velocidad pero totalmente incauta en cuestiones culturales, no demostraban un avance real. Nuestra nación, y este fue un aserto que dejó callada a la tertulia, a pesar de su pose de tener una Atenas suramericana, o tal vez debido a esa misma pose, continuaba siendo un espacio tan rural como brutal, poseedora de una literatura menor.

¿Y García Márquez?, preguntaron al tiempo Lorenzo Cifuentes y Camilo Juan Costas. Hubo un ligero revuelo. Se acomodaron las posaderas en las sillas. Los carrizos cambiaron de pierna. Los cigarrillos se aspiraron. El licor y los pasantes fueron servidos. Hacía tan solo unos años que el autor de *Cien*

*años de soledad* había ganado el Premio Nobel. Su categoría de clásico en vida, por ende, no podía objetarse. ¿No era la prueba de que la literatura colombiana no solo había alcanzado su mayoría de edad, dijo Cifuentes, sino que era una carta de presentación digna de comparar con los autores alemanes citados por Zulia? Y no solo con los alemanes, añadió Costas, sino con cualquier otro gran escritor de cualquier época. A mí me parece tan grande como Sófocles. Zulia se tomó un trago doble y lo pasó con un puñadito de sal. Chupó con fruición el cigarrillo. Sonrió, al exhalar, a sus dos impugnadores. Dijo que, dentro de pocos años, una estimación de esa índole sería no la de unos pocos, sino la de un redil. Colombia necesitaba, explicó, una figura literaria patrimonial. El establecimiento de nuestras letras, esa amalgama de políticos, militares, obispos y gramáticos, pretendió reivindicarla con Isaacs, con Silva, con Carrasquilla, con Rivera, con Valencia. Pero hasta esos intelectuales simuladores sabían que tales escritores no alcanzarían jamás la talla de un Cervantes, un Shakespeare, un Victor Hugo, un Dostoievski. Con García Márquez ya se tenía el terreno para hacerlo. Es decir, el visto bueno de la Academia sueca y el de las universitarias, el del establecimiento político, el de los medios de comunicación y el espectáculo. Hasta tal punto ha calado esta percepción, que las nuevas generaciones lo comparan con los trágicos griegos. ¿Usted lo dice, joven, por el epígrafe que García Márquez pone en *La Hojarasca*?, preguntó. Costas no respondió porque no había leído esa novela. Y cuando iba a improvisar cualquier cosa sobre los modos en que el griego y el colombiano afrontaban los dramas humanos, Zulia continuó. Lo curioso es que ese poder político y literario, al que García Márquez ha atacado como pocos, se encargará de canonizarlo. Porque en estos tejemanejes de la cultura uno no sabe muy bien para quién trabaja. Esos ataques suyos son, por otra parte, pilares sobre los que está construido su universo ficcional. Un universo atractivo por varios motivos. En primer lugar, porque sus cuentos y novelas están anclados en el color local, en una postal de una región subdesarrollada y

oprimida y a la vez propia para satisfacer la angurria de exotismo. Pero Colombia, una vez más, no ha podido acceder a una literatura más cosmopolita, más libre de esas sujeciones territoriales y estatales. Yo creo, en realidad, precisó Zulia, que solo una literatura ajena a tales ligaduras sería una literatura mayor. Soy claro: con esas coordenadas tropicales, atravesadas de flores y mariposas amarillas, de mujeres que se van al cielo a las volandas, con ángeles que hablan lenguas muertas y caen del cielo en playas del Caribe, con sus militares fracasados que terminan haciendo artesanías de oro, en fin, con esa visibilidad literaria de un transcurrir popular asociado al fetichismo de las grandes vergas, de las parrandas eternas, de las infidelidades de cupido y los deseos de la pedofilia, se ha entrado de lleno en el triunfo de la anécdota y en el procedimiento periodístico como técnica para narrar. No digo que sus libros estén mal. Son interesantes, están bien escritos, uno se ríe a veces. Digamos que en ellos el sentido común se parece mucho al ingenio. Pero dudo que lo que celebramos, con el argumento de que él solo puede rivalizar con Cervantes, sea de la calidad que se nos hace creer. Su novela sobre el coronel que espera la jubilación es excelente porque aspira a la perfección, y la logra. Y lo hace sin los aspavientos y sin los artificios de después. Lo demás, con todo respeto por ustedes, me suscita reservas. No me cuesta imaginar, en todo caso, que dentro de unos años el rumbo de la literatura nacional lo tomará como patrón, y cuestionarlo será una blasfemia. Tampoco me es difícil suponer que estaremos invadidos de epígonos suyos. Y que, como una de esas plagas que entran a su Macondo, a nuestra narrativa llegarán los exponentes de una literatura espectacular de la cual, y aquí Zulia trazó una cruz exorcista con la mano, habrá que protegerse.

Esa noche Cadavid se quedó hasta tarde discutiendo con Cifuentes y Costas. Fueron a Abelardo y Eloísa, y allí los sorprendió el cierre de la taberna. Las palabras de Zulia eran del todo discutibles. A Lorenzo Cifuentes le incómodo el tufillo europeísta de la tertulia y de su invitado de honor. Le molestaba el

arquetipo de que Europa era lo cosmopolita y América lo regional. Esto se traducía en el hecho de pensar que Mann escribía para lectores cultos, y García Márquez para quienes gustaban del sentido común. Como si el asunto de la literatura fuera medible solo desde la vara de una intelectualidad elitista a la cual se le oponía una sensibilidad popular. Como si esa élite europea, señalaba Cifuentes, no hubiera caído en los despeñaderos de la equivocación. Ante este panorama era preferible la espontaneidad y el bullicio, la mamadera de gallo de todos los días en medio de los apuros de sociedades empobrecidas por su destino histórico, que el espanto aprobado por intelectuales y filósofos del crimen. García Márquez había efectuado una tarea formidable al apropiarse de unas claves europeas o norteamericanas —lo suyo venía de Kafka, de Faulkner, de Hemingway, de Camus— para nombrar lo que yacía en la invisibilidad: el trajinar del caribe colombiano, una de las esencias desdeñadas por un país gobernado desde su centro andino. Y para hacerlo se percató de que tenía que desterrar de su mundo narrativo cualquier coordenada fundada en un intercambio permanente de ideas en el que uno enseña y el otro aprende. No lo quise mencionar, dijo Cifuentes, pero recuerdo que García Márquez criticaba los diálogos de Mann. Así no habla la gente, decía. Esos son diálogos artificiales. Marcan la divagación de unos cuantos y no el sentir de una colectividad. Hay que estar muy perdido en el mundo de la cultura, entonces, para propalar que los europeos cultos son los que miden las cúspides de las obras literarias.

## El rayo

Una pausa surgió en esa disciplina. Zabala tuvo que viajar a Bogotá para resolver un obstáculo más en la legalización de la escuela. Quiso llevar a su discípulo amado y mostrarle, durante el fin de semana, la capital. Leonardo dijo que prefería quedarse y estudiar piano. Pero al saberse solo, el afuera lo sedujo. El sábado desayunó un perico y una mogolla y salió. Caminó sin rumbo por un buen rato, gozando la condición imprevista de la libertad. Pateó un pedazo de trapo mientras silbaba “La cucharita” que, de repente, había brotado de una tienda de quincallas. Hacia el mediodía fue al Bosque de la República. Allí, cerca al Paredón de los Mártires, se tiró al césped. El cielo estaba de un azul tan diáfano que Leonardo se sintió feliz de estar vivo. Captó el silencio en que se afincaban los rumores del día. Incorporándose, fue a la escuela de música. La puerta estaba entreabierta. Avelino no apareció, tampoco Yamil, y en el aire flotaba el eco de un compás beethoveniano.

Fue más tarde a la casa de Cumbiamba, a quien se le había acercado en los últimos días. La entrada del apartamento era una carnicería. En medio del olor de carne descompuesta, Leonardo recibió la orden de seguir. Al traspasar la puerta se encontró con el corredor de una casona colonial que restauraban. Subió al segundo piso y tocó. El pianista lo abrazó y le dijo que pasara. Leonardo se recostó en el sofá. Hojeó un libro de sopas de letras y crucigramas resueltos. En un rincón había un piano vertical, y Leonardo le pidió a su amigo que tocara a Beethoven. Cumbiamba, entusiasmado, lo complació. Tocó la *Arietta* de la sonata en do menor, opus 111. Los acordes sonaron espaciados, más lentos que lo indicado por el *adagio molto*. Mientras

sonaba ese adiós definitivo que Beethoven le había dado al género sonata, una como idílica inocencia se extendió por el cuarto. Leonardo iba nombrando los acordes como si estuviera descifrando ejercicios de encadenamientos. Después se acomodó junto al pianista. Ambos tocaron, el uno con la mano izquierda y el otro con la derecha, la primera variación. Y, levemente, Leonardo fue introduciendo el tema de “La cucharita”. Cumbiamba sonrió al entender la propuesta. Beethoven, al insinuarse la nueva variación rápida y escalonada, empezó a tornarse carranguero. De tal manera que la melodía de la cancioncita asumió su importancia y los ecos trascendentales de la arieta quedaron atrás.

En tanto que Leonardo acercaba una silla, “La cucharita” se transformó en una monodia, grave y parsimoniosa, anhelante de eternidad. Y luego se esbozó como un *cantus firmus* para que sobre él Cumbiamba edificara naves polifónicas. Los compases avanzaron y la melodía boyacense se tornó eclesiástica. Leonardo la atiborró de trinos, mordentes y grupetos. Cumbiamba, a su vez, la vigorizó a través de una serie de solemnes acordes luteranos. El horizonte se amplió y, suspirando pesadamente, Leonardo le dio a “La cucharita” los cuatro martillazos del destino. Y Cumbiamba le trajeó intervalos hasta de siete, nueve, once y trece teclas. El volumen creció tanto y fue tanta la velocidad que el piano pareció desbaratarse. Muertos de la risa, ambos se detuvieron después de que, convertida en una grisácea serie sin centro tonal, “La cucharita” volvió a ser ella misma sin serlo del todo. Porque la primera frase de la melodía sonaba y no avanzaba y se repetía numerosas veces.

Leonardo vio sobre el piano una revista cuya portada le atrajo. Era una mujer desnuda, de senos ampulosos y piernas que abría con seducción. Leonardo se recostó en el sofá y pasó las páginas. Cumbiamba preguntó si quería comer algo. El otro negó con la cabeza, puso la revista sobre el piano, y dijo que se iba. Tomó la calle diecisiete, llegó al apartamento de Zabala,

donde se tiró a la cama. Un sueño plúmbeo lo cubrió. Durmió derecho, sin despertarse, muchas horas. Se levantó mareado, con la garganta ardiente, y en la cabeza, una punzada. Las campanas de la iglesia del Topo llenaban la habitación. En la almohada había huellas de sangre. Leonardo llamó varias veces al maestro Zabala. Recorrió el apartamento como si estuviera desorientado. Se detuvo un rato a mirar la serie de las matrioskas de Moscú. De súbito, tomó la gabardina y el gorro. Recordó el sueño con vaguedad, mientras caminaba por una calle anochecida. La imagen de él tocando el piano blanco le llegó como una revelación. La mujer de la revista estaba recostada sobre el instrumento y lo miraba fijamente. El sueño era el resplandor de esos ojos y no la música. Porque para él las teclas del piano se hacían infinitas y sus dedos no bastaban para tocarlas.

Después se vio caminando por una de las colinas del altiplano. Tunja estaba lejos, iluminada en su quieto discurrir dominical. El aire era frío y la noche estaba dispuesta como una plegaria. Leonardo la escuchó con atención, pero no discernió nada. Percibió el mundo como una cuerda digna de ser pulsada por un dedo invisible. Una alegría inexplicable lo invadió. Él había supuesto que el silencio estaba hecho de múltiples y minúsculas gamas de sonidos, situadas más allá de las fronteras de lo agudo y lo grave. Ahora entendía que eso no pasaba de ser un postulado inexacto. Con desesperación deseó ser ese dedo y esa cuerda. Gozar de una especie de invisibilidad soberana para crear la música. Estiró una de las manos para hacerlo, pero una picada intolerable le atravesó la cabeza. Leonardo vio un rayo poderoso, y también vio la oscuridad.

## Lupanarias

Zabala buscó por todas partes a su discípulo amado. Acudió a la policía. Fue a las emisoras radiales. Con ayuda del personal de la escuela, empapeló la ciudad con carteles donde la imagen de Leonardo miraba al frente, con el gorro puesto y la medalla del pentagrama colgándole del cuello. Fulgencio Mancipe llegó hasta a ir al hospital psiquiátrico para buscarlo entre los locos. Entendieron que el muchacho se había esfumado. Yamil y Avelino lo lloraron en la tienda de Chavita. Zabala lo hacía en su apartamento cada vez que intentaba dormir. Cumbiamba no se cansaba de contar que había estado con él ese sábado, en su casa, tocando a Beethoven a cuatro manos. Indagaron en los otros hospitales y en la morgue. Así como había llegado, Leonardo se había ido sin dejar rastro. ¿Era posible que lo hubieran desaparecido? El muchacho no tenía nada que ver con esas anomalías cotidianas de un país como Colombia. ¿Quién lo habría podido secuestrar para asesinarlo y arrojarlo a una fosa común? A Zabala se le ponían los pelos de punta al imaginar ese destino. Pero, poco a poco, todos fueron acomodándose a la idea de que Leonardo había sido como un sueño. O, simplemente, un capricho de la escuela. Una exhalación entre fabulosa y aberrante de su imposibilidad. Ella, pasmada y contrita, le hizo finalmente un homenaje que fue también una despedida. El coro, dirigido por Zabala, quien tocó el órgano esa vez, cantó el *Ave verum* de Mozart. En el templo de San Ignacio hubo tan poca gente esa noche que los músicos creyeron que cantaban más para ellos y no para ese destello que, de pronto, se había apagado.

Mirando los carteles, pegados en la puerta del Instituto de Cultura, donde

estaba el rostro de Leonardo, Cadavid se encontró con Lorenzo Cifuentes y Camilo Juan Costas. Atardecía y los tres se fueron a tomar las onces al Pasaje Vargas. Cifuentes los invitó. Conversaban sobre el genio y sus atributos — Cadavid les contaba de la gran memoria musical de Leonardo, de su origen improbable, de su rostro celestial y su vestimenta común y corriente—, cuando entraron a la cafetería dos gamines con un gozque. Ambos se dirigieron a Lorenzo Cifuentes y lo saludaron con camaradería. El profesor les preguntó cómo iban. El más grande de los niños, envuelto en una ropa que le quedaba grande, señaló hacia afuera. Cifuentes se levantó y salió. El perro, que tenía una pelambre copiosa y sucia, se incorporó para seguirlos. A los pocos minutos el profesor de literatura regresó y dijo que debía irse.

Cadavid aprovechó para contarle a Costas su primer encuentro con Cifuentes. Había acabado de llegar a Tunja y un carro, a la medianoche, paró en un cruce de esquinas. Cifuentes era el conductor y lo había llevado a un hotel para dormir.

—¿No te llevó a otro lado? —preguntó Costas.

—¿Qué quieres decir? —dijo Cadavid.

Costas no respondió. Dijo, en cambio, que también había conocido a Cifuentes una noche, en la terminal, justo por el tiempo en que Cadavid llegaba a Tunja.

—Es su sitio preferido. Cifuentes se siente allí como pez en el agua —explicó Costas.

—Recuerdo que me contó que salía, todas las medianoches, a pasearse por la ciudad.

—Cifuentes es un animal nocturno, una hambrienta criatura de la noche.

—La segunda vez lo vi también muy tarde. Yo estaba en el atrio de la catedral. Y él conversaba con unos gamines como esos.

Costas dijo que el asunto de Cifuentes con los gamines era peculiar.

—¿Qué quieres decir?

Costas guardó silencio.

Al salir de la cafetería, comentaron las *Lupanarias*. El conjunto de poemas de Costas que Cadavid apreciaba. Pero mientras este elogiaba la manera en que el otro abordaba el tema del amor, a Costas le era difícil valorar bien lo que escribía su amigo. Costas creía que su libro estaba listo, el problema era dónde publicarlo. Sus veinte poemas se referían a prostitutas, transexuales, homosexuales, hermafroditas. En cada uno de ellos la sordidez de los espacios y de los cuerpos contrastaba con el lirismo de sus evocaciones. Ahora bien, ¿tal tema podía encontrar su lugar en una ciudad clerical, militar y burocrática como Tunja? Salvo la editorial de la universidad —no existían más editoriales, y solo una o dos imprentas sacaban carteles, volantes y afiches para los espectáculos o actividades comerciales—, no había otro sitio. Y la universidad publicaba poemas históricos, poemas que celebraban la tradición colonial y republicana, poemas de amor rimados. Una editorial de esa índole se escandalizaría con el opúsculo de Costas, que expelía secreciones amorosas en sus versos. El poeta levantaba los hombros con su desaire característico. Aseveraba que Tunja, más allá de sus apariencias pomposas y culteranas, era una ciudad cacorra. Cadavid sonreía. De Medellín se decía más o menos lo mismo, comentaba. Y Bogotá, sin duda, también lo era. Es la herencia propia del catolicismo y el militarismo de nuestras repúblicas, explicaba Costas. Naciones cimentadas en batallones y seminarios solo pueden fabricar maricas. Pero Costas no tenía problema alguno frente a esa condición sexual. Allá cada quien con su deseo. Los orificios del cuerpo que las gentes los usaran en sus ocios como mejor les incumbiera. Pero consideraba que para la poesía, y acaso para la vida, el encanto de esas vidas apaleadas por un ansia contrariada radicaba en sus rarezas sexuales y en cómo estas se manifestaban en secreto. Si todo eso fuera permitido, decía, dejaría de ser atrayente, y la poesía sería menos necesaria. Entonces mencionó a Cifuentes. Dijo que a él le encantaban las *Lupanarias* porque no era común en

Colombia expresar los bajos mundos del deseo con tanto lirismo y limpidez estilística. Luego de despedirse, Cadavid decidió ir a la escuela y repasar unas piezas barrocas para flauta que estudiaba desde hacía días. Ese instrumento, que tanto quería, lo había relegado por dedicarse a la teoría, al piano, a la lectura de los análisis musicales. Estaba armando el atril, poniendo las partituras y volvió a recordar a Cifuentes. Tomó su billetera. Allí seguía la tarjeta que hacía tiempos le había dado.

## Ficciones

Con su voz ronca, la mirada penetrante, la barba negra, Cifuentes se convirtió en otra de las presencias indispensables para Cadavid. Él también leyó sus cuentos. Dio un dictamen menos entusiasta que el de Mendoza Franco, pero no tan demoledor como el de sus amigos. Porque Víctoriano Lozano había dicho que a esas historias de compositores e intérpretes les faltaba más turbación y más penumbra. Camilo Juan Costas las veía como la expresión de un Romanticismo tardío, demasiado contenidas. Era como si Cadavid sufriera de estreñimiento emocional. Te la juegas demasiado por el dato ilustrado, decía. Lo tuyo está tan bien escrito que es como una porcelana. Mejor dicho, en lo que escribes no hay tripas, solo decoraciones preciosas. Y una literatura sin tripas, Pedro, no vale mayor cosa. Gustavo Valbuena opinaba, al contrario, que había muchas palabras y demasiada cantinela de los sentimientos. Los cuentos de Cadavid, decía Valbuena, con la babosa en la boca, no eran del todo malos, siempre había peores cosas en el paupérrimo reino de la literatura colombiana, pero cada uno podía reducirse a un párrafo. Y Bustos Zafra un día le devolvió, reducido, el cuento sobre Mozart. De las diez páginas de Cadavid quedó una. Bustos Zafra se entusiasmó tanto con su versión que la publicó en la revista *A la topa tolondra*. La ficción era, tal fue el dictamen de Bustos Zafra, inesperada y gozosa. Mozart adolescente, en compañía de su padre, sale de la Capilla Sixtina, después de escuchar el *Miserere* de Allegri. La obra a nueve voces, exclusivo patrimonio del papado, y solo interpretada en los oficios de la Semana Santa, la copia Mozart de memoria después del concierto. Al salir, padre e hijo se topan con una comparsa de músicos

provenientes de San Pelayo, un villorrio del virreinato de la Nueva Granada. Al muchacho lo impresionan las sonoridades de los clarinetes y unos instrumentos inauditos que los neogranadinos llaman saxo. Y queda atónito por la fuerza de las improvisaciones de una percusión sincopada hecha de chuchos, maracas, cajas, claves y otros abalorios. Leopoldo, el padre, lleva su hijo a otra parte porque es Viernes Santo. Sacrilegio es entrometerse en semejante algarabía. Pero Mozart se escabulle y llega con los músicos a los tabucos del Trastévere donde residen. El compositor de catorce años aprovecha y escribe una obra, mezcla de Allegri, comparsa bullanguera e ideas propias. Más tarde le entrega los papeles a los músicos americanos. Estos retornan a su caserío neogranadino, y de la gran partitura, según el narrador del cuento, quedan fragmentos que se escuchan en los porros que, año tras año, suenan en el festival de San Pelayo.

A la lectura de Cifuentes, aunque más objetiva —de hecho este no escribía sino análisis literarios—, la atravesaba la duda. Los cuentos de Cadavid funcionaban porque ofrecían un panorama inusual en Colombia, pero esa singularidad era sospechosa. ¿Por qué —preguntaba— dedicarlos todos a la música clásica? ¿La figura del músico culto no estaba ya mandada a recoger desde que Thomas Mann había escrito *Doktor Faustus*? ¿Por qué no indagar, por ejemplo, en la música popular? ¿No era ese el distintivo de nuestra identidad? El cuentecillo de Mozart estaba bien, pero la influencia de Alejo Carpentier era más que notoria. Cifuentes, empero, reconocía el talento de Cadavid. Y este lo escuchaba atendiendo más las observaciones estructurales o sintácticas, las indicaciones sobre los principios y los finales, que las consejas sobre aquella supuesta identidad latinoamericana.

Siguiendo su intuición y su gusto, Pedro escribió otros cuentos. En uno narraba la historia de un músico sin nombre que compone una obra para clavicordio. En ella se niega el tiempo y, durante tres minutos, el oyente accede a la visión de la eternidad. El compositor, moribundo, consciente de lo

que ha escrito, solicita a uno de sus hijos destruir el manuscrito de la pieza apenas muera. Pero el hijo, antes de cumplir su voluntad, la interpreta para sí mismo. Al develársele el secreto del tiempo, se sobrecoge de espanto y sale de su casa en busca de alivio. En una plaza próxima hay un grupo de errabundos que tocan vihuelas y adufes alrededor de una fogata. El narrador se acerca al fuego y, en medio de los palmoteos, lanza los papeles pautados.

En otra ficción partía de un pasaje de la vida de Berlioz. El compositor está cerca de la muerte. Abatido, decide buscar a una amiga de la adolescencia para obsequiarle su última obra y confesarle su amor inextinguible. Este episodio se transformaba a su modo en el cuento. Héctor llega a Tunja a la medianoche. Desciende del bus en la terminal. Con la partitura que necesita entregar, vaga por la ciudad como un alma en pena. Bajo la neblina y el frío, encuentra un hotelucho que un hombre de barbas espesas y mirada penetrante le ha indicado. Quiere dormir pero no puede. Los pies no se le calientan. Da vueltas en torno a la cama y su mente se llena de fantasmagorías. Se levanta y repasa la música escrita. En ella el objeto amado es una idea fija hecha de flautas leves y cuerdas acezantes. Al otro día, Héctor recorre Tunja evocando los años de su primer aprendizaje. Se dirige, en la tarde, a la escuela de música donde ha realizado sus primeros estudios. Mira su fachada de innumerables ventanas pintadas con un vetusto color verde. Toca el portón, y un hombre con rasgos de pájaro y mirada aviesa lo invita a seguir. Héctor camina por los tres pisos de madera, que resuenan con sus pasos cansinos. El portero, que viste una inmensa ruana negra, lo acecha a corta distancia. Al llegar al tercer piso, la visión de los tejados centenarios estremece al compositor. Va a preguntarle al portero el nombre de la persona que ahora dirige la escuela, pero alguien toca el portón de abajo. El avechicho desciende con presteza. Héctor sale mientras el portero está atendiendo al nuevo visitante. La narración enseguida se ocupa de la visita que Héctor hace a Estela, ese primer amor imposible. La mujer y la casona donde agoniza son

descritas espectralmente. En una sala me siento, escribe Cadavid. Todo huele a humedad, a horas estancadas. Los muebles son negros. Héctor corrobora que está frente a un cadáver. Pero se confunde porque siente que él también está muerto. Al acercarse con pasos temblorosos para depositar en sus manos la partitura, ve los ojos de la mujer. Héctor cree que esa ausencia de brillo es un abismo y en él cae. Huye, angustiado, de la casa. Decide irse nuevamente de Tunja y no regresar jamás. Pero en el camino a la terminal pasa por la escuela. Allí, deja el manuscrito de su obra recostado en el portón.

## Maratón

La cita fue un viernes en la noche. Cada uno llevaría trago y pasantes. La casona de Mencía Suárez los recibiría a todos. ¿Cuántos eran? Los de la tertulia y algunos invitados. La anfitriona ofrecería un piscochicha hacia la medianoche. La música la llevaría Gaona, quien tenía una versión de las sinfonías de Beethoven interpretadas por Karajan y la Orquesta Filarmónica de Berlín. El equipo de sonido con sus cuatro bafles demostraría la opulencia de la familia tunjana. Cadavid sería el encargado de explicar cada una de las obras. Así festejarían el fin de la lectura de *Doktor Faustus*.

Hacia las ocho fueron llegando los convocados. Gaona invitó a dos de sus alumnas. Una de ellas miraba asiduamente a Cadavid. Era una muchacha chispeante, con una risa que resonaba por encima de las otras voces. A Pedro le molestó su estridencia, pero algo de su rostro lo sedujo. Gaona le había dicho a Cadavid que Mencía estaba de cumpleaños. Se programó, por esta razón, una pausa para celebrar el aniversario. En la sala se quitaron las poltronas de nogal y se dejó el gran tapete persa. Varios cojines se distribuyeron para el confort de los participantes. En las paredes había cuadros en que los ancestros hispánicos de Suárez llevaban la mano a la espada o portaban heráldicas. Una serie de mesitas con velones alumbrarían la jornada. Había dos baños acondicionados para las necesidades. En la cocina, separada de la sala por un largo corredor, dos mujeres atenderían el servicio de la comida. Al lado del balcón se levantaban las grandes ventanas. Mencía dijo que estarían cerradas para que la música no fuera motivo de perturbación pública. Pero la puerta que daba al balcón quedaría ajustada. Así, quien

quisiera salir a conversar, fumar o respirar el aire de la plaza podría hacerlo cuidando de entrecerrar los batientes para no contrariar la concentración de los escuchas.

—Y ¿está prohibido besarse? —preguntó Wilhelm, un profesor alemán invitado por Gaona. Tenía cabellos y ojos tan amarillos que encandilaban.

—Besarse no, pero sí refocilarse —dijo Mencía con fresca naturalidad. Cadavid, observándola, comprendió mejor el enamoramiento de Hernando Escobar.

A Wilhelm lo acompañaba una joven aindiada que se veía orgullosa de su conquista teutónica. Ambos se acomodaron en los cojines. El alemán no había entendido el verbo refocilar y su novia tampoco. Mencía les clarificó el asunto y la pareja soltó una risotada. Miguel Calcedonia y Fernando Gutiérrez, dos de los profesores más fieles de la tertulia, se sentaron juntos. Calcedonia se veía encendido mientras mencionaba las nuevas amenazas de los grupos paramilitares que circulaban en la universidad. Gutiérrez negaba con la cabeza mientras miraba las carátulas de los discos que iban a escuchar. Cadavid, por su parte, había traído a Bernardo Restrepo, pero este lo previno. Beethoven le gustaba, aunque de a sorbitos. La maratón significaba, para él, exponerse a una paliza sonora.

Pero ¿por qué Beethoven y no otro compositor? ¿Otra vez el sordo?, le había dicho Restrepo a Cadavid. ¿No era más original escuchar las nueve sinfonías de Dvorák, las nueve de Bruckner o las diez de Mahler? Incluso, ¿no serían más adecuadas las quince de Shostakóvich? Se trazaría otro panorama más acorde con nuestro siglo. Cadavid discutió la escogencia de Beethoven con los amigos de la tertulia. Les había ofrecido ese abanico de alternativas, pero él mismo les ayudó a concluir que Dvorák era muy nacionalista y folclórico, Bruckner asaz metafísico y religioso, Mahler hermético y denso, y el mundo de Shostakóvich estaba tan torturado por la pesadilla del totalitarismo, que la audición se constreñiría a la estética soviética. Beethoven

había vivido entre el Clasicismo y el Romanticismo. Era el más añejo si se comparaba con los otros músicos. Pero esta distancia era ficticia, ya que no había otro compositor cuyas sinfonías continuaran siendo un referente. Ahora bien, ¿referente de qué? De la lucha, decía Gaona, emprendida por el individuo contra la sociedad. No se podía olvidar, por otra parte, que las sinfonías de Beethoven festejaban aspectos como la resistencia del genio aislado, los golpes rudos del destino, el benéfico efecto de lo agreste y la fraternidad como anhelo de la humanidad. Pero había más. Estas sinfonías estaban destinadas al consumo de la gente, y ella las gozaba a pesar de no discernir sus mecanismos compositivos más profundos.

Gaona inauguró la maratón. Congratuló a los miembros de la tertulia por su presencia a lo largo de tantos miércoles. Enumeró los logros: los programas radiales, algunos artículos publicados en folletos de la universidad, lo aprendido frente a la historia, la filosofía, la literatura, la música. Agradeció a Mann y a Beethoven, que ahora los convocaban para cerrar esas actividades del espíritu y la inteligencia. Alzó su copa. Por nosotros, dijo, y cedió la palabra a Cadavid. Este se paró en la mitad de la sala. Bajo la luz de los velones, las figuras de los oyentes iban acomodándose. Cuando iba a empezar a hablar, miró a la muchacha de la risa fuerte y encontró sus ojos.

Citó una idea que había leído en esos días. Dijo que antes de Beethoven la música se escribía para lo inmediato, mientras que después habría de escribirse para la eternidad. Hubo una aprobación en el auditorio y Cadavid lanzó la glosa. Con Beethoven las cosas habían cambiado. Ya no se trataba de que la música se expresara a través del hombre, sino que, con el alemán, el hombre era quien utilizaba la música para referirse a sí mismo. De esta circunstancia se desprenden las interpretaciones, muchas de ellas exageradas, del compositor. Beethoven como Prometeo. Beethoven como un cíclope. Beethoven como un león del desierto. Beethoven como un toro enfrentando con sus astas al ventarrón del destino. Pero el de esta primera sinfonía es un

hombre reluciente. Aún no le han llegado ni la sordera ni los otros sufrimientos. Imagínense que vamos a escuchar a un paseante feliz de vivir en Viena. A pesar de que la ciudad es insoportablemente conservadora, sabe que en ella están el dinero y la confianza de algunos de sus seguidores. Pero todo esto no quiere decir que esta sinfonía no lo merezca. Beethoven aquí está enteramente configurado, o al menos se respira en cada frase la premonición de lo que vendrá. Solo que él no intuye lo que le espera. Nosotros, en cambio, no solo lo intuimos, sino que lo sabemos. En cierto modo, lo que vamos a hacer es una travesía por una de las existencias más dotadas para la alegría, pero más arrasadas por la aflicción física. Beethoven ha franqueado más de la mitad de su vida, y le corresponde salir al ruedo con su ciclo sinfónico. Basta con escuchar esta obra para advertir con qué bríos sale. Está escrita como por un Haydn tardío. Es decir, todo bien y todo en orden, ningún asomo de ruptura, porque sabemos, como lo enseña Thomas Mann, que las rupturas en la música se enraízan en la enfermedad. Y Beethoven, repito, goza de muy buena salud por esos años. En los cuatro movimientos hay un hombre que nos dice escuchen, contertulios queridos, lo que puedo hacer con los sonidos. Más tarde les diré, y ténganse fino, de lo que realmente soy capaz. Como hubo aplausos, Cadavid se inclinó para dar las gracias, y se acomodó junto a Gaona.

Desde el primer acorde, un cosquilleo se instaló entre Wilhelm y su amiga. Ella se recostó en sus brazos y él le acarició el cabello. Cadavid, que estaba al frente, evitaba mirarlos. Pero, una y otra vez, volvía a ellos. Los demás escuchaban la sinfonía. Uno que otro bisbiseo brotaba, y un gracias dirigido a aquel que repartía los pasantes. Eran estatuas fijadas en la incomodidad de verse unos tan cerca de otros escuchando a Beethoven. En tales circunstancias transcurrió el *Andante cantabile con moto*. Con el tercer movimiento, la música estimuló más a Wilhelm y a su consorte. Buscaron una mejor posición entre los cojines y se dieron el primer beso. Un beso a contracorriente del

ritmo que sacudía el espacio. Mientras la música saltaba, los labios se chupaban largamente. Hubo enseguida una serie de besitos que se dieron en las manos y en el cuello, hasta que Cadavid se incorporó.

Sobre la segunda sinfonía no había mucho que contar. Salvo una anécdota que revelaba una constante en el itinerario sinfónico beethoveniano: la apatía del público frente a lo escuchado. Público de mierda, gritó Calcedonia desde su sitio. Había salido de la primera sinfonía con el humor alterado. Prendido por el aguardiente, se dio a desvariar contra los públicos ajenos al gran arte y los mandó todos al infierno. De la segunda, continuó Cadavid entre las risas, una revista de la época había opinado que era un monstruo que se desangraba interminablemente. Su factura databa de la época en que Beethoven se dio cuenta de que no oía bien. Puede ser verdad, eso ustedes lo dirán, que la sinfonía esté apoyada sobre una obsesión rabiosa. Un enojo creciente a pesar del *Larghetto* mozartiano que la refresca y del *Scherzo* que, por primera vez, aparece en este recorrido musical.

Un par de hombres entraron mientras escuchaban el *Scherzo*. Eran el padre y el esposo de la anfitriona. Parecían copias de quienes miraban gravemente desde los cuadros. Ahí están los culpables de las humillaciones de Hernando, pensó Cadavid. Ambos tipos hicieron gestos con las manos para que la sesión no se interrumpiera. Gaona se levantó, con Mencía Suárez, para saludarlos. Primero se dirigieron a la cocina. Las dos mujeres del servicio hicieron un saludo reverencial y se unieron al grupo que buscó el recogimiento de los aposentos internos.

Mencía Suárez ingresó a la sala con el rostro consternado. Sonaba el primer movimiento de la tercera sinfonía. El desarrollo de esos temas que querían devorarse el tiempo. Esa forma sonata agigantada que era una protesta frente al adverso destino. Gaona percibió, en medio del *crescendo* de la orquesta, el trastorno de su discípula. Aprovechó para comerse un panecillo con tocineta y preguntó qué sucedía. Ella se puso un dedo en la boca y se llevó la otra mano

a la oreja como diciéndole que quería escuchar. Calcedonia respiraba, agitado, en un rincón. Con su mano marcaba un compás ajeno al *Allegro con brio* que evolucionaba hacia un rumbo imprevisible. ¡Qué diablos es esto!, decía. ¿Por qué esta música es tan grande y nosotros tan poca cosa? Como exasperados por uno de los temas que no avanzaba, entre el redoble de los timbales y los toques agudos de las trompetas, el alemán y su novia se levantaron. El rubio, meneando la testa, decía que no soportaba más. Se daba palmadas en la frente como si quisiera quitarse algún mal pensamiento. Tomó a su novia de la mano y salieron de la casa. Cadavid estaba agachado, con la cabeza escondida entre las rodillas.

La anfitriona fue de nuevo a la cocina. El tema del oboe de la marcha fúnebre se tensaba en el aire en el momento en que el padre y el esposo de Mencía reaparecieron. Los acompañaba una de las sirvientas. Era la más vieja, y se limpiaba las lágrimas con un trapo pringoso. Mencía la abrazó y le dijo que se fuera para su casa. Ella se encargaría del pisolabis con la otra empleada, pero la anciana se negó. Al menos aquí había música, dijo. Eso la sosegaba. Los señores de la casa, antes de partir, hicieron la promesa. Al otro día se reunirían con el alcalde de Tunja, con el general de la brigada, con el obispo. Todo se clarificaría, dijeron. La sirvienta agradeció con un sumercé, y repitió la historia de su hijo. Él trabajaba como mensajero de la familia de los Suárez y se ocupaba de la recolección de las papas en una de las fincas. El tema de la marcha llegaba, asordinado, a la cocina. Pasaba del oboe a la flauta y de esta al fagot. La orquesta aumentó su volumen. Los timbales resonaron como mazos cósmicos. Él había ido a visitar a un compadre en un pueblo cercano de Sogamoso. En medio de la carretera unos hombres armados detuvieron el bus e hicieron bajar a los pasajeros.

Al muchacho lo confundieron con un colaborador de la guerrilla, aclaró Mencía. Gaona la había abordado en el momento en que los dos hombres se fueron de la casa. La sirvienta se había retirado a una de las piezas porque esa

música se estaba poniendo muy triste y daban ganas de llorar. ¿Cómo así?, preguntó Gaona. Mencía tomó del brazo a su profesor y lo llevó hacia uno de los baños. Allí le contó los pormenores. La música rememoraba una suerte de persecución. Las trompas hacían llamados a la caza desde un bosque henchido no de hadas mágicas sino de verdugos tenebrosos. Gaona escuchaba a Mencía. Al muchacho lo separaron con otros pasajeros a quienes habían llamado por sus nombres. Alegó que él no tenía nada que ver con la guerrilla. Explicó dónde trabajaba y quiénes eran sus patrones. Iba a mostrar su cédula pero se dio cuenta de que se le había quedado en su casa. No hubo explicación que valiera. Lo arrastraron, lo alinearon junto a los demás y le dieron un tiro en la cabeza.

Bernardo Restrepo se acercó y pidió que fueran al balcón.

—¿Qué te pasa? —preguntó Cadavid.

—Me siento asfixiado. Es como si ese cíclope que mencionabas me hubiera caído encima.

Cadavid levantó las cejas como diciendo qué vaina, Bernardo. El *Finale*, de súbito, se suavizó. Pero esa calma surgía para anticipar otro acabose. Porque ahí estaba otra vez, bebiéndose los espacios de la casona, el último tema de la sinfonía. La coda en tonalidad mayor. Grandiosa como un coloso, un chorro de fuego, una lluvia de estrellas, una erupción de Dios, se había dicho. Bernardo y Cadavid atravesaron la sala y Cadavid dijo que no demoraba. Como respuesta recibió la sonrisa de la joven que estaba junto a Gaona. Y fue como si ella le dijera no te preocupes, aquí que te espero. En la puerta que daba al Pasaje Vargas, Restrepo se despidió.

—Necesito despejarme el ánimo —dijo. Y Cadavid vio cómo su amigo sacaba la marihuana de un tarrito de plástico.

De la plaza emergieron tres hombres altos vestidos con gabardinas.

—Madrugaron —dijo Cadavid—, faltan dos sinfonías.

—No hay problema —contestaron.

—Adelante entonces.

Eran profesores de guitarra, tiple y bandola en el plan nocturno de la escuela. Pedro a veces se reunía con ellos para tocar música colombiana y daban serenatas con alguna regularidad.

Mientras subían compartieron una botellita de brandy que llevaba el bandolista en la gabardina. Cadavid dijo que esperaran. Echó un vistazo para cerciorarse de que Mencía Suárez no estuviera. Les indicó que pusieran los estuches con sus instrumentos en el balcón. Al atravesar la sala, se dio cuenta de que no lo habían esperado. La cuarta sinfonía ya estaba sonando. El *Adagio* de la introducción suscitaba una premonición lúgubre. Uno de los temas brotó con fuerza y Gaona, a la vez, salió de la cocina y se tropezó con los músicos.

—¿Cuándo es la serenata? —dijo Gaona

—Apenas termine la quinta —dijo Cadavid.

—¿Vas a tocar la flauta?

—Esa es la idea.

Los dos bebieron de la botella que pasó el serenatero y se sentaron a escuchar la más clásica de las sinfonías beethovenianas. Eso iba explicándole, *sottovoce*, Cadavid al profesor. La que más se enlaza con la Viena de Mozart y Haydn. No es una vuelta atrás, pero tampoco es un paso adelante. Gaona hacía un esfuerzo para concentrarse. Movía la cabeza afirmando, pero se sumergía en lo que había escuchado poco antes en el baño.

La sinfonía avanzó hasta que Cadavid se percató de que alguien le ofrecía algo. Era la muchacha de la risa que le estiraba el plato con los pasabocas. Él se incorporó instantáneamente y pidió excusas por el retraimiento. Cadavid era afecto a los movimientos lentos de Beethoven. Le producían sosiego los diálogos sutiles entre los vientos de madera, y concluía que si el compositor no pasara con tanta rapidez a expresar sus tormentos, le gustaría muchísimo más. ¿Restrepo tal vez tenía razón con su opresión? Pero desalojar de esa música su zozobra significaba tal vez despojarla de su esencia. ¿Qué parte de

Beethoven, finalmente, era la que más lo conmovía? La mezcla de lo uno y lo otro, sin duda. El supuesto dios de las tempestades amalgamado al creador de la serenidad más sublime. La ambivalencia de los opuestos, el combate entre el carnaval y la cuaresma en el corazón humano iba y venía por las sinfonías como si esa fuera la principal premisa. Con Beethoven había ganado, y eso lo exponía su trabajo en medio de la sordera, el lado lúcido de la creación. Cadavid tomó el pasante. La joven iba a irse, pero él la cogió de la mano. Ella giró, interrogativa. Y Cadavid, soltándola, guardó silencio.

Entonces sonaron las tres corcheas y la negra de la nueva obra. La atmósfera se relajó. Los oyentes se encontraron como en un terreno conocido. Ni clásico, ni romántico, sino inmediato, había dicho Cadavid. La quinta era la más popular de las sinfonías. Cuántas cosas no quería decir. El llamado de la predestinación de unos, la suprema expresión de la rebeldía de otros. La victoria de un solitario indomable. Beethoven sometiendo su descontento a un proceso de creatividad implacable. Estaban escuchando esas cuatro notas que estructuran minuciosamente el primer movimiento, cuando en la sala irrumpieron Camilo Juan Costas y los hermanos Murillo. Estos fueron a buscar a Mencía, de quien, por lazos familiares, eran bastante cercanos. Costas, por su parte, saludó a Cadavid.

—¡Puto frío! —exclamó, frotándose las manos.

—Beethoven te calienta en par patadas —dijo Cadavid. La presencia de los poetas había provocado entusiasmo en su ánimo.

—¿Uno supone que Beethoven es solo esta música? —dijo Costas.

—¿Y quién te avisó de la maratón? —preguntó Cadavid.

—Tunja es pequeña y es la ciudad más chismosa del mundo.

—Ahora me desayuno de tu interés por Beethoven.

Costas se tomó el primer trago de brandy. En la sala se desencadenaban los últimos acordes del primer movimiento. Su respuesta esperó a que pasara la pausa y escuchó con atención el tema de las violas y los chelos del segundo

movimiento.

—Esa música podría aliviar cualquier tormento —dijo.

—¡Ah!, también te volviste optimista.

—Soy como tú, lleno de oscuridad pero sediento de luz.

El *Andante con moto* finalizó con la llegada del bandolista. Había que afinar los instrumentos, dijo. Mencía Suárez estaba ocupada en los menesteres del pisco-labis. Gaona entrecerró la puerta de la cocina para que los serenateros pasaran hacia una de las habitaciones internas. Cadavid dijo que debían esperar unos minutos más. Afuera, entre tanto, sonaban las trompas acechantes. Los cuatro músicos armaron los atriles. Acomodaron las partituras. Abrieron los estuches. La música pareció cesar. Era la sección del *pizzicato*. La puntuación sutil del fagot y los timbales con las cuerdas que iban construyendo, como una filigrana, el crescendo del *Allegro*. Ese crescendo de una sola nota que se engulle cualquier intemperie en unos cuantos compases. Cadavid abrió la puerta de la habitación y corrió para escuchar de cerca los tres trombones, el flautín, el contrafagot, la orquesta entera. Y ahí estaba. Como una bocanada de aire limpio. Como bañarse en un río de constelaciones. Abierto sin trabas a la plenitud de la existencia. Cada vez que escuchaba ese pasaje, a Cadavid le daban ganas de gritar. Era como si tuviera un potro salvaje en el pecho. Como si el fragmento inacabado que él era en todas partes se fundiera por unos segundos con el todo siempre escurridizo. Una ola de ridiculez, sin embargo, lo cubrió porque los ojos se le aguaron. Pero estaba solo, en el corredor que comunicaba la sala con la cocina, y se secó las lágrimas con la manga del buzo. Entre las sombras, entrevió a Camilo Juan Costas hablando con Miguel Calcedonia en medio de la apoteosis de la música. A su lado, Francisco Gutiérrez estaba parado en la mitad de la sala. Ebrio de dicha, movía los brazos como si fuera un ventilador.

Surgió, de repente, el remanso del cual brota el último tramo de la sinfonía, y Cadavid regresó a la pieza.

—¿Listos? —preguntó.

Mencía Suárez seguía en la cocina. Isadora Murillo y las dos sirvientas también servían las papas cocidas y la longaniza y el hígado y la morcilla en los platos donde había dibujado unos angelitos disparándole flechas a una virgen. Los músicos se ubicaron en el corredor. Gaona, con el rostro sonriente, esperó. Los últimos acordes sonaron rotundos. El artífice de la maratón prendió la luz. Mencía se paralizó y el sonido de la flauta le llevó las manos a la cara. Emocionada, con su rostro sonrojado, se asomó al corredor. Vio a los músicos, cerca de las paredes, tocando *El Republicano* de Luis A. Calvo. Los oyentes, radiantes, se agolparon en torno al corredor. Con la segunda pieza, *Aires de mi tierra*, el grupo pasó a la sala y allí tocaron dos trozos más: *Azucena* y *El Guayatuno*. Cuando estaban en este último, Mencía e Isadora cantaron: “Atardecer bonito, atardecer precioso, lleno de encanto y aromas, fragante, puro y hermoso”. Los serenateros interpretaron el cumpleaños feliz y todos aplaudieron. Mencía fue abrazada, besada, agasajada. Y mientras comían el pisco-labis, Lucrecio Murillo se paró en la sala. Declamó el poema en el cual él, poniéndose la mano en el pecho enjuto, se convertía, a lo largo de un tránsito de versos octosílabos por la historia de la dominación española en Tunja, en la memoria viva de los muiscas. Mencía lo abrazó agradeciéndole el detalle.

Jacobo Gaona avisó, al cabo de un rato, que venía la segunda tanda de las sinfonías. Ánimo, dijo, que nadie se duerma. Alguien comentó, entre risas, que indio comido, indio ido. Gaona miró el reloj y Cadavid fue invitado para que hablara. La chica de la risa, con los ojos entrecerrados, oyó lo de música programática. De lo tanto que le gustaba a Beethoven caminar por el campo. Se mencionó un arroyo, un ruiseñor, una tormenta, la reunión de unos campesinos. La sala se cubrió de una música expansiva. La tonalidad fa mayor se impuso, a través de las cuerdas, como una placidez sin tacha. Al lado de la luz de los velones se instaló un silencio feligrés y al auditorio lo rozó una

caricia inusitada. El humo de algunos cigarrillos ondeaba como una aureola. La naturaleza es la única iglesia, dijo Gaona a sus alumnas, y su pasado, en la ciudad colonial, se esbozó como un consuelo. Las largas caminatas por los bosques de Motavita fueron tan nítidas que el profesor alzó un poco más la cabeza para que al horizonte de sus remembranzas lo arrullaran los sonidos.

Camilo Juan Costas le dio vueltas a lo traslúcido del idioma musical y, como si tuviera una idea arrebatadora, miró a Cadavid.

—¿Salimos al balcón? —preguntó.

—¿Te sientes mal? —dijo Cadavid temiendo que se repitiera la escena de Restrepo.

—No. Solo quiero contarte una historia.

El frío era tan filudo que golpeaba como un fuste. Costas prendió otro cigarrillo. La Plaza de Bolívar estaba vacía. Los faroles, alineados a lo largo y ancho de las aceras, tejían un velo que nadie habría de ponerse. Costas se inclinó, puso los brazos sobre el barandal, miró el rostro de la oscuridad y contó la historia de Lorenzo Cifuentes.

Una hacienda fue dibujándose en Sesquilé. Era patrimonio de la familia Cifuentes. La propiedad les pertenecía desde los tiempos del ruido. El niño temperaba allí en las vacaciones. En toda hacienda, sobre todo en ese tipo de haciendas, que son una representación de la decadencia familiar, hay un mayordomo. Este es un campesino fornido, bajo, nebuloso, dice Costas. Con la aprobación de los padres, enseña al niño las faenas del agro. Cifuentes desbroza las malezas, siembra las hortalizas, ordeña las vacas, recoge los huevos de las gallinas, revisa las alambradas. De la sala iban llegando los sonidos de la flauta y el clarinete dialogando en la orilla del arroyo. Pero ¿existían riachuelos, mares, montañas en la música? Eran más bien imaginaciones de los compositores, se decía Cadavid, a las que los oyentes les hacían más caso de lo debido. Una vez, en una de esas tardes en que el campo huele a hierba fresca, van a uno de los establos. El mayordomo le

acaricia el pelo al niño. Lo desnuda lentamente. También, lentamente, le huele la piel, y le explica cómo masturbarlo. En otra ocasión, no sé si es en ese establo o en una de las piezas de la hacienda, dice Costas, el hombre viola al niño. Y lo seguirá haciendo hasta que este se vuelve adolescente. Años más tarde, la hacienda —eso suele suceder con esos patrimonios avejentados— es subastada y el mayordomo es despedido.

Cifuentes es ya un joven cuando la sinfonía traza la asamblea de los campesinos. Costas enarca las cejas. Dice que en las recordaciones de Cifuentes está el olor de las secreciones de las bestias, el de ese campesino tierno y brutal. Y esos olores son la máscara de una humillación placentera que a Cifuentes nunca lo dejará tranquilo. Más tarde son los estudios de literatura. Aquel escribe, pero sabe que no es escritor. Se convierte, en cambio, en un lector y aconseja a los que quieren escribir. Pronto halla los intersticios para liberar su tribulación. Y aquí suenan los timbales de los truenos. Las cuerdas crecen y decrecen. El aguacero sonoro arrecia. Cifuentes comienza a interesarse por los gamines, dice Costas. En Bogotá se rodea de ellos. Les enseña a leer, a escribir. Les ayuda con trabajos manuales. Ingresa a una institución que vela por ellos. En esos días conoce también a quien será su esposa.

Costas y Cadavid se mueven un poco hacia atrás porque empieza a llover. Es una lluvia menuda pero de esas que mojan en un dos por tres. Escucha, dice Cadavid, es la tormenta. Vivaldi compuso una para las *Cuatro estaciones*. Rossini otra para *Guillermo Tell*, hasta que el truco se volvió una marquilla del Romanticismo. A pesar de que Costas sigue sus explicaciones, Cadavid sonríe ante la pregunta de cómo sabe tantas cosas inútiles.

—¿De verdad crees, Pedro, que esos datos sirven para sentir la música?

—No sé, pero son útiles para mis clases.

Costas menea la cabeza. Y explica que Cifuentes desea a esos niños mugrosos. Los anhela como si en ellos encontrara un eco de esas violaciones

bucólicas. Entiende, dice Costas, Cifuentes no es un mayordomo burdo y analfabeta. Es un hombre que ama la literatura. En esta perspectiva es nuestro hermano. Pero, como ese depravado del agro, desea la carne prohibida. Y si ella es sucia, marginal, desamparada, tanto mejor. El noviazgo con su mujer llega a un punto definitivo. Cifuentes dice que la ama, pero también confiesa su intimidad abyecta. Ella llora, maldice, grita, se emborracha. Se sabe repetición de esas damas que aman a sus caballeros que son a la vez dioses y demonios.

A la boda van los familiares y algunas amistades. Participan también los niños de la institución donde trabaja Cifuentes. Camilo Juan Costas interrumpe el relato para decir que ha visto esas fotos. Desde la sala van llegando las gratitudes de los paisanos pasada la tormenta. Pero, de verdad, ¿hay acción de gracias o ingratitudes en la música? El *Allegretto* no contesta la pregunta y sigue su rumbo sereno. Esas fotografías se las ha mostrado la esposa de Cifuentes, dice Costas, una vez que estuvo en su casa. Cadavid lo mira y levanta, interrogante, las cejas. Costas dice que son las fotografías más desoladas que ha visto en su jodida vida. Al poco tiempo los Cifuentes viajan a Europa. Efectúan el periplo de los jóvenes de su generación. Se establecen en Madrid, donde estudian literatura. Tienen su primer hijo. Recorriendo una España asfixiada por el franquismo, Cifuentes se acuesta con hombres de su edad, pero se siente frustrado. Con su mujer, en cambio, y ella será su única mujer, se siente feliz. Gonzalo es, por lo demás, un padre y un esposo cariñoso. Regresan a Colombia. Él encuentra trabajo como profesor en Tunja. Las clases en la universidad lo estimulan. Los amigos que consigue lo reconfortan. Los estudiantes viven agradecidos con él. Y así Cifuentes encuentra, poco a poco, el camino que lo llevará nuevamente a la oscuridad y a los niños de la calle.

Cadavid se excusó para ir a la sala. Ya se venía la sinfonía en la mayor. Calcedonia estaba dormido con la boca abierta, en la mitad del tapete. Sus

ronquidos se oían con nitidez. Gutiérrez también dormía, pero no tirado en el suelo, sino recostado sobre los cojines. Gaona se secreteaba con sus dos discípulas. Parecían celebrar un chiste. La risa de la muchacha resonó con fuerza. Los hermanos Murillo se habían ido a alguna parte. Las dos mujeres limpiaron la cocina y se resguardaron en lo más profundo de la casona. Mencía tampoco se veía por ningún lado. Los serenateros, por su lado, habían decidido quedarse hasta el final. Cadavid creyó inútil pronunciarse. Gaona estaba tan entretenido que no se dio cuenta de que había que cambiar el disco. Cadavid se ocupó de ello. Como esta sinfonía era su preferida, le aumentó el volumen. Iba a seguir conversando con Costas en el balcón, pero los primeros acordes del *Poco sostenuto* —el solo del oboe, acompañado con el clarinete, la trompa y la flauta— lo arrojaron a un rincón de la sala. Hundió la cabeza entre las rodillas. La música fue ascendiendo en tensión. Cadavid siguió, como si estuviera frente a la inesperada develación de un mensaje, el diálogo de las maderas y las cuerdas. Emergieron imágenes para desvanecerse de inmediato. Lorenzo Cifuentes conduciendo su auto por la ciudad anochecida. La madre de Cadavid sonriéndole desde la orilla de una quebrada de la infancia. Pedro, en pantaloneta y camiseta, corriendo por un patio del Liceo Antioqueño. La voz de Calcedonia hablando de las listas negras que los paramilitares habían vuelto a distribuir en la universidad pública. Cadavid levantó la cabeza y lo vio estirado, cuan largo era, dormido sobre el tapete. La música intentaba en vano esconder sus ronquidos. Pedro le tocó los hombros para que cambiara de posición. Calcedonia dijo una frase ininteligible, había una baba en sus labios, y se encogió como un feto. Cadavid se preguntó si esa música, que transcurría por la sala, tenía que ver con los papeles en que profesores y estudiantes eran ofendidos y obligados a abandonar la ciudad. La exquisitez con que los vientos de madera intervenían aseguraba que no. Pero ¿y esos otros pasajes en los que la orquesta, con sus timbales acerados, insinuaba el dramatismo? El recuerdo de Manuela Cardona le llegó con fuerza. Agradeció su ausencia. En

Francia, al menos, no existía la amenaza por apoyar opciones políticas más justas. Recordó que en la última carta ella se quejaba del clima, de los trabajos de aseo que realizaba, de la nostalgia por las montañas de Medellín. Cadavid se dio cuenta de que estaba introduciéndose en una zona dolorosa. Entonces sacó la cabeza de entre las rodillas y respiró maltrechamente.

Pero esas tentativas eran infructuosas, porque ahí estaba el *Allegretto*. Este movimiento tenía el poder de precipitarlo, como si fuera una marioneta, al centro de su propia existencia. Y aunque la música poseía ahora un *pathos* de tragedia heroica, Cadavid era consciente de que lo suyo no estaba relacionado con esas dimensiones. Que en él, como en los de la maratón —y vio a Calcedonia y a Gutiérrez dormidos, a Gaona que tenía en sus manos la mano de cada una de sus discípulas, a Costas que había entrado a la sala y escuchaba de pie rascándose la entrepierna—, la grandeza expresada por el compositor era lejana. Sin embargo, todos aspiraban a vivir del mejor modo. Tramaban planes que el tiempo, tarde o temprano, se encargaría de interrumpir con la muerte. Esta era una afirmación irrefutable y Pedro no se decía mentiras al respecto. La vida, eso lo había escrito Shakespeare, no es más que una sombra que pasa. Por ello le había sido tan incómoda la lectura del libro de Rolland sobre Beethoven. Toda esa gloria y esa valentía eran monsergas de otra época. Entre tanto, el tema del *Allegretto* iba avanzando a lo largo de sus variaciones. Y la música decía otra cosa. Aunque, maldita sea, ¿la música decía algo decisivo? ¿No era, al contrario, el campo de la eterna suposición, el de las verdades fugaces, el de los espejismos creados por la mente humana? Cadavid veía a su padre atendiendo a los enfermos. A sus hermanos pendientes del dinero. A su madre que rezaba, con una fidelidad impostergable, a sus vírgenes y santos. Se veía a sí mismo, ajeno a los dioses y creyente en el arte como única opción para justificarse ante el paso demoledor del tiempo. Y frente a este cauce que pasaba, veloz, por sus especulaciones, Beethoven aseguraba que en toda vida había un tris de decoro.

Que esa poquedad era suficiente para desafiar la dosis de nada que flotaba más allá de la muerte. Y que no había vida alguna que no pretendiera, en algún instante de su trajinar absurdo, alcanzar un enaltecimiento. Pero qué tipo de enaltecimiento había en esos días en que la vida no valía mayor cosa. Pedro apretó los labios y, frente a la convicción del tema que sonaba con vehemencia, se le salieron las lágrimas. Esta vez eran empujadas por una emoción distinta a la propiciada por la sinfonía en do menor. Ahora lloraba por compasión de sí mismo, y a la vez estaba embargado de una honda misericordia por los demás. Presumió que con el *Allegretto*, cualquier ser humano podía marchar hacia el suplicio con la cabeza en alto. Entonces dilucidó no el mensaje de esa música, sino su condición elemental. La suya era la de un Hermes que daba recados impalpables a unas criaturas que deambulaban entre el vacío y las tinieblas.

La sinfonía transcurrió como si se hubiera lanzado por un tobogán. Cadavid se adormiló, pero, al despertar, vio que Wilhelm y su amiga habían regresado. Gaona cambiaba el disco y la nueva sinfonía anegó la sala. Beethoven se olvidaba de sus tormentos y, en medio de la broma, le abría su alma a un júbilo postrero. La penumbra de la sala se exaltó con el divertimento. Wilhelm, sin vacilar, gritó: ¡Eso sí es música, carajo! Y el carajo, con su acento de bárbaro, provocó la carcajada de su amiga. El alemán se puso a bailar. Primero solo y enseguida con su compañera. La música se deslizaba como una humorada oxigenante. Gaona no demoró en unírseles con una de sus alumnas. Se movían como si estuvieran danzando un torbellino y no un *Allegro vivace*. De la cocina salieron Mencía y Lucrecio Murillo y gritaron güepa. El cantor de los muiscas elevaba los brazos, abría la boca desdentada, se despelucaba el pelo ya despelucado. La muchacha de la risa despertó, presurosa, a Calcedonia y a Gutiérrez. Ambos se unieron al jolgorio. Camilo Juan Costas se le fue de frente a Isadora Murillo y también la sacó al ruedo. Las guasas iban y venían, y sobre ellas sobresalía la risa de la chica que, al

comenzar el *Allegretto scherzando*, le estiró los brazos a Cadavid. Él la recibió y con brincos cortos recorrieron la sala. Primero, enlazados con la mano, y en la medida en que el movimiento progresaba, se aproximaron más y bailaron sin decirse nada. En un giro, Cadavid se dio cuenta de que todos estaban ligeros de ropa y descalzos. Él se había olvidado de la húmeda sensación en los pies. Frente a la amplificación del tema del *allegreto*, Calcedonia dijo que hicieran un tren. Con las manos puestas en la cintura del de más adelante, continuaron danzando hasta que sonó el *Tempo di menuetto*.

Pedro y Rita, ese era su nombre, siguieron abrazados. Se miraban y no ponían atención a sus pasos. Los otros se sirvieron más pasantes. Las dos cocineras ofrecían platicos y vasos. Había papas criollas, hojuelas de maíz, habas fritas, cubios en salsa picante. En tanto la sinfonía avanzaba, Rita dijo que estudiaba ingeniería y que con Gaona se cultivaba un poco.

—Para algo habrá de servir la música —dijo.

—Sobre todo sirve para bailar —aclaró Cadavid.

Rita se rio y Cadavid reconoció, en tanto iniciaba el *Allegro vivace*, que la risa era, a pesar de su estridencia, el motivo del hechizo. ¿Cómo podía resonar por encima de la sinfonía?, se preguntaba. Los ojos de Rita, levemente sesgados, lo miraron y se produjo el develamiento. Ella fue al baño y él la vio caminar. Había visto antes a esa muchacha, en una de sus idas a las cabinas de Telecom para llamar a Manuela. Cadavid había intentado varias veces la comunicación con su novia. Como no la encontró, desanimado descendió las escaleras y alguien pasó a su lado. Rita estaba con alguien y se reía. Cadavid se detuvo para observarla unos segundos. Y la muchacha caminaba como lo estaba haciendo ahora en dirección al baño.

Gaona, rápidamente, lo sacó de esa evocación. Miró el reloj y dijo, parado en la mitad de la sala, que tenían el tiempo justo para entrar en el último trayecto. Calcedonia y Gutiérrez se quejaron del frío y Mencía fue por las frazadas. Los oyentes, acomodándose mejor en los cojines, se cubrieron con

ellas. Gaona se dirigió a Cadavid y le dijo, inclinándose como un humilde servidor, que era su turno. El joven se acomodó la frazada en la cabeza.

—Te ves muy especial —dijo Rita.

Y Cadavid, dándose cuenta de que Rita había dicho una sandez, y que el suyo había sido un gesto bobo, dio un resumen de la novena sinfonía. Es el fruto de un trabajo de muchos años y no hay en ella ninguna improvisación. Algunos dicen que es un viaje de la tenebrosidad a la luz. Otros, lo contrario. Lo cierto es que es la más exitosa de las sinfonías. La consolidación de las lecturas de Beethoven sobre Schiller, Schelling y diversos textos orientales que abogan por la fraternidad de los hombres. Romain Rolland escribe que es la celebración humana implantada en la tierra a través de sus pueblos unidos en Dios. Wilhelm sonrió con cansancio y pidió que se pasara de inmediato a la música. Estaba molesto con las palabras de Cadavid. Pero Costas le dijo al alemán si no veía cómo estaba ataviado el musicólogo. Calcedonia y Gutiérrez pidieron silencio y Gaona abrazó a su colega con calidez. Hay un primer *Allegro* trágico y combativo, continuó Cadavid, muy acorde con el hombre arrasado por los sufrimientos del cuerpo. Este movimiento es como el núcleo del drama del compositor. Luego viene un *Scherzo* matizado con los timbales que, si se compara con las brumas que le anteceden, suena como a una chanza. Y qué bueno que haya chanzas de este estilo, y particularmente en este tramo que se nos viene encima. Porque después está el *Adagio*, que es como un reflejo de la piedad. Con él estamos en lo que se ha definido como la melodía sin fin, ya que lo notable aquí no es la culminación sino el desarrollo. Con este *Adagio* entramos en un laberinto colosal donde no hay monstruo al final del camino. Cadavid bostezó y miró a Wilhelm con menosprecio impostado. Pero más tarde viene no sé si lo más importante pero sí lo más llamativo, siguió. Se dibuja el recitativo más memorable de toda la historia de la música. Primero hay un *Presto* donde el universo que se ha compuesto se derrumba como un costal de piedras. Luego los temas de los tres movimientos pasados se

desgranar, como evocaciones despedazadas, puras ruinas de una realidad sonora que quiso, sin poderlo, ser extraordinaria. Y surge el tema de la alegría. Los contrabajos y los chelos lo susurran para pasar a las otras cuerdas y a la orquesta entera. Es un modelo de crescendo que emociona a cualquiera. Aquí Beethoven es tan original que le da un cambio radical y repentino al género de la sinfonía. Quiero decir que lo que era patrimonio de la orquesta se vuelve, por la decisión de un músico sordo, la morada de la voz humana. Y ya para acabar, se usa una música turca y los solistas y el coro se unen. Celebran, en tonos apoteósicos, el abrazo que ya sabemos. Alegría y fraternidad a la jura, dijo Cadavid lanzando su frazada al aire.

Después de los aplausos, Gaona tomó la palabra. Estaba con la camisa que le salía del buzo de lana y el pelo revuelto. Tenía un pedazo de papa criolla enredado en la barba. Gutiérrez y Calcedonia una vez más ascendían hacia la embriaguez. Gaona propuso un último brindis. Dijo que Adrian Leverkühn, frente a la novena, había dicho que apagáramos y nos fuéramos, porque ella era lo que no debía ser. Que había que borrarla de la memoria de los hombres, pues lo cantado, la fraternidad, no se podía edificar plenamente en el dominio de las sociedades humanas. Solo se trataba de una quimera. Gaona recordó, con el vaso de brandy en alto, que no se olvidara que la novena había sido el símbolo supremo del nazismo, tocada para festejar los ritos votivos del horror. Wilhelm, interrumpiendo a su amigo, dijo con voz de trueno que su abuelo había estado en el primer festival de la era nazi, y a la sazón la sinfonía fue dirigida por Richard Strauss, ese otro hijo de puta aclamado por Hitler. Y que por cosas de ese estilo, él se había largado de ese país aborrecible en que le había tocado nacer. Todo esto lo dijo Wilhelm bien pronunciado, aunque con un acento que no dejaba ninguna duda acerca de su origen. A Cadavid se le ocurrió pensar que si Beethoven o Mann hubieran hablado el español de esta región, lo harían de manera similar, y que el escarnio de ellos hubiera sonado tan justo como el que acababa de oír. Gaona serenó a su amigo con manotazos

suaves en el hombro, y explicó que una cosa era la sinfonía allá y otra acá. Dijo que él era un defensor de todo humanismo y más del que acudía a la música para hermanar a quienes se detestaban con fervor. La criatura humana es feroz en el fondo y en la superficie, pero debe amansársela. Con su voz gangosa brindó por la hermandad. Agregó que Beethoven era un putas y su sinfonía digna de seguir escuchándose. Los oyentes elevaron las copas. Hasta Wilhelm lo hizo, estimulado por su novia. Y todos dijeron salud.

El amanecer se insinuó. El *Adagio* terminaba, por fin, su tema. Se habían adormilado ante ese fuego cuyas llamas se excitaban con la lentitud propia de una bendición. Las dos alumnas de Gaona estaban recostadas en sus hombros. El profesor levitaba y los meandros de la música le procuraban confort. Cadavid veía el dormitar de Rita y detallaba, bajo la luz de uno de los velones derretidos, la largueza de las pestañas. Wilhelm hundía sus dedos en el cabello de su dama. Calcedonia movía la cabeza como si estuviera adormilándose otra vez. Costas tenía apoyada la cabeza en el vientre de Isadora Murillo. Mencía había invitado a las dos sirvientas a la sala y escuchaba, tomada de la mano de las dos, esa música cuya duración era la misma eternidad. Pero las manos se soltaron porque surgió el cuarto movimiento. Gaona se levantó, alumbrado por una idea. Le propuso a Mencía pasar los bafles al balcón.

La puerta y las ventanas se abrieron. Los sonidos, como criaturas liberadas, saltaron hacia fuera. Animados por los cuatro bafles, todos se acomodaron en el balcón. La Plaza de Bolívar estaba vacía. Los pedazos de las tinieblas iban siendo borrados por la exhalación del alba. La orquesta tocó el tema de la alegría y el frío corazón de Tunja fue cubriéndose con los matices de la esperanza. El licor calentó las gargantas. Los timbales se precipitaron y, por fin, la voz del tenor dijo: “¡Amigos, no más ruido, por favor! ¡Cantemos algo más alegre!”. Los otros solistas y el coro le hicieron caso. Y a Lucrecio Murillo se le ocurrió subirse al barandal. Desde allí osciló su cuerpo, como

una bandera, al son de la marcha turca. Lo sostenían de las rodillas y la cintura su hermana, Mencía y Costas. Calcedonia elevó una botella de brandy brindando por todos. Las dos sirvientas estaban ubicadas en la parte de atrás. Vacilaban si debían estar con su patrona y esos chiflados amigos suyos, o arreglando la cocina. Cadavid abrazó a Gaona, por un lado, y por el otro a Rita. Las frazadas yacían tiradas en el piso. La música asumió, bruscamente, un rasgo de misa solemne, y a Calcedonia le dio por ponerse a tararear la melodía con una afinación malograda. De pronto, empezó a dar grandes voces. Puso las manos cerca de su boca como una caja de resonancia y dijo: ¡Militares hijueputas! ¡Vengan, aquí estamos! ¡Dispárennos si son capaces! Gutiérrez le daba, emocionado, golpes en la espalda a su colega. Gaona y sus alumnas aplaudían con febrilidad. Lucrecio Murillo también se le unió, y con la voz agrietada decía que él era la memoria de la historia y que jamás acabarían con ella. Abajo la muerte, gritó Gaona, viva la vida. La orquesta y el coro abordaron los últimos compases. La música retumbaba cuando, de la Esquina de la Pulmonía, emergieron los perros y los gamines. Eran tantos que formaban un rebaño con visos de horda. Buscaron el lugar del escándalo sonoro. Lo ubicaron en la casa colonial. Saludaron levantando las manos. Desde el balcón les respondieron de igual manera. Hubo silbidos de un lado y de otro.

—¡Viva la música! —gritaron desde la estatua del Libertador al finalizar la sinfonía.

—¡Viva! —respondieron los de la tertulia. Y los perros ladraron un rato más.

## CAPÍTULO SÉPTIMO

## Tedio

El tiempo en Tunja era un ente brumoso. Como la neblina, se detenía en capas condensadas para disiparse en los recodos solitarios. Su perfil era añoso, y mirarlo le provocaba a Cadavid desfallecimiento. A veces, podía definirse como una sensación: la permanente humedad de las manos y los pies, las picaduras incesantes de las pulgas, el polvo detenido en los pisos entablados, esa desolación que conservaban los tapetes sin lavar, y el berrinche que dejaban los que meaban en las calles. Cadavid iba y venía por ellas contando con los dedos los años pasados en Tunja. No eran muchos, pero a él le parecían demasiados. El pecho se le apretujaba por la evidencia de que su vida se repetía una y otra vez. Ahora comprendía mucho mejor la cuestión de la condena a la que se había referido Pantoja.

A veces llegaban cartas de Jaime Sánchez y Hernando Escobar. Ambos vivían en París, donde buscaban alternativas para sus carreras musicales. Era como si los dos se pusieran de acuerdo al escribirle con signos de exclamación: ¡Todavía en Tunja! Manuela, por su parte, proponía un reencuentro. ¿Por qué no sopesaba esa alternativa? Allá estaban sus dos amigos y ella podía recibirlo. La ciudad luz, a pesar de su aspereza, ofrecía un cambio. Cadavid creía, no obstante, que su destino estaba en otro lado. Con respecto a Tunja, él se había quedado sin que nada ni nadie lo obligara a ello. Su tesis, la que le explicaba a sus amigos en las cartas, era que debía prepararse. Pero ¿prepararse para qué? Ahora daba vueltas y vueltas en torno a una respuesta. Y si tropezaba con algún mojón, este lo lanzaba de bruces al problema del tiempo. Porque el tiempo era ese vacío que le avasallaba el

pecho. En otras ocasiones, era como si alguien —¿pero quién podía ser ese alguien sino él mismo?— le hubiera tirado una paletada de tierra mojada encima. Entonces se daba cuenta de que para lo que se estaba preparando ya había pasado. Que una equivocación se había inmiscuido en su horizonte. Y que todo, hasta aquella intención de formarse, estaba rodeado de mediocridad y monotonía.

Victoriano Lozano lo escuchaba en alguna de las cafeterías de la Plaza de Bolívar. Opinaba que lo de su amigo tenía un nombre: tedio. Pero esta condición, junto al exilio, era uno de los mejores temas de la literatura. Victoriano se ponía a discernir sobre el asunto. Estaba el bostezo monstruoso de Baudelaire, el hastío del hombre del subsuelo de Dostoievski, la náusea de Sartre, el absurdo de Camus. Cadavid se consolaba un poco escuchándolo, pero después caía en las grises fauces del aburrimiento. Tan grises como esos cielos encapotados de Tunja que se le venían encima. Porque ni escribir le provocaba. Impartía, por la fuerza de la rutina, sus clases sobre el Romanticismo en la escuela de música. Había acabado los estudios del nivel medio con resultados satisfactorios, y ahora estaba a la espera de la beca de la Unión Soviética. Zabala, cada vez más ausente por sus viajes a los conservatorios e instituciones musicales del país donde hacía las veces de jurado en los exámenes, aconsejaba paciencia.

Cadavid no solo se aferraba a esa coyuntura, sino que se adhería desesperadamente a la lectura. Leer lo anestesiaba. Le hacía creer que salía de la prisión en que finalmente se había convertido Tunja. Se desplegaban, a la postre, dos situaciones. Una tenía que ver con esos sitios adonde iba gracias a los libros. Estaba aquí y allá, y no estaba en ninguna parte, por lo que terminaba considerándose más desdichado. La otra consistía en que leía y el efecto de las páginas era tan efímero que, al hallarse al borde del precipicio, se sentía más afligido. En ese estado salía de su casa o de la escuela. Recorría las mismas calles. Veía el mismo paisaje de colinas plomizas. Se topaba con

las mismas personas de ropajes fríos. Conversaba con ellas sobre las mismas cosas. Pero el suplicio mayor no era el estancamiento, sino acostumbrarse a él. Verse forzado a aceptar sus límites. Bajar la cabeza ante su evidencia, como debía hacerlo con los vientos que apaleaban la ciudad. En medio de una eventualidad que le parecía tan risible como abrumadora, se veía pasando el resto de sus días en Tunja. Dándole la vuelta al perro. Como si en vez del indeterminado trayecto de Sísifo, se le ofreciera ese corto deambular por la Plaza de Bolívar.

## Estados alterados

Aunque estaba Bernardo Restrepo. Su presencia ofrecía, en ocasiones, la ilusión de quien se refugia bajo un alero en medio de la lluvia. Restrepo vivía en un pequeño apartamento, en el barrio El Consuelo. Había llegado a Tunja con su hermana, pero esta no tardó en regresar a Medellín, espantada por el frío y la deplorable calidad del agua de la ciudad. Ella tocaba la viola y él era pianista. El interés del uno residía en componer. El de la otra, en interpretar. La permanencia del hermano en Tunja se prolongó un poco más. A los Restrepo les decían la bella y la bestia. Bernardo, en efecto, era feo. Tenía la quijada amplia, la nariz chata, una barba en grumos que daba desazón contemplarla. De baja estatura, corpulento y cetrino, se mantenía con el pelo desgreñado. Pero su voz ocasionaba el encanto. Oírlo era como ver el rostro de su hermana. Restrepo y Cadavid, por un tiempo, fueron los únicos estudiantes de Medellín que permanecieron en la escuela. Al abordar su ciudad como tema se dieron cuenta de que habían vivido en el barrio Laureles durante los mismos años sin haberse cruzado. A Restrepo le emocionaba que fuera precisamente en Tunja donde se hubiera dado el reencuentro. Bromeaba engrandeciendo esa circunstancia.

—¿O sea que viviste en la 34 con la 76, cerca de la estación de taxis? —decía—. Pues yo viví en la 35 con la 80. ¡Y nunca nos hablamos! ¡Y hacerlo aquí! ¡Qué maravilla! ¿No crees en el azar?

Cadavid levantaba los hombros y sonreía con desgano.

Pronto se pusieron de acuerdo. Cadavid escribiría unos poemas y Restrepo les pondría música. Escogieron el tema de la noche. Se decidieron por este

porque, mientras almorzaban, en la radio del restaurante sonó la canción homónima de Joe Arroyo. Restrepo fue el más entusiasta. Se trastornaba mientras discutía sobre sus propias composiciones. Precisaba que él había venido a Tunja solo para proveerse de la teoría musical y hacer su obra. De esta expresaba ideas más o menos interesantes. En las conversaciones siempre se asomaba una incomodidad que Cadavid nunca logró superar del todo. Restrepo era gárrulo. Con sus palabras erigía un discurso compositivo tanto más atractivo cuanto que su afianzamiento dependía de circunstancias improbables. Él se situaba frente al piano. Acercaba sus manos al teclado como si estuviera diciendo: Atención, Pedro, estoy acercando mis manos al teclado y voy a revelarte mi música. Interpretaba, en efecto, lo que había escrito y se detenía. Miraba a Cadavid para confesarle que eso era tan solo el comienzo y que lo que vendría sería mucho mejor.

Cadavid leyó el primer texto, un poema dedicado a la noche tunjana, y a Restrepo le pareció extenso. Él prefería la brevedad. Y si el otro era explícito, lo suyo apuntaba a lo implícito. En el siguiente encuentro, el compositor propuso no musicalizar los versos, sino captar la esencia del poema. Cadavid, a quien en el fondo le bastaba con el poema escrito, aceptó lo uno y lo otro. Llegaron a un acuerdo más con los cambios sugeridos por Restrepo. Para ese trabajo conjunto se reunieron varias veces en el apartamento, pues allí había un piano. El uno leía y el otro tocaba algunos compases. Restrepo se incorporaba para buscar más marihuana. Le gustaba guardarla, ya deshecha, en tarritos de plástico. Pero, escondida en su ropero, tenía una bolsa del Éxito con yerba para varios meses de consumo. Y en tanto armaba el cigarrillo respectivo, se ponía a divagar. Restrepo no solo fumaba en esas sesiones. La verdad era que siempre estaba trabado. A Cadavid esto le parecía entre divertido e incómodo. Divertido porque Restrepo exhalaba el humo, cerraba los ojos y tiraba, conteniendo la respiración y como si fuera más humo, sus elucubraciones compositivas. Y era desagradable porque la marihuana a

Cadavid le suscitaba aversión.

No se trataba de una aversión cualquiera. Estados alterados los había tenido Cadavid desde su adolescencia. En efecto, había fumado marihuana y se había reído mucho en esos primeros episodios inofensivos. Pero esas fantasías mentales le dejaron un sedimento de congoja incómoda, hasta que una noche se desencadenó la crisis. A Cadavid le pasó la yerba Hernando Escobar. Este le dijo que era cannabis de la mejor calidad, comprada en el barrio Lovaina. En su habitación de la casa de Laureles, Cadavid armó el cigarrillo, lo fumó y una paranoia le sobrevino. Para superarla quiso salir de la casa y caminar por el barrio. No pudo hacerlo porque era medianoche y encontró la puerta cerrada con llave. Subió, bajó y subió las escaleras. Se mojó la cabeza en el baño. En el espejo vio reflejadas criaturas atroces. Eran los habitantes de su inconsciente, liberados. Se tomó varios vasos de agua. Corrió por la casa llena de durmientes y fantasmas. Hasta que, acorralado por el miedo, llamó a sus padres. La madre abrió la puerta de su habitación. Le vio a Pedro una palidez insondable. Él dijo que se estaba enloqueciendo. Ella lo abrazó con dulzura. Como si fuera aquel niño lejano de la escuela, lo acomodó en su cama. Pero Pedro no era capaz de aquietarse. El doctor recomendó una pastilla para los nervios y, en medio de sus progenitores, el atribulado muchacho pudo dormirse.

Cadavid concluía que su camino de Damasco estaba situado en esa noche espantosa. Aunque la crisis se desató después con mayor fuerza. Estaba en su cuarto leyendo *El lobo estepario* de Hermann Hesse, y tuvo una confusión repentina y un pánico inexplicable. En los días siguientes, a diferentes horas, lo invadió esa misma sensación. El sueño se esfumó y una puerta, que no debió abrirse nunca, terminó por abrirse del todo. De más allá de su mente salían criaturas terribles. Y como si eso fuera poco —las continuas ganas de gritar, las voces agresivas que lo asediaban, sus deseos de matarse y de matar, una repugnancia hacia los contactos sexuales—, amaneció un día con una infección

cutánea. El rostro se le llenó de barros purulentos. Estos iban desde la cabeza hasta el pecho y le cubrían la espalda. Pedro Cadavid se derrumbó. No salía casi de su cuarto. La frescura de la rebeldía se había desvanecido de su boca. Lo que había, en cambio, era un personaje mórbido. Sus hermanas lo alentaban diciéndole que eran las dificultades de la adolescencia. Sus hermanos mayores sugerían llevarlo a un desnucadero. El doctor Cadavid no pudo resolver nada con sus fórmulas, pero propuso un especialista de la dermis y un psiquiatra. La madre, por su lado, consideró que era el llamado de Dios. Simplemente había que volver a él, asistir a la santa misa, no leer tanto.

Cadavid acudió a las pastillas para los nervios, y a otras más para detener la infección de la piel. Pasó un tiempo detestando eso en que él se había convertido. Enfrentando los consejos de su familia que apuntaban a todas partes y a ninguna. Dejó de leer a sus autores queridos. No quería tocar la flauta. Una de sus hermanas aconsejó libros que se llamaban *Tus zonas erróneas*, *El cielo es el límite*, *Juan Salvador Gaviota*. Su madre le puso la Biblia en las manos y le propuso que visitara al párroco de la iglesia adonde ella iba a misa. Era un hombre santo, decía. Pedro volvió a leer la Biblia, ahora con desesperación, y no demoró en darse cuenta de que el sacerdote, mientras lo persuadía de la existencia de Dios, le acariciaba las manos. Estuvo a punto de seguir a su hermano Julián, para quien el sexo era la mejor medicina. Pero sospechaba que en su estado el cuerpo de una mujer pública podría ser una opción calamitosa. Concluía entonces, desalado, que el equilibrio había desaparecido de su vida y que una desgracia hondísima lo signaba. Pero una vez sucedió el milagro. Estaba recostado en su cama y oyó la música. Salía de un radio, o de un equipo de sonido, o de su misma memoria. Un clavicordio fluía como un cauce sin trabas. El ser de Cadavid fue desatascándose. Como si esos sonidos temperados fueran un canal de luz cuya misión fuera barrer las tinieblas. Los sonidos se repitieron una y otra vez. ¿Qué eran?, ¿de dónde venían?, ¿quién hablaba así?, se preguntó Pedro. Fue

entonces cuando entendió que, pasara lo que pasara, debía responder esas preguntas.

## Poética

Restrepo aceptó el pacto, pero señaló que el otro era un zanahorio. Lo que soy es un paranoico, dijo Cadavid. Aquel se trababa en el patio de su apartamento, y este permanecía en la sala con la ventana abierta para que el humo de la marihuana se fuera por allí. O salían, las más de las veces, a caminar por Tunja para hablar sobre los asuntos compositivos. Restrepo repetía que los vínculos nacionales del arte le parecían meras manipulaciones. La música la concebía, más bien, como una senda para alejarse de cualquier sometimiento. Detrás de todo discurso estético regional, decía, se ocultaban pretensiones ideológicas. El objetivo de la política había sido siempre construir ordenes sociales embrutecedores e impedir una liberación genuina. Restrepo explicaba que una cosa era la lengua, la familia, los amigos, la geografía, las comidas, los emblemas cívicos, que todo eso podía ser un motivo sugestivo, pero jamás lo esencial en la creación artística. Su propósito, en tanto que compositor, ignoraba decididamente esas barreras. Lo suyo era una música cuya patria era la pura emoción estética. Y la realización de esa música pura conformaba una tradición que iniciaba con el Bach de *El clave bien temperado* y enlazaba a algunos compositores del siglo XIX como Chopin, Schumann y Liszt. Pero había uno que era su referente primordial: Brahms. Restrepo pensaba que con este compositor se estaba en el núcleo de la verdadera música. ¿Lo has escuchado?, preguntaba. Cadavid decía que poco. ¡Ah!, no te imaginas lo que te estás perdiendo. Hay que ir más allá de las danzas húngaras, de sus sinfonías y conciertos y entrar a su música de cámara. Allí es donde está el tesoro imperecedero. Lo escuchas y te llega la certeza de que el único refugio

es esa música cuya esencia es la belleza. ¿Para qué más hallazgos? Y Restrepo se daba a justificar su admiración por Brahms. Era un maestro porque había decidido sumergirse en el mundo subjetivo, en el de él y el de los sonidos, en un tiempo en que los otros peroraban que la gran música era la que aspiraba a los abrazos gregarios. ¿Qué quieres decir con eso de la esencia de la música?, preguntó Cadavid esa noche, deteniendo la marcha. Restrepo prendió el bareto. Fumó, retuvo la respiración, exhaló. Y, mostrando las figuras del humo, dijo: esta es su esencia. Lo que se hace y deshace en el aire que es el tiempo. Y si le pones una palabra, una sola, bastará para determinarla, es decir, para aprisionarla.

Pero si esta era una parte de su poética, el asunto de lo formal ayudaba a configurar un poco más el mundo compositivo de Restrepo. En él había una honda desconfianza hacia la complejidad. Repudiaba el artificio, y más todavía si este se erigía como la única expresión de la personalidad artística. Los sistemas compositivos que le daban la espalda a lo simple le resultaban intolerables. Esa suerte de santidad del intelecto, la predominancia de la razón, el argumento matemático o científico, eran circunstancias que desalojaba de sus intereses. La palabra “experiencia” le ponía los pelos de punta. Abominaba de las que se habían realizado sobre la serie, el tono, el *tempo*, el timbre. En esta dirección, lo que buscaba Restrepo era resguardarse en lo elemental, en lo mínimo, en lo arcaico. ¡Ah!, ¿lo que quieres es volver a Dios?, le espetó Cadavid. Restrepo levantó la palma de la mano sonriendo y la golpeó contra la de su amigo. Por supuesto, dijo. Pero ese Dios que mencionas no es una entidad social, no pertenece a ninguna iglesia y reprueba todos los credos impuestos. Es algo que me comunica simplemente con los elementos naturales. Para Restrepo, como sucedía con los místicos, la aspiración de la música era también el silencio. Con base en esta premisa, se inclinaba hacia el dominio no del raciocinio sino de la emoción. A la elucubración anteponía el éxtasis. Y para lograr este objetivo lo indicado era

el desposeimiento sonoro. El suyo se planteaba, por lo tanto, como un repertorio reducido que debía ampararse en la tonalidad. Si viviéramos en Europa y estuviéramos en la posguerra, interrumpió Cadavid, serías un fascista y te colgarían de un campanario. ¡A la mierda esos tribunales musicales!, exclamó Restrepo. Aquí no estamos, por fortuna, en el centro de allá, sino en uno de los culos del mundo. Se pusieron a contemplar la ciudad desde uno de los barrios altos, y permanecieron callados un rato. Lo que me interesa, continuó Restrepo, es una música que no grite, ni proteste, ni busque el proselitismo, ni el exhibicionismo. No me interesan las músicas aullidos, ni las músicas atonales o cromáticas, ni las músicas de psiquis astilladas, ni las músicas manifiesto. Tampoco me llaman la atención esas otras, más desastrosas, que tienen su razón de ser en el espectáculo y las fiestas masivas. Lo que quiero componer es una música íntima. Continuar la dirección de esa “música callada” que hizo Mompou hace unos años. Que aproxime no al caos, ni a la oscuridad, ni a la agitación, sino al puro corazón del silencio. Que para tocarla bien todo radique en la expresividad y que su elongación sea definida por la levedad. Una música ajena a los virtuosismos difíciles, que se dirija al alma y no a la mente. ¿Y por qué no te vas para un monasterio para componerla, o te vuelves musicoterapeuta?, preguntó Cadavid. Restrepo se puso a reír. Con su voz, ronca y aterciopelada, respondió que su anhelo, en efecto, era hacer una música que, al abrazar el cosmos —y este eran las piedras, el agua, el viento, el fuego—, aliviara al oyente. Estamos tan atafagados de ruido y de la razón humana como centro de todas las cosas que necesitamos sanarnos. Una música más de contemplación que de acción, eso es lo que compondré.

## Alcantarillado

Cadavid estuvo a la espera de esa música contemplativa. Pero, salvo algunos compases que algo decían de lo que su autor exponía, nunca la escuchó. La música para el poema de la noche no pasó de ser un esbozo. Aunque Restrepo argumentaba que ese esbozo era ya la composición. Una hoja de pentagrama con signos caligráficos de un neófito. Notas largas prolongadas en acordes consonantes y separadas por silencios largos. En fin, Bernardo Restrepo también se fue de Tunja, y ni siquiera se despidió de su amigo. Este se enteró por Yamil y Nicolás, el administrador de la biblioteca. Ambos dijeron que Restrepo se había quedado con un metrónomo, un atril y varios métodos de armonía y contrapunto. El maestro Zabala, por su parte, levantó los hombros frente a esta nueva deserción. Se había acostumbrado a que a la escuela llegaran personas de temperamentos raros y, además, después de la partida de Leonardo, las otras deserciones las veía como incidentes menores.

Entre esas idas y venidas por la ciudad, acompañado por las elucubraciones de Restrepo, Cadavid se había aproximado a la muchacha de la risa escandalosa. La visitó pocas veces a su habitación, situada al lado de la carretera que conducía a Paipa. Era una casa lánguida y algo inhóspita. El paso de los buses y los camiones hacía vibrar las ventanas. Cadavid se preguntaba cómo podía dormirse en esas condiciones, pero a Rita esta circunstancia la tenía sin cuidado. Y tampoco le interesaban las cuestiones artísticas que desvelaban a su pretendiente. Aunque la atracción física era intensa, sus encuentros no pasaron más allá de los elogios que ella le hacía al profesor Gaona y del recuento de una carrera universitaria tan lejana para

Cadavid como extraña. Se besaron algunas veces, pero las caricias llegaron a un punto ciego más allá del cual no avanzaron. Pedro no podía sacarse de la cabeza a Manuela, y Rita tenía un novio al que no quería engañar. El efecto fascinante de la noche beethoveniana se desvaneció así con rapidez.

A esta decepción no tardó en unirse la noticia de nuevas partidas. Victoriano Lozano, a quien Cadavid suponía residiendo hasta el fin del tiempo en la casa del suburbio tunjano, decidió ir a probar suerte en Bogotá. Se había enamorado no de un fantasma, sino de una mujer de carne y hueso, y esa dama lo invitaba a que vivieran juntos. Cadavid lo miró fijamente a los ojos. ¿Lo dices en serio?, preguntó. Y solo creyó en esa historia cuando, a los pocos meses, se enteró de que Lozano, el discípulo de Flaubert, Borges y Kafka, iba a ser papá. Bustos Zafra ganó, por su parte, un puesto como profesor de lingüística en una universidad bogotana, y tampoco dudó en irse. Por último, Camilo Juan Costas, prendado de una profesora que vivía en Duitama, renunció a sus estudios universitarios, y se fue detrás de ella. Le aseguró a Cadavid, como si esa fuera una justificación soberana, que la profesora le había prometido sostenerlo para que él pudiera dedicarse a la escritura.

En esos días también sucedió lo del alcantarillado. Las calles del centro se abrieron porque el alcalde de turno tuvo la idea de obsequiarle a la ciudad un nuevo sistema de alcantarillas. Los obreros se lanzaron con taladros, picos, palas y retroexcavadoras a abrirle los intestinos a Tunja. Al ruido de los motores y golpazos se encadenó el olor de las cloacas centenarias. Pero, por falta de presupuesto, los trabajos se interrumpieron. El paisaje era desolador. Como si con la suspensión de las obras, los relojes se hubieran detenido por siempre en torno a la podre. Los itinerarios se hicieron de pantanos. Al llover se formaban charcos sombríos y un sistema de tablas mal cortadas facilitaba el paso de los viandantes. Con su abrigo, la bufanda y la boina, Cadavid sorteaba los huecos. Los zapatos los llevaba siempre embarrados. Se detenía, a veces, para mirar los pedazos de papel estancados en el sumidero. La lluvia no

paraba y la ventisca era más sórdida. ¡Viento mal parido!, decía Pedro, metiéndose más aún en sus prendas de invierno. Su desazón no obtenía ningún conjuro. Era como si la mierda de tantas vidas pasadas hubiese resucitado y vociferara que, en cuestiones de descomposición, no valía ningún transcurrir del tiempo. Si hubo una impresión de estancamiento, de concluir que en su vida no había existido jamás ningún cambio esencial, fue la que Cadavid tuvo en ese interregno. “Interregno de la escoria”, lo definía Gilberto Valbuena, avisando que ese sería el título del libro que estaba escribiendo. Y ¿sobre qué son los minicuentos?, inquiría Cadavid con un pañuelo en la nariz. Sobre nuestros días, contestaba Valbuena.

Y era verdad. No existía mejor imagen del país que esas rúas destripadas. Al verlas, decía Valbuena, captaba mejor las fosas comunes de las que estaba llena Colombia. Cárcavas que daban ganas de regurgitar sobre lo que era detrito insalvable. Y, cínico por naturaleza, el escritor agradecía al alcalde de marras por el hecho de que con su dádiva cívica permitiera entender la condición puerca de ese tiempo. Estamos hasta el cuello de desaparecidos y masacres. Solo faltaba que se nos recuerde, y aquí la babosa sonreía con malicia, que bajo nuestros pies la mierda continúa hasta el fin del mundo. Cadavid hacía rodeos largos, como si tuviera que evitar la tentación de arrojar sobre aquellas zanjas. Saliendo de la escuela se desviaba por los barrios. Ascendía hasta llegar al Topo y a El Carmen para dirigirse hacia la salida de Villa de Leyva. O buscaba la carrera séptima, desembocaba en el barrio Maldonado y llegaba a La Fuente. Decidió no tomar buses ni colectivos, porque los atascos, debido a la reforma del alcantarillado, eran insufribles. Frecuentó otra vez los potreros. En uno de ellos, a la luz del día, se encontró de nuevo con unos perros. Acaso era la jauría de antes, pero ahora los machos habían alcanzado su propósito. Pedro vio a la pareja engarzada. El uno mirando hacia un lado y la otra hacia el otro. Él, un can inmenso y lanudo. Ella, una perrita de muchas tetas y ojos pesarosos. Los demás animales

esperaban, con las lenguas afuera, a que la cópula llegara a su fin. Pedro los observó un rato más y se fue. Como la vez pasada, los perros no hicieron caso de su presencia.

Por los lados de la universidad tampoco había labores sanitarias. A él le gustaba caminar por los senderos verdes y, aunque no era estudiante, disfrutaba siendo parte de esa multitud que iba y venía en pos del conocimiento. Debería estudiar aquí, cavilaba, la vida acaso se me haría más amable. Pero esa esperanza le duraba poco. Más arriba de la universidad, en el barrio San Rafael, seguía residiendo Catalina Perdomo con su hijo. Hasta allí Cadavid iba algunos domingos a almorzar, a tomar café, a lamentarse de los problemas de la ciudad. Las amenazas a los defensores de los derechos humanos no cesaban. El agua de Tunja era impotable y se iba por semanas enteras. La gente, adormecida, no reaccionaba sino a punta de rezos y de chismes. La vida cultural era precaria. Los conciertos de la Sinfónica de Vientos tenían un repertorio que casi nunca variaba. Siempre las mismas oberturas, las mismas marchas, los mismos pasillos y bambucos. El cineclub había parado sus sesiones por la crisis económica. Los teatros estaban en manos de Vicente Fernández y de las pulgas. Y tenía que vivir el suplicio de las calles embarradas y ver circular la plaga incurable de los soldados, la policía, los seminaristas y los burócratas. Perdóname, Catalina, decía Pedro, pero nos ha cagado la historia poniéndonos a vivir en esta ciudad, en este país, en este continente, en esta época. Perdomo se carcajeaba con su hijo. Y le decían ambos que era un paisa cantaletoso. Pero Cadavid redoblaba las quejas: sus pies nunca se calentaban, las jaquecas lo torturaban, tenía pesadillas, la comida le producía agrieras y retorcijones, los oídos le zumbaban y la llegada de la noche le incrementaba la angustia. Pero como Catalina era de naturaleza lúcida, lo sabía consolar. Leían juntos la poesía de Walt Whitman. Oían en su equipo de sonido conciertos de Haendel y Vivaldi. Salían en el pequeño auto de Perdomo a visitar las localidades cercanas. Y en

ellas, caminando por sus tierras verdecidas, respirando el aire amplísimo de las alturas andinas, Cadavid hallaba un alivio.

## La caída

Un día llegó la noticia. El muro de Berlín se había desplomado. Poco después fue el comunismo soviético el que cayó. Cadavid veía en los televisores de las tiendas cómo se volvía añicos la milenaria utopía del proletariado. Las estatuas de los líderes, venerados como profetas de la felicidad colectiva, eran arrojadas de sus pedestales para ser meadas, escupidas, destrozadas por gentes que festejaban la libertad. La economía de un Estado, burocratizado hasta el terror, se había venido abajo. Y ahora entraban con fuerza implacable los vientos del mercado. De un capitalismo que, a diestra y siniestra, clamaba su victoria. El maestro Zabala no tardó en decirle a Cadavid que las becas se habían interrumpido. Todo estaba tan embrollado que los estudiantes extranjeros debían decidir si se quedaban bajo las nuevas reglas del sálvese quien pueda o retornaban a sus países.

El director estaba perplejo. Sospechaba que al caerse la edificación de allá, la suya en Tunja tendría un destino similar. Leía las noticias. Llamaba por teléfono. Caminaba, dando pasos fuertes, por los corredores de la escuela. Se mantenía en reuniones con el director del Instituto de Cultura. Este fue categórico. Sin los aportes era imposible que la escuela siguiera. Las subvenciones, que provenían del Estado colombiano, también se habían reducido. La cultura no era la preocupación más importante en un país que gastaba su presupuesto combatiendo enemigos situados en guerrillas, en el narcotráfico, en su inseguridad endémica.

Pedro Cadavid fue convocado a la oficina de la dirección. Allí estaba el piano blanco, pero esa tarde no caía sobre sus flancos la luminosidad de otros

días. Zabala aprovechó para explicarle que el mundo en poco tiempo había quedado patas arriba. Dijo que esa situación se veía venir. Zabala aseguraba que, en lo sucesivo, caerían los otros comunismos como fichas de dominó. El de los países del este de Europa, el de China, el de Cuba. Y aquellos que logren sostenerse, acudirán a las fórmulas liberales, a la propiedad privada, al libre comercio.

Cadavid escuchó un rato tales cavilaciones y los planes alternativos. Hasta yo estoy mirando qué camino tomar, dijo Zabala. A la escuela le han quitado una gran parte de su presupuesto. Tendremos que eliminar clases, despedir empleados, reducir el número de profesores. El maestro intentaría mantener su contrato por unos meses, pero no podía prometer nada. El puesto del director y el del secretario también pendían de un hilo. La escuela podía desaparecer de la noche a la mañana. Lo que él se proponía, antes de que aconteciera lo peor, era que ella pudiera integrarse, como facultad, a la universidad. Pero para llegar a esa meta se necesitaban muchas gestiones. Él las asumiría con la debida energía. No iba a permitir que su sueño pedagógico terminara en nada.

Cadavid se hundió en una suerte de desilusión y sopesó las diferentes opciones. La primera era Francia. Irse para París significaba lanzar un llamado de ayuda que no quería hacer. ¿Volver con Manuela era una alternativa adecuada? ¿No parecía, más bien, un acto desesperado? Pero ¿no era la desesperación, o la desesperanza, su estado permanente? Además, ¿qué haría en París? ¿De qué viviría? ¿Cómo diablos conseguiría el pasaje si a duras penas el trabajo de las clases le daba para el arriendo y la comida? ¿Con qué dinero pagaría las deudas adquiridas? Para evitar la desesperación, analizaba las opciones en Colombia. Podría dar clases de música en escuelas y colegios de Tunja, pero recordaba su paso por esos establecimientos y se llenaba de un cansancio abismal. Acudió a los amigos que alguna vez fueron cercanos. Burbano, quizás, lo recibiría en Pasto y lo pondría como asistente suyo en la empresa de rescatar el patrimonio musical de Nariño. Se comunicó

con él, pero Burbano dijo que si en Tunja llovía en Pasto no escampaba. Recordó la aldea de Córdoba. Cadavid podría oxigenarse en esas latitudes. Pero cuando lo buscó en Paipa, le dijeron que se había enamorado de una mujer joven y que se había ido con ella, dejando a sus hijos y a su esposa. Manuela tenía razón, concluyó Cadavid, el problema de Córdoba era su relación con la esposa. Incluso llegó a sopesar la idea de buscar a Florencio Otálora en la sierra del Cocuy. Pero cómo saber si el director de bandas aún vivía por allá. De solo pensar en el viaje de más de quince horas por una carretera destapada para llegar y verse con él, se hundió en una profunda languidez. Frente a estas opciones malogradas, se dijo que en Medellín podría haber una salida.

## Medellín

Lo que encontró allí, sin embargo, fue uno de los trasuntos del espanto. Cadavid tuvo náusea recorriendo sus calles y, desde el primer día de su estancia, supo que allí se sentía más extraño que en cualquier otro lugar. Era como si un engendro hubiese brotado de ese valle radiante y florecido. La peste de la nueva violencia no era una maldición de Dios, ni una prueba del Cristo, ni venía de afuera como los flagelos remotos. Era una continuación del contrabando de antaño y de la segregación que los ricos de esa ciudad ejercían contra los pobres. Lo descompuesto, eso pensó Cadavid, era esa humanidad de Medellín que mancillaba una vez más el paso del hombre por la Tierra. Tal cartografía del crimen no la trazaban solamente sus principales responsables, los asesinos y los que mandaban a matar, sino también las víctimas que caían ultimadas con ensañamiento.

Lo que pensaba Cadavid sobre Medellín se podría explicar, en realidad, a partir de una idiosincrasia. La que caracterizaba a esa ciudad había estado tejida desde sus orígenes por la codicia del dinero. Aunque si se agudizaba el escrutinio, el panorama tomaba una anchura llamativa. Al embeleco por la plata se habían unido dos instancias igualmente sórdidas. Por un lado, su pedagogía conservadora, que veía en cualquier comportamiento laico la cara de un comunismo malsano. Y, por el otro, se manifestaba, como pústulas históricas, una inequidad social de proporciones más o menos vergonzosas. Con todo, oscilando en sus intereses cristianos y bursátiles, Medellín se aferraba con obcecación —¿podría situarse en el mundo sin ella?— a la creencia de que en su seno había nacido una raza esclarecida que sus líderes

llamaban antioqueña. Una entelequia que, como todas las entelequias de esta índole, tenía pilares tan paradigmáticos como cuestionables. Uno de ellos era pregonar que los precursores de tal grandeza habían sido colonizadores magnánimos. Otro tenía que ver con su praxis religiosa, que consideraban como humilde y caritativa cuando era arrogante y expoliadora. Y otro pilar más lo edificaba el hecho de que estas gentes hallaban en el trabajo que producía dividendos una de las formas del orgullo y la felicidad. La raza antioqueña había edificado, entonces y según sus apologistas, una polis industrial que debería despertar el respeto y la admiración: Medellín. Una tacita de plata, un territorio donde no había Campos Elíseos ni Islas Afortunadas, pero sí una Eterna Primavera. Y en ella se había creado un espécimen que, para alcanzar sus fines, tendría que superar cualquier obstáculo. Rodeado de montes que suponía libertarios, a esta suerte de príncipe chocarrero se le hubo de atravesar un nuevo protagonista de la historia: la droga. ¿Qué hacer con ella?, se preguntó medio temeroso ese príncipe. Y al sopesarla, no demoró en darse cuenta de que la droga era un negocio magnífico. Así, desde el más acaudalado hasta el más miserable, desde el más audaz hasta el más cándido, todos se vieron reflejados en la superficie de ese espejo.

El crimen poseyó por esos días, en que Pedro Cadavid intentó establecerse de nuevo en Medellín, un perfil delirante. Las masacres iban y venían de un barrio a otro. Los populares eran el dominio donde se enfrentaban diversos ejércitos: el de las guerrillas comunistas, el de los paramilitares anticomunistas, el de la policía y el ejército estatales, el de los narcotraficantes. Pero ¿dónde terminaba el señorío del uno y dónde comenzaba el del otro? La cuestión se tornó inextricable como un laberinto y Pedro no fue capaz de descifrarla. Todos los bandos se cruzaban y las fronteras entre ellos se desintegraban con facilidad. Poseían, eso sí, un activismo sangriento del cual estaba excluido cualquier chispa honorable. Porque la de Medellín era

una guerra más en la que resplandecía el brillo repulsivo del dinero. Muchachos adolescentes asesinaban por una nevera o un televisor o una radio para sus madres, por una cadena de plata o un dije de oro para sus novias, o para expresar una altanería valiente que tenía más relieve de demencia que de otra cosa. Disparaban sobre sus víctimas, como mercenarios revividos, encomendándose, del modo en que lo hacían los empresarios y políticos respetables, a vírgenes, santos y otras presencias milagrosas. En esos barrios humildes las mujeres, por otra parte, eran el motivo de un ultraje cotidiano. Sus cuerpos los violaban esos guerreros del hambre y la iracundia. Y como lo hacen los perros con su orina, los exponentes de esa nueva guerra delimitaban su territorio no solo con la sangre de sus armas, sino también con el semen de sus chimbos. Los ejércitos del Estado, por su lado, se vendían al mejor postor: el narcotráfico, ese ídolo cubierto de inmundicia. Su líder principal era un héroe o un psicópata. Brincaba intoxicado de poder, como un esperpento populista, regalándole casas, mercados y canchas deportivas a los barrios pobres, y el rastro que dejaba eran sus miles de asesinados. Esas luchas que vapulearon a Medellín, y que se convertirían en el festín para los periodistas y los investigadores de la sociología, no gozaron de ningún enaltecimiento. Salvo aquel vértigo pasajero que procura el homicidio. Pobres muertos, en su mayoría jóvenes, carentes de cualquier esplendor. Y si en los andurriales de los barrios montañosos los grupos armados se peleaban los corredores del abandono y la miseria por donde pasaba el dinero, en las mansiones de los adinerados se tejían siniestras alianzas. Aquellas unían la empresa privada con narcotraficantes y paramilitares. Alianzas que habrían de conducir a Medellín a una salida que para unos fue la adecuada y, para otros, simplemente la continuación de la calamidad.

Cadavid desconocía también esas alianzas. Ni siquiera llegó a intuir las. Su vida, como la de casi todos, dependía del azar. Y el azar era tan fortuito que lo mejor era no divagar sobre él. Pasaba por un sitio y a los minutos surgía un

escuadrón de la muerte que disparaba al grupo de personas que habían tenido la decisión de situarse en esas coordenadas. O explotaba un carro bomba que los narcotraficantes, en pelea con el gobierno, ponían para acrecentar los niveles del pavor. Cadavid, finalmente, buscó a Adriano Tamayo. Lo hizo más para saludarlo que para pedirle trabajo. Adriano le recordó, por supuesto, que él estaba allí para ayudarlo. Conservaba el ánimo de antes. Ahora, decía, había que trabajar un poco más. Le mostró entonces a su amigo una red rudimentaria de orquestas barriales que, en medio de esa guerra, recibía apoyo estatal. Tamayo creía que allí, en la educación musical, estaba la solución a la crisis. Cadavid lo escuchó con atención admirada, pero se dio cuenta de que él no tenía fe suficiente para acompañarlo. De no morir en algún atentado, o en algún atraco, o en alguna masacre, sucumbiría a la desilusión. Y, además, estaba su situación familiar. Si había reconocido que en Medellín no podía encontrar su sitio, entre su madre y sus hermanos nada lo atraía. La primera envejecía pegada a una camándula, a un montón de novenas, a las tres misas a las que diariamente asistía para pedir por el alma de su esposo asesinado, por la vida de sus hijos descarriados y por la redención de una ciudad hundida en el mal. Y los segundos estaban tan en lo suyo, que Pedro seguía sintiéndose entre ellos el bicho de otros días.

## Interiores

Regresó al altiplano, pero no para quedarse, sino para seguir esperando. Había leído una frase: “Tunja, tierra que pone fin a nuestra pena”. La escribió Juan de Castellanos, el conquistador y cronista español. Cadavid trataba de darle su propio sentido. Si la ciudad altiplánica era algo para él, tenía que ver con la noción de tránsito y nunca con el lugar del reposo. Si hubiera tenido lazos familiares, o un amor que lo enraizara a ese espacio, un vínculo más sólido se hubiera podido construir entre Cadavid y Tunja. Se consideraba inevitablemente forastero ciertamente cuando especulaba sobre su condición. Sus compañeros habían partido y, de entre todos los que fueron a estudiar a la escuela, él era el único que continuaba en ella. ¿Cuál podría ser, en el fondo, la causa de esa permanencia? ¿No sería más bien que su destino estaba unido sin remedio a este cruce de calles estrechas y casas coloniales? La mujer de su vida podría estar deambulando por los sitios que él ahora recorría. Aquí tendría hijos, hallaría un trabajo que le permitiría vivir con decencia, forjarse un nombre como escritor no era imposible. Pero para que todas estas circunstancias se hicieran realidad había que esperar. En Tunja, además, existían la calma y el silencio. Allí jamás se daría un crecimiento desbordado de su población, ni se radicarían los exponentes de una mafia cancerígena. Tampoco sería la sede de una empresa multinacional. A Tunja le había correspondido ya su dosis de boato en el tiempo de las encomiendas. Una distinción que se había conseguido, como suele suceder casi siempre, al precio de una expoliación. Sí, Tunja estaba estancada, y en ello residía su desventura pero también su privilegio.

“La muy noble y leal ciudad de Tunja”. Esta otra frase, puesta aquí y allá, honraba a una ciudad que Cadavid conocía desde otras perspectivas. La nobleza era una confluencia de genes familiares, bendecida por la religión y aprobada por las cortes, que no le interesaba. Y si existía, ahí estaba Mencía Suárez, con quien podía tomarse un tinto en el Pasaje Vargas para discutir sobre los efectos virtuosos de la música en los conventos y monasterios. Cadavid se engañaba, empero, frente a esa impronta aristocrática. Bastaron su repugnancia frente a Medellín, y la visión de algunas zonas de Tunja que aún exponían sus entrañas, para que se diera cuenta de la dimensión del yerro. Fue como una revelación. Tunja era una ciudad de interiores hermosos. Al comprobarlo, Cadavid sintió vergüenza porque no había tenido ojos para verlos, ni sensibilidad para sentirlos. No existía tal pátina lúgubre del ayer, sino una secreta irradiación. Y esta era impertérrita y fecunda. Él traspasaba los umbrales y los zaguanes. Deambulaba por los recintos de las casonas. Miraba aquí y allá como si estuviera apurando una poción mágica. Una ciudad recatada, ahondada en la ponderación, iba develándose. Los pasillos abrían su cálida amplitud de maderas cordiales. Los jardines respiraban pletóricos de hortensias, azaleas y rosas. Como un dibujo infantil, pero dueño de una perfección de teorema, las techumbres prolongaban su geometría hacia arriba como una prez suave. Había una magnificencia serena que era la mayor prueba de que esas arquitecturas, luego de siglos de vientos esforzados y escaramuzas humanas, continuaban vivas. Cada rincón poseía el atributo de la sobriedad. Una sobriedad cuyo carácter se nutría del orden romano, de la virilidad visigótica, de la blanca sensualidad árabe. Cadavid cerraba los ojos para guardar en su memoria la certidumbre de lo castellano, lo extremeño y lo andaluz. Y los abría, hallándose entre paredes que bordeaban escaleras amplísimas. Una blancura cubría los ámbitos como una caricia misteriosa. Luego, desde los segundos pisos, apoyado en los barandales, contemplaba el patio con sus platabandas floridas y su pila en el centro. Comprendía que las

corolas y los pétalos estaban allí porque eran imprescindibles para que el agua corriera en la fuente callada y las piedras se fijaran con mayor confianza en la tierra. Un diálogo sutil transcurría entre el aire, la luz y la materia terrenal de los recintos. Y Cadavid lo percibía cuando en su sangre se desparramaba un ligero cauce de excitación.

Con la percepción dilatada, entraba en los recintos. Miraba hacia lo alto, donde bullía una fauna de cuernos y alas y cascos renacentistas. Allí se había estampado el enigma de las alegorías del amor, de la muerte, del valor y la fidelidad a Dios. El follaje de los bosques se explayaba como una verdad capaz de suscitar el pasmo del ojo. Y este se tropezaba con la sabiduría de alarifes antiguos cuyos nombres no era necesario saber. Porque esos rasgos personales y esas prosapias civiles habían alcanzado el alto sueño de fundirse con la forma inmemorial de la piedra y la madera. Cadavid veía los objetos hogareños —las mesas y las sillas de cuero, los retablos de nogal recubiertos con láminas de oro, los atriles y reclinatorios para los oficios religiosos, los secreteres de cajones sucesivos, las tinajas para guardar el líquido de los baños, las letras donde se abrazaban las ondulaciones de la molicie con el ensalzamiento de las virtudes—, y se acercaba a una de esas ventanas para mirar hacia fuera. Emocionado, se ponía bajo el dintel, y la luz, que entraba por las aperturas generosas, acariciaba su pequeña porción de humanidad.

Una vez vio una columna. Había visto muchas en sus visitas a esas casas fundacionales. Esta le resultó agraciada en su sencillez. Confluían tantos mundos y desplazamientos en su muda superficie, que consideró que ella, consciente de la trashumancia, había asumido una de las condiciones del equilibrio. Le dio varias vueltas. Le pidió permiso para tocarla. La olió y la besó. Era una de esas columnas que dan a un patio con un aljibe. Estaba oculta, pero adquiriría un prestigio de actualidad si la luz la rozaba. Cadavid, en medio de la soledad del crepúsculo, se situó detrás de ella, en el ángulo más resguardado de su entorno, y tuvo una impresión de libertad. Le llegó la

certidumbre de que lo mejor que podía pasarle era no intervenir. Quedarse detenido intemporalmente detrás de esa columna tunjana. Como una figura de paisaje cuya sombra solo un visitante captaría a través de una instantánea fotográfica.

## Sandoval

El maestro Zabala le redujo las clases, pero en la universidad, gracias a la ayuda de sus amigos, Cadavid consiguió unos cursos que dedicaría a la historia de la música. Ante esta situación, se preguntaba si debía reunir sus cuentos y enviarlos a un concurso. Había uno que organizaban en Bogotá con un premio atractivo. Lorenzo Cifuentes, para sorpresa suya, lo animó. Jacobo Gaona le prestó su máquina de escribir por unos días porque los cuentos estaban escritos a mano. Catalina Perdomo, con su jovialidad imbatible, se propuso para hacer las fotocopias y enviar el material. Fue en medio de estas gestiones que Pedro Cadavid se enteró del retorno de Luis Carlos, el mayor de los hermanos Sandoval.

Su deterioro era palmario. Había llegado más flaco, más ojoso, más retraído. Pero, a pesar de su desfallecimiento, demoraría unos días más en derrumbarse del todo. Luis Carlos no quiso permanecer en Kiev, donde estudiaba dirección de coros, ni tampoco, como su hermano Manuel Alfonso, seguir el rumbo hacia algún país de la Europa occidental. La caída del comunismo había vomitado a estos becarios de la Unión Soviética hacia diferentes lados del mundo. Manuel Alfonso no vaciló en establecerse en España para perfeccionar sus estudios de violín. Pero una serie de altercados había separado a esos dos hermanos, que eran como la cara y el sello de una misma moneda. En Moscú habían sido aceptados como estudiantes de violín. Se les asignó una misma habitación. En los primeros días tomaron clases de ruso, armonía y contrapunto y las de su instrumento. Luis Carlos había previsto este viaje como una liberación personal. Poco a poco, como si esta

metamorfosis hiciera parte de un sueño, mostró la naturaleza de su deseo. Y la verdad es que durante este período hubo una expansión en su ánimo, inclinado a la reserva y a la melancolía. Se le veía si no feliz, al menos vivificado por un arrebató fresco. Pero Manuel Alfonso declaró su disgusto. Al principio dialogaron con mesura. Lo hacían en español y en murmullos como si temieran —aunque era el hermano menor quien ordenaba con el dedo en la boca bajar el volumen de la voz— que la gente se diera cuenta de su desavenencia. No tardaron en caer en las discusiones. Luis Carlos decía que si no se había dado cuenta de su condición en los años compartidos. Manuel Alfonso, levantando los hombros, negaba cualquier hallazgo. Una vez llegaron a las vociferaciones. El mayor confesó que estaba enamorado de uno de los compañeros de ruso y quería asumir, por fin, una relación amorosa. El menor lo amenazó con denunciarlo a las autoridades académicas, y dijo que pediría un cambio de pieza y que escribiría a sus padres. Luis Carlos se llenó de rabia y le dio una bofetada en la cara.

Dejaron de hablarse. Luis Carlos se hundió en esa aventura que no pasó de un simple escarceo. Pero el hecho de haber expresado sus sentimientos le otorgó un poco de complacencia y seguridad. La huella de los besos y las caricias que se dio con el chico, en uno de los baños del instituto lingüístico, lo acompañó por un tiempo como una epifanía. Poco habría de durar, no obstante, esa fortaleza del ánimo y ese regodeo de la piel. Luego, con el advenimiento del invierno, se despertó la dolencia. Luis Carlos, años atrás, jugando al baloncesto en el patio del colegio, se había fracturado un brazo. Una operación que no se efectuó, el yeso mal puesto, una convalecencia de terapias torpes hicieron creer que la fractura se había superado. El dolor en el brazo izquierdo empezó, bajo el cielo perlado de Moscú, como una punción. Más tarde Luis Carlos no podía doblar la muñeca para poner la mano sobre el diapasón del violín. Esta coyuntura restableció el diálogo entre los hermanos. Los exámenes médicos descubrieron lo que durante años había permanecido

escondido. Hubo reuniones con los médicos y las autoridades del conservatorio. No había remedio. Luis Carlos, dictaminaron, podía tantear con otro instrumento, pero no con el violín. De la consternación Sandoval pasó a la desesperación y, de esta, al pesimismo. El violín era todo en su vida. Un consuelo, el refugio, la esperanza. La rampa desde la que él podía proyectarse a un mundo que hasta ahora, y en ese país enorme y próximo a la debacle, se le estaba abriendo.

Su hermano le aconsejó Tunja. Allá podía continuar tocando el violín y ser profesor. Luis Carlos lo pensó en esos días en que su brazo estuvo paralizado por el frío. Volver a Tunja era como reconocer la derrota. Una tarde metió el instrumento en el estuche y salió a recorrer la nieve. Se asió una vez más a ese pedazo de madera y sus cuerdas de tripa. Conversó con él. Le preguntó qué hacer. Pero el violín se quedó en silencio, como lo estaba todo el espacio circundante. Luis Carlos anheló devolverse en el tiempo. No ir, esa mañana, a jugar baloncesto. A él nunca le habían llamado la atención los deportes. Solo el violín llenaba sus expectativas. Pero accedió al ruego del hermano y se lanzó tras la pelota. Ahora pasaba frente al monumento de la Gran Guerra, en los alrededores del Kremlin. En algún instante, se desvió hacia el río. El Moscova tenía parte del cauce congelado, pero en la orilla más cercana unos meandros corrían precipitadamente. Luis Carlos tomó el estuche y lo abrió. Miró por última vez el instrumento. Durante segundos pasó por su memoria su vida ritmada con el paso del agua y unos cuantos *pizzicati*. Entonces se llenó de fuerza y lanzó el instrumento al río.

Zabala le dijo que se quedara. La música era mucho más que el apego a un violín. Ser músico significaba tener una misión. Y esa misión era, a veces, más social que personal. A él le había sucedido algo semejante con el piano años atrás. La opción de estudiar dirección coral resultaba óptima porque restañaría las heridas de la frustración. Cualquier estudio musical en ese país equivalía, en efecto, a lo mejor, mientras que volver a Colombia era un

desatino. Sandoval atendió las palabras del maestro y viajó a Kiev. En esa ciudad, ya solo, se guareció en el sexo. Pero, a pesar de amoríos esporádicos, aquella liberación supuesta nunca pudo darse. Tampoco fue capaz de superar la pérdida de su instrumento. La congoja se mezclaba con la rabia y la soledad. La noticia del derrumbamiento del comunismo entró un día a su pieza como un ciclón. Sandoval estaba recostado en la cama mirando el techo. Rumiano una vez más el fracaso y aferrándose a las temblorosas flamas del deseo. De un momento a otro vio a la Unión Soviética como una gran falacia. Unos hombres dejaban el poder para que llegaran otros. Unos y otros le parecieron detestables. Pero él se perdía en los recovecos de esa crisis y no entendía mayor cosa. Aunque lo que sí entendió con rapidez fue la dimensión de su orfandad. Las ayudas estatales cesaron. Los padres en Tunja dijeron que no podían colaborarle para que acabara sus estudios en Kiev. Manuel Alfonso ni siquiera lo invitó para que lo acompañara a España. Entre los dos se había levantado un muro infranqueable. Las autoridades rusas decidieron pagarle el pasaje a Colombia. Con el ánimo ensombrecido, creyendo que había un sistema de causas y efectos llamado equivocación universal, Luis Carlos llegó a Tunja.

Cadavid lo encontró en la escuela. Sandoval salía de la oficina de Zabala. Fue a saludarlo pero se estrelló contra un rostro taciturno. En otras ocasiones pretendió comunicarse con un personaje que cambiaba su ánimo de un extremo a otro. Ora decía cosas maravillosas de su vida, de su hermano, de sus padres, de la escuela de música y su colegio, de Tunja, Moscú y Kiev. Ora despotricaba contra todo eso. Cadavid y las dos amigas del correo de las brujas lo escuchaban sin contrariarlo porque, en cualquier momento, Luis Carlos pasaba a la agresividad. Estela Castillo y Francisca Benítez, que impartían clases de piano y violonchelo en la sección infantil de la escuela, acompañaron a Sandoval en ese último tramo de su vida. Fueron ellas quienes dijeron que escribía poemas cortos donde se condensaba su malestar. Eran

hojas de papel pautado, cortadas con precisión maniática, donde planeaba una sola idea adolorida e inconexa. Otras veces decía que en su vida no había hecho nada, y que lo poco realizado no tenía ningún sentido. Cadavid debió escucharlo en la cafetería de Chavita porque el otro lo obligó a hacerlo, y fue una hora mortificante de frases indescifrables. Pero Zabala, pese a esta anomalía creciente, le ofreció clases en la escuela.

En una de ellas, Luis Carlos Sandoval cometió una falta. Una tarde, mientras su alumno tocaba las notas de una escala, lo acarició. Los padres se quejaron. Zabala sorteó el asunto y, con la ayuda de su secretario, distanció al profesor temporalmente de la escuela. Este, a su vez, firmó una carta de excusas que le redactaron. El violinista había vuelto a casa de sus padres. Se había instalado en el cuarto que, en la infancia, compartió con su hermano. Pero ahora era enteramente suyo. Ya no estaban, colgadas de las paredes, las fotografías de él y Manuel Alfonso con la ingenua sonrisa de la infancia, ni el cuadro donde un Paganini vestido de negro tocaba un violín incendiado. Ahora, a las paredes las llenaban versos en los que pocas palabras repetían una obsesión y un insulto.

Pero en sus últimos días, Sandoval gozó de un mejor ánimo. Lo habían aceptado otra vez en la escuela. Prometió comportarse debidamente y sus clases se caracterizaron por la amabilidad. Intercambió una que otra chanza con sus colegas. Estuvo cordial con Zabala y Mancipe. A Estela y Francisca las invitó a comer *gelatos* en la Plaza de Bolívar. Y a Cadavid hasta le preguntó por sus cuentos. Esa noche se festejó el cumpleaños de Estela Castillo. Francisca organizó una reunión en su casa de fachada blanca, y Sandoval estuvo más comunicativo que de costumbre. La anfitriona, Estela y Cadavid tocaron unas sonatas para flauta y bajo continuo de Haendel. Sandoval opinó que tocaban bien y aplaudió con alegría. Hacia la medianoche, en Hugolino, Cadavid se separó de los otros y ascendió hasta La Fuente. Estela y Luis Carlos siguieron juntos recordando los buenos tiempos en que

habían cantado, como sopranos, las canciones folclóricas alemanas de Brahms. Incluso entonaron a lo largo de varias cuerdas el cristalino *Da untem im Tale*. Por los lados de la Plaza de Bolívar se despidieron. Estela sonrió intimidada cuando su amigo la abrazó y le dijo que la quería. Nunca, en todos sus años compartidos, Sandoval le había dicho eso.

Era posible que hubiera sido un rumor. Ni Francisca ni Estela estuvieron en la casa del violinista, ni en el hospital, pero nada aseguraba que lo dicho por ellas fuera inventado. A esas horas de la noche, en todo caso, los padres dormían. Luis Carlos esperaba que el veneno hiciera un efecto fulminante. Quizás se informó mal, o tal vez buscó lo que terminó por encontrar. Encerrado en su pieza, había cerrado los ojos para tomarse el raticida. Lo había comprado al día siguiente de su regreso a Tunja. Fue fácil. Cualquiera podía tener molestias con las ratas en casa. Además, él se sentía un animal de esos y creía merecer la estricnina. Suicidarse era como saltar, de un segundo a otro, a un pozo de olvido. Luis Carlos esperó. El sabor del veneno en la garganta era ardoroso. Los minutos pasaron con extrema lentitud. Dio varias vueltas en torno a su cama. Entonces una punzada inesperada lo dobló y una impaciencia, que desembocó en un miedo intolerable, lo cimbró en el escalofrío. Sandoval sintió que una ola de calor le devastaba la cabeza mientras una bestia empezaba a devorarle las entrañas. Creyó que podía resistir los mordiscos, pero estos fueron cada vez más brutales. Iba a gritar y los dolores se interrumpieron. Se levantó de la cama. Sudaba. Hubo enseguida una ráfaga de temblores. Encorvado, con las extremidades que se sacudían sin control, salió del cuarto. Quería vomitar pero una garra enorme brotó de su interior y le hirió la garganta. Quería gritar y no podía. Se debatió un rato hasta que un alarido ronco se extendió por la casa. Los padres despertaron. Al verlo tirado en el baño, se encontraron con una cara azulada y unos ojos desorbitados por el pánico. Lo llevaron al hospital. Al montarlo al taxi, los alaridos continuaban. Aferrado a los brazos de sus padres, Luis Carlos pedía

que lo dejaran morir de una vez por todas. Los médicos y las enfermeras intentaron salvarlo: le prodigaron oxígeno, le lavaron los intestinos, le suministraron masajes en el corazón. La luz de un amanecer ceniciento caía sobre Tunja cuando Sandoval murió.

## La partida

Fue como una orden perentoria. Cadavid tenía que irse a como diera lugar. Tunja había lanzado en su cara una especie de afrenta. Era como si una baba empezara a regársele por el cuerpo. Si permanecía más tiempo en la ciudad, pensaba, esa suerte de vómito cubriría su ser. Una casualidad, desoladora aunque también providencial, se presentó. El día en que Sandoval murió, Cadavid recibió el telegrama.

El pequeño sobre se lo dio Avechucho. El portero tenía los ojos rojos y el aire consternado. Cadavid se había acostumbrado a esos gestos. De entrada, al ver la palabra Telecom, presumió que era Manuela, pero se acordó de que ella estaba en Francia. Se dijo que podría ser alguna de sus hermanas o su madre, pero ellas enviaban telegramas solo si él cumplía años. Lanzó una mirada a la casa. La escuela estaba sostenida sobre un pesado abatimiento. Ningún instrumento sonaba.

Cadavid fue a la tienda de Chavita y abrió el sobre. Unas letras mayúsculas y reteñidas le informaban que había ganado el premio nacional de cuento de Colcultura. Se sonrojó de inmediato y el corazón le palpitó con prisa. Evocó a quienes estaban lejos. Apretó el papel con fuerza hasta arrugarlo. Más que darle felicidad, la noticia parecía abrumarlo. Chavita le puso la mano en el hombro. Le aconsejó aceptar los designios de Dios. Solo Él sabía lo que hacía. Cadavid, limpiándose los ojos con el dorso de la mano, afirmaba con la cabeza. Sin embargo, se percató súbitamente del sinsentido de la escena. Las palabras de Chavita no tenían que ver con la ambigua impresión que lo embargaba. Segundos después supo lo de Sandoval.

Con la plata del premio pagó la visa y compró el tiquete de avión. Manuela y sus amigos le ayudaron en las gestiones para que le dieran el permiso de entrada a Francia. Primero estudiaría el idioma, después vería qué iba pasando. Llevaría algunos libros queridos, la flauta, el atril, algunas partituras, porque Escobar y Sánchez le aconsejaron el salvavidas del metro. Ambos habían tocado en los pasillos de las estaciones y en los trenes, y tenían suficiente experiencia en las encrucijadas del rebusque. Cadavid no aceptaba de buena gana tocar música en esas condiciones. Le parecía un tipo de mendicidad, pero si había que hacerlo, lo haría.

Ante el suicidio de Sandoval, supo que había llegado la hora de partir. Por donde quisiera que mirase en el inmenso y ensangrentado país suyo, no hallaba sitio para él. Colombia era una prisión asfixiante, un callejón sin salida, un dédalo intolerable. Ahora debía llenarse de fuerzas, hacer un equipaje ligero y dar el salto. Cadavid era, de cualquier manera, un hombre formado. Había adquirido su respectiva dosis de escepticismo. Lo desgarraban sus muertos queridos. Lo atormentaba esa multitud de fantasmas agredidos y sin lenitivo que deambulaban por la geografía nacional. Sabía ya algunas cosas sobre las plenitudes y los vacíos del amor. Y sospechaba que, apertrechado en la música, había aprendido a escribir.

Pronto tendría en sus manos su primer libro. Podría llevarse varios ejemplares, pero Colcultura retrasó la publicación. Qué importa, se dijo, en París los recibiré y celebraré allá. De Medellín y Bogotá llegaron mensajes de congratulación. En Tunja recibió enhorabuenas más cálidas. El círculo de profesores de la universidad lo festejó. Hicieron una peña cultural en la que, ocurrida la lectura de algunos de sus cuentos, fue aplaudido.

El día de su partida, caía una llovizna persistente. En la escuela de música se despidió del maestro Zabala. Se pararon frente al barandal del segundo piso. El director dijo que también se iría. Estaba agotado y era hora de seguir con sus estudios. Fulgencio Mancipe se encargaría de la escuela por el tiempo

que durara su especialización.

—¿Y para dónde se va? —preguntó Cadavid.

—Va irse de espaldas si le cuento.

—¿Puede haber una noticia más que nos haga caer de espaldas?

—Me han dado una beca en Estados Unidos para perfeccionar mi formación en dirección coral.

—¿Se va para allá? ¿No era pues el país enemigo?

—El mundo ha cambiado, y usted sabe que yo necesito un respiro.

Cadavid recorrió la escuela. Entró a los salones que estaban abiertos. Aquellos que permanecían cerrados los miró desde sus ventanas. Desde el tercer piso divisó los techos de Tunja mojados por la lluvia y vio las colinas del altiplano. Ahora, como en tantos otros días, estaban cubiertas de neblina. Descendió para despedirse de los amigos. Les dijo adiós sin imaginar que no los vería nunca más. Yamil lo abrazó. Avechucho le dio la mano. Leguizamón y Cumbiamba le gritaron buen viaje desde las balaustradas elevadas. Las brujas lo abrazaron, llorosas, y pidieron que no las olvidara. Luego Cadavid se dirigió a la terminal. Iba con una maleta rodante y la mochila. En el cielo, de repente, se dibujó una gama de grises. El sol era huidizo, pero en una de las nubes se derramaba el fulgor. Antes de subir al bus, Cadavid miró hacia arriba y pensó en el amor. La luz era como una simiente opalina esparcida sobre el horizonte.

El ayudante gritaba: ¡Bogotá! Pedro Cadavid subió y se acomodó en el lado de la ventanilla. Desde la acera, Catalina Perdomo y su hijo le decían adiós con la mano. El bus arrancó por fin. Tunja con sus calles, sus moradas y sus habitantes fue quedando atrás. Adelante lo esperaban la capital y su aeropuerto. Y más allá, un futuro atravesado por algunas iluminaciones.

PABLO MONTOYA

*Envigado, agosto de 2015-El Retiro, marzo de 2018*

## Nota

Esta fue la primera novela que empecé a escribir. Sus primeros bocetos datan de 1984, cuando estudiaba música en Tunja. Se trata de esquemas, bastante escuetos, de personajes y ambientes que, más de treinta años después, me han servido para darme cuenta, en carne propia, de que hay obsesiones literarias capaces de resistir el paso del tiempo. Más tarde, en 1995, cuando estudiaba literatura en París, intenté en vano darle forma a esos bocetos. A la sazón escribí algo parecido a lo que es la llegada a Tunja de Pedro Cadavid, el personaje principal de estas peripecias musicales y literarias. Reconociendo que tales tentativas me dejaban una huella ingrata, porque no avanzaba más allá de unas pocas páginas, volví a la tarea, en 2000, también en el pequeño apartamento universitario de Antony donde vivía. Solo pude escribir dos borradores que desembocarían en el aparte de la fiesta y en la historia del músico prodigioso. Luego abandoné esos intentos torpes y me concentré en la escritura de mis otros libros.

Con los años concluí que un joven inhábil, rodeado de precariedad y de premura por acabar sus estudios universitarios, jamás podría haber escrito una novela como la que me había propuesto en la Tunja de mis veinte años y en la París de mis treinta. Pero en la medida en que fui escribiendo mis otras novelas, pude entender que solo precisaba de una cierta sapiencia para desarrollar sus ejes narrativos, sus numerosos personajes, esas temáticas donde la música, como una enredadera, lo abraza todo. Apoyado sobre esa certidumbre aprendí a esperar. Y creo que esa espera culminó cuando obtuve el premio Rómulo Gallegos con una obra que igualmente me tomó un tiempo

considerable escribir.

Como pocos, pero de algún modo como los otros, *La escuela de música* es mi libro más autobiográfico. No solo hago el retrato de un aprendiz de artista, que en algo o en mucho se parece al que fui yo, sino de una generación de jóvenes colombianos que atravesaron un país agresivo en los años ochenta del siglo pasado. Es también mi homenaje a Tunja, una de las ciudades que llevo aferradas a mi corazón, y a la cual siempre evoco a la hora de hacer el balance de mis hallazgos primordiales. Pude escribir estas páginas gracias a la compañía, siempre protectora, de Alejandra Toro, mi esposa; al apoyo de Gabriel Iriarte, director de Penguin Random House Colombia, y a la vigilancia de Sebastián Estrada, editor. Agradezco las lecturas atentas de Camilo Arango, Pablo Cuartas y Ernesto Mächler. Me resta decirles a los lectores, en especial a quienes crean reconocerse en estas historias, que comprendan que aquí todo es invención. Solo he procurado ser veraz en el angosto y a la vez amplísimo ámbito de la literatura.



«*La escuela de música* es una luminosa novela de formación juvenil (lo que en la tradición literaria alemana se llama Bildungsroman); es, al mismo tiempo, una entrañable saga autobiográfica, y también un feliz tratado de aprendizaje y de reflexión vital sobre la música, entreverada a la violencia y la desazón de los años ochenta colombianos, cuando la muerte estalla con fulgores luciferinos por todas partes.

Desde el cerco de muros coloniales de Tunja, ese ombligo aparentemente apacible de un país en llamas, Pedro Cadavid, el protagonista, va poniendo una banda sonora a los acontecimientos para alumbrar el relato: el Réquiem de Berlioz, el *Canto General* de Neruda en la cantata de Theodorakis, las sinfonías de Beethoven. Música y palabras se amalgaman en concierto. Y es lo que oímos y leemos del principio al fin: un concierto».

Sergio Ramírez

Esta es la esperada nueva novela de Pablo Montoya, quien con *Tríptico de la infamia* obtuvo el prestigioso Premio Rómulo Gallegos 2015. En *La escuela de música*, las ilusiones de una generación de jóvenes tropiezan con la desesperanza de un país en convulsión.

## PABLO MONTOYA

(Barrancabermeja, 1963) ha publicado las novelas *La sed del ojo* (2004), *Lejos de Roma* (2008), *Los derrotados* (2012) y *Tríptico de la infamia* (2014), que le valió el Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos 2015 y el Premio Casa de las Américas-José María Arguedas 2017. Su obra poética comprende, además de los libros reunidos en *Terceto* (2016), *Cuaderno de París* (2007) y *Sólo una luz de agua: Francisco de Asís y Giotto* (2009). Ha publicado los ensayos *Música de pájaros* (2005), *Novela histórica en Colombia 1988-2008: entre la pompa y el fracaso* (2009) y *La música en la obra de Alejo Carpentier* (2013). Ha cultivado, también, el género del cuento, y actualmente es profesor titular de literatura de la Universidad de Antioquia. En el año 2016 obtuvo el Premio Iberoamericano de Letras José Donoso. Desde 2016 es Miembro Correspondiente de la Academia Colombiana de la Lengua.

Título: *La escuela de música*  
Primera edición: abril de 2018

© 2018, Pablo Montoya  
© 2018, de la presente edición en castellano para todo el mundo:  
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. S.  
Cra 5A No 34A – 09, Bogotá – Colombia.  
PBX: (57-1) 743-0700  
[www.megustaleer.com.co](http://www.megustaleer.com.co)

Diseño de cubierta: Penguin Random House / Paula A. Gutiérrez  
Imagen de cubierta: *Tres músicos*, 1921. © Succession Picasso 2018

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-958-54-5818-5

Conversión a formato digital: Libresque

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

# Índice

La escuela de música

Epígrafe

Capítulo primero

La llegada

La prueba

El director

Oposiciones

La casa

Preparatorio

Las cuevas

Manuela

Dignidad

El examen

Capítulo segundo

Paisaje

Ligereza

Bicho

Rebeldía

Compañeros

El plan

Coro

Morada al sur  
Fouetté  
Pianistas  
La espuma  
El piano blanco  
Paseos

### Capítulo tercero

Schumann  
Recital  
Auxilio  
Locura y anarquía  
Jazz  
O Fortuna  
La fiesta  
Pitos  
Venganza  
Pandora  
Túnica

### Capítulo cuarto

Música de clausura  
Fuga  
Adriano  
Hacinamiento  
Residencias  
Corydon  
Golpe  
Neruda

Adagio para cuerdas

Encoñamiento

Conferencia

Huelga

Coneja

Canto General

Capítulo quinto

Desbandada

Jauría

Melgarejo

Reyerta

Nacionalismo

Encomienda

Urrea

Preludio

Cenizas

Fantasmas

Palacio

Perdomo

Berlioz

La verdad

Réquiem

Capítulo sexto

Elefante blanco

Tertulia

Escritores

Becas

Prodigio  
Polémicas  
El rayo  
Lupanarias  
Ficciones  
Maratón  
Capítulo séptimo  
Tedio  
Estados alterados  
Poética  
Alcantarillado  
La caída  
Medellín  
Interiores  
Sandoval  
La partida  
Nota  
Sobre este libro  
Sobre el autor  
Créditos